

Diario de Campo

Julio-diciembre de 2021

Cuarta época

Núm.
13



EL PATRIMONIO CULTURAL DE COLIMA
Construcción de nuestra herencia



Cultura
Secretaría de Cultura



SECRETARÍA DE CULTURA
Claudia Curiel de Icaza
SECRETARIA

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
Diego Prieto Hernández
DIRECTOR GENERAL

José Luis Perea González
SECRETARIO TÉCNICO

Pedro Velázquez Beltrán
SECRETARIO ADMINISTRATIVO

Paloma Bonfil Sánchez
COORDINADORA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA

Beatriz Quintanar Hinojosa
COORDINADORA NACIONAL DE DIFUSIÓN

Jaime Daniel Jaramillo Jaramillo
ENCARGADO DE LA DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES, CND

Benigno Casas de la Torre
SUBDIRECTOR DE PUBLICACIONES PERIÓDICAS, CND



IMAGEN DE PORTADA
Eras de sal con cruz
Fotografía © Javier Flores Cruz

DIARIO DE CAMPO

Cuarta época, año 5, núm. 13
Julio-diciembre de 2021

DIRECTORA DE LA REVISTA
Paloma Bonfil Sánchez

COMITÉ EDITORIAL
Axel Baños Nocedal
Montserrat Patricia Rebollo Cruz
María Elisa Velázquez Gutiérrez
Julio Alfonso Pérez Luna
Bernardo Yáñez Macías
Patricia Gallardo Arias
María Isabel Hernández González
Verónica Reyes Taboada

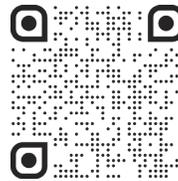
COORDINADORAS ACADÉMICAS
María Irma López Razgado
Tonantzin Medina García

RESPONSABLE EDITORIAL
Pedro Ovando Vázquez

CORRECCIÓN DE ESTILO Y CUIDADO EDITORIAL
Carla Moriana Hinojosa Guerrero
Pedro Ovando Vázquez

DISEÑO Y MAQUETACIÓN
Bogard Verdiguél Vázquez

DISEÑO Y FORMACIÓN DE FORROS
Itzia Irais Solís González



QR Diario de Campo

Diario de Campo, cuarta época, año 5, núm. 13, julio-diciembre de 2021, es una publicación semestral editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Cultura, Córdoba 45, colonia Roma, alcaldía Cuauhtémoc, CP 06700, Ciudad de México. Editor responsable: Benigno Casas de la Torre. Reservas de derechos al uso exclusivo: 04-2014-063012421300-102; ISSN: 2007-6851, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título y contenido: en trámite, otorgada por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Domicilio de la publicación: Insurgentes Sur 1940, planta baja, colonia Florida, alcaldía Álvaro Obregón, CP 01030, Ciudad de México. Imprenta: Taller de impresión del INAH. Av. Tláhuac 3428, colonia Los Reyes Culhuacán, alcaldía Iztapalapa, CP 09800, Ciudad de México. Distribuidor: Coordinación Nacional de Difusión del INAH: Insurgentes Sur 1940, planta baja, colonia Florida, alcaldía Álvaro Obregón, CP 01030, Ciudad de México. Este número se terminó de imprimir el 27 de diciembre de 2024, con un tiraje de 500 ejemplares.

Índice

Introducción	5
Enfoques	
El patrimonio cultural de México: su pasado, presente y futuro	9
María de los Ángeles Olay Barrientos	
Los orígenes de la población negra y mulata en Colima virreinal: una investigación en proceso	32
María Irma López Razgado	
De pueblos y pobladores de Colima: una aproximación sociolingüística	63
Tonantzin Medina García	
El náhuatl del sur de Jalisco, Colima y Michoacán. Rasgos que se entretajan	86
Rosa H. Yáñez Rosales	
Poblaciones, aldeas y enterramientos en el Valle de Colima. Algunas observaciones sobre el patrón funerario a través de la colección Peralta	116
Bertha Alicia Flores Hernández	
La importancia de la actualización del Atlas Arqueológico del estado de Colima. Un primer acercamiento en los municipios de Comala y Cuauhtémoc	135
Rafael Platas Ruiz	
La arqueología de la Laguna de Cuyutlán, Manzanillo, Colima. Una evaluación de diez años de salvamentos arqueológicos	163
María Antonieta Moguel Cos/Margarita Carballal Staedtler	
Entrevista	
De la Conquista a la Revolución, valiosas aportaciones a la historia de Colima. Entrevista a la historiadora Margarita Nettel Ross	186
Tita Ochoa Rivera	
En imágenes	
Saberes y tradiciones	191
Tonantzin Medina García	

Reseñas analíticas

Reseña crítica del libro *Emociones: perspectivas antropológicas*, de Florence Rosenberg, Bernardo Yáñez y José Luis Vera Cortés (eds.)

207

Oswaldo Ángeles Zavala

Diario de Campo

Julio-diciembre de 2021

Cuarta época, número 13

El patrimonio cultural de Colima: construcción de nuestra herencia

En el marco de la conmemoración por los quinientos años de la fundación de Colima, presentamos este número de la revista *Diario de Campo* que se titula *El patrimonio cultural de Colima: construcción de nuestra herencia*. Éste, al mismo tiempo, será el eje temático a través del cual se abordarán diversos aspectos socioculturales e históricos que abonaron a la formación de lo que hoy reconocemos como el estado de Colima.

A lo largo de treinta siglos, numerosos pueblos prehispánicos colonizaron y acondicionaron su territorio. Hace ya quinientos años llegaron los europeos y transformaron la religión, la economía y la sociedad de lo que hoy se denomina México. A ellos se sumaron los flujos de esclavos africanos y grupos de migrantes filipinos –quienes acompañaban las codiciadas mercaderías de la legendaria China– que se establecieron en el territorio de este país. Todos ellos, hombres y mujeres, construyeron una cotidianidad que diluyó diferencias y fundó la identidad que hoy nos distingue.

Colima ha sufrido diversas transformaciones que van desde su extensión territorial, su organización política y social, hasta su patrimonio lingüístico y arqueológico. Por ello, en la sección *Enfoques*, diversos investigadores de las distintas disciplinas antropológicas que han trabajado la región, comparten sus reflexiones y resultados de sus proyectos de investigación en la región colimense. Es el caso de la arqueóloga María de los Ángeles Olay, quien reflexiona sobre el significado que ha tenido el patrimonio arqueológico e histórico en la conformación de la identidad nacional, y la respuesta ante el cambio de paradigma económico y sociopolítico, así como de la experiencia surgida en Colima, a través de la cual se expresan diversas interrogantes respecto a la función que tendrá su conservación y estudio ante las necesidades de la cada vez más heterogénea sociedad contemporánea de nuestro país.

Por su parte, la historiadora María Irma López Razgado nos comparte sus resultados de investigación en un trabajo titulado “Los orígenes de la población negra y mulata en Colima virreinal: una investigación en proceso”, en el cual da cuenta de la conformación de la población de la Villa de Colima que, en sus inicios, se integraba por pobladores de origen indígena, español, africano y filipino, es decir, una mezcla multicultural que dio paso a una sociedad heterogénea con altos porcentajes de población mestiza. Este trabajo hace visible la fuerte presencia de la población negra y mulata cuya existencia en Colima había sido minimizada y hasta negada, y mediante la revisión de distintas fuentes, el artículo aporta datos importantes que podrán servir como punto de partida a otros investigadores que quieran abundar sobre esta población y su huella cultural en Colima y su región.

Durante siglos se ha sostenido la idea de que las comunidades indígenas de Colima habían desaparecido. Sin embargo, en su trabajo “De pueblos y pobladores de Colima: una aproxima-

ción sociolingüística”, Tonantzin Medina señala que de acuerdo con el documento redactado por el oidor Lorenzo Lebrón de Quiñones, *Relación sumaria de la visita...*, la población originaria de la región del sur occidente había sido severamente mermada en su demografía. No obstante, a través de este trabajo la autora da cuenta de la permanencia de una identidad indígena sostenida en prácticas y creencias con un pasado mesoamericano que se hace visible a través de diversos remanentes culturales y lingüísticos.

Por su parte, Rosa Yáñez comparte su investigación “El náhuatl del sur de Jalisco, Colima y Michoacán. Rasgos que se entretajan”, la cual también se enmarca en el ámbito lingüístico pues analiza cómo la variante del náhuatl de la región occidente de México tiene origen prehispánico, de modo que, tras la Conquista española, distintas variantes del náhuatl mantuvieron contacto entre sí, lo que dio como resultado la formación de la variante Náhuatl de la Periferia Occidental (NPO) que, a su vez, cuenta con dos subvariantes una norteña y una sureña. En medio de la gran carencia de información lingüística en la historia de la región de Colima y el sur de Jalisco, este trabajo cobra una gran relevancia puesto que aporta datos novedosos sobre la zona estudiada.

Los estudios culturales de Colima no se pueden entender sin ayuda de la antropología física y de la arqueología, pues en ellas podemos encontrar las manifestaciones precolombinas de la ritualidad, la tradición alimentaria, los sistemas de organización, etc. Por esta razón, nos parece relevante la integración de tres trabajos de estas disciplinas antropológicas en la sección *Enfoques*.

En su artículo “Poblaciones, aldeas y enterramientos en el Valle de Colima. Algunas observaciones sobre el patrón funerario a través de la colección Peralta”, Bertha Alicia Flores destaca que mediante el análisis antropofísico, así como de los aspectos bioculturales y las variables tafonómicas identificadas en el Rescate Peralta –sitio arqueológico ubicado al suroeste de Villa de Álvarez–, fue posible determinar los cambios del patrón funerario en el Valle de Colima entre el 500 y el 750 d. C.

Respecto a los estudios arqueológicos de la región, Rafael Platas nos propone el trabajo “La importancia de la actualización del Atlas Arqueológico del estado de Colima. Un primer acercamiento en los municipios de Comala y Cuauhtémoc”, cuyo objetivo es llevar a cabo la actualización de la data informativa referente a cincuenta sitios catalogados por parte de la Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas en los municipios de Comala y Cuauhtémoc, con la finalidad de registrar, conservar y estudiar el patrimonio arqueológico del país y, particularmente, el de Colima.

En este tenor, María Antonieta Moguel Cos y Margarita Carballal Staedtler cierran la sección con su artículo “La arqueología de la Laguna de Cuyutlán, Manzanillo, Colima. Una evaluación de diez años de salvamentos arqueológicos”. En él presenta las problemáticas surgidas por la necesidad de realizar obras de ampliación del puerto de Manzanillo hacia la Laguna de Cuyutlán, las cuales permiten conocer y corroborar hipótesis relativas al poblamiento de la costa a lo largo del

periodo prehispánico, establecer el desarrollo de las sociedades y su forma de aprovechar los recursos, así como las múltiples redes de intercambio a corta y larga distancia, tanto con diferentes regiones de Mesoamérica, como los desarrollados a lo largo del tiempo con Sudamérica.

La historia de Colima no es lineal, es una polifonía de sucesos que establecen distintas líneas de observación e investigación, de manera que la serie de trabajos que conforman esta sección es sólo una pequeña muestra significativa de los estudios antropológicos e históricos que hasta hoy se han trabajado, e ilustra las posibilidades de estudio que tiene este territorio.

En la sección *Entrevista* se presenta el valioso testimonio de Margarita Nettel Ross, quien fue investigadora del Centro INAH Colima, actualmente jubilada. Ella dejó importantes aportaciones para el estudio de la historia colimense desde la época virreinal al periodo revolucionario. Así, el texto elaborado por la maestra Tita Ochoa Rivera, a partir de una entrevista con Margarita Nettel, nos permite conocer la trayectoria de una mujer disciplinada en la consulta de acervos y una rigurosa metodología que pudo plasmar en cada una de sus publicaciones: sirva este trabajo como un pequeño homenaje a esta destacada investigadora.

Por otro lado, la sección *En imágenes* reúne, en esta ocasión, el trabajo de tres fotógrafos que se han destacado por su apasionada búsqueda de las expresiones culturales del estado a través de sus lentes. Javier Flores nos muestra la tradición ancestral del trabajo con el coco y la producción de sal en Cuyutlán, que data desde tiempos prehispánicos; Fernando Chávez documenta la tradición de las manifestaciones religiosas, en este caso, la devoción a la Virgen de Talpa que se comparte con el sur de Jalisco, mientras Alejandro González registra el trabajo de los artesanos de Coquimatlán, Colima, en la elaboración de achachales, así como el de los artesanos de Ixtlahuacán con el manejo de la fibra de acapán. Este retrato de las prácticas, los paisajes y los portadores de dichas tradiciones, conforma un breve recorrido visual por el patrimonio cultural de Colima.

Cerramos este número de la revista con la reseña que Oswaldo Angeles Zavala escribe sobre el libro *Emociones: perspectivas antropológicas*, editado por Florence Rosemberg, Bernando Yañez y José Luis Vera Cortés. En ella se destaca la apuesta transdisciplinaria del libro para dar respuesta a una interrogante central en los actuales estudios antropológicos y evolutivos sobre la conformación de lo humano, a saber, cómo comprender y analizar el papel de las emociones en la experiencia, el comportamiento y las relaciones humanas. El autor repasa, con mirada analítica, las propuestas expuestas en cada uno de los capítulos del libro, dando cuenta de las distintas disciplinas que examinan de manera compleja el fenómeno de las emociones, desde la filosofía, las ciencias cognitivas, las neurociencias, la psicología y la teoría evolutiva, afirmando con ello que una aproximación a este campo implica una reformulación epistémica de los marcos analíticos de la antropología.

Cada artículo que forma parte de este número de *Diario de Campo* aporta datos importantes para el estudio y registro del desarrollo de los pueblos del occidente de México, antes y después de la Conquista. Así, los resultados compartidos por los autores que participan en él ponen

de relieve el quehacer de las ciencias antropológicas e históricas en el estado de Colima, y revelan cómo los diversos fenómenos históricos, culturales, lingüísticos y sociales han ido moldeando a la sociedad colimense actual.

En el marco de la conmemoración del quinto centenario de la fundación de la Villa de Colima (1523-2023), las contribuciones aquí reunidas son una muestra más de la riqueza cultural de nuestro estado, las cuales esperamos que sirvan al lector como una guía o documento de consulta sobre nuestra herencia histórica y cultural.

María Irma López Razgado*
Tonantzin Medina García*

* Centro INAH Colima.

El patrimonio cultural de México: su pasado, presente y futuro

María de los Ángeles Olay Barrientos*

ISSN: 2007-6851

p. 9-p. 31

Fecha de recepción del artículo: octubre de 2019

Fecha de aceptación: junio de 2020

Título del artículo en inglés: *Mexico's Cultural Heritage: Its Past, Present and Future.*

Resumen

El objetivo de este trabajo es presentar algunas ideas relativas al significado que ha tenido el patrimonio arqueológico e histórico en la conformación de la identidad nacional y el desempeño de las instituciones encargadas del mismo. Ante el cambio de paradigma económico y sociopolítico decidido e instrumentado por las élites del país, el papel de la identidad ha perdido significado y, con ello, el interés sobre el patrimonio se ha transformado. A partir de la experiencia surgida en Colima, una pequeña porción del occidente mesoamericano, el presente artículo esboza diversas interrogantes respecto a la función que tendrán su conservación y estudio ante las necesidades de la cada vez más heterogénea sociedad contemporánea de nuestro país.

Palabras clave: patrimonio, arqueología, identidad, conservación, Colima.

Abstract

The objective of this article is to present some ideas regarding the meaning that archaeological and historical heritage has in the formation of the national identity and the role of the institutions in charge of it. Faced with the change of economic and socio-political paradigm decided and implemented by the country's elites, the role of identity has lost meaning and with it, the interest in heritage has been transformed. Based on the experience that emerged in Colima –a small portion of the Mesoamerican West–, the paper outlines several questions regarding the function that its conservation and study will have in the face of the increasingly heterogeneous contemporary society of Mexico.

Keywords: heritage, archaeology, identity, conservation, Colima.

* Centro INAH Colima (angeles_olay@inah.gob.mx).

Articular históricamente lo pasado no significa conocerlo tal y como verdaderamente ha sido. Significa adueñarse de un recuerdo tal como relumbra en el instante de un peligro.

WALTER BENJAMIN, 2008

Introducción

Abordar un tema como el patrimonio es, sin duda, una pretensión que debiera ser acotada en función del cristal en el que enmarquemos alguna de sus múltiples aristas.

Enrique Florescano señala que el patrimonio cultural de México es un crisol en el que conviven las dimensiones geográfica, histórica, antropológica y artística (Florescano, 2011: 11). Este connotado investigador ha realizado números esfuerzos por develar la manera en que cada una de estas vertientes se construyó. Lo ha hecho desarrollando valiosos proyectos editoriales en los que han participado múltiples voces que esbozan y discuten las variables históricas y sociales que delinearón nuestras creaciones y mitos culturales, y que dan cuenta de que el patrimonio nacional “no es un hecho dado, una entidad existente en sí misma, sino una construcción histórica” (Florescano, 2005: 35).

La creación de la identidad nacional ha sido uno de los grandes tópicos de la historiografía de nuestro país: esclarecer la personalidad del mexicano ha sido tarea que parece no tener fin y que ha ocupado a personajes tan relevantes como Samuel Ramos y Octavio Paz. En este marco, el objetivo de este trabajo es esbozar algunas ideas relativas al significado que ha tenido el patrimonio arqueológico e histórico en la conformación de nuestra identidad, el papel desempeñado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), las interrogantes que surgen ante los cambios que ha implicado la globalización económica y cultural y, finalmente, la manera en la cual el conocimiento generado por las investigaciones arqueológicas es brindado a la sociedad contemporánea de nuestro país.

Retomo entonces a Florescano quien enuncia los cuatro factores cambiantes que han delimitado la idea de patrimonio. El primero refiere al hecho de que cada época ha establecido una relación distinta con el pasado mediante un proceso que busca empatía y vigencia de sus valores. El segundo es que han sido los grupos dominantes los que eligen cuáles son los bienes patrimoniales que definen el pasado que legitima el presente. El tercero refiere a que en Latinoamérica la construcción de los diferentes Estados cruzó por un nacionalismo que opuso, a los valores de la metrópoli, sus tradiciones locales como fundamento de identidad; finalmente, el último indica que el “patrimonio nacional” es una construcción dinámica producto de la negociación entre los diferentes grupos e intereses de la sociedad (en la cual, sin embargo, muchos sectores no se encuentran representados) (Florescano, 2005: 35).

El primer factor es, sin duda, el eje que establece la relevancia del pasado en términos del presente y cuya dinámica establece las pautas que determinan los sucesos, personajes o procesos del pasado que deben ser exaltados en términos de los objetivos o agendas económicas, políticas y sociales del presente. El segundo factor engloba a lo que se ha llamado “la historia de bronce” y que da cuenta de la construcción de una narrativa histórica que evoca o sintetiza, de manera simbólica, aquellos sucesos del pasado que han permitido la construcción de la comunidad nacional. En este contexto, es claro que el estudio de la arqueología en México se encontró ligado, de manera indisoluble, con el desarrollo de la antropología oficial mexicana. Numerosos trabajos dan cuenta de la forma en la cual el coleccionismo, la formación de museos y la investigación arqueológica e histórica fueron definiendo el concepto de patrimonio a lo largo del siglo XIX y principios del XX. Esta etapa constituyó también un periodo en el cual se configuró el marco jurídico que habría de normar el ámbito y el quehacer de la arqueología mexicana.¹

El pasado, la construcción del imaginario nacional

Es probable que el interés desarrollado en México tenga más que ver con la construcción de un pasado que con la búsqueda de “la suma de lo humano acontecido en el decurso del tiempo” (González, 1991: 48). Toda vez que el sentido del pasado “como un continuo de experiencia de carácter colectivo sigue siendo asombrosamente importante” (Hobsbawm, 1988: 34), es comprensible que su búsqueda haya sido un factor ideológico de gran relevancia para el surgimiento, desarrollo y consolidación del Estado Mexicano. Eric Hobsbawm habla del poder simbólico del pasado como “una forma de magia que, a través de la recuperación de una pequeña parte, aunque emocionalmente muy significativa de ese pasado perdido, consigue restaurar la totalidad del mismo” (Hobsbawm, 1988: 28).

Al ser consumada la Independencia, el país inició un largo recorrido en su búsqueda por afirmarse como nación soberana. La búsqueda por encontrar un rumbo hacia el cual conducir su destino, enfrentó una serie de contradicciones; se aspiraba al establecimiento de un modelo de gobierno semejante al de Estados Unidos o Francia sobre formas jurídicas y administrativas claramente heredadas de España, con una población mayoritariamente indígena, mestiza y analfabeta. Un ejemplo de cómo el pasado construye imágenes favorables al presente se da con la publicación de la *Historia antigua de México* de Francisco Javier Clavijero, pues los criollos y los mestizos cultos descubrieron un pasado glorioso que podían considerar propio, dando a entender que estos grupos compartían entre sí una empatía que no corresponde a la enorme distancia que existía entre ellos a nivel social, económico y político. Al respecto Enrique Semo señala que:

1. Al respecto, véase Olivé (1980) y Valdés (1982).

Los primeros mexicanos que desarrollaron una ideología de clase fueron los terratenientes, propietarios de minas y comerciantes que conformaban la aristocracia criolla. Desde el siglo XVII comenzaron a definir en la religión, el arte y la cultura, su identificación con la realidad novohispana, su deslinde con lo español y lo indígena y su aspiración al poder (Semo, 1978: 196).²

Este movimiento, al que David A. Brading (1973) denomina “patriotismo criollo”,³ construyó la percepción un pasado propio facilitando que los criollos suscitara la “magia” suficiente para construir la posibilidad de restaurar el esplendor perdido a manos de los conquistadores. El siglo XIX se significó como un lapso en el cual se dirimieron las diferentes formas de gobierno de un país cuya legendaria desigualdad –denunciada enfáticamente por Alejandro Von Humboldt– llevó, como una forma de consenso, a la construcción de un nacionalismo incipiente cimentado, paradójicamente, a través de la mirada de los extranjeros que recorrieron las diferentes regiones del país:

Ante la falta de vínculos políticos e intereses comunes, este nacionalismo defensivo se fundamentaba en una mitografía nacional y en un patrimonio compuesto de “cosas mexicanas” asociado a una serie de imágenes coloridas de ruinas, volcanes e indios que conformaban el repertorio de lo nuestro (Pani, 2011: 41).



Imagen a. “Trajes mexicanos. Un fandango”. Litografía de Casimiro Castro y J. Campillo en *México y sus alrededores 1855-1856*. **Reprografía:** Marco Antonio Pacheco/Raíces, 2016.

El fin de ese siglo y la larga dictadura de Porfirio Díaz permitieron el desarrollo de una incipiente clase media que, al amparo de las ideas de moda, el progreso y la ciencia, fortaleció el

2. Este autor establece de manera clara que los criollos no pensaron de manera uniforme en el pasado prehispánico como un referente de legitimidad.

3. El movimiento tuvo como temas compartidos “la exaltación del pasado azteca, la denigración de la Conquista, el resentimiento xenofóbico en contra de los gachupines y la devoción por la Guadalupana” (Brading, 1973: 13).

sentimiento nacional sostenido por una política de fomento industrial y expansión económica. En este ámbito, el pasado se transformó en una herramienta útil para enfrentar el cambio constante:

Lo que legitima y explica el presente ya no es el pasado concebido como un conjunto de puntos de referencia, o incluso como el periodo de tiempo en que algo tuvo lugar, sino como el pasado considerado como proceso de conversión en el presente (Hobsbawm, 1988:31).



Imagen b. *Panorama General de Uxmal, desde la Entrada de Las Monjas hacia el Sur.* Litografía de Frederick Catherwood, lámina 13, c. 1839-1841. Recuperada de <<http://www.casa-catherwood.com/catherwoodencastellano.html>>.

La Revolución de 1910 y el régimen surgido al amparo de la Constitución de 1917, produjeron un inusitado interés por la cultura popular. La cruzada contra el analfabetismo, la reivindicación de las masas populares a través de jornadas educativas y la aceptación exaltada de la raíz indígena de nuestra nacionalidad, provocó una explosión cultural de gran originalidad. Las artes plásticas, la música, la literatura entre otras, marcaron la cultura mexicana del siglo. Al respecto, Florescano señala:

Una de las mayores hazañas del Estado surgido de la Revolución de 1910 fue haber creado una noción de la identidad y el patrimonio nacionales e inducir su aceptación a la mayoría de la población. Luego del movimiento revolucionario de 1910 se aceptó que tanto el pasado prehispánico como las tradiciones rurales y las clases populares representaban los valores auténticamente nacionales. Este reconocimiento llevó a elaborar una legislación protectora de los bienes heredados, a fundar instituciones dedicadas a su rescate y conservación, y a formar a los técnicos y estudiosos encargados de la valoración y engrandecimiento de este patrimonio. Las secretarías de patrimonio nacional, de educación, de agricultura y recursos hidráulicos y del medio ambiente y ecología; las

distintas declaratorias de nacionalización y expropiación; la fundación de empresas como Petróleos Mexicanos y la Compañía de Luz y Fuerza son ejemplos de esa corriente nacionalista y revolucionaria que transformó al país y lo dotó de un aparato institucional dedicado a la protección del patrimonio de los mexicanos. Podría decirse entonces que la viabilidad del país como Estado nacional se asentó en el reconocimiento de la identidad propia (Florescano, 2005: 35).

El patrimonio a través de las instituciones

La relevancia de la cultura se hizo presente en la creación del Instituto Nacional de Antropología e Historia, del Instituto Nacional de Bellas Artes y del Instituto Nacional Indigenista, de tal suerte que:

México fue el primer Estado nacional de Hispanoamérica que desarrolló una política de identidad cultural anclada en sus más remotos orígenes, y promovió una legislación avanzada para la protección del patrimonio de sus diferentes épocas históricas. Fue éste un programa dedicado al propósito de crear una cultura nacional reconocida dentro y fuera del país (Florescano, 2005: 35).

En este contexto, muchas fueron las consecuencias de la institucionalización de la arqueología. Por un lado, esta acción rompió con la posibilidad de crecimiento de las arqueologías regionales surgidas al amparo de museos o institutos locales –el caso michoacano en el primero o el yucateco en el segundo–, pues al condicionarse las “prioridades” al interés de una autoridad central, se provocó un grave desequilibrio que privilegió a ciertos lugares y personajes y, al mismo tiempo, en regiones enteras se sucedieron exploraciones clandestinas en el mejor de los casos y, en el peor, el saqueo. Esta primera etapa se conoce como una suerte de “época dorada”, en la cual los objetivos de la antropología se encontraron en armonía con la consolidación de un Estado fuerte cuya ideología nacionalista abrevó, como nunca, en un discurso que buscó la unificación, más discursiva que económica y social, de la heterogénea sociedad mexicana. Al respecto Javier Téllez señala:

Retomando una tradición proveniente desde la Colonia, la antropología mexicana hizo del mundo indígena la piedra angular sobre la cual construyó su actividad, principalmente a través de dos vías: el trabajo académico, que buscó definir de manera precisa la naturaleza de lo indígena tanto en el pasado prehispánico como en la actualidad, y la práctica indigenista, empeñada en la búsqueda de soluciones al llamado problema indígena (Téllez, 1987: 317).

Fue en este periodo cuando se consolidó la llamada “escuela mexicana de arqueología”, la cual se desarrolló entre 1940 y 1960 y se caracterizó por la exploración y restauración de los grandes asentamientos del México antiguo. Una vez que el Estado percibió los enormes beneficios que procuraban la restauración y reconstrucción de zonas monumentales, los recursos otorgados a

las instituciones encargadas de la investigación arqueológica fueron entregados específicamente a estas tareas:

No es casual que, en el arranque de la arqueología como disciplina, se confundieran las necesidades del Estado de reforzar la ideología de la nacionalidad con la reconstrucción del pasado, y las propias de la disciplina, que aun cuando ya conocía los límites de su objeto de estudio, pagaba su condición de estar subsidiada por el Estado (Noyola, 1987: 200).

La etnografía practicada por Luis Vázquez (2003) al interior de la comunidad arqueológica mexicana, intentó responder a la pregunta de si existía una relación mutuamente condicionante entre su estructura social y su estructura cognoscitiva, es decir, si su “ser social” ha determinado sus planteamientos, sus resultados o sus interpretaciones sobre la *Historia antigua de México*. Vázquez retomó buena parte de los argumentos desplegados por Manuel Gándara (1977) con relación a que la escuela mexicana de antropología habría mantenido una orientación culturalista-histórica, así como una tendencia a buscar y organizar listas de rasgos culturales, con el fin de explicar los desarrollos sociales a partir de dinámicas difusionistas. Vázquez comparte la visión de Gándara relacionada con la manera en la cual las tendencias teóricas de esta orientación habrían asimilado planteamientos de diversas escuelas, lo cual designa como “crecimiento por aglutinación”, mismo que dio como resultado un “conglomerado de paradigmas” (Vázquez, 2003: 52). El texto de Vázquez dedicó varios apartados a la discusión de los problemas heurísticos derivados de la falta de congruencia y claridad teórica de la arqueología mexicana y de la dificultad para generar modelos explicativos novedosos que permitan dejar atrás esta tendencia “aglutinante”. Esta suerte de estancamiento teórico dilató, de algún modo, el establecimiento de las prioridades de investigación y conservación, por lo cual sus directrices han cruzado por avatares diversos.

En suma, la arqueología como una disciplina científica enfrentó un ámbito de trabajo poco propicio al desarrollo teórico. Este desfase entre ambiciosos proyectos de restauración monumental y la interpretación científica provocó, con el tiempo, el violento cuestionamiento de los logros alcanzados por la reconstrucción masiva, toda vez que las reconstrucciones arquitectónicas no daban cuenta de los complejos desarrollos sociales detrás de los antiguos poblados indígenas. A ello se debe agregar que esta forma de entender el estudio del pasado hizo que las expresiones culturales prehispánicas del norte y de la mayor parte del occidente, fueran escasamente atendidas y estudiadas.

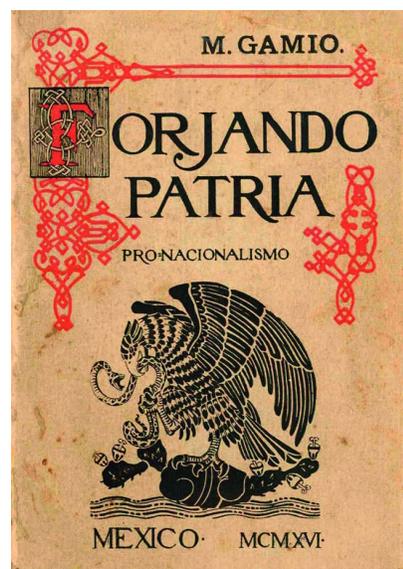


Imagen c. Portada del libro *Forjando Patria*, de Manuel Gamio (1960).



Imagen d. *Maclovía* (1948), película dirigida por Emilio Fernández. Fotograma de Luis Márquez Romay, Janitzio, Michoacán, México. **Fotografía** @ Gabriel Figueroa. Colección: Archivo División Fílmica.

El patrimonio. Entre la protección y la interpretación del pasado

Como respuesta a estas formas de entender la disciplina, personajes como Pedro Armillas y Ángel Palerm impulsaron la interpretación del pasado prehispánico a través de enfoques de influencia marxista y ambientalista. Esta corriente impulsó la aplicación de nuevas técnicas como la fotografía aérea y la utilización de laboratorios. En todo caso, fue evidente la existencia de dos corrientes que discuten cuáles son las metas concretas que debe atender la arqueología institucional.

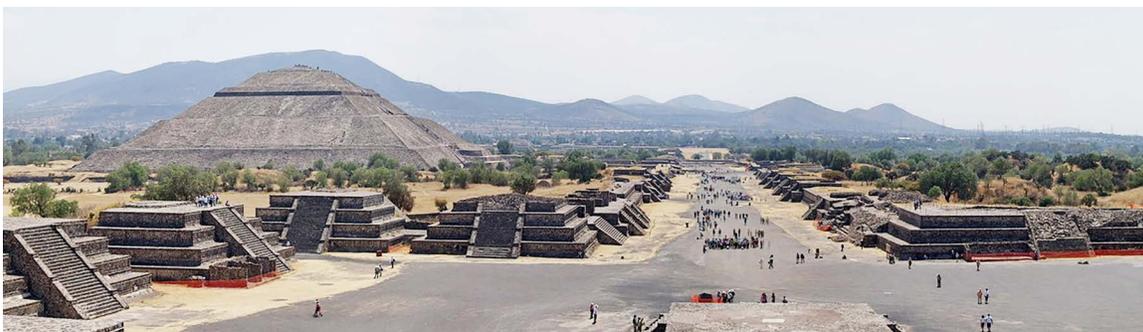


Imagen e. Misterio y grandeza de la ciudad de Teotihuacán, México. **Fotografía:** Antonio Quinzán [recuperado de: <https://www.viajesyfotografia.com/blog/las-misteriosas-piramides-de-teotihuacan>].



Imagen f. *Xochicalco*. El núcleo del sitio se localiza en el Cerro Xochicalco. En sus terrazas se construyeron plazas, templos y edificios administrativos. **Fuente:** Mediateca INAH.

Fue en la década de los sesenta cuando se inició el desarrollo de la arqueología de área, para la cual el trabajo arqueológico debe privilegiar la investigación e interpretación del pasado a través de proyectos de regiones completas que expliquen el poblamiento y desarrollos de los diferentes pueblos prehispánicos a lo largo del tiempo. Ello implicó no sólo la exploración de los espacios monumentales –asumidos como ceremoniales–, sino también de las áreas habitacionales existentes en sus cercanías y las dimensiones, ubicación y características de los pobladores rurales.

En algún momento estas corrientes confluyeron en un espacio y momento: el valle de Teotihuacán. En tanto los arqueólogos institucionales desarrollaron un enorme programa de exploración y restauración de Teotihuacán –la Calzada de los Muertos, el Quetzalpapalotl, la Plaza de la Luna–, se llevó a cabo el *Teotihuacan Mapping Project*, dirigido por el Dr. René Millon (1973) para el área urbana, así como el *Teotihuacan Valley Project* dirigido por el Dr. William T. Sanders para el área rural (1968). La finalidad del *Teotihuacan Mapping Project* fue la de situar las diferentes etapas de la ciudad, estableciendo sus áreas de expansión y contracción territorial, así como definir las diferentes etapas cronológicas que conformaron el desarrollo de la ciudad. Todo ello con la ayuda de fotografía aérea y la excavación de pozos de sondeo en áreas previamente establecidas. El resultado fue la confección de un detallado mapa de la ciudad que es, al día de hoy, la base de cualquier trabajo realizado en el sitio. El trabajo de Sanders, por otro lado, buscó establecer la base económica y social de la gran ciudad a través del comportamiento de su *hinterland* o su área de influencia. Debe decirse que, como resultado de estas labores, se sucedió una fuerte crítica a la arqueología dedicada a la reconstrucción de monumentos, así como la emergencia de

un grupo de arqueólogos nacionales que estableció la necesidad de instaurar marcos teóricos en la investigación arqueológica. En esta búsqueda de un nuevo paradigma en el cual se inscribiera el quehacer de la antropología, sin duda tuvo un impacto mayor el movimiento estudiantil de 1968.



Imagen g. Basamento a Ehécatl. Trabajos del Sistema de Transporte Colectivo Metropolitano. Fuente: Colección Carlos Villasana.

En este contexto sucede la promulgación de la *Ley Federal Sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas* (1972), la cual le otorgó al Instituto Nacional de Antropología e Historia una jurisdicción prácticamente total sobre el patrimonio arqueológico e histórico de la nación. Ello implicó la reorganización del instituto en cinco direcciones: Monumentos Prehispánicos, Monumentos Históricos, Museos, Centros Regionales y Administración. En virtud de que la Ley Federal Sobre Monumentos... señaló que el INAH era el encargado de la investigación, protección, conservación, restauración y recuperación de los monumentos arqueológicos, sus autoridades cayeron en la cuenta de que semejante labor implicaba, como una prioridad, el registro del total de los asentamientos prehispánicos no sólo de la Mesoamérica que cubría los estados del centro y sur de la república sino, incluso, de todo el país. Fue así como la reorganización consideró la creación de los centros regionales. Para los del norte y occidente, la visión resultó todo un suceso, pues una propuesta de investigación en sus regiones difícilmente podía competir contra proyectos propuestos para la zona maya o los “centros ceremoniales” del centro del país. La nueva estructura pretendía que las prioridades estuvieran definidas a partir de las necesidades y características propias de cada región para, posteriormente, proceder a las labores de registro del acervo patrimonial.

Sucedió que la creación de los centros regionales coincidió con el momento en el cual se disparó de manera evidente el crecimiento demográfico, mismo que expresaba el modelo de país sustentado por las élites en el poder, lo cual propició la expansión de la infraestructura industrial y de servicios básicos. Ello puso en el tapete de la discusión la urgente necesidad de recuperar las evidencias que los pueblos del pasado dejaron por prácticamente todo el territorio nacional. El ejemplo clásico ocurría en la Ciudad de México; su inusitado y escandaloso crecimiento multipli-

caba sus necesidades de infraestructura. La construcción del Sistema de Transporte Colectivo (Metro) se topó con la disyuntiva que se tradujo en la destrucción de las evidencias de los múltiples asentamientos humanos previos a la llegada de los españoles. Fue así como el salvamento y el rescate arqueológico en áreas urbanas acabó por sistematizarse en una labor que se multiplicaría necesariamente en las décadas siguientes.

Para tener una idea de lo que ha significado el crecimiento demográfico de México, es preciso señalar que el censo de 1960 indica que había 35 millones de mexicanos; para 1970, la población ascendió a 48 millones (esto es, en una década nacieron 13 millones de personas). Hacia 1980, contábamos con casi 67 millones de habitantes, 13 millones menos que en 1990 cuando la población sumó 81 millones. En el censo del año 2000, se contaban 97.5 millones de habitantes y para 2010, 112 millones. Finalmente, el censo de 2020 ofreció un conteo de 126 millones. Esto es, entre 1960 y el 2020 han nacido 91 millones de mexicanos (Hernández, 2004; INEGI, 2020). El impacto de esta población en términos de crecimiento y equipamiento urbano, en infraestructura sanitaria, educativa, de comunicaciones y demás, ha sido de proporciones prácticamente imposibles de sintetizar en este trabajo.

Año	Población total (millones)	Tasa de crecimiento	Población urbana (millones)	Porcentaje urbano respecto a la población total	Población rural (millones)	Porcentaje rural, respecto a la población total
1930	16.6	1.7	5.5	33.5	11.0	66.5
1940	19.7	1.8	6.9	35	12.8	65
1950	25.8	2.7	11	42.6	14.8	57.4
1960	34.9	3.1	17.7	50.7	17.2	49.3
1970	48.2	3.4	28.3	58.7	19.9*	41.3
1980	66.8	3.2	44.3	66.3	20.7	33.7
1990	81.2	2.0	58	71.3	23.2	28.7
2000	97.5	1.9	72.8	74.6	24.7	25.4
2010	112.3	1.4	86.3	76.8	26.1	23.2
2020	126	1.2	109.3	79	16.6	21

Cuadro 1. Población total, urbana y rural en México, 1930-2020. Tasa de crecimiento de la población y porcentaje de las poblaciones urbana y rural con respecto a la total. Fuente: INEGI, censos de población, 2020.

* A partir de 1970 se clasifica la población según el tamaño de la localidad. Esta tabla ha considerado como población rural la que vive en localidades con menos de 2 500 habitantes.

El cambio en las regiones y sus paisajes ha sido avasallador. En términos del estudio y la conservación del patrimonio cultural, se debe señalar que el salvamento arqueológico como progra-

ma interdisciplinario que abordaba una región completa susceptible de ser alterada o destruida en sus contextos culturales había tenido ya una experiencia inicial en la Presa de Infiernillo sobre el curso del río Balsas. El salvamento arqueológico efectuado entre 1963 y 1967 sentó las bases de lo que, posteriormente, sería una práctica usual en la construcción de infraestructura a todo lo largo y ancho de la república.⁴

La multiplicación del quehacer institucional tendría que –acorde con la magnitud de la tarea que implicaba atender la alteración de los contextos arqueológicos de toda la república– haber sido acompañado por las partidas presupuestales necesarias a las intervenciones. Acaso, previendo esta dificultad, la ley federal habría delegado el financiamiento de los rescates y salvamentos a las entidades públicas y privadas causantes de la destrucción de depósitos culturales. Tal acción se trajo, sin embargo, en un arma de doble filo. Las razones pueden ser resumidas en la siguiente cita:

Este tipo de trabajos fue producto de intereses ajenos al desarrollo de la arqueología; [toda vez que] impuso un cierto ritmo de trabajo y de reflexión que no se basó en el planteamiento de una reflexión teórica, sino que siguió un camino más bien inductivo: la urgencia de rescatar material en peligro de ser destruido impidió el estudio exhaustivo de los materiales en el lugar en que fueron encontrados lo que condujo a una visión incompleta (Coronado, 1987: 486).

El universo patrimonial y su protección

La creación de los centros regionales se dio, no era difícil advertirlo, como una acción preventiva de la institución. Era evidente que sus obligaciones y objetivos serían rebasados en el corto plazo. En la medida en que los arqueólogos de los centros llevaran a cabo labores de registro y protección de los remanentes arqueológicos de cada región, en esa misma medida se tendrían valiosos antecedentes que permitirían el establecimiento de prioridades tanto de protección como de investigación.

Este punto es, considero, un tema central en términos del quehacer institucional. Enrique Nalda señala que la ley de 1972 hace que el patrimonio arqueológico sea sopesado como materia prima para la construcción de una historia:

La idea de que hay que defender *todo*, pues todo constituye un dato, lleva implícita la pretensión de que existe *una* historia y de que ésta se encuentra al final de una larga acumulación de datos. [No obstante] lo que hay y habrá son historias particulares, desde discursos particulares y, aunque guardan una estrecha relación con la cantidad de información fáctica existente en el momento de sus respec-

4. No debe perderse de vista, de cualquier modo, que el primer “salvamento arqueológico” propiamente dicho ocurrió en el año de 1945 cuando se trabajó al interior de lo que posteriormente se transformó en el embalse de la Presa Solís, sobre el curso del río Lerma en las cercanías de Acámbaro, Guanajuato.

tivas producciones, no dependen irremediamente de ella [...] La defensa de, *el dato*, a ultranza no debe ser [por tanto] la base del enfoque del problema de la conservación del patrimonio arqueológico. Debe encontrarse la forma de ser selectivo sin incurrir en atropellos (Nalda, 1993: 133).⁵

Aquí surge la pregunta ¿qué debe ser defendido y protegido? ¿Qué debe ser investigado? Nalda pone el dedo en la llaga al resaltar el hecho de que ni la Ley Federal Sobre Monumentos... ni la Ley Orgánica del INAH establecieron un cuadro específico de prioridades y ha dejado en manos de la propia institución la orientación de sus políticas y acciones. Si entendemos que los contextos políticos suelen mudar de aires sexenio tras sexenio, y que los cuadros directivos son cambiantes, podemos entender la ausencia de directrices que hayan permitido diagnósticos y prioridades. Si tomamos en cuenta que cada investigador tiene ideas particulares respecto a lo que es importante y no lo es, nos encontraremos ante subjetivismos puros. Nalda resaltó que la colectividad de arqueólogos como ente laboral ha defendido la idea de que “todo es investigación”, impidiendo con ello el establecimiento de prioridades institucionales. Dicho argumento le parece más “un instrumento de defensa gremial que del patrimonio arqueológico”, pues la definición de parámetros, la ejecución de programas de trabajo y la construcción de caminos imaginativos para resolver la utilidad y permanencia del patrimonio requiere una sólida preparación profesional y un compromiso laboral manifiesto que, cada vez, menos investigadores asumen.

La necesidad primaria de evaluar la dimensión del patrimonio arqueológico llevó a la implementación del proyecto *Atlas Arqueológico Nacional*, planteado como una prioridad del Programa Nacional de Conservación del Patrimonio Arqueológico e Histórico de 1984. El mismo se dividió en tres etapas: la primera comprendió la recopilación bibliográfica, la fotointerpretación y la verificación de las zonas arqueológicas en campo; la segunda, el análisis de la información de expedientes técnicos de los sitios que requerían acciones inmediatas de protección, y la tercera, la investigación de temas específicos referidos a uno o varios sitios.⁶

El único atlas que pudo ser concluido a partir de criterios unificados y una metodología cuantitativa y cualitativa, ha sido el *Atlas arqueológico de Yucatán* (Garza y Kurjack, 1980). Los sitios fueron organizados a partir de categorías denominadas “rangos” que se enumeraron del I al IV. Las mismas fueron establecidas por los autores del atlas como “una base para interpretar relaciones sociales, políticas y económicas entre los antiguos asentamientos” (Garza y Kurjack, 1980: 18-19). La categorización se basó en la idea de que los sitios mayores, al momento de su mayor auge, dominaron a los sitios menores; en las áreas con sólo sitios menores, ninguno de ellos dominaba (Maldonado, 2010). Para esta clasificación se tomó en cuenta el volumen construido de los grandes edificios, la extensión del sitio y los datos históricos que quedaron en las fuentes sobre los antiguos

5. Cursivas en original.

6. Véase Cabrera *et al.* (1988).

asentamientos de Yucatán.⁷ Como se puede apreciar, la categorización respondió a una teorización relativa a los patrones de asentamiento prehispánicos, misma que pudo llevarse a cabo debido a las investigaciones previas en la región. El asunto es que este conocimiento previo no fue ni es una variable que encontremos en el resto de los estados y/o regiones de la república.

En el caso de Colima, podemos señalar que las labores del *Atlas arqueológico* (1984) concretaron, apenas, la primera etapa del proyecto (la recopilación bibliográfica, la fotointerpretación y la verificación de las zonas arqueológicas en campo). Su evaluación bibliográfica relativa a sitios de Colima que contaran con un número mínimo de datos señaló un total de 37, de los cuales 9 estaban bien localizados, 18 contaban con una ubicación probable y 10, aunque reportados, no podían ser situados en campo (Cabrera *et al.*, 1988). Es revelador el estado del registro de sitios existente para el occidente hacia fines de la década de los ochenta:

Los porcentajes indican que hay una gran cantidad de sitios que no pueden ser localizados confiablemente en las cartas, la información de los sitios de localización probable deberá ser por lo tanto contrastada con los resultados del análisis de fotografía aérea que se llevará a cabo en la fase siguiente, previa al trabajo de campo [...] En lo que se refiere a la definición del estado de conservación de los sitios arqueológicos, pocos son los autores que hacen referencia a este aspecto y más raros aun los que informan acerca de su grado de destrucción potencial debido al crecimiento de las construcciones urbanas [...] la carencia de información adecuada, aunada al hecho de que muchos informes de trabajos realizados en el área no se encuentran en los archivos han obstaculizado la realización de esta primera etapa del proyecto (Cabrera *et al.*, 1988: 68).

Una vez concluida la revisión bibliográfica, el proyecto llevó a cabo la fotointerpretación de toda la superficie del estado, a fin de tornar más efectiva y rápida la acción de localización de sitios a partir de marcar y ubicar ciertos parámetros observados en fotografías aéreas. Cubierta esta etapa, se envió a Colima a un equipo de estudiantes y un pasante de arqueología a realizar la verificación en campo de los “probables” asentamientos. Fue así que, al término de los reconocimientos, el equipo contabilizó un total de 278 sitios. Del porcentaje total, 93% mostraron evidencias de saqueo, 66% alteración por actividad agrícola, apenas 15% habrían sido afectados por procesos de urbanización y eso sí, 60% mostraban los estragos de servir como bancos de materiales (Serna, 1988: 9).

El señalamiento realizado a la metodología del proyecto atlas radicó en que su reconocimiento de área se basó en las evidencias en superficie, visibles en fotografía aérea, pasando por alto que en Colima los sitios con estas características son, fundamentalmente, tardíos (Olay, 1991). Al poco tiempo, sin embargo, los trabajos de rescate arqueológico dieron cuenta de la dificultad de delimitar sitios tempranos. Ello se debe en buena medida, al hecho de que el Valle de Colima

7. El autor menciona que la primera publicación del *Atlas arqueológico de Yucatán*, hacia 1980, ubicó 1 083 sitios arqueológicos; hacia 1988 se reportaron 1585 y hacia 2003, 2 035 sitios arqueológicos.

presenta un alto grado de traslape de evidencias materiales causadas por una clara superposición de ocupaciones en el tiempo. A este claro conflicto metodológico se agregó el hecho de que los saqueadores removieron y alteraron una buena cantidad de sitios, provocando modificaciones estratigráficas severas y la contaminación de los contextos que impiden, por un lado, registros arqueológicos claros y, por el otro, la imposibilidad de recuperar materiales orgánicos susceptibles de propiciar la datación de las asociaciones arqueológicas.

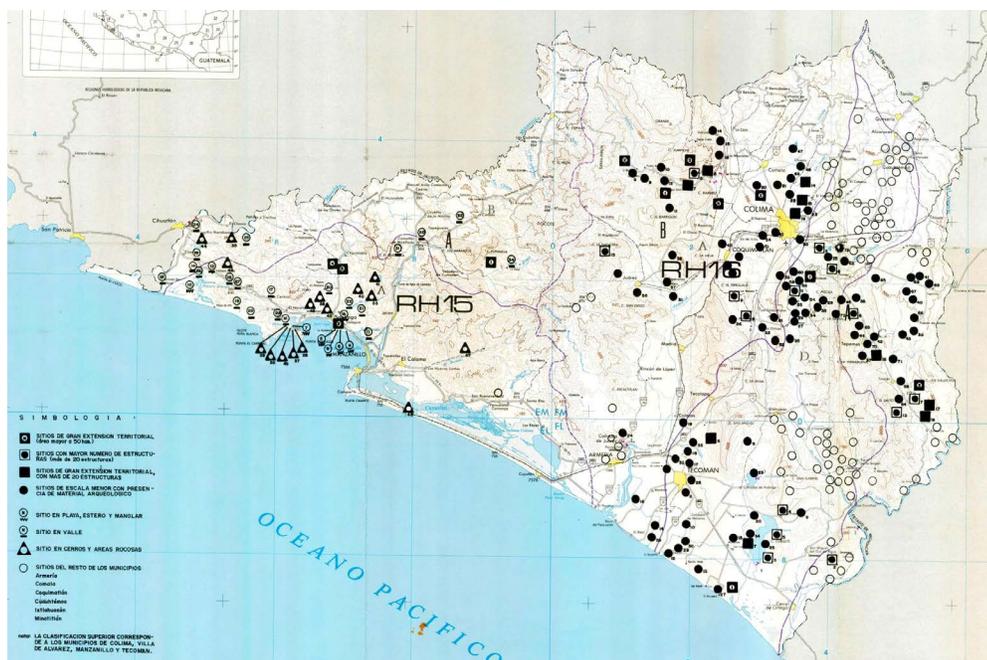


Imagen h. Atlas Arqueológico de Colima, plano elaborado por la Arq. Doris Correa con base en los datos del Proyecto Atlas Arqueológico Nacional (DRPMZAH-INAH), 1998.



Imagen i. Teotihuacán en 21 de marzo. Teotihuacán es una de las zonas más visitadas de México. Fuente: Archivo El Universal, 2011 [<https://archivo.eluniversal.com.mx/primer/36128.html>].

Por todas estas razones, el conocimiento arqueológico de la región tuvo avances significativos al terminar el siglo XX, no obstante, éstos son endeble. El desmesurado crecimiento urbano de la zona Colima-Villa de Álvarez ofrece claras evidencias de asentamientos no registrados por el proyecto atlas en virtud de tratarse de sitios con una disposición espacial no sólo alterada por las actividades de los habitantes contemporáneos, también por los antiguos pobladores del valle. ¿Cómo abordar el problema?

El inventario nacional

Otra de las tareas que ha sido abordada en los últimos tiempos es la construcción de la base de datos del acervo patrimonial de la nación, no sólo los bienes muebles e inmuebles arqueológicos, sino un medio que integra una amplia gama de bienes culturales y naturales.⁸ La creación del Sistema Único de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas e Históricas (echado a andar hacia principios de 2010), permite la inscripción del patrimonio cultural vía internet. Este sistema digital:

Se trata de un instrumento de gran utilidad que sintetiza la experiencia del INAH, acumulada durante años en materia de registro, que permitirá tener un mayor conocimiento y control sobre el patrimonio cultural tangible. Esta herramienta informática servirá también para la elaboración de diagnósticos sobre el estado de conservación de los bienes, establecer medidas para su protección y hacer una detección eficaz de piezas relacionadas con el tráfico ilícito [...] La inscripción pública proveerá a cada uno de estos bienes de una especie de cédula de identidad, que antes se consignaba en libros; ahora se inscribirá mediante folio real, es decir, con un número de identificador único e irrepetible.⁹

En suma, se inició el ordenamiento de un enorme volumen de información acumulado durante décadas de investigación, inventario y registro de bienes culturales. Para tener una idea del tamaño del reto que enfrenta esta tarea, habrá que señalar que se calcula, a través de los diversos registros elaborados hasta ahora, que:

En México, para el 2015, se calculaban 47 934 sitios arqueológicos registrados, once mil inmuebles de carácter histórico, más de doscientos mil objetos de los siglos XVI al XIX; cerca de un millón ochocientos mil bienes muebles arqueológicos, doscientos mil paleontológicos, un millar de bienes de transporte marino, cuatro millones de documentos bibliográficos, doscientas mil fotografías del siglo XIX (Espinosa, 2016: 241).

Un cálculo más relativo se aprecia en las colecciones biológicas, que abarcan desde los restos

8. La adenda realizada en el año de 1986 a la Ley Federal Sobre Monumentos... incluyó la competencia del INAH en las acciones de registro y protección del patrimonio paleontológico.

9. Véase página electrónica del diario *El Economista*: "INAH estrena sistema de registro de bienes culturales" (11 de marzo de 2011). Recuperado de: <<https://www.economista.com.mx/arteseideas/INAH-estrena-sistema-de-registro-de-bienes-culturales-20110311-0080.html>>.

humanos (cerca de 25 mil individuos y más de 9 mil cajas de material procedente de osarios), colecciones arqueozoológicas que suman aproximadamente 50 mil elementos y de acervos arqueobotánicos que se acercan a las 20 mil unidades.¹⁰

Esta enumeración da cuenta del tamaño del desafío que enfrenta el INAH y, en este sentido, se considera importante recuperar lo anteriormente señalado por Enrique Nalda:

Lo que resulta necesario es construir una base de referencia que permita hacer distinciones en el espectro que va desde lo imprescindible y humanamente posible, hasta lo que debemos aceptar como marginal e imposible de defender (Nalda, 1993: 134).

Muchos de nosotros estaremos de acuerdo con este autor cuando establece que, “frente a la riqueza arqueológica del país, cualquier presupuesto para su defensa resulta insignificante” (Nalda, 1993: 138). La ruta crítica que plantea para establecer las tan necesarias prioridades institucionales serían:

Tener conocimiento detallado de la magnitud y características individuales de ese patrimonio [para ello] deberá emprenderse la regularización de la tenencia de la tierra en los sitios abiertos al público, por otro lado, deberán crearse condiciones de defensa adecuada para estos y otros sitios importantes aún sin explorar y sin vigilancia. Es necesario aceptar realidades, no desgastarse en “casos perdidos” y utilizar la energía disponible no tanto en remediar sino en prevenir [...] uno de los problemas a que va a enfrentar un posible programa de conservación será la inexistencia de normatividad sobre la definición de límites espaciales para proteger las zonas de monumentos (Nalda, 1993: 138).

Cabe mencionar que el texto que he venido refiriendo fue elaborado hacia principios de la década de los noventa. De entonces a la fecha, la población mexicana se ha incrementado en 45 millones de habitantes, misma que ha incentivado el crecimiento de ciudades medias a todo lo largo y ancho de la república elevando el valor de la tierra, presionando los cambios de uso de suelo y deteriorando de manera acelerada tanto el patrimonio natural como cultural. El diagnóstico elaborado por Nalda procuró enumerar algunas soluciones:

Es necesario que el INAH cree un grupo especial que se encargue de realizar todas las etapas que deban cubrirse para lograr soluciones acabadas: desde la construcción de la normatividad, el análisis de patrones de asentamiento y los estudios de condiciones económicas y políticas en las áreas susceptibles de afectación, hasta la negociación de las condiciones previas a la expedición de decretos

10. *Idem.*

y declaratorias [...] deberá inducirse la discusión académica en seminarios sobre análisis espacial, además de promoverse los estudios regionales. Es necesario demostrar y subrayar que a partir del trabajo asociado a la recuperación de sitios, es posible realizar investigaciones de alto nivel académico, especialmente estudios de dinámica poblacional y de procesos adaptativos [...] deberá favorecerse la desconcentración del trabajo de conservación e investigación del patrimonio arqueológico [...] preparar cuadros para los centros regionales con la idea presente de que a corto plazo en el centro sólo debe localizarse la normatividad y la coordinación general y de que debe dejárseles la ejecución de estas tareas de acuerdo con estrategias y objetivos secundarios propios (Nalda, 1993: 135-139).

Las directrices internacionales relativas a la conservación del patrimonio

Rocío Arroyo Belmonte señala que como consecuencia de la implementación de los modelos neoliberales en el mundo, creció la preocupación por visualizar y cuantificar los resultados de las funciones estatales:

En términos generales, se empieza a hablar de la capacidad estatal como la habilidad de las organizaciones para desempeñarse en sus tareas en forma eficiente, efectiva y sostenible (Hilderbran y Grindle, 1994, citado en Arroyo, 2020: 50).

Es fácil reconocer el lenguaje que ha venido utilizando la administración pública en México por lo menos desde la década de los noventa del siglo pasado, en el cual se alojan expresiones que se equiparan a un discurso gerencial en el cual:

Las capacidades estatales refieren a la habilidad de los individuos, grupos, instituciones y organizaciones enfocados en identificar y resolver problemas a lo largo del tiempo, apuntando así a la coordinación e interdependencia de actividades del aparato del Estado, con la sociedad civil y el mercado (Arroyo, 2020: 50).

Basta con observar las fechas en las cuales se impulsó el Proyecto Atlas Arqueológico Nacional para entender que el INAH fue impelido a informar el resultado de sus proyectos de investigación y dar cuenta del estado que guardaban sus bases de datos y entidades administrativas.

A la par del enfoque gerencial solicitado a las diversas instituciones que componían el Estado mexicano, se sucedió el fenómeno de la globalización, el cual tocó de manera determinante al patrimonio cultural de México. Después de la devastación provocada por la Segunda Guerra Mundial en una enorme cantidad de ciudades europeas, se sucedieron diversas iniciativas destinadas a elaborar protocolos de protección de lo que se fue definiendo como “herencia cultural”. La fundación de la Unesco fue fundamental para desarrollar instrumentos internacionales –convenciones,

recomendaciones– destinados a conceptualizar y proteger los bienes culturales a partir de definiciones universales.¹¹ Por sus características, el INAH creó la Dirección de Patrimonio Mundial y dada su pertenencia a la Convención de Patrimonio Mundial, se encarga de normar los expedientes correspondientes y demás requerimientos establecidos por la Unesco (Espinosa, 2016: 38).¹²

Guadalupe Espinosa señala que cuando Teotihuacán fue inscrita en la lista de Patrimonio Mundial de la Humanidad, hacia 1987, no era indispensable presentar un plan de manejo ante la Unesco. Su implementación derivó de que el organismo “se percató de que era imposible monitorear el trabajo de sitios arqueológicos patrimoniales, dada la ausencia de un instrumento de planeación y ejecución” (Espinosa, 2016: 198). Así, para la década de los noventa fue necesario establecer planes de gestión o manejo de estos espacios (Espinosa, 2016: 245-274).

La visibilidad que alcanzó el patrimonio arqueológico de México a partir de sus primeras declaratorias, procuró la creación de la Dirección de Seguimiento y Operación de Sitios y Zonas Arqueológicas, la cual no sólo coadyuvaría en la implementación de estrategias para el correcto mantenimiento de las zonas arqueológicas abiertas a la visita pública, también desarrollaría la propuesta de un Plan de Manejo para la Zona Arqueológica de Monte Albán, misma que se convertiría en un modelo de gestión para los sitios designados como Patrimonio Mundial en México (Robles, 1996, 2002).

La implementación de los planes de manejo ha enfrentado escenarios complicados debido, en buena medida, a los rezagos existentes fundamentalmente en temas como la tenencia de la tierra, el crecimiento de las comunidades aledañas o existentes al interior de las poligonales de protección de las zonas arqueológicas, y la ausencia de una política de difusión que hubiera paliado el borramiento de la historia prehispánica de la educación básica en el país.

A partir de la implementación de los planes de manejo en los sitios patrimoniales, se procuró replicarlos en el resto de zonas arqueológicas abiertas a la visita pública mediante un Plan de Manejo Integral (los 11 sitios declarados Patrimonio Mundial); un segundo Plan de Manejo y Conservación (48 sitios que cuentan con declaratoria federal) y un Plan de Desarrollo y Operación (128 sitios tan sólo inscritos a la Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas) (Espinosa, 2016: 244).

El uso social del patrimonio en nuestros días

En esta discusión sobre la relevancia del patrimonio y las maneras en la cuales se podrá garantizar su conservación, existe una fuerte corriente que enuncia la necesidad de que sea la sociedad la que construya, desde sus particulares necesidades, una relación directa con su capital cultu-

11. Para una revisión de este interesante proceso se puede consultar la magnífica síntesis elaborada por Juan Manuel Álvarez Pineda (2019).

12. La Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural fue aprobada el 16 de noviembre de 1972 en París; para el año de 1978, la ciudad de Quito fue la primera ciudad en ser declarada Patrimonio Cultural de la Humanidad (Espinosa, 2016: 36).

ral. No puede soslayarse, sin embargo, que la sociedad de nuestros días no es la misma que existía cuando se creó el INAH ni cuando se promulgó la Ley Federal Sobre Monumentos... El crecimiento poblacional, el desarrollo y peso de los medios de comunicación, el inevitable cariz consumista del modelo económico y los cambiantes patrones de prestigio que promueven, han modificado enormemente las aspiraciones de una sociedad cada vez más alejada del nacionalismo impulsado por los primeros gobiernos surgidos de la Revolución Mexicana.¹³

Al respecto, Néstor García Canclini señala que los conceptos que se ocupan del patrimonio son de orden conservacionista en el que predominan los criterios de los restauradores, los arqueólogos y los historiadores. El discurso económico que pugna por la “sustentabilidad” de patrimonios culturales y naturales, ha impuesto, sin embargo, otros términos: turismo, desarrollo urbano, mercantilización, comunicación masiva. Estos términos “son mencionados casi siempre como adversarios del patrimonio” (García, 1993: 41). A ello se debe agregar que los “usos” de los bienes patrimoniales son diferentes: García Canclini ha desarrollado ampliamente una de las premisas enunciadas por Florescano, esa que enuncia que las élites son las que establecen qué debe ser conservado y qué es relevante en término del discurso que lleva implícito. Establece, además, que si bien el patrimonio sirve para unificar a una nación:

Las desigualdades en su formación y apropiación exigen estudiarlo también como espacio de lucha material y simbólica entre las clases, las etnias y los grupos [...] En la actualidad las diferencias regionales o sectoriales, originadas por la heterogeneidad de experiencias y la división técnica y social del trabajo, son utilizadas por las clases hegemónicas para obtener una apropiación privilegiada del patrimonio común (García, 1993: 43-44).

La socialización del patrimonio debe, en este ámbito, transformar su objeto de estudio y trascender la mera actividad de “rescatar” los bienes muebles e inmuebles “auténticos”, con la finalidad de esclarecer y delimitar aquellos que son “culturalmente representativos”. Al respecto, García Canclini establece que:

La investigación, la restauración y la difusión del patrimonio no tienen por fin central perseguir la autenticidad o restablecerla, sino reconstruir la verosimilitud histórica [...] toda operación científica a pedagógica sobre el patrimonio es un metalenguaje, no hace hablar a las cosas sino que habla de y sobre ellas [...] El museo y cualquier política patrimonial debe tratar los objetos, los edificios y las costumbres de tal modo que, más que exhibirlos, hagan inteligibles las relaciones entre ellos, propongan hipótesis sobre lo que significan para quienes hoy lo vemos y evocamos (García, 1993: 60).

13. Los últimos, de tendencia claramente neoliberal, han revertido de manera evidente los referentes de identidad.

Para García Canclini, la conservación del patrimonio no tiene por qué ser un asunto de especialistas (investigadores, funcionarios), debe ser tarea de campesinos, migrantes, indígenas y de todos esos sectores “cuya identidad suele ser trastocada por los usos hegemónicos de la cultura” (García, 1993: 60-61). A partir del enorme crecimiento demográfico y de la profundización de un modelo de capitalista neoliberal, la sociedad mexicana se ha transformado en un mosaico heterogéneo de grupos sociales cada vez más alejados entre sí y desarrollado la necesidad de construir sus propios referentes de identidad. Es por ello que, desde esta perspectiva:

Pese a la enorme importancia que aún tiene la preservación y defensa, el problema más desafiante es ahora el de los usos sociales del patrimonio. En él, es necesario concentrar los mayores esfuerzos de investigación, conceptualización y política cultural (García, 1993: 48).

La ideología surgida del movimiento revolucionario de 1910, aquella que tuvo como objetivo la construcción del Estado nacional a partir del reconocimiento de nuestra identidad, se ha tornado difusa y confusa. La globalización cultural impulsada por poderosas fuerzas económicas ha venido desmontando y socavando el entramado político y social construido durante las primeras ocho décadas del siglo XX. No obstante, a diferencia del proyecto de nación impulsado en ese periodo, el nuevo modelo carece de una línea ideológica clara. La construcción de la llamada “aldea global” cruza por un modelo de producción y consumo, en el cual las sociedades son inducidas a adherirse a modas estructuradas en el prestigio que supone consumir una marca y participar de un comportamiento social orientado por la propaganda de los medios de comunicación. En este contexto, ¿cuál es el papel del patrimonio cultural? ¿Cuál la relevancia del pasado, la identidad y las herencias sociales?

Las respuestas se encuentran en camino de ser enunciadas y definidas con mayor claridad. Se puede afirmar que casi todos enfrentamos las consecuencias de estos cambios, principalmente en términos del daño ecológico que ha supuesto la explotación sin medida de recursos forestales, acuíferos y mineros. A la conservación de bienes patrimoniales de orden cultural se debe agregar la necesidad de proteger a las numerosas especies animales y vegetales que enfrentan inéditas formas de explotación. El tamaño del reto es de tal magnitud que las políticas de conservación y gestión del patrimonio deben integrar a la sociedad en las tareas de su protección, estudio e interpretación. En este sentido, considero que las investigaciones realizadas deben socializarse utilizando de manera creativa las nuevas tecnologías. A la par, esta información debe ser integrada de manera constante a los sistemas de enseñanza básica, de modo tal que este conocimiento forme parte del imaginario simbólico de las nuevas generaciones de mexicanos y, de este modo, se recupere un tejido social que permita reconocerlo común y compartido. Nuestro difícil presente y nuestro poco esperanzador futuro se explica en un pasado que debe ser conocido y confrontado.

Bibliografía

- Álvarez Pineda, Juan Manuel (2019). *La protección del patrimonio cultural en el proceso de desarrollo en México, perspectivas arqueológicas desde la planeación* (Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales). Colegio de Michoacán, Zamora.
- Arroyo Belmonte, Rocío (2020). "El estudio de la participación del Estado en el caso de la zona arqueológica de Monte Albán como patrimonio de la humanidad". *Figuras. Revista académica de investigación*, 1(2) (pp. 48-69).
- Benjamín, Walter (2008). "Sobre el concepto de historia". *Obras*. Madrid: Abada Editores.
- Brading, David. A. (1973). *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. México: Secretaría de Educación Pública.
- Cabrera, Martha (et al.) (1988). "Avances del Proyecto Atlas Arqueológico Nacional en el Occidente de México". En *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el Centro Occidente de México. Memoria* (pp. 51-68). México: INAH/Centro Regional de Querétaro.
- Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión (1972). *Ley Federal Sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas* [última reforma publicada, DOF: 16-02-2018]. Recuperado de: <http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/131_160218.pdf>.
- Coronado, Gabriela (1987). "El final de una historia inconclusa". En García Mora, Carlos (coord.). *La antropología en México. Panorama histórico*, Vol. 2 (pp. 439-522). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- El Economista* (11-03-2011). "INAH estrena sistema de registro de bienes culturales". *El Economista*. Recuperado de: <<https://www.economista.com.mx/arteseideas/INAH-estrena-sistema-de-registro-de-bienes-culturales-20110311-0080.html>>.
- Espinosa Rodríguez, María Guadalupe (2016). *Estrategias y gestión para la conservación del patrimonio arqueológico en México* (Tesis de Doctorado en Sociedad y Cultura: Historia, Antropología, Arte y Patrimonio). Universidad de Barcelona, Barcelona.
- Florescano, Enrique (comp.) (1993). *El patrimonio cultural de México*. México: FCE/Conaculta.
- ____ (2005). "El patrimonio nacional: valores, usos, estudios y difusión". En *Patrimonio cultural y turismo. Cuadernos 3. Pensamiento acerca del patrimonio cultural. Antología de textos* (pp. 33-44). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- ____ (2011). "Preámbulo". En Escalante Gonzalbo, Pablo (coord.). *La idea de nuestro patrimonio histórico y cultural*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Gándara, Manuel (1977). *La arqueología oficial mexicana. Problemas y alternativas* (Tesis de Maestría en Ciencias Antropológicas). Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- García Canclini, Néstor (1993). "Los usos sociales del patrimonio cultural". En Florescano, Enrique (comp.). *El patrimonio cultural de México* (pp. 41-62). México: FCE/Conaculta.
- Garza Tarazona, Silvia y Kurjack, Edward B. (1980). *Atlas Arqueológico del Estado de Yucatán*. México: INAH/SEP.
- González, Luis (1991). *El oficio de historiar*. México: El Colegio de Michoacán.

- Hernández Laos, Enrique (2004). *Desarrollo demográfico de México. 1970-2000-2030*. México: Consejo Nacional de Población.
- Hobsbawm, Eric (1998). *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica / Grijalbo Mondadori.
- Hilderbrand, Mary y Grindle, Marilee (1994). *Building Sustainable Capacity: Challenges for the Public Sector*. Cambridge: Harvard Institute for International Development, Harvard University.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (2020). *Censo General de Población y Vivienda*. México: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
- Maldonado, Rubén (septiembre de 2010). *Las zonas arqueológicas del Estado de Yucatán, presente y futuro*. Trabajo presentado en el *Primer Congreso sobre Patrimonio Cultural*, Mérida.
- Nalda, Enrique (1993). "Elementos para la elaboración de una política de conservación del patrimonio arqueológico". En Florescano, Enrique (comp.). *El patrimonio cultural de México* (pp. 129-144). México: FCE/Conaculta.
- Noyola Rocha, Jaime (1987). "La visión integral de la sociedad nacional (1920-1934)". En García Mora, Carlos (coord.). *La antropología en México. Panorama histórico*, Vol. 2 (pp. 133-220). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Olay Barrientos, María Ángeles (1991). "La conservación del patrimonio arqueológico. Algunas propuestas para el Valle de Colima". *Barro Nuevo* (6), pp. 6-15.
- Olivé, Julio César (1980). "Reseña histórica del pensamiento legal sobre arqueología". En Litvak, Jaime (et al.) (ed.). *Arqueología y derecho en México* (pp. 19-46). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pani, Erika (2011). "Los viajeros decimonónicos y la definición de lo nuestro". En Escalante, Pablo (coord.). *La idea de nuestro patrimonio histórico y cultural* (pp. 27-41). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Robles García, Nelly (1996). *The management of archaeological resources: Oaxaca, a case study*. Atenas: Universidad de Georgia.
- Robles García, Nelly (2002). "El seguimiento del estado de conservación de Monte Albán". *Revista Hereditas*, pp. 4-5.
- Semo, Enrique (1978). "Los cien días: la aristocracia criolla y la independencia". En *Historia Mexicana. Economía y lucha de clases* (pp.195-213). México: Ediciones Era.
- Serna, Rosalío (1988). "Informe Atlas Arqueológico de Colima" (pp. 9). [Mecanoescrito]. Archivo Centro INAH Colima.
- Téllez, Javier (1987). "La época de oro, 1940-1964". En García Mora, Carlos (coord.). *La Antropología en México. Panorama histórico. Los hechos y los dichos (1880-1986)*, Vol.2 (pp. 291-338). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Valdés Rodríguez, José de Jesús (1982). *La protección jurídica de los monumentos arqueológicos e históricos de México*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Vázquez León, Luis (2003). *El Leviatán Arqueológico. Antropología de una tradición científica en México*. México: Ciesas / Miguel Ángel Porrúa.

Los orígenes de la población negra y mulata en Colima virreinal: una investigación en proceso

María Irma López Razgado*

ISSN: 2007-6851

p. 32-p. 62

Fecha de recepción del artículo: octubre de 2019

Fecha de aceptación: octubre de 2021

Título del artículo en inglés: *The origins of the black and mulatto population in viceregal Colima. Work in progress.*

Resumen

Colima, situada en la parte media de la costa del océano Pacífico, fue una de las primeras villas fundadas por los españoles en 1523, quienes comenzaron a colonizar y a transformar el territorio con los pueblos originarios; la población se vio enriquecida con la llegada forzada de esclavos africanos y asiáticos. En este artículo se hace una revisión de los avances de algunas obras publicadas en torno a las poblaciones de origen africano (afrodescendientes) en el occidente de México, para dar cuenta de cómo durante la época virreinal, la población fue creciendo en número y dando lugar a un mestizaje de carácter multiétnico y heterogéneo. El objetivo del texto es evidenciar la presencia de los afrodescendientes en la Villa de Colima, así como el papel que jugó esta población dentro de la organización social y económica de la misma, y con ello brindar información sobre la presencia de la población mulata en Colima y su herencia cultural.

Palabras clave: Villa de Colima, afrodescendientes, población, mestizaje.

Abstract

Colima, located in the middle part of the Pacific Ocean coast, it was one of the first villages founded by the Spanish in 1523, which began to colonize and transform territory with native peoples. In addition, the population was enriched by the forced arrival of African and Asian slaves. The article reviews the progress of some published works on populations of African origin (Afrodescendants) in western Mexico, to account for how during the 18th Century, the population grew in number and gave rise to a multiethnic and heterogeneous miscegenation. The purpose of the article is to show the presence of Afro-descendants in the Villa de Colima, as well as the role played by this population within the social and economic organization of the village, and thus provide information on the presence of the mulatto population in Colima and its cultural heritage.

Keywords: Villa de Colima, Afro-descendants, population, mestizaje.

* Centro INAH Colima (nanishe@hotmail.com).

Introducción

Colima está situado en la parte media de la costa sur del océano Pacífico, lo que antes se conocía como la Mar del Sur. En 1523, fue una de las primeras villas fundadas por los españoles y, a partir de entonces, surgieron diversas transformaciones en los pueblos originarios que afectaron tanto en la economía como a nivel social y religioso en la Villa de Colima, además la sociedad comenzó a desarrollarse e integrarse de manera diversa.

Vinieron castellanos, vascos, andaluces, catalanes, y con ellos portugueses, genoveses, flamencos; los nuevos habitantes de estas tierras trajeron de África angoleños, bereberes, congolese, zapas y gente de otras muchas poblaciones no registradas, cada uno con su propio bagaje cultural. También del Oriente llegaron a Colima los filipinos, llamados *indios chinos* (Reyes, 2001: 81).

Así fue como, junto con la población indígena local, se fueron conformando los cimientos de la futura sociedad colimense y su cultura. Desde su fundación, Colima fue una alcaldía mayor dependiente, en lo judicial, de la Real Audiencia asentada en la Ciudad de México, lo que propició, desde un inicio, cierta marginación por su lejanía y los malos caminos que la unían con el centro. Por esta razón, José Miguel Romero le denominó “el Finisterre novohispano”, término que después fue retomado por muchos autores para hablar de un espacio de peligro latente para sus habitantes.

Fue hasta el siglo XVIII cuando las autoridades centrales virreinales pusieron atención a la provincia de Colima, pues a partir de las reformas borbónicas hubo varios cambios referentes al territorio, tanto en la parte religiosa como en la administrativa. En la visita del conde de Revillagigedo se levantó un padrón entre 1791 y 1793, el cual reportó “catorce mil almas, de las cuales 2 205 eran españoles, castizos y mestizos y 2 109 pardos o mulatos, sin contar a los indígenas” (Nettel, 1992: 19). Al conocer el resultado del padrón, algunos estudiosos de Colima se preguntaron cómo es que hubo tanta población mulata y parda, y cómo un sector de la sociedad con tal presencia había sido olvidado en la construcción de la historia del territorio. Aunque las respuestas a estas incógnitas no fueron la prioridad de muchos investigadores, comenzaron a producirse trabajos que de manera secundaria tomaban en cuenta a esta población o que se centraron en visibilizar diferentes aspectos de la vida negra y mulata en el territorio que hoy es Colima. Así, este documento repasará los diferentes textos historiográficos en torno a la población de origen africano y sus afrodescendientes, con el fin de evidenciar su presencia en la Villa de Colima, así como el papel que este grupo jugó dentro de la organización social y económica de la misma. Estos datos podrán servir como punto de partida a otros investigadores que quieran dar luz a la fuerte presencia de la población mulata en Colima y, por lo tanto, a su herencia cultural.

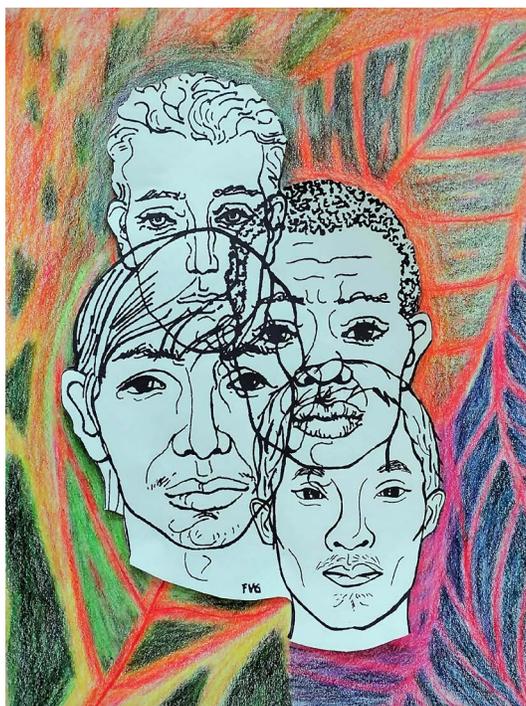


Imagen 1. *Nuestras raíces de Colima: población originaria, europeos, africanos y asiáticos. Ilustración © Elizabeth Vázquez Plaza a partir del dibujo de Francisco Vázquez Guzmán, 2023.*

En busca de una metodología

Existe cuantiosa información relativa a Colima tanto de fuentes primarias inéditas como de investigaciones, en especial para el siglo XVIII. Faltan, sin embargo, estudios especializados sobre el tema de los afromestizos, hoy llamados afrodescendientes: la indagación de cuándo llegaron los primeros esclavos de origen africano o su procedencia, sus actividades y su participación en los diferentes aspectos sociales, religiosos y económicos de la vida cotidiana, por mencionar un par.

El trabajo con fuentes primarias se inició en el Archivo Histórico del Municipio de Colima (AHMC) y el Archivo Histórico del Estado de Colima (AHEC). El primero tiene un gran avance en sus inventarios, aunque para localizar en sus documentos a la población afrodescendiente fue necesaria una revisión meticulosa, utilizando como apoyo el cruzamiento con otras fuentes primarias como padrones religiosos y civiles.

En el caso del AHEC, la búsqueda se inició foja por foja, quizá un método poco convencional que, sin embargo, permitió el encuentro de datos de gran relevancia sobre la población de origen africano; algunos de ellos, por ejemplo, trabajaron como mercaderes, intérpretes, pregoneros, vaqueros, salineros, agricultores, arrieros y mayordomos en los trapiches de la localidad; según esta fuente, un número reducido trabajó como servidumbre en conventos y viviendas de españoles. En estos documentos se evidencia que, en el siglo XVII, un alto porcentaje de la población

negra era originaria de Angola, aunque probablemente muchos fueron trasladados desde la provincia de Valladolid y de la Nueva Galicia, como se muestra en el padrón de Revillagigedo a finales del siglo XVIII. Otras fuentes históricas refieren que quizá llegaron por la Mar del Sur (actualmente puerto de Manzanillo-Salagua), trasladados por pequeñas barcas o canoas desde el puerto de Acapulco, tal como lo testifican algunos mercaderes. Otros, quizá, se trasladaban por tierra como Juan de Aguilar, arriero quien en octubre de 1612 declaró:

[...]que fleta a Francisco de Villarroel, diez mulas de su recua para llevar al puerto de Acapulco “las cargas que se le dieren” [no se especifica el tipo de carga o mercancía], aviadas y con la gente y arrieros que fueren necesarios para cumplir el encargo “dentro de los veinte y cuatro días primeros siguientes de la fecha”; Villarroel acepta pagar el flete a razón de 14 pesos y medio por cada mula, y lo hará en Acapulco dentro de los tres primeros días posteriores a la llegada de la recua (AHEC, 1612, caja 8, carpeta 9, 1 f.).

Con la consulta de estos archivos y sus documentos históricos relativos a las poblaciones afrodescendientes en la Villa de Colima, se advierte que fue una población más amplia de lo que se creía; ante tal revelación, se emprendió la búsqueda y lectura de fuentes secundarias. Es importante hacer hincapié en que, aunque la historia local hace medianamente visible su presencia, también se observa que se ha limitado la exposición de las aportaciones que dejó la población de origen africano en Colima. Con el apoyo de las fuentes primarias y los autores que se han dado a la tarea de analizar distintos aspectos de historia de la vida social de Colima, en la presente historiografía se pueden visibilizar algunas de las manifestaciones históricas, culturales y sociales que han dejado.

Balance historiográfico de los siglos XVI y XVII

Después de que en 1946 Gonzalo Aguirre Beltrán resaltara la presencia de población de origen africano en México, surgieron algunos trabajos en torno al tema en diferentes congresos a nivel nacional¹ alrededor de la década de los noventa. En los últimos veinte años, la Coordinación Nacional de Antropología del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CNAN-INAH), a través del Programa Nacional de Investigación Afrodescendientes y Diversidad Cultural, ha desarrollado un trabajo de investigación destacado que ha dado paso a publicaciones, diplomados y foros que evidencian la presencia cultural de afrodescendientes en muchos rincones de México. Cabe mencionar que dicho programa sigue vigente arrojando buenos resultados.

1. Véase Carvajal (1997), Martínez y Reyes (1993), Martínez (1994).

Para el caso de Colima, es José Miguel Romero de Solís quien desde que se le nombró director del AMHC, en 1985, inició una ardua labor para la conservación, sistematización y difusión de toda la documentación histórica encontrada en el acervo. Se inició limpiando, fumigando, organizando, sistematizando y después buscando un espacio digno para el fondo histórico de la época virreinal y del siglo XIX y XX.

Una vez que el nuevo edificio estuvo listo y disponible, inició una labor editorial importante para la historiografía colimense con la edición de la serie *Pretextos, textos y contextos* que, desde 1992, ha publicado varios números con diversas investigaciones, muchas de las cuales provienen de documentos de difícil acceso. Varios números están conformados con avances de investigación de Colima y su región, ediciones quizá muy poco conocidas por la academia a nivel nacional.

Al mismo tiempo, Romero de Solís se adentra en el mundo de la paleografía del siglo XVI de una manera disciplinada y acuciosa que le permitió ir conociendo, a través de los documentos, a todos y cada uno de los individuos que llegaron, conquistaron y poblaron la Villa de Colima de 1523 a 1600. La culminación de ello es su obra *Andariegos y pobladores. Nueva España y Nueva Galicia (siglo XVI)*, una extensa bibliográfica histórica del occidente de México, publicada en 2001 y consulta necesaria para todos los estudiosos de los pobladores de la región, que cuenta con un registro alfabético de conquistadores, alcaldes, clérigos, encomenderos, mineros, mercaderes, entre otros.

En esta obra destacamos a los esclavos negros y mulatos de los que se reseña su origen, procedencia y el lugar donde estaban concertados, así como su costo –el cual oscilaba entre los 500 y 600 pesos en oro o 200 pesos de oro en el caso de un negrillo o mulatillo, es decir, de un infante–. En los datos expuestos se evidencia que el precio variaba de acuerdo con su edad; cuando tenían entre 20 a 25 años, por ejemplo, su precio era de 480 pesos más o menos. En esta misma publicación se detalla la vida de algunos mulatos, por lo que resulta un documento muy valioso.

Nombre	Año	Localización
Juan, bozal	1551, natural de Cazonga, vendido en 216 pesos de oro de minas.	(Romero de Solís, 2001: 31).
Antón, esclavo negro	1552, de tierra de Bran.	(Romero de Solís, 2001: 434).
Baltazar, esclavo negro, ladino	1557, de tierra de Berbesí, costó 300 pesos.	(Romero de Solís, 2001: 504).
Fernando, tiene barbas y es ladino	1563, natural de Biafara.	(Romero de Solís, 2001: 393).
Diego	1565, de tierra de Biafara y costó 1100 pesos.	(Romero de Solís, 2001: 506).
Melchor negro	1564,regonero, esclavo de Alonso de las Casas.	(Romero de Solís, 2001: 237).

Nombre	Año	Localización
Pedro	1600, natural de Angola.	(Romero de Solís, 2001: 345).
Pedro, esclavo negro	1600, natural de Mozambique que llegó por las Filipinas.	(Romero de Solís, 2001: 272).
Marcos Melchor, negro libre	1604, negro libre y renta unas tierras con "árboles de coco".	(Romero de Solís, 2001: 529).

Cuadro 1. Procedencia de algunos negros y mulatos. **Fuente:** elaboración propia a partir de Romero de Solís, 2001.

Nombre	Mercader de esclavos	Localización
Don Miguel de Ibarra	1527, conquistador y comerciante de esclavos. Compró de Lope de Saavedra por 160 pesos de oro la mitad de una carabela, nombrada <i>San Antonio</i> , surta en Santisteban del Puerto, que perteneció al maestre Juan Escudero.	(Romero de Solís, 2001: 218).
Francisco Palomino	1550, vecino de Colima, mercader de negros, quien trasladó algunos a la Villa de Colima.	(Romero de Solís, 2001: 386).
Melchor Pérez	Antes de llegar a la villa de Colima (1576) era mercader de cuadrillas de esclavos en las minas de Guaxacatlan y Xocotlan.	(Romero de Solís, 2001: 397-398).
Melchor de la Niebla	1595, mulato libre, mercader.	(Romero de Solís, 2001: 358).

Cuadro 2. Mercaderes de esclavos. **Fuente:** elaboración propia a partir de Romero de Solís, 2001.

Gracias a la gran cantidad de documentos históricos estudiados por el autor de *Andariegos y pobladores. Nueva España y Nueva Galicia (siglo XVI)*, relacionados con la presencia y origen de los primeros afrodescendientes en Colima, se pueden observar datos tan relevantes como el caso de Sebastián de Évora, un mulato que llegó a Colima como conquistador. Este personaje que pudiera pasar desapercibido toma relevancia pues marca el inicio de la población mulata en tierras de la Mar del Sur; Romero de Solís le da fuerza al dato y cita la confirmación por el historiador Orozco y Berra: "confirma que dentro de los conquistadores y encomenderos que llegaron a Colima hubo un mulato: el portugués Sebastián de Évora, que después se instaló en Zacatula, tuvo tres hijas y murió pobre" (citado en Romero de Solís, 2001: 146).

El rastreo de los personajes que ocuparon la Villa de Colima durante el siglo XVI es una titánica labor que no se queda en la superficie, sino que abunda en los contextos manifiestos en los documentos, lo que permite una aproximación a las dinámicas sociales en las que se desarrolló la

comunidad afrodescendiente. Como ejemplo, la situación documentada del esclavo preso llamado Jorge Juan que ayuda a salir de la cárcel a su mamá.

El 8 de agosto fue interrogado el negro bajo juramento: el detenido dijo llamarse “Jorge Juan, e que es esclavo de Alonso Dávalos y no es casado”, y que llevaba huido “más de tres meses” de la casa de su amo. Preguntado acerca del modo cómo pudo escapar de la cárcel, declaró que “una noche, estando en el cepo con las dichas dos negras esclavas que asimismo estaban en el cepo, vido e sintió como la una de ellas, que era la más muchacha, se sacó los pies del cepo e, así fuera, halló con la dicha su madre, que era la otra esclava, e le oyó decir: Madre, yo me he sacado los pies del cepo e quiero ir a decirlo a mi amo Pedro de Solórzano, para que venga a sacarte a ti. Y así la dicha esclava se fue, e dende a [un] rato, oyó cómo había entrado y, despertando a la dicha su madre, porque dormía, le dijo: Madre, aquí traigo un palo y no sé qué cosas que me dio Pedro de Solórzano, e me dijo que lo trujese y que luego vernía Melchor de los Reyes, mulato, a sacarte. Y así estuvieron aguardando. E dende a una hora, este confesante vido cómo el dicho Melchor mulato entró y quebró el cadenado del cepo, mas no vido con qué lo quebró y lo sacó y alzó el cepo, y manda a la dicha negra que estaba con unos grillos que sacase los pies, y así se salió del dicho cepo, y este confesante, como vido el cepo abierto, sacó los pies y se quedó fuera, e vido cómo el dicho mulato con las dichas negras saltó por una pared al corral, e se fueron... El teniente preguntó a Jorge Juan “si sabe de las dichas dos negras o las ha visto después que se huyeron de la dicha cárcel”; contestó el detenido que “no sabe dellas, ni las ha visto de sus ojos, después acá”. Declaró tener más de 25 años y no firmó por no saber (Romero de Solís, 2001: 532).

La recuperación histórica concentrada en este libro es una ventana a la realidad de los esclavos en la Villa de Colima. En él se recogen las historias de aquellos cuyo rostro era marcado con las iniciales de su dueño. Por ejemplo, se presenta la situación en la que Cristóbal de Solórzano y su hermano, el padre Pedro de Solórzano, que era su albacea, remató a un esclavo mulato llamado Domingo, herrado en el rostro con unas letras que decían Cristóbal de Solórzano. El precio del remate del mulato fue de 340 pesos de oro común en 1589 (Romero de Solís, 2001: 526).

Por más de tres décadas, Romero de Solís ha estudiado el siglo XVI y tiene diversas publicaciones sobre Colima. Para los objetivos de este caso, resalta una interesante trilogía sobre la esclavitud y la población de origen africano en la Villa de Colima, que cuenta con datos provenientes de fuentes primarias del AHMC y de los protocolos del AHEC. Al respecto, plantea:

[...] trataremos de esbozar los trazos de su presencia y número en Colima; mencionar los diversos campos de actividad que tuvieron, así como algunas pistas para el estudio de sus relaciones con los españoles e indígenas, todo ello adobado con datos que muestren sus gozos y penalidades en este *finis terre* novohispano (Romero de Solís, 2007a: 7).

El primer ensayo titulado *Padrón de negros y mulatos en Colima de la Nueva España (siglo XVI)*, resalta lo dicho con anterioridad, que entre los primeros conquistadores llegó un mulato: Sebastián de Ébora. Romero de Solís documenta que en la Villa de Colima, como en otras regiones, la actividad minera ocupó la mano de obra esclava tanto indígena como mulata. Sin embargo, a pesar de esta información, es todavía incierto asegurar que fue únicamente la actividad minera la que provocó que trajeran esclavos africanos, ya que en años posteriores fueron incorporados a la producción de cacao. También se aprecia cómo los esclavos eran comprados a algún proveedor de la Ciudad de México o de Guadalajara en la misma villa.

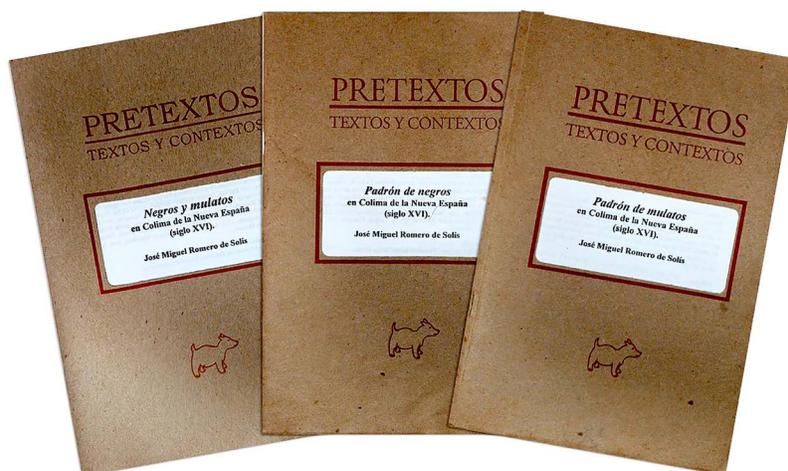


Imagen 2. Portadas de los libros *Negros y mulatos...*, *Padrón de negros...* y *Padrón de mulatos...*, de José Miguel Romero de Solís (2007). Fuente: Archivo Histórico del Municipio de Colima.

En los registros de padrones de la Villa de Colima consta que había un total aproximado de 247 negros de ambos sexos, mismos que datan del año de 1536 a 1600. Fueron registrados con nombre y, en algunos casos, también se indica su origen. Este mismo padrón de mulatos presenta otra lista de personas registradas del año 1560 a 1599. De entre los múltiples compradores de esclavos, tenemos el caso de Alonso de Arévalo quien, en 1536, compró a Esteban Vizcaíno 60 piezas de esclavos indios y mujeres. El yerno de Alonso de Arévalo, Diego Garrido, “tenía sus esclavos en un yacimiento de oro, en el pueblo de Apatlán” (Romero de Solís, 2007a:13). Sin embargo, tras la muerte de Garrido, su viuda, Elvira de Arévalo, volvió a casarse con Juan Preciado, “natural de Molina de Aragón”, quien se avecindó en Colima. Según testifica el escribano Diego Veedor, cuando Preciado se casó, sólo tenía “un caballo castaño, cierta ropa de vestir, y Francisco, un esclavo indio”. Sin embargo, más adelante figuró como uno de los hombres más acaudalados y conflictivos del siglo XVI.

Una función en la que se involucraron los esclavos negros fue la de ser pregoneros. En 1547, aparece un pregonero negro llamado Juan quien funge con este cargo en las calles. De igual forma, se han contabilizado, por lo menos, 51 arrieros que operaron en la Villa de Colima y diez

vaqueros, todos de población negra. Es importante resaltar que, para este periodo, dicha población fue mayor a la mulata, pues durante el siglo XVI sólo hay registro de dos mulatos que fueron destinados a las huertas de cacao, como apunta el autor, ya para el periodo virreinal –de acuerdo con los documentos históricos consultados–, las actividades de los pobladores de origen africano en la Villa de Colima fueron cambiando, así como el número de la población mulata.

En *Padrón de negros en Colima de la Nueva España (siglo XVI)*, Romero de Solís apunta la cantidad de hombres y mujeres esclavos registrados de 1536 a 1600. También referencia, y aborda brevemente, el nombre de algunos españoles dueños de los esclavos negros junto con el número de éstos. En total, suman 231; 164 hombres y 67 mujeres y sólo un esclavo libre (Romero de Solís, 2007b: 19).

Alonso Carrillo	13 esclavos
Francisco Preciado	12 esclavos
Pedro de Arévalo	8 esclavos
Diego Hernández de Monroy	7 esclavos
Ana Ruiz	6 esclavos

Cuadro 3. Españoles propietarios de esclavos negros. **Fuente:** Romero de Solís, 2007b.

La tercera publicación de *Padrón de mulatos en Colima de la Nueva España (siglo XVI)*, abarca la mitad del siglo XVI hasta 1598, y en ella, el autor nos dice.

Esta nueva aportación al estudio de la tercera raíz, podrá ayudar a los estudiosos y a los lectores en general para tomar mucho más en cuenta las aportaciones étnicas, culturales y económicas de este importantísimo sector de la sociedad novohispana (Romero de Solís, 2007c: 6).

En total, son 99 esclavos mulatos, de los cuales 19 son mujeres y 80 hombres. De ellos, una mujer y tres hombres mulatos son libres.

Españoles con el mayor número de esclavos mulatos	
Dueño	Nombre del mulato y año
Alonso Carrillo Guzmán	Mulata, 1564
	Baltazar, 1579
	María, 1583
	Juan Carrillo, 1593

Españoles con el mayor número de esclavos mulatos	
Dueño	Nombre del mulato y año
Diego de Mendoza	Antón, 1573
	Mulato chico, 1573
	Mulato, 1573
	Mulato, 1574
Hernando de Gamboa	Ana, 1579
	Juana, 1579
	Isabel, 1579
Cristóbal de Silva	Melchor, 1583
	Libre: Diego de Luna, 1597
	Felipa, 1598
Cristóbal Hernández Tene	Miguel de Luna, 1592
	María, 1597
	Juanillo, 1598
	Juanillo, 1576 (también era dueño D. Hdez. Saladaña)
Pablo Martín	María, 1596
	Catalina, 1596
	Mariquilla, 1596

Cuadro 4. Españoles propietarios de esclavos mulatos. Fuente: elaboración propia a partir de Romero de Solís, c. 2007.

Muchos negros y mulatos esclavos, quienes ingresaron de manera forzada a la Villa de Colima, empapados de su propia cultura, fueron los primeros en sufrir los embates de la aculturación pues, por un lado, la cultura hispánica les imponía desde los diferentes aspectos de la vida social y religiosa; por otro, la fuerte presencia de cultura indígena resistía en lo que fuera su territorio. Este aspecto pauta el estudio de cómo se fue dando el proceso de adaptación que sufrieron de manera involuntaria y de las estrategias que generaron para la supervivencia de algunos rasgos de su propia cultura durante la época virreinal en la Villa de Colima.

Algunas aportaciones de Romero de Solís son retomadas por Martín Austin Nesvig quien presentó una interesante publicación sobre Michoacán, Colima y Motines en 2018, que se tituló *Promiscuous Power. An Unorthodox History of New Spain* (Nesvig, 2018) [*Poder promiscuo. Una historia poco ortodoxa de la Nueva España*]. En ella explica que el propósito global para la publicación del libro es recuperar las historias olvidadas del hacer (o deshacer) del imperio de la Nueva España, concretamente del área geográfica de Michoacán y territorios aledaños.

Nesvig, apoyado en los textos de Romero de Solís y sus propias anotaciones, ofrece un breve contexto de lo que acontece en el Colima de 1530 a 1610. Su texto recoge un relato en el que cuenta que viajar por Colima en esos tiempos era peligroso debido a la existencia de cocodrilos, animales de ponzoña como las serpientes de cascabel, y la presencia de las fuertes aguas del río capaces de arrastrar desde los cimientos una casa entera en temporada de lluvias.

El análisis del autor está enfocado a la existencia de un desmesurado desequilibrio de poder entre los individuos que componían la sociedad de Colima en ese entonces: los propietarios de plantaciones adinerados, las autoridades civiles, encomenderos, y los agricultores españoles, mulatos, mestizos y rancherías indígenas (aldeas). Narra, además, cómo los reclamos a la justicia se enfocaron principalmente en el abuso de la autoridad jurídica (Nesvig, 2018: 132).

De este modo, la mirada de Nesvig vira hacia los sistemas políticos y de producción de esta época. Y desde este enfoque observa a Colima como un territorio idóneo por sus condiciones culturales, sociales, geográficas y lingüísticas para el establecimiento de una economía de plantaciones, lo que significó una marcada violencia social ejercida desde la Corona o gracias a sus omisiones, ya que si entendemos que las principales fuentes de riqueza fueron el licor de coco y el cacao, los propietarios de estas plantaciones poseían un poder económico y social que les permitía ejercer una dominación tiránica sin que nadie se opusiera, ni siquiera la misma Corona (Nesvig, 2018: 135).

Nesvig determina que esta configuración del poder político no sólo fue a causa de esta economía de plantaciones, sino que también respondía al aislamiento jurisdiccional. Pone como ejemplo el caso de Francisco Preciado quien, a decir de Nesvig, se convirtió en “el prototipo de alcalde criminal de Colima, aprovechando la débil supervisión del gobierno de la Nueva España para obtener grandes beneficios políticos” (Nesvig, 2018: 136). Así, desde la óptica de su análisis determina que Colima sentó las bases de una fama anárquica al comienzo de su desarrollo político y social, pues las principales figuras políticas mostraron un claro desprecio por la Iglesia al considerarla “molesta”.

Abonando a esta visión de Nesvig, y con una vista panorámica hacia los documentos de la época en Colima, se muestra una clara desconexión a conveniencia de los sistemas jurídicos, tanto los de la Corona como los de la Iglesia pues el aislamiento les permitía seguir oprimiendo a los indígenas y afrodescendientes a su voluntad.

En su apartado *Legal limbo, 1568-1578*, Nesvig explica que un gran número de españoles se quejaron, a través de una demanda presentada al Ayuntamiento de Guadalajara, por la situación jurídica del estado; se pedía la jurisdicción de la Nueva España sobre Colima. No obstante “la Corona se negó a dar legitimidad a las quejas de los pobladores” (Nesvig, 2018: 144) después de todo el conflicto generado por las quejas.

Para reforzar la imagen de desprotección en que vivían los pobladores de esta villa, Nesvig le dedica todo un capítulo a la historia de Cristóbal Preciado, un hombre al que describe como un “incorregible delincuente” y así se encarga de esbozar la figura de un personaje que además de poseer una gran fama de blasfemo, borracho y mujeriego, engrandó, con Elvira de Arévalo, seis hijos criollos. Lo interesante de este capítulo es que, junto con la biografía del personaje, va describiendo el entorno en el que Cristóbal Preciado, según palabras del autor, había sido una especie de refugiado del estado de derecho, la vida en la ciudad y los tribunales reales. Se había burlado de

la Inquisición, el ayuntamiento de Colima y la Audiencia de México, pues se había autonombrado ilegalmente como alcalde de las montañas Alima sin que, en principio, nadie se opusiera. Nesvig cuenta que Cristóbal tenía un medio hermano mestizo, Francisco Preciado, calco idéntico de la conducta de Cristóbal y buen amigo. Agrega que, hacia esas fechas, en Colima, los términos como mulato y mestizo eran “resbaladizos” debido a la presencia creciente de africanos en la región, la caída demográfica de la población indígena, situación a la que se refiere como fusión de los términos mulato y mestizo en el uso común. Y así como esta historia, la de muchas otras personas más, típica de una región sin ley (Nesvig, 2018: 145).

Del rey y el virrey no se tenía noticia, bien podrían haber sido fantasmas; las autoridades locales gobernaron la región como “caudillos” aun cuando gran número de estas “autoridades” (los alcaldes) eran conocidos ladrones o violadores. Las condenas para los criminales eran prácticamente inexistentes y, en caso de aplicarse, tenían pocas repercusiones: “Indeed, many criminals wore their convictions as a kind of badge of honor in a freewheeling land of personalist power deeply suspicious of idealized forms of justice” (Nesvig, 2018: 153). [De hecho, muchos criminales llevaban sus convicciones como una especie de insignia de honor en una tierra libre de poder personalista y profundamente desconfiada de las formas idealizadas de justicia.]

Parte importante de esta investigación fue mostrar la impunidad que vivían curas, españoles, mestizos, indígenas, mulatos y negros. Fue Lorenzo Lebrón de Quiñones quien, durante su visita como inspector real, condenó a Francisco Preciado por abuso de autoridad en una carta dirigida al príncipe Felipe. Nesvig señala que la posesión resultó más poderosa que la ley, y a pesar de los cargos, y el hecho de que Preciado no pudo presentar ningún título válido a las fincas, Preciado y su hijo Juan continuaron beneficiándose de grandes plantaciones de cacao en Motines y Zapotlán hasta finales de siglo. Es Preciado quien después, también entre 1551 y 1552, concedió poder a un hombre español llamado Garci Garcés de Mancilla para comprar esclavos en su nombre.

Nesvig comenta que las comunidades indígenas compartían esta preocupación sobre el desequilibrio de poder, pero eran mucho más propensas a entenderlo en términos étnicos. Si los españoles veían represalias y acciones arbitrarias de los magistrados motivadas por el *animus* personal, el dinero o la venganza, nahuas y coalcomacans veían el abuso de poder como una expresión de desequilibrios de poder étnico en los que los españoles explotaban su posición para extraer mano de obra y servicio personal y para llevar a cabo la reubicación forzosa (Nesvig, 2018: 152).

Aunque la Audiencia de Guadalajara estuvo insistente sobre poseer la jurisdicción de Colima para su defensa, la Nueva España la mantuvo hasta que las reformas borbónicas llegaron con una serie de transformaciones en la Villa de Colima en 1760. Por ello, la imagen de Colima como el Finisterre novohispano acuñada por Romero de Solís y retomada por Nesvig, persistió a lo largo de dos siglos; en el XVIII, el capitán Miguel José Pérez Ponce de León, quien tenía la responsabilidad de realizar una investigación sobre las tierras y salinas del Real Patrimonio, según fue recorriendo aquella villa y su provincia en el extremo occidental de la Nueva España –“tan remoto, pobre y en-

fermo destino”-, se encontró un panorama desolador. Se hace hincapié en la denuncia sobre el estado cautivo en que viven los indígenas a quienes le arrebatan sus tierras y viven en la ignorancia religiosa y en los vicios. El visitador Diego de Lasaga también coincidió al decir que esta provincia se encontraba desintegrada territorialmente, “sin Dios, sin ley ni rey” (Lasaga, 1974: 96), sin un control centralizado que permitiera la gobernación, la recaudación de los impuestos y el auge económico.

Hay varios documentos históricos que declaran situaciones de vida cotidiana que refuerzan la imagen de la realidad observada por el capitán Pérez Ponce de León, muchos en torno a los casos de la población mulata: Antonia, por ejemplo, una mulata libre a quien su amo, el cura José Vicente Iriarte al fallecer, le otorgó su libertad, su ropa blanca y 80 pesos en 1767. Los albaceas del difunto sólo le otorgaron su carta de libertad con la debida solemnidad. Ella fue ante el delegado de esta jurisdicción, a falta de escribano, para notificar que le faltaba la ropa blanca y los 80 pesos. Finalmente, sólo le dieron la carta y lo demás no tuvo buen fin para Antonia (AHMC, 1791: caja 34, exp. 4).

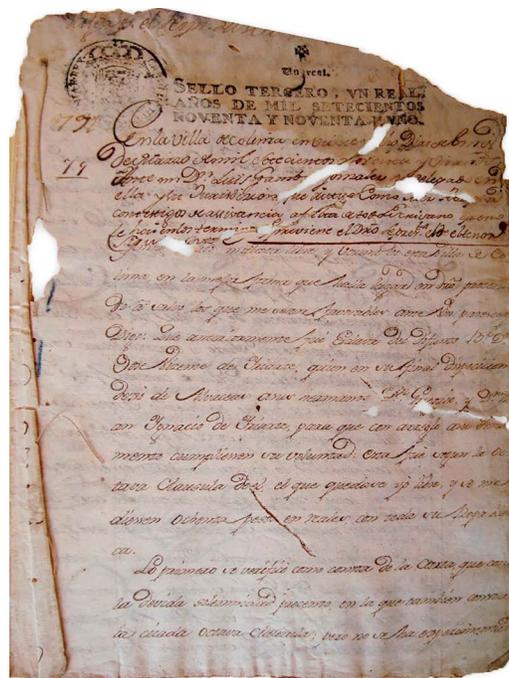


Imagen 3. Documento de Antonia, esclava. Fuente: Archivo Histórico del Municipio de Colima, 1791 (caja 34, exp. 4, 4 ff.).

En 1970, Claude Morin realiza una importante investigación en la que, de manera muy clara, construye la evolución de la región del antiguo Michoacán de 1760 a 1810. Su obra, *Michoacán en la Nueva España del siglo XVIII...* (Morin, 1979), muestra la reconstitución de familias a través de la geografía, la historia, la demografía rural y urbana en los confines de la diócesis de Michoa-

cán, a través de la consulta de 15 archivos, así como el cruce de fuentes como los padrones, tomando en cuenta los tributos de indígenas y mulatos. En su trabajo, que evidencia la gran aportación metodológica que representa la combinación de fuentes, analiza la economía y destacan varios rubros en los que fue utilizada la mano de obra de los pobladores de origen africano; en la minería y la agricultura, por ejemplo, Morin también enfatiza que Michoacán, país de encomenderos, muy pronto vio desarrollarse la especulación comercial en tierra caliente –plantación de cocoteros y cacao (hacia el Pacífico) y de caña de azúcar y la cría de ganado en las sabanas situadas en ambos lados de la sierra tarasca (Morin, 1979).

Morin va a los inicios del siglo XVII ofreciendo importantes datos sobre los esclavos de origen africano, uno de ellos es el planteamiento de las circunstancias que pudieron propiciar la llegada de una mayor cantidad de esclavos a Michoacán y sus alrededores, pues comenta que los cultivos tropicales fueron trituradores de hombres. En muy poco tiempo, el trabajo de las minas, el pesado transporte de mercancías en las espaldas de los hombres y las epidemias, produjeron un vacío de indígenas en todo su derredor. Para sustituirlos o complementar la carencia, fueron importados esclavos africanos o de “las Filipinas”, como en el caso de Colima y de Zacatula.

Hacia 1600 entre aproximadamente cuarenta ingenios y trapiches que había en la Nueva España, 11 se hallaban en Michoacán. Con esto nos dice que el siglo XVII fue el siglo del indio escaso, y por ello en tierra caliente fue el siglo del negro (Morin, 1979: 33).

En la villa de Colima hubo varios trapiches, pero sólo perduraron tres a finales del siglo XVIII: San Nicolás de Ariza, La Albarradita y San José del Trapiche, considerados trapiches cortos (Reyes, 1995: 164).

Respecto al trapiche La Albarradita, fue Magdalena Escobosa Haas quien publicó *Los mercedarios de Colima: haciendas y trapiches* (1999), una obra dedicada al estudio del convento fundado por ellos, su iglesia, haciendas, estancias y trapiches, dando prioridad a la parte religiosa. En el libro, la autora expone una gran cantidad de documentos históricos y testimonios de cuándo llegaron los mercedarios (1607) y en dónde fundaron su convento. Referencia dos haciendas llamadas La Albarrada que se convirtieron en su propiedad a mediados del siglo XVII: una se ubica en lo que actualmente es el ingenio de Quesería y otra se encuentra en la parte sur de la ciudad, mejor conocida como La Albarradita, nombre que se le dio debido a que su extensión de tierra era menor, sin embargo, con el tiempo su nombre cambió a La Albarrada.

Según Escobosa Hass, el nombre La Albarrada es de origen árabe y quiere decir “muro de piedras secas” o “valladar de tierra para impedir el paso en un trozo de campo”. Sabemos que, en 1704, en la hacienda La Albarradita había un trapiche dedicado a Nuestra Señora de la Concepción y su mayordomo era Lucas Ortiz (Escobosa, 1999: 52). Resalta la autora que, para informarse más sobre el aspecto pastoral de los trabajadores de La Albarrada, hay que consultar el tercer

libro de bautismo de Tonila, sujeto al departamento de Zapotlán el Grande, mismo que muestra a los infantes bautizados en el rancho de la Albarrada que en su mayoría fueron mulatos y moriscos (Escobosa, 1999: 65). Aunque el trabajo de Escobosa está enfocado a los mercedarios de finales del siglo XVI a 1946, el registro puntual de sus propiedades muestra algunos conflictos entre los hermanos del convento de San Juan de Dios y frailes de la Merced. También analiza la veneración y la historia de la Virgen de la Merced y, en la parte económica, menciona los trapiches y sus ventas, por lo que de manera secundaria hace presente a la población afrodescendiente, la que fuera la principal fuerza de trabajo de estos centros azucareros

Para 1680, Carrillo Cazares muestra que en Colima existía un interesante mosaico étnico en la población con un total de 920 almas, 95 españoles y 150 negros y mulatos, un número considerable, más 675 indios laboríos y unos cuantos “indios chinos” (Carrillo, 1993: 176). En el último estudio realizado con las actas de bautismo del siglo XVII, entre los años 1610-1722 podemos apreciar que, en la Villa de Colima, la población española ocupaba un 23% del total de 3 523 bautizados; un 25.9% de indios y 32.5% de mulatos, 5.6% mixtos o mestizos, 1.8% moriscos, 0.1% tresalbo y 6.9% de calidad indefinida, manifestando con ello una mayor mezcla del español con la población de origen africano (López y Ochoa, 2021: 15). Asimismo, a finales del siglo XVI y del siglo XVII, durante 60 años vemos un alto número de afrodescendientes que arribaron al virreinato de la Nueva España entre 1580 y 1640, “introducción masiva de esclavos negros procedentes del área cultural guineocongolesa africana” (Aguirre, 1994: 117). Nos faltan más estudios sobre el origen y número de esclavos que arribaron a la Villa de Colima, en donde por el momento hemos identificado una cantidad sobresaliente de Angola y el Congo.

Uno de los primeros investigadores que vino al Archivo Municipal para consultar el acervo fue Eiji Fuchigami, quien estuvo en Colima de 1984 a 1985. Su estudio tenía el objetivo de encontrar la presencia de la población de origen asiático y arrojó resultados respecto a población filipina. Sin embargo, la presencia de esclavos cautivos de procedencia africana fue un tema que tuvo que desarrollar para su tesis de maestría: limitó el estudio a Colima y Motines (Zacatula) por la facilidad que significó encontrar en el AHMC información que nunca había sido trabajada. Su principal enfoque fue la función económica desempeñada por esclavos africanos en los siglos XVI y XVII en la costa del Pacífico, y apuntó que más que la minería, fue la agricultura lo que la población mulata y parda desarrolló por esta región.

El trabajo de Fuchigami resulta interesante porque, en su análisis, da a la comunidad afrodescendiente un giro humano y de comportamiento, llevando su mirada a resaltar aspectos como su capacidad de asimilación, una estrategia exitosa para sobrevivir en medio de dos grupos social y culturalmente antagónicos como lo eran los españoles y los indígenas. El autor también hace la observación de que esa población con la capacidad y cantidad de oficios adquiridos, facilitó las relaciones entre los distintos grupos étnicos (Fuchigami, 1994: 14). Al mismo tiempo que analizó la economía, observó cambios progresivos del mestizaje para lo que utilizó el término “afromes-

tizo”, en el sentido de que se trataban de mezclas en las que intervienen diferentes etnias, entre ellas la de origen africano, para lo cual afirma que “Peter Gerhard nos convence con una estimación de que al finalizar la época colonial la población afroestizada llegaba a una cifra cercana a un millón de personas” (Fuchigami, 1994: 15). Un dato relevante en su estudio fue que en 1742 ocurrió un momento clave para la demografía, con un leve aumento de la población indígena (Fuchigami, 1994: 6). Lamentablemente, el trabajo de Fuchigami nunca se publicó en México y sólo dejó una copia de su trabajo, sin terminar, en la biblioteca del AHMC. Sin embargo, la investigación merece ser mencionada por la relevancia de sus resultados.

Gracias a este estudio podemos observar que, en la Villa de Colima, los afrodescendientes existieron como un sector importante que se fue consolidando, tanto en número de habitantes como en movilidad social, la cual se dio por la gran diversidad de actividades realizadas dentro de la organización social y económica de la zona. Por último, a Fuchigami se le puede considerar el pionero del estudio de la presencia de la población de origen africano y los “indios chinos” de Colima, procedentes de Filipinas, un nutrido contingente de asiáticos que arribó en el último tercio del siglo XVI y abordaremos en el siguiente apartado. La historiadora Paulina Machuca ha desarrollado una intensa investigación en lo que respecta a la población de origen asiático apoyada con las investigaciones de Fuchigami y en más adelante hablaremos de ello.

Déborah Oropeza Keresey ilustra muy bien el tema de la migración asiática en su artículo “La migración asiática libre al centro del virreinato novohispano, 1565-1700” (Oropeza, 2016). En él, afirma que, desde una etapa temprana, la Nueva España estuvo relacionada con Asia debido a las intenciones de Cortés quien, a tres años de haber tomado Tenochtitlán, manifestó su interés de conquistar territorio asiático, específicamente lo que más tarde se llamaría Filipinas: su finalidad se materializaría en los viajes de Legazpi y Urdaneta y, con su conquista, Felipe II ordenó que estas islas pasaran a ser parte de la autoridad novohispana bajo el mandato del virrey de México.

Revela la autora que son diversas las causas que desencadenaron la migración asiática a Nueva España. Se puede rescatar que muchas eran gracias a la cantidad de gente que se necesitaba para operar las naves. En los galeones, las labores desempeñadas por la gente asiática iban desde el puesto de “grumete” –mozo que sirve en el navío para subir a la gavia o por el mástil– quien registraba todo lo que se puede ver del mar. Otros sirvieron de “carpinteros, herreros, soldados, hiladores, barrenadores e intérpretes” (Oropeza, 2016: 351), siendo los tripulantes europeos quienes ocuparon los cargos de mayor rango: a todos se les pagaba al llegar al puerto de Acapulco. Según las cuentas de la Real Hacienda, dentro del periodo limitado anteriormente, el promedio de tripulantes asiáticos en una nave era de 24 individuos. Asimismo, se tiene registro de que un total de 140 galeones llegaron a Nueva España, lo cual da un aproximado de 3 360 migrantes “chinos” libres y esclavos que llegaron a territorio novohispano entre los años 1565 y 1700. Sin embargo, la propia Déborah sugiere que, en otras fuentes, la cantidad de tripulantes fue notoriamente mayor a la estimada. Lo cierto es que los “chinos” constituyeron un elemento importante

de la sociedad novohispana que se suma a la compleja población de raíces americanas, europeas y africanas.

Por otra parte, también se reportó que los grumetes solían recibir un maltrato y falta de atención en cuanto a su alimento y abrigo, por lo que la tasa de mortalidad era bastante alta. Todo esto, sin duda contribuyó a la falta de interés de los asiáticos por regresar a su tierra, estableciéndose en Acapulco, así como en otras regiones, entre ellas, Colima: estos migrantes llegaron a ser el 18.5% de la población del pueblo de San Joseph Tecolapa, Colima, por ejemplo. Sin embargo, estas migraciones no sólo servirían para aumentar la economía al ser mano de obra para el campo, sino también contribuyeron en el proceso de mestizaje cultural, heredando sus tradiciones que más tarde terminarían por incluirse dentro la identidad cultural.

En otro artículo, la investigadora Déborah Oropeza señala que la Nao de China comunicó constantemente a la audiencia asiática con el centro del virreinato en el continente americano. Tal concesión tuvo como característica un intercambio cultural y comercial, así como la migración en ambas direcciones (Oropeza, 2011: 6). La autora señala que uno de los fenómenos más importantes de dicha comunicación fue el traslado de esclavos asiáticos al centro del virreinato entre los años 1565 y 1673, mismos que convivían con los esclavos africanos introducidos a través de la ruta Veracruz-Ciudad de México.

Según Oropeza, entre 1565 y 1700, la sociedad novohispana no los identificó como asiáticos sino más bien como “chinos” o “indios chinos”, por lo cual resultó más sencillo llamar “chinos” a los asiáticos que procedían de diferentes regiones asiáticas más allá de las Filipinas. Y se decía “indio chino” a los asiáticos, pues eran considerados indios, oriundos de las indias orientales (Oropeza, 2011: 17). Es decir, la población nativa de América y Asia compartía la identidad común de “los indios”. Aunque la gran mayoría de los asiáticos que llegó de los galeones provenía de Filipinas, no todos eran originarios de allí, un factor que no hizo sino enriquecer las futuras mezclas y herencias culturales. Algunos esclavos asiáticos en mayor número “provenía del *Estado da India*, en segundo lugar, de las Filipinas y en menor número de Japón, Java, China, Papúa y Brunei (en Borneo)” (Oropeza, 2011: 28). Señala la autora que no todos los esclavos que entraron a las Filipinas en embarcaciones portuguesas “eran de origen asiático, pues el *Estado da India* también comprendía territorios de la costa oriental de África, como Mozambique, de donde los portugueses transportaban esclavos a Asia, incluido el archipiélago filipino” (Oropeza, 2011: 23). Con ello vemos la presencia de esclavos negros y cafres en la Filipinas a inicios del siglo XVII.

Es importante resaltar que la Nao de China también condujo africanos del este de África vinculados con el tráfico ilícito, es decir, fuera de registros y mediante el soborno a oficiales quienes cobraban una cuota de entre 24 y 70 pesos por esclavo. En este sentido, es difícil determinar la magnitud de esclavos que ingresaron, incluso Oropeza comenta que es un tema todavía por estudiar.

Los esclavos asiáticos del centro del virreinato fueron empleados en distintas labores que dependían de la región donde se localizaran. Podían emplearse en labores domésticas tanto en

haciendas como conventos, también en las obras reales en el puerto (elaboración de navíos), en haciendas de cacao o palma de coco. A partir de 1569 se importó semilla del cocotero al puerto de Salagua, Colima, y esta producción involucró la fabricación de la tuba y el “vino de coco”, resultado de su destilación. Estos esclavos trabajaron en las alcaldías de Colima y Motines, Acapulco y Zacatula, todos en calidad de “criados”.

Desde mediados del siglo XVI, autoridades eclesiásticas del Estado da India pretendían regular el tráfico de esclavos en la región. Por ello, en el Primer Concilio Provincial de Goa, celebrado el año 1567, representantes de Goa, Cochin, Malaca y Mozambique establecieron causas válidas de cautiverio de esclavos, limitándose a cinco casos:

[...] hijo de esclava, por ser tomado en justa guerra por enemigos, cuando alguno siendo libre se vende ‘de acuerdo a las condiciones declaradas en derecho, conforme a la ley natural’, cuando el padre estando en extrema necesidad vende al hijo, y si en tierra de tal esclavo hubiere alguna ley justa que mandase cautivar por razón de algún delito (Oropeza, 2011: 22).

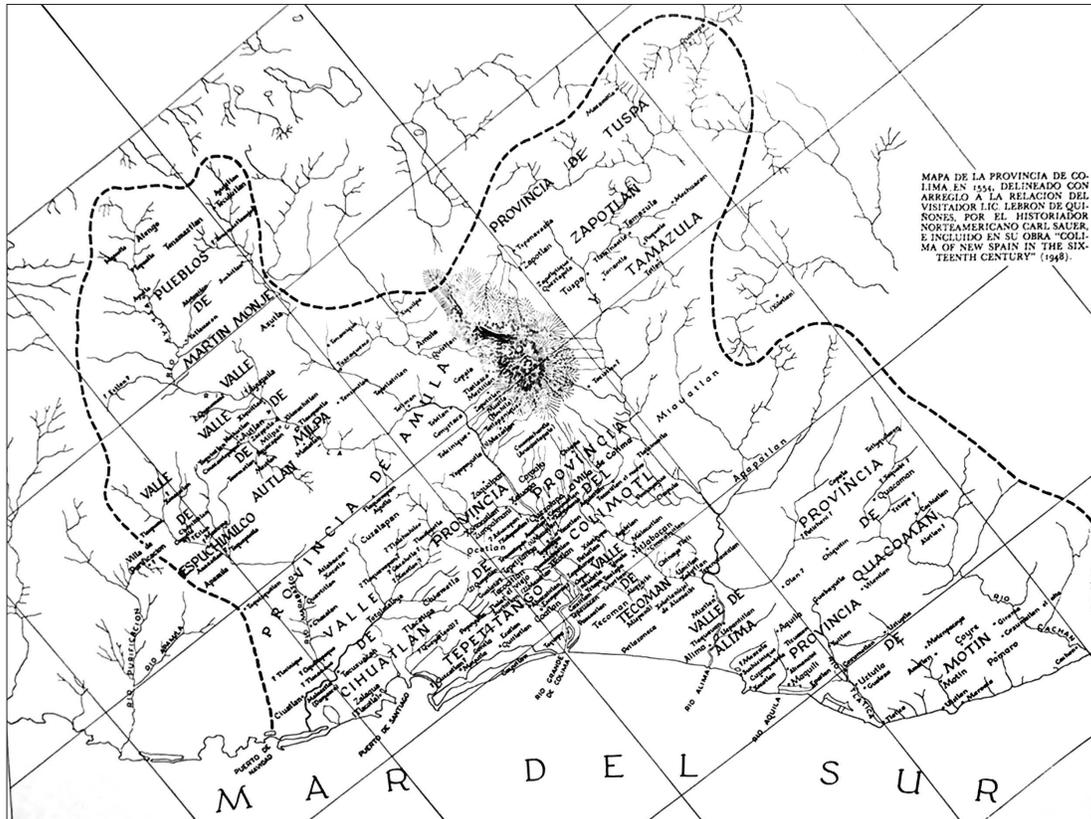
Por ello, desde fechas tempranas comenzaron a buscar su libertad y, en la década de 1650, la Audiencia de Nueva Galicia expresó su preocupación por el trato dado a los indios chichimecos y otros grupos, y solicitó poner un alto al tráfico de esclavos provenientes de Filipinas, también para parar el mal trato que estaban recibiendo como que al “esclavo asiático se le herraba, ‘con una S y un clavo’, para evidenciar su condición esclava, y en los obrajes experimentó el exceso de trabajo, el poco descanso, la mala alimentación y el abuso físico” (Oropeza, 2011: 41-42).

La historiadora Paulina Machuca, quien también ha estudiado a la población de origen asiático y sus herencias –especialmente la tuba y el vino de coco–, afirma que fue gracias a la ruta comercial transpacífica que se estableció entre la Nueva España y las Filipinas: aunque se le conoció como “indios chinos” o “indios filipinos”, se trataba de individuos con orígenes tan diversos como las mismas Filipinas, Bengala, Camboya, Ceilán, China, Japón, India, Malasia, Papúa, Siam, entre muchos otros lugares del sudeste asiático.

En este sentido, en su libro *El vino de cocos en la Nueva España. Historia de una transculturación en el siglo XVII* (Machuca, 2018), la autora presenta recientes resultados de su investigación sobre la presencia histórica de la cultura filipina en el occidente de México, desarrollando la historia de las bebidas derivadas del vino de coco y la tuba. Se trata de una publicación importante para la historiografía colimense y para el comercio transnacional desarrollado en las rutas marítimas del océano Pacífico, amén del intercambio cultural que se desarrolló señalando un “parentesco cultural” aún vigente en Colima.

En torno a la Nao de China hay varias publicaciones y recientemente la investigadora Carmen Yuste López muestra a Zacatula –hoy el estado Guerrero que entonces pertenecía al Obispado de Michoacán, el cual estaba integrado en 1534 por “costas en el mar del sur, y eran las de

Colima, las de la provincia de Motines (hoy distrito de Coalcomán) en el estado de Michoacán, y las de la antigua provincia de Zacatula, en el actual estado de Guerrero, hasta Tecpan” (Cuevas, 1946: 119); una provincia que, en la segunda mitad del siglo XVIII, resguardaba intereses económicos sustentados en el cultivo del algodón, el comercio de mercancías locales, la extracción de sal, así como los productos de Asia. Resalta el puerto de Acapulco con la llegada del Galeón de Manila, que daba vida a una gran actividad comercial que involucraba a Colima (Yuste, 2016: 146).



Mapa 1. El Gran Colima. Fuente: Mapas y planos antiguos de Colima y del Occidente de México (1521-1904) (Mirafuentes y Soberón, 1978).

La autora plantea que el Galeón filipino llegó a Acapulco durante los tres siglos coloniales y con ello fue tejiendo una historia valerosa. Gran parte de ello se atribuye por la imagen de estos imponentes barcos de carga, cuya lenta travesía hacia el puerto traía consigo tesoros: ricos ornamentos, exquisitas marqueterías con incrustaciones de nácar o marfil, y suntuosas ropas de seda bordadas con hilos de plata y oro. Estos objetos de lujo estaban destinados al deleite y la satisfacción de los gobernantes y administradores coloniales, así como de las familias acaudaladas y la jerarquía eclesiástica (Yuste, 2016: 262). Llegaban con esa nao “una gran variedad de efectos y géneros que, además de especies, eran en su mayoría textiles ligeros de variedad calidad y precios” (Yuste, 2016: 263).

Si bien este artículo se centra en el papel de la población afrodescendiente, ha de señalarse que durante el recorrido por los distintos autores se observa que la realidad de la esclavitud con la que se identifica a este grupo fue compartida por otras minorías de pocos privilegios como los indígenas, los “indios chinos” y los africanos: Colima, un lugar alejado de la justicia real, tenía tres grupos étnicos en la esclavitud que fue interrumpida para los “indios chinos”, pero persistió en los indígenas y en los esclavos de origen africano durante el periodo virreinal.

Balance historiográfico del siglo XVIII

Se debe resaltar el trabajo de Juan Carlos Reyes quien, tras ocupar distintos cargos en las instituciones de cultura como la Dirección del Museo de las Culturas Populares de la Universidad de Colima, la Dirección de Cultura del estado y la Secretaría de Cultura, fue un asiduo investigador de cuyo trabajo se desprenden fuentes de obligada consulta para quienes quieren adentrarse en el estudio de Colima y su región. Una de sus principales fuentes de consulta fue el acervo del AHEC, en el que participó con varios inventarios y estudió la mayor parte del periodo virreinal, describiendo algunos aspectos de la sociedad y del comercio, en especial, las salinas (Reyes, 1995: 120-125). Además, participó coordinando la publicación del Encuentro Nacional de Afromexicanos en Colima celebrado en dicha ciudad del 3 al 5 de agosto de 1992. A esta labor de Reyes, se suma y destaca la colaboración con Luz María Martínez Montiel: ambos, en su momento, vieron la necesidad de encontrar una pluralidad del mestizaje ideológico y cultural, siempre y cuando se incluyera la “raíz africana”. Además, apuntan que se deberían reflejar estos estudios en los museos, tomando en cuenta la opinión de los pueblos acerca de su identidad y la conservación de sus tradiciones.

Otra aportación relevante fue la que resultó de la consulta que hizo al Archivo General de la Nación sobre el tema *El Santo Oficio de la Inquisición en Colima: tres documentos del siglo XVIII*, que publica tres cuadernos con litigios entre personajes del siglo XVIII de todas las calidades étnicas. Juicios contra hombres, pero, principalmente, a mujeres por hechicería, blasfemia y bigamia, entre otros delitos encontrados, lo cual resulta un valioso inventario de los afrodescendientes involucrados en este tipo de denuncias (Reyes, 1993).

En 1995, Juan Carlos Reyes coordinó una serie de publicaciones sobre la historia general de Colima con apoyo de la Secretaría de Cultura y el gobierno del estado, y cuyo contenido aborda desde la época prehispánica hasta el siglo XX. La época virreinal estuvo a cargo de Reyes con una obra que desarrolla varios temas importantes: población indígena, mestizaje, salinas, trapiches, vino de coco, arrieros, Iglesia entre otros. En dicha publicación, Reyes hace gala de sus documentos históricos y fuentes secundarias. Comenta que “los esclavos negros aportaron a la religión popular los elementos propios de sus culturas, que no todos eran de una misma, y de manera natural se dio también el sincretismo entre las religiones africanas e indoamericanas, fenómeno poco estudiado”

(Reyes; 1995: 250). Resalta la presencia de Santa Ifigenia Mártir, patrona de los mulatos, que en 1789 era cargada por los cofrades del Dulce Nombre de Jesús con gran devoción en las procesiones de Semana Santa, un tema poco abordado según menciona el autor. Apoyado en su mayoría con fuentes primarias, Reyes siempre narra algunas historias de arrieros y sus caminos, así como los *maeses* en los trapiches y algunos mayordomos. Familia, vida cotidiana, relaciones ilícitas, vida privada y vida pública, inquisición y brujería. Una obra de consulta obligada para este tema.



Imagen 4. Portada de libro de Juan Carlos Reyes y Luz María Martínez Montiel (eds.) (1993). *Memoria del III Encuentro Nacional de Afromexicanistas en Colima*. Colima: Gobierno del Estado de Colima/Conaculta.

Reyes consulta el archivo municipal de Colima durante un tiempo y transcribe un padrón de la Villa de Colima de 1775 que al parecer había permanecido inédito, pero se da cuenta que está incompleto. Aun así, presenta un ensayo titulado *El color del trabajo: cartas y oficios en la villa de Colima en 1775* que marca el inicio de su interés por documentar la presencia negra en Colima (Reyes, 1991: 29). En aras de presentar la información organizada y esquematizada, el autor divide en los siguientes subapartados: “El documento”, “El color del vecindario”, “Colorimetría de los cuarteles”, “Del color de los oficios” y “Conclusiones”.

En el primer subapartado, “El documento”, señala las particularidades del archivo al cual acude: el “Padrón de vecinos de la villa de Colima”. Explica que se trata de una lista de vecinos en el que se divide a la villa en cuatro cuarteles “y, presenta un total de 1 269 individuos” (Reyes, 1991: 30); los documentos encontrados comprenden información concerniente a tres principales cuarteles: Manrique, Triana y III (el último denominado así por razones prácticas del autor). Reyes

afirma que se obtiene una muestra de la población significativa pues comprende aproximadamente al 40.7% del total de los vecinos de la villa de Colima en 1775 (Reyes, 1991: 31-32).

En “El color del vecindario”, el autor nos dice que la composición de la población resumía lo siguiente: de 1 269 vecinos registrado en el Padrón de 1775, 713 (56.2%) eran españoles, 42 (3.3%) mestizos, 434 (34.2%) mulatos y 80 (6.3%) indios. Distingue dos aspectos a tener en cuenta: el primero, “que el número de mestizos parece ser extremadamente bajo” (Reyes, 1991: 34); el segundo, existe una notable ausencia de negros y al mismo tiempo un alto porcentaje de mestizos, una cuestión normal pues no se solía separarlos de los padrones y listas de tributos de finales del siglo XVIII.

Respecto a “Colorimetría de los cuarteles” determina que el cuartel más poblado era el Manrique, con un 39% del total global de la población de la muestra; el segundo el de Triana, con un 34.3%, y el final era el III, con un 26.7%. La composición por castas de los dos últimos era relativamente parecida: en ambos predominaban los españoles, seguidos de los mulatos y en poca proporción los indios y mestizos. Por el contrario, en el barrio del Manrique predominaban los mulatos seguidos de los españoles y también, en menor proporción, los indios y mestizos.

Por último, en “Del color de los oficios” señala que las labores de las escribanías y el comercio los monopolizaban los españoles; del mismo modo que la platería, el oficio de partero(a), dorador, curtidor, herrero, entre otros, eran exclusivos de ellos y de los mestizos. Por su parte, los mulatos se encargaron del oficio de la ‘tuva’ (*sic*), así también de los oficios de cantero y carpintero (Reyes, 1991: 38). El oficio de labrador fue el más representado; le resultó inesperadamente alta la cantidad de 99 labradores; 23 de operarios, dueños de los obrajes. Aparentemente, los oficios más escasos fueron los de curtidor, matancero, jornaleros y arrieros. Por último, señala que es difícil generar conclusiones determinantes sobre las posibles especializaciones. Esto debido a lo dispar de la muestra analizada, con la excepción de cuatro casos: “comerciantes, labradores, y obrajeros/operarios; que representan tres actividades económicas de primer orden” (Reyes, 1991: 39).

Reyes hace otra importante investigación sobre uno de los principales trapiches que inicia desde el siglo XVII: “Hacienda de San José del Trapiche, Colima, resumen de una historia larga”. El autor elabora un ensayo en el que describe los antecedentes y función de la hacienda y el trapiche propiedad de los hermanos Victoria, ubicando a este último geográficamente: “Sobre el antiguo Camino Real de Colima, con rumbo a Guadalajara, y a ‘distancia de dos leguas’ al nordeste de la villa se encuentra el pueblo de El Trapiche [...] En sus orillas, a pocos centenares de metros de la plaza” (Reyes, 1999: 21) es posible aún distinguir los restos de lo que fue la hacienda San José y explica que fue nombrada de este modo por don Gerónimo de Vitoria, en la primera mitad del siglo XVII.

La hacienda de San José del Trapiche se dedicaba casi por completo a la siembra de caña de azúcar; sus cañaverales se dividían en 13 “cuartos”. A saber: “El Rosario, Santa Catarina, La Navidad, Las Vírgenes, Santa Lucía, San Nicolás, etc.” (Reyes, 1999: 24). Reyes determina que la ma-

yor parte del azúcar producida en la hacienda se comercializaba en la tienda de los mismos Vitoria “a razón de dos tomillos la libra por menudeo, equivalente a 6 pesos 2 tomines la arroba; y en 4 pesos 4 tomines al por mayor” (Reyes, 1999: 25).

Tras la muerte de los hermanos Vitoria, Pedro de Vitoria, hijo de Alonso y único heredero, toma posesión de la hacienda y el trapiche. Sin embargo, en el año 1700, poco antes de morir, Pedro declaró en su testamento que dicha hacienda comprendía 1 756 hectáreas. Además, en su masa hereditaria se enlistan a 31 esclavos que trabajaban en el trapiche y 6 infantes que, posteriormente, heredó a José Agustín de Vitoria, quien 14 años después, en 1714, se la vendió al sargento mayor Bartolomé de Cosío.²

Tras la muerte de Bartolomé de Cosío, La hacienda quedó en posesión de Agustina y de su hijo Atanasio, quienes perecen en 1774 y 1780, respectivamente, “dejando como heredera universal a la única hija de éste, Josefa Escolástica de Cosío” (Reyes, 1999: 29). En el año de 1788, muere doña Josefa y deja como heredero a su hijastro José Francisco de Campos y Cosío, quien fuese el último heredero del terreno, pues sencillamente desapareció un día sin dejar rastro.

De los 31 esclavos que menciona Reyes en su texto, hemos podido localizar dos testamentos de mulatos que lograron su libertad, testaron y dejaron bienes a sus familiares como Joseph Fuentes, mulato libertino (López, 2024).

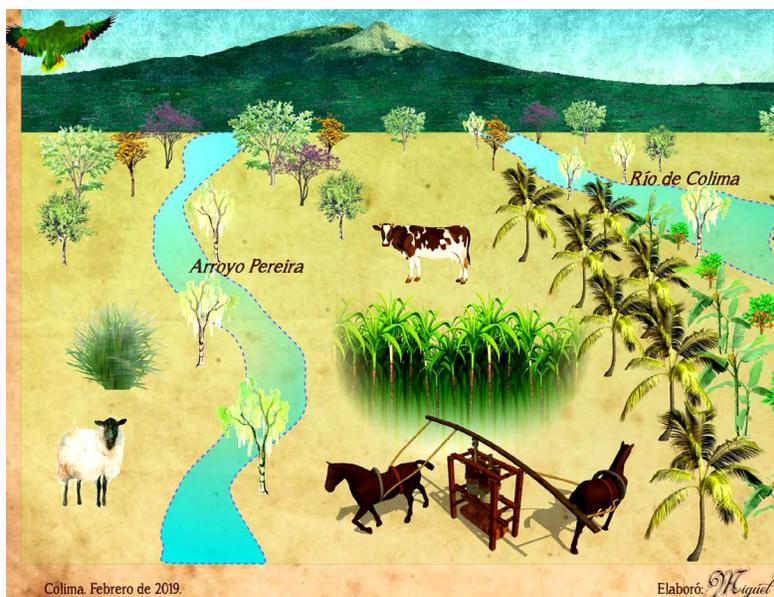


Imagen 5. Detalle de la infografía del Trapiche La Albarradita en Colima (1704).
Fuente: elaborado por Miguel Villapando, 2019.

Antes de finalizar con este recorrido cronológico, es importante mencionar la publicación de Margarita Nettel Ross, quien basa su estudio en el padrón de Diego de Lasaga levantado entre

2. Tema también abordado por Guedea y Castañeda (1996).

1791-1793. En su trabajo expone al Colima virreinal de finales del siglo XVIII, sus vecinos y vida cotidiana; subraya un porcentaje mayor de mujeres como jefas de familias (Nettel, 1992: 28). La relevancia de su estudio radica en la investigación de las haciendas y el comercio de esclavos en la Villa de Colima. La autora observa que un número importante de la población parda y mulata habitaba con los españoles y criollos haciendo actividades domésticas, aunque un gran porcentaje de ellos ya eran mulatos libres. Por otra parte, los españoles acaparaban las tierras y concentraban la riqueza en unas cuantas familias, lo que acentuó una marcada desigualdad entre la población. Después de hacer un análisis de las principales familias, comenta quiénes eran los que poseían esclavos: Pablo Dueso, Antonio Tortolero, Juliana Covarrubias, Miguel Brizuela, Francisco F. del Mercado, José Solorzano, Bernardo Campero de la Sierra, Isabel Ortiz, Salvador Alcaraz, Juan José Noguera, Juana Escandón, José Pizano, Carlos del Lago Andrade y Juana Escandón (Nettel, 1992: 33). Nettel Ross hace referencia a que una gran parte de la población parda trabajaba en la milicia: cuatro compañías de las seis que existían, en esta época, en la Villa de Colima, estaban compuestas por varones pardos (Nettel, 1992: 33). Al respecto, es pertinente comentar que, como producto de las reformas militares, el virrey manda al alcalde mayor de Colima a formalizar las milicias de la Villa de Colima en 1762 (AGN, Indios: 1762). De lo cual resultan las seis compañías de milicias: una de mestizos en el pueblo de San Francisco de Almoloyan, cuatro de pardos en la Villa de Colima y una más en la congregación de Tecalitlán, ésta de todas las calidades, menos de indios. Cada compañía contaba con alrededor de sesenta o cien hombres y estaban dirigidas por Atanasio Brizuela, teniente coronel de las Milicias y sus diferentes capitanes españoles para cada una de ellas.



Imagen 6. Militar pardo. **Fuente:** AGN, 1a. serie, vol. 18, f. 127, 1771.

Al finalizar el siglo XVIII, y como avance de esta investigación, podemos decir que de las 17 000 almas (Calderón, 1979: 280) que habitaban en la provincia de Colima, Xilotlán incluido, más de 5 000 vivían en la Villa. Eran alrededor de 5 889, de los cuales “2 105 eran españoles, castizos y mestizos” (Lasaga, 1974: 100); 2 367 mulatos y 1 417 indígenas (AHMC, Sección D, Exp. s.n., 1807-1809). Por lo anterior, podemos entender que sólo la población mulata que habitaba en la Villa de Colima ocupaba el 40.19% del total de los habitantes de la provincia en general, en contraste con el 35.74% de españoles y el 24.06% de los indígenas. Este dato es sólo un avance que corresponde a la zona de la Villa de Colima y San Francisco de Almoloya, no obstante, sigue en proceso esta estimación.

Consideraciones finales

A partir de la Conquista se produjo una importante entrada de esclavos negros en la Nueva España. Muchos llegaron de forma abrupta e inhumana durante el siglo XVI y parte del XVII. Por Aguirre Beltrán sabemos que los esclavos traídos a la Nueva España a través de licencias otorgadas a los portugueses llegaban por el puerto de Veracruz. Sin embargo, su comercio también se consumó a través del puerto de Acapulco. Existen varios expedientes en el AGN sobre la declaración de varios esclavos procedentes

[...] de las costas del mar Indico, de las Filipinas, la Cochinchina y Melanesia que entran por el puerto de Acapulco como pasajeros obligados de la Nao de China. Todos ellos son esclavos introducidos al país en términos de contratos individuales y no de asientos o contratos colectivos como sucede con los negros africanos (Aguirre, 1994: 37).

Estos galeones de China también anclaban con mercancías y esclavos llamados “chinos” (Aguirre, 1989: 144).

Con los recientes estudios se plantea que algunos esclavos de origen africano y filipino llegaron por la entonces Mar del Sur. Sobre ello, Oropeza comenta que faltan más estudios sobre el tema. El crecimiento de pueblos y villas cercanas a estos centros de arribo esclavo como Colima, muestra que después de su fundación (1523) el lugar fue integrando un mestizaje quizá poco común para la época, un mestizaje cuyos remanentes han sido poco abordados. A partir del último cuarto del siglo XVIII, de acuerdo con padrones parroquiales de 1770 y civiles de 1775, libros de bautismos y el censo de Lasaga de 1791-1793, es cuando en la Villa de Colima se refleja un incremento de población, donde sobresalen los mulatos y los pardos, de igual forma se reflejan varios matrimonios entre diferentes “calidades” como entre español e india, e india y negro, mulato e india y española con mulato. El resultado de relaciones multiétnicas en esta población comenzó a cobrar vida y marcar la pauta de los movimientos demográficos y sociales de las diferentes familias de dicha región.

Durante el siglo XVII y la primera mitad del XVIII, las principales fuentes de riqueza y actividad en la provincia de Colima fueron las producciones de trigo, cacao, coco y sus derivados, caña de azúcar, algodón, maíz, frijol y frutas; la actividad ganadera y, sobre todo, el beneficio de la sal, también fueron importantes. Hacia finales del siglo XVIII, este comercio realizado principalmente con los mercados del Bajío y las explotaciones mineras se desarrolló gracias al sistema de arriería, la apertura de caminos y las alianzas de los hacendados con los mercados y circuitos mercantiles de Guadalajara y México (Reyes, 1995: 145-154). El abasto de incontables productos y mercancías dependía de los arrieros que llegaban y salían de Colima para transportar sal a los centros de distribución y consumo, pues era uno de los principales productos en la época virreinal (Olveda, 1985: 71). Y en la actualidad continúa con gran producción las salinas.

Tenemos el ejemplo de doña María de Brizuela quien, en el año de 1702, otorga dote a quien se casase con su hija, doña María Oyaga, y proporciona una parte de sus pozos de salinas con la cuales, por su gran valor, podían hacer negocios.

[...] doña María de Brizuela trató y concertó con el dicho don Pedro de Avalos el que se casase con doña María de Oyaga su hija le prometió en dote y casamiento unos mil trescientos y cincuenta pesos en cuanto pozos de salinas, medio solar de su casa y el ajuar de ropa y algunos reales y por cuanto mediante la voluntad de Dios y para su santo servicio y de su bendita madre la virgen María... (AHEC, 1702, caja 17, carpeta 16, ff. 29-34).

En el mismo documento se observa que a principios de siglo XVIII, los indígenas estaban de sirvientes-esclavos en algunas salinas: “Ytem (sic) ochenta y un pesos y tres tomines que recibe en deudas de cinco indios salineros sirvientes de dicha salina” (AHEC, 1702, caja 17, carpeta 16, ff. 29-34).

Otro medio de transporte fue la canoa, ya que ayudó a trasladar productos al interior del puerto. Algunos expedientes sobre el intercambio de mercancías que se hacían por la Mar del Sur están registrados, como el del capitán Manuel de San Miguel, quien desde la playa de Boca de Apiza (Valle de Alima) hizo un viaje al puerto de Acapulco por medio de una canoa. Figura todo un litigio en donde el capitán Juan de Abarzuza, teniente general de esta jurisdicción, pensaba hacer el viaje al puerto; sin embargo, prefirió no llevarlo a cabo pues lo realizaría el capitán San Miguel en la canoa de don Felipe de Abarzuza para poder entregar al portugués Antonio Martínez de Robles, una Carta Orden abierta con dinero para la compra de unos géneros (AHMC, 1717, caja 4, exp. 54). Sin embargo, hace falta mucho trabajo de investigación sobre este tema.

Conocer el gran intercambio comercial que existió en y alrededor de la Villa de Colima, así como su cercanía con la Mar del Sur, indica que la zona era vista como una gran fuente de riqueza que estuvo bajo el acecho constante por parte de empresarios y comerciantes tanto de Valladolid como de Nueva Galicia. Fue en el año de 1786 cuando Colima pasó a la Intendencia de Valla-

dolid y, diez años después, pasó a la Intendencia de Nueva Galicia, teniendo ésta el control absoluto tanto en la parte religiosa, administrativa, económica y militar.



Mapa 2. Obisado de Michoacán. Fuente: tomado de Morin (1979).

Gracias a documentos históricos como testamentos, padrones parroquiales y padrones civiles, se puede saber más sobre esta población y sus familias; a qué se dedicaban y de qué forma lograron su emancipación. En algunos casos también se han podido encontrar las respuestas sociales de cómo algunos incluso llegaron a diluir su ascendencia negra o asiática.

Las estadísticas y la manera en que se desarrollaron en la región hacen suponer que se ambientaron, casaron y vivieron de tal manera que algunos dejaron una importante huella que necesita ser revelada. Su recuperación historiográfica y el impacto que se desea tenga al nivel de la memoria individual y colectiva, es en gran medida una meta de esta investigación. Sin embargo, el principal objetivo del documento es hacer visible, en parte, la contribución que tuvieron los afrodescendientes, es decir, cómo apoyaron al desarrollo social, económico y religioso de la entidad.

Aguirre Beltrán y otros investigadores han resaltado la importancia que tienen los antepasados afrodescendientes en la configuración del México actual. Por ello, es necesario hacer más estudios regionales y un análisis más amplio de finales del siglo XVIII en torno a la vida cotidiana,

la sociedad y la familia. Aunque sus vidas tomaron rumbos diferentes, los mulatos libres tenían algunas características en común que se muestran a través de los documentos históricos, como algunos testamentos. Hasta ahora, con el avance de investigación parece evidente que una parte importante de la población colimense estuvo integrada por mulatos libres y mulatos esclavos, mulatos que vivían en los hogares de la villa y otros en haciendas, mulatos que se casaron con mestizas y con españolas, pero en su mayoría con indígenas. Mostrar los remanentes culturales, históricos, gastronómicos y artísticos que han dejado y que permanecen en la sociedad colimense, será una tarea por seguir. Una prueba de ello es el espacio en donde existió su templo llamado Dulce Nombre de Jesús, iglesia de mulatos, reinaugurado en 1774 que hoy es al auditorio Miguel de la Madrid Hurtado ubicado en la calle Nicolás Bravo, en la ciudad de Colima; parte de sus cimientos permanecen, igual que sobreviven sus raíces vivas.

Bibliografía

- Aguirre Beltrán, Gonzalo (1989). *La población negra en México. Estudio etnográfico* (3a. ed., tomo II). México: Fondo de Cultura Económica.
- (1994). *El negro esclavo en Nueva España. La formación colonial. La medicina popular y otros ensayos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Calderón Quijano, José Antonio (1979). *Documentos para la historia del estado de Colima siglo XVI-XIX*. México: Novaro [Colección Peña Colorada].
- Carrillo Cázares, Alberto (1993). *Michoacán en el otoño del siglo XVII*. Morelia: El Colegio de Michoacán / Gobierno del Estado de Michoacán.
- Carvajal Chávez, María Guadalupe (coord.) (1997). *El rostro colectivo de la nación mexicana*. Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Instituto de Investigaciones Históricas.
- Cuevas, Mariano (1946). *Historia de la Iglesia en México* (5a. ed., tomo III). México: Editorial Patria.
- Escobosa Hass, Magdalena (1999). *Los mercedarios en Colima. Haciendas y trapiches*. México: Archivo del Municipio de Colima / Ayuntamiento de Colima / Gobierno del Estado de Colima / Universidad de Colima.
- Fuchigami, Eiji (1994). *La integración económica y social de la población negra y asiática en la costa del Pacífico, siglos XVI y XVII*. [Documento mecanoscrito.] Colima, Archivo Histórico del Municipio de Colima.
- Gerhard, Peter (1986). *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Guedea y Castañeda, José O. (1996). *Los Vitoria. Consorcio mercantil colimense en el siglo XVII*. México: AHMC / Ayuntamiento de Colima.
- Lasaga, Diego de (1974). *Descripción geográfica del partido de Colima (1793)* [facsimil]. México: Talleres Galas de México [Colección Peña Colorada].
- López Razgado, María Irma y Ochoa, María del Carmen (2021). *Archivo Histórico Parroquial de San Felipe de Jesús, "El Beaterio": Libro de Bautismo Siglo XVII* [tomo I]. México: Gobierno del Estado de Colima / Secretaría de Cultura / Sociedad Defensora del Tesoro Artístico de México.
- López Razgado, María Irma (2024). "Joseph Fuentes, entre la esclavitud y la manumisión. Un mulato libertino en la Villa de Colima del siglo XVIII". En Iturralde, Gabriela, *Trayectorias de vida de afrodescendientes en la historia de México*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia [Col. Africanías. En imprenta].
- Machuca, Paulina (2018). *El vino de cocos en la Nueva España. Historia de una transculturación en el siglo XVII*. México: El Colegio de Michoacán.
- Martínez Montiel, Luz María (coord.) (1994). *Presencia africana en México*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

- Martínez Montiel, Luz María y Reyes Garza, Juan Carlos (coords.) (1993). *Memoria del III Encuentro Nacional de Afromexicanistas en Colima*. Colima: Gobierno del Estado / Instituto Colimense de Cultura / Culturas populares / Nuestra Tercera Raíz / Conaculta.
- Mirafuentes Galván, José Luis y Soberón Mora, Arturo (1978). *Mapas y planos antiguos de Colima y del Occidente de México (1521-1904)*. México: Talleres Galas de México [Colección Peña Colorada].
- Morin, Claude (1979). *Michoacán en la Nueva España del siglo XVIII. Crecimiento y desigualdad en una economía colonial*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Nesvig Austin, Martin (2018). *Promiscuous Power. An Unorthodox History of New Spain*. Austin: Universidad de Texas.
- Netell Ross, Rosa Margarita (1992). *Un censo, una historia. La villa de Colima a finales del siglo XVIII*. México: Gobierno del Estado de Colima / INAH.
- Olveda, Jaime (comp.) (1985). *Estadísticas del territorio de Colima*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Oropeza Keresey, Déborah (2011). "La esclavitud asiática en el virreinato de la Nueva España, 1565-1673". *Historia mexicana*, 61(1), pp. 5-57.
- _____. (2016). "La migración asiática libre al centro del virreinato novohispano, 1565-1700". *Relaciones: Estudios de Historia y Sociedad*, 37(147), pp. 347-363.
- Reyes Garza, Juan Carlos (1991). "El color del trabajo. (Cartas y oficios en la villa de Colima en 1775.)" En *Anales del Museo Michoacano [tercera época]*, 3, pp. 29-42.
- _____. (1993). *El Santo Oficio de la Inquisición en Colima: tres documentos del siglo XVIII*. México: Universidad de Colima / Gobierno del Estado de Colima / Instituto Colimense de Cultura / Conaculta / Coordinación Nacional de Descentralización.
- _____. (1995). *La antigua provincia de Colima: siglos XVI a XVIII*. México: Gobierno del Estado de Colima / ICC / Universidad de Colima / Conaculta.
- _____. (1999). "Hacienda de San José del Trapiche, Colima. Resumen de una historia larga". *Estudios Jaliscienses*, 35, pp. 21-37.
- _____. (2001). "Andando siglos: notas para una historia del arte en Colima". En *Colima, Horizontes y Paisajes* (pp. 79-138). Colima: Gobierno del Estado de Colima.
- Romero de Solís, José Miguel (1994). *Breve historia de Colima*. México: FCE / Colmex / Fideicomiso Historia de las Américas.
- _____. (2001). *Andariegos y pobladores. Nueva España y Nueva Galicia (siglo XVI)*. México: El Colegio de Michoacán / Archivo Histórico del Municipio de Colima / Universidad de Colima / Fonca.
- _____. (2007a). *Padrón de negros y mulatos en Colima de la Nueva España (siglo XVI)*. Colima: Archivo Histórico del Municipio de Colima.
- _____. (2007b). *Padrón de negros en Colima de la Nueva España (siglo XVI)*. Colima: Archivo Histórico del Municipio de Colima.

____ (2007c). *Padrón de mulatos en Colima de la Nueva España (siglo XVI)*. Colima: Archivo Histórico del Municipio de Colima.

Yuste López, Carmen (2016). *Emporios transpacíficos. Comerciantes mexicanos en Manila (1710-1815)*. México: Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Recuperado de: <<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/emporios/transpacificos.html>>.

Fuentes provenientes de archivos

Archivo General de la Nación (AGN), (1762) Indios. México.

____, (1771) 1a. serie, vol. 18, f. 127. México.

Archivo Histórico del Estado de Colima (AHEC), (1612) caja 8, carpeta 9, 1f. México.

____, (1702) caja 17, carpeta 16, ff. 29-34. México.

Archivo Histórico del Municipio de Colima (AHMC), (1717) caja 4, exp. 54. México.

____, (1791) caja 34, expediente 4, 4f. México.

____, (1807-1809) Sección D, Exp. s. n. México.

De pueblos y pobladores de Colima: una aproximación sociolingüística

Tonantzin Medina García*

ISSN: 2007-6851

p. 63-p. 86

Fecha de recepción del artículo: noviembre de 2018

Fecha de aceptación: agosto de 2021

Título del artículo en inglés: *About Peoples and Residents of Colima: A Sociolinguistic Approach.*

Resumen

En 1554, 32 años después de la conquista de las tierras de Colima por parte de los españoles, el oidor Lorenzo Lebrón de Quiñones crea un documento llamado *Relación sumaria de la visita...* en el que se relata el estado de 200 pueblos de la región. En el documento se afirma que los pobladores originarios de estas tierras se hallaban disminuidos en número, a la centésima parte de cuando fueron conquistados. Este dato se vuelve de especial importancia puesto que la disminución poblacional tan excedida habría de tener un indiscutible impacto sobre la reducción y transformación de las prácticas culturales primigenias, entre las que se encuentra, por supuesto, la lengua. El estado de exterminio documentado por Lebrón de Quiñones ha sido el fundamento en el que se ha sostenido a lo largo del tiempo la idea generalizada de que en Colima ya no hay comunidades indígenas. Este trabajo trata de dar cuenta de la permanencia de una identidad indígena sostenida en prácticas y creencias con un pasado mesoamericano que se hace visible a través de diversos remanentes culturales y lingüísticos.

Palabras clave: sociolingüística, pueblos indígenas, náhuatl.

Abstract

In 1554, 32 years after the conquest of the lands of Colima by the Spaniards, the notary Lorenzo Lebrón de Quiñones wrote a document called Relación sumaria de la visita... in which he describes the state of 200 towns in the region. The document states that the original inhabitants of these lands were reduced in number, to one hundredth of what they were when they were conquered. This fact is of special importance since such an excessive population decrease would have an indisputable impact on the reduction and transformation of the primitive cultural practices, among which, of course, is the language. The state of extermination documented by Lebrón de Quiñones has been the basis on which the generalized idea that there are no more indigenous communities in Colima has been sustained over time. This work tries to account for the permanence of an indigenous identity sustained in practices and beliefs with a Mesoamerican past that is made visible through diverse cultural and linguistic remnants.

Keywords: sociolinguistics, indigenous peoples, nahuatl language.

*Centro INAH Colima (megtzin@hotmail.com).

Previo

Doce treinta o la una, día de trabajo de campo bajo el sol de Zacualpan, un hombre claramente alcoholizado me abordó: “¿Qué hace por aquí?”, me preguntó. Yo ya tenía varios días en la comunidad con cámara y grabadora en mano platicando con sus contemporáneos; hombres y mujeres de más de 70 años.

“Platico con la gente para ver si alguien se acuerda de cuando se hablaba náhuatl por aquí”, le respondo. El señor comienza a hablar en náhuatl. No es muy claro por su edad y estado etílico, aun así, busco la grabadora en mi bolsa lo más rápido que puedo. Lo único que alcancé a grabar fue cuando dijo: “Nosotros somos indios de calzones, yo soy indio, y sólo que me sacaran la sangre, me lo quitan” [Adolfo Andrés, testimonio, Zacualpan, Colima, mayo de 2013].

Le pregunté si podíamos vernos en otra ocasión para entrevistarlo pues supuse que uno o dos días después tendría un discurso más claro y productivo, sin la borrachera encima. El día de nuestra conversación llegó. Iba con muchas expectativas y todo apuntaba a que había encontrado un informante que no sólo recordaba una buena cantidad de vocabulario, sino que mucho de éste contaba con estructuras oracionales susceptibles de ser observadas y analizadas. Comenzamos hablando de tradiciones de la comunidad, prácticas que se habían perdido, danzas, alimentos, etcétera.

Cuando llegamos al tema de la lengua comencé refiriendo: “¿Se acuerda de las frases en náhuatl que el otro día me dijo?”. A ello respondió algo como “náhuatl... ei... náhuatl... no eso no, eso aquí ya no. Yo hablaba con mi apá así como tú dices pero me fui al ejército y allá me quitaron la ‘maña’”. Después de esto no hubo herramienta, estrategia o jiribilla que pudiera hacerlo enunciar una sola palabra en náhuatl, bajo el argumento de que había olvidado todo.

Los procesos históricos que rodean la vida de los habitantes de estas comunidades, aunado a la negación de parte de autoridades y académicos de su existencia, contribuye a que éstos vivan en un constante ocultamiento de aquellas prácticas que ellos reconocen como diferenciadas. Lo sucedido en Zacualpan es una escena reveladora de la situación de la lengua náhuatl en las comunidades indígenas de Colima, de la que se pueden reconocer los siguientes aspectos.

- Ya no hay hablantes sino recordantes de la lengua.
- El náhuatl carece de prestigio entre los pobladores.
- Hay una relación entre la lengua y la identidad indígena que funge como resistencia para la protección de las prácticas indígenas que aún quedan dentro de la comunidad.

A partir de la primicia dada por estos tres aspectos, en este artículo se muestra una aproximación diagnóstica en torno a la percepción actual de las comunidades en relación con el pasado mesoamericano, considerando sus antecedentes históricos y algunos datos sobre la investiga-

ción lingüística. Este trabajo busca ofrecer un panorama general actual de los aspectos sociales, culturales y lingüísticos de las tres comunidades que cuentan con el estatus de “Comunidad indígena” en el estado de Colima: Ixtlahuacán, Suchitlán y Zacualpan.

Introducción-justificación

El estudio de la cultura en los pueblos indígenas de Colima lleva a la observación de una problemática compleja. Por un lado, las cuestiones básicas para la metodología como la delimitación del área de estudio, ya que el rompecabezas histórico del estado se encuentra profundamente ligado con las comunidades ahora pertenecientes a los estados vecinos de Jalisco y Michoacán, tanto en el norte de Colima, con las comunidades de Zapotitlán, Zapotlán, Tonila, Tuxpan, etc.; como en el área costera, con las comunidades Coahuayana, Aquila, Ostula, por decir algunas como ejemplo.

Por otro lado, el hecho de que, a diferencia de otras entidades, Colima carece de registros de investigación antropológica en las fuentes formales. Se han hecho excelentes aportaciones de historiadores a la reconstrucción de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, puesto que es hasta ese siglo donde se encuentran la mayor parte de documentos de archivo que contienen descripciones y datos de la vida de los pueblos de la Villa de Colima. No obstante, en lo que refiere a finales del siglo XIX y principios del XX, no hay información suficiente que pueda orientarnos en torno al estado de las cosas y los contextos sociales que llevaron a la pérdida y ocultamiento de la lengua.

Recientes registros muestran evidencias de que el náhuatl no ha desaparecido. En algunos casos, como en la fiesta de Los Chayacates en Ixtlahuacán, ciertas construcciones lingüísticas se mantienen dentro de la ritualidad como elementos imprescindibles, aunque permanecen de forma fija o endurecida como parte de la fraseología de la comunidad. Un ejemplo de ello es el siguiente: */kampa/-/mutla/-katile/-/enDios/-/tipiltsin*. La oración fue traducida por el entrevistado y otro habitante de la comunidad como: “Dónde está el niño Dios” [Aristeo Vega, testimonio, Ixtlahuacán, Colima, marzo de 2011].

Las anteriores evidencias, así como la conservación de vocabulario en algunos campos semánticos como el de la transformación de los alimentos, la medicina tradicional, la nomenclatura de plantas, entre otros, nos llevan a la justificación del enfoque que plantea que la falta de una evaluación que dé cuenta del estado actual de las comunidades indígenas en el territorio de Colima, ha producido la creencia general de que éstas han desaparecido. Sin una evidencia de investigación que contradiga este supuesto, se seguirá negando la existencia de prácticas socioculturales con un pasado mesoamericano. Esta situación repercute directamente en tres factores fundamentales: la falta de documentación que funja como base para la investigación científica en torno a estas comunidades, la desintegración en las acciones del Estado para con los actores sociales y la pérdida del vocabulario náhuatl, todavía existente.

Aunque es evidente que en las comunidades nahuas de la zona ya no quedan hablantes, uno de los objetivos de este proyecto es la documentación del vocabulario que recuerdan los habitantes más antiguos, pues en estos remanentes léxicos se encuentran contenidos desde rasgos lingüísticos que ayudarán a caracterizar las variantes de la zona, hasta los fragmentos de la cotidianeidad cultural contenida en los conceptos resguardados en frases y palabras. Incluso, hay algunas frases que los hablantes recuerdan haber usado en su juventud con hablantes monolingües, en cuya estructura se puede observar, por las interferencias lingüísticas en la frase en náhuatl, cómo fue el proceso de desplazamiento por la lengua dominante.

Así, se puede partir de la hipótesis de que en los remanentes lingüísticos se trasluce la evidencia conceptual de que los sujetos a investigar conservan y recrean una identidad fundamentada en prácticas indígenas.

Colima como zona de estudio

Como ya se comentó, los márgenes para la reconstrucción del pasado cultural del estado de Colima se encuentran extendidos más allá de los límites políticos ahora establecidos.

Creada en 1523 por instrucciones de Hernán Cortés, en su etapa inicial, la alcaldía mayor de Colima comprendió un extenso territorio que sobre la costa de la Mar del Sur, iba desde Zacatlula, en el sur, hasta Cihuatlán, en el norte, y tierra adentro hasta la laguna de Chapala, incluyendo la cuenca de Sayula-Zacoalco y los volcanes de Colima. Dos años después, con las expediciones de Francisco Cortés de San Buenaventura, el territorio creció hacia el noroeste hasta Nayarit (Reyes, 2000).

Sin embargo, para efectos de esta investigación, toda la información pasada y presente de los hechos sociológicos y lingüísticos se encuentra acotada a los márgenes políticos impuestos en la actualidad. Políticamente, el estado se encuentra dividido en diez municipios: Armería, Colima, Comala, Coquimatlán, Cuauhtémoc, Ixtlahuacán, Manzanillo, Minatitlán, Tecomán y Villa de Álvarez.

La población actual de Colima, en cifras redondeadas, es de poco más de 700 000 habitantes. Esto en términos económicos significa que no hay una cantidad considerable de macro industrias o empresas que oferten empleos, por lo que una buena parte de la economía del estado se encuentra sostenida en las medianas y pequeñas empresas o el autoempleo.

Aunque existen importantes fuentes económicas como la pesca y la agricultura, la siembra e industrialización de limón, coco, plátano y caña de azúcar abastecen no sólo los mercados locales y nacionales sino también los internacionales.

Dichas prácticas económicas, entre las que también podemos incluir la industria salinera, que hasta el siglo XIX fue la actividad económica de mayor prominencia en el estado (Reyes, 2004), han acompañado durante siglos la construcción de la historia de Colima.

Las comunidades

Las comunidades de Zacualpan y Suchitlán pertenecen al municipio de Comala que se localiza al norte del estado de Colima. Sin embargo, se encuentran distantes histórica y geográficamente una de otra.

Suchitlán

Si desde Colima se va, por el camino antiguo, a las comunidades nahuas de Jalisco, Zapotitlán, Tuxcacueco, Tuxpan, una vez que se cruza la cabecera municipal de Comala, la primera comunidad importante es Suchitlán. En el camino se distingue cuál es la principal actividad económica que le da sustento: el cultivo de café y el turismo. Tanto los cafetales como el abundante comercio de artesanías y los restaurantes rústicos saltan a la vista desde el primer momento, aunque también hay una fuerte aportación a la economía local proveniente de los empleos fuera de la localidad.

Suchitlán es quizá la comunidad con mayor relevancia en lo que a prácticas indígenas se refiere. Históricamente, Comala fue la única comunidad que no vio decrecida su población por los embates de la Conquista. Opuesto a la situación presentada en la mayoría de los pueblos de la provincia de Colima, Comala aumentó en número sus habitantes (Reyes, 2000: 82), los cuales, en su mayoría, estaban asentados en el barrio de Suchitlán, razón por la cual es la población donde se encuentra la mayor evidencia de persistencia de prácticas indígenas, pues es aquí donde el festejo del inicio del ciclo agrícola sigue formando parte importante del calendario festivo de la comunidad.

Zacualpan

A pesar de la cercanía, para llegar a Zacualpan no existe un camino formal de acceso a su cabecera municipal, sólo hay un “camino de bestias”, es decir, veredas a través del cerro y cruzando el “Río Grande” (río Armería), lo que significa para los pobladores, entre una hora u hora y media de camino hacia el oeste de Comala, lo que, de alguna manera, ha contribuido a cierto “aislamiento”. El único acceso vehicular es por la carretera Colima-Minatitlán, por lo que el centro urbano más cercano es la ciudad de Villa de Álvarez.

Sus principales actividades económicas son la pesca de río, la siembra, la ganadería a baja escala y los empleos fuera de la comunidad. De las tres zonas de estudio, ésta es la única localidad que se encuentra en la categoría de media marginalidad, según datos del Consejo Nacional de población.

Zacualpan tiene especial importancia por poseer un abundante manantial que abastece de agua a los municipios más poblados del estado: Colima y Villa de Álvarez. En su paso por esta comunidad, Bassett Johnson apunta lo siguiente.

Las mujeres usaban faldas largas y una especie de huipil. Bajo los hombros llevaban una angosta banda bordada que pasaba por debajo del cuello. Los hombres, por su parte usaban calzón, camisa y ceñidor rojo; huaraches y machete de Sayula. Había unas 50 o 60 casas. Éstas eran rectangulares y hechas de otate delgado y entretejido. Estaban techadas con pasto silvestre, zacate de loma o “paiste”, como le llamaban en Tuxpan.

Debido a que la geografía del lugar sólo les rendía una cosecha al año de frijol pequeño o maíz, también se dedicaban a la caza (venado y conejo) y a la recolección de frutos silvestres –aunque no abundan por aquí... (Valiñas, 1979: 335).

Estos apuntes antropológicos no encontrados en otras comunidades del estado evidencian la observación de una comunidad que preservaba ciertas prácticas con profundidad histórica como la vestimenta, la arquitectura y los modos de producción.

Ixtlahuacán

Este municipio se encuentra al sureste del estado de Colima. Con el paso de los años, por diversas razones administrativas y políticas (rutas de comercio, los nuevos centros administrativos, etc.), su territorio ha venido decreciendo; su último recorte fue hace apenas cuatro décadas y actualmente se encuentran 28 comunidades dentro de sus límites geográficos.



Mapa 1. Ubicación de las comunidades de estudio dentro del estado de Colima. **Fuente:** elaboración propia, 2020.

La ganadería y la siembra de productos como el melón, jitomate, chile, maíz, sandía, pepino, son la base fundamental de la economía ixtlahuaquense. Aunque también, en menor medida, la producción artesanal y los servicios, contribuyen al desarrollo municipal.

Desde antes de la conquista de tierras de occidente, Ixtlahuacán ya poseía una fuerte presencia en el territorio por ser paso en las rutas de comercio mesoamericano. Por esta razón durante la Colonia, a esta comunidad se le proveyó de cierto reconocimiento al establecerse aquí el curato al que pertenecían gran parte de los pueblos de la zona (Reyes, 2000). Con el centralismo estatal, el desarrollo de comunicaciones y centros urbanos, Ixtlahuacán fue quedando apartado, situación que, supongo, contribuyó a la conservación de prácticas antiguas como la fiesta de los Chayacates, la gastronomía o el manejo de la fibra de acapán.

Antecedentes históricos

La descripción del pasado remoto de la vida de Colima está ligada, como la de otros pueblos, a los orígenes histórico-míticos que, en este territorio, se asocian en gran parte a la figura del volcán: “El nombre del reino y ciudad de Coliman, les viene del nombre del Volcán de Colima (es decir, el Volcán de Fuego de Colima) (...) Colima, ‘dios viejo o dios del fuego’, ‘abuelo, el dios hombrado y poderoso’, ‘lugar del dios viejo que domina’ y ‘sierra vieja’” (Figueroa, 1973: 70).

En 1522 fue la primera entrada de los españoles a territorio colimense. Un año después, Gonzalo de Sandoval logró derrotar a los tecos y se fundó la alcaldía mayor de Colima. Sin embargo, hay una gran carencia de datos precisos para los primeros 30 años de ocupación española (Zúñiga, 2009; Reyes, 2000). No es sino hasta el año de 1554, 32 años después de la Conquista, que el oidor Lorenzo Lebrón de Quiñones, al finalizar su visita a 200 pueblos de la región, escribió un documento, *Relación sumaria de la visita...* (Terríquez, 2006), que se ha convertido en una importante fuente de información, cuyos registros son uno de los pocos documentos que dan cuenta de la situación en la que se encontraban los pueblos a tres décadas de la Colonia española.

De entre los datos más importantes expuestos por Lebrón de Quiñones destaca el estado de exterminio en el que se encontraban los indios de Colima. Afirma que los pobladores originarios se hallaban disminuidos en número, a la centésima parte de cuando fueron conquistados. Este dato, aunque parece un poco desmedido, se vuelve de especial importancia puesto que la disminución poblacional tan devastadora, propició la traída de esclavos e indígenas de otras comunidades para trabajar en estas tierras, lo que habría de tener un indiscutible impacto sobre la reducción y transformación de las prácticas culturales primigenias, entre las que por supuesto se encuentra la lengua.

Antecedentes lingüísticos de la zona de estudio

La información lingüística del estado de Colima es escasa. Sin embargo, es importante exponer algunas premisas básicas para tener en claro cuál será la plataforma de datos desde la que se parte.

La dificultad primordial en la exposición de la situación lingüística del estado radica en el hecho de que por diversos factores históricos, el registro sobre las lenguas de la zona es escueto. Toda la información que existe acerca de las lenguas son unos cuantos documentos coloniales y otros del siglo xx. En 1554, Lorenzo Lebrón de Quiñones apunta, durante su visita, que en diez leguas de comarca se hablan más de 33 lenguas sin inteligibilidad mutua (Reyes, 2000).

Para finales del siglo xvi, fray Antonio Tello, al hacer las descripciones del territorio en su crónica de la visita del padre comisario fray Alonso Ponce por las tierras de Colima, apunta que el mexicano corrupto era la lengua extendida en esta zona, haciendo una distinción para Zacualpan por poseer una lengua particular igualada a la de Zapotitlán. Un documento de 1631 sobre beneficios, pueblos y lenguas del Obispado de Michoacán, documenta la existencia de lenguas locales que sobrevivieron hasta mediados del siglo xvii: “Estos indios se administran en mexicano, aunque tienen lengua particular los de Tecomán, *teconuca*, y los de Alcuzaqui, *alanzauteca*” (López, 1973: 111).

En este mismo texto, al darse los datos estadísticos del beneficio de Chamila (zona de Ixtlahuacán), se dice al margen: “Se administran en mexicano, que entienden todos, aunque casi cada pueblo tiene lengua especial materna que se va perdiendo” (López, 1973: 111).

Con estos documentos de los siglos xvi y xvii podemos esbozar de manera tenue la situación lingüística del estado de Colima y cómo este mapa se fue transformando con los años de ocupación española. Primero, un panorama de una gran variedad lingüística que fue siendo desplazada por el náhuatl. Aunque podemos observar la existencia de variantes de esta lengua desde antes de la Conquista española, el náhuatl tomó fuerza sobre las otras lenguas o variantes por ser la lengua que aprendieron los evangelizadores. Por ello observamos su función dentro del territorio como lengua franca, permitiendo durante algún tiempo la coexistencia de las variedades locales y después asentándose como la lengua propia para comunidades indígenas. Cabe señalar que aunque hubiera variedades locales del náhuatl, esto no les impidió adoptar ciertas características de la variedad del centro del país; en algunas comunidades de manera más acentuada que en otras. Y un segundo hecho observable es la variedad diferenciada de la comunidad de Zacualpan. En fuentes históricas más recientes ha sido tratada como una comunidad de origen otomí: “Este pueblo cuya fundación se ha perdido en el tiempo, es o bien de origen otomí o bien nahoa según difieren entre sí varios autores” (López y Silva, 2000: 3). “Antes de visitar este lugar (Zacualpan en 1941) Johnson anota la posibilidad de hallar otomí” (citado en Valiñas, 1979: 235). Sin embargo, no existe registro alguno que pueda sustentar esta hipótesis.

En 1778, el sacerdote Juan Joseph Morales escribe un documento llamado *Iztlahuacan y sus pueblos* ([1788] 2022), en él, el capellán hace una descripción detallada de su curato, de la fauna, flora y algunos detalles sobre la vestimenta, los pueblos abandonados, la arquitectura y la hidrografía. Sin embargo, no hay notas lingüísticas sobre la distribución de lenguas o el desplazamiento de éstas por las de mayor dominio. Lo interesante de este documento es el volumen de voca-

bulario náhuatl que recoge, principalmente de árboles, plantas y flores, y aunque el vocabulario recolectado se encuentra castellanizado en su mayoría, es un buen referente histórico-lingüístico de algunas formas del náhuatl del siglo XVIII, desde las cuales se pueden realizar análisis sobre permanencias, evolución y desplazamiento de algunas formas nominales de origen náhuatl.

En 1941, el lingüista John Bassett Johnson hizo un recorrido por 52 pueblos de los estados de Colima, Jalisco y Michoacán. Dado que el trabajo nunca fue publicado, Leopoldo Valiñas retoma sus notas de campo en 1978 y hace un nuevo recorrido. En el estudio de los 11 pueblos que corresponden al territorio de Colima, los resultados fueron pocos para ambos por la falta de informantes debido al nivel de pérdida en el que se encontraba la lengua.

La limitación de datos lingüísticos, así como la falta de estudios a profundidad en las comunidades de Colima, ha generado diversas hipótesis entre los académicos y lingüistas naturales, entre las que se destacan las siguientes.

- La diversidad lingüística en los pueblos de Colima era vasta.
- Colima es un pueblo nahuatlizado y no de hablantes nativos del náhuatl.
- La lengua que prevaleció en la comunidad de Zacualpan fue una variedad de la familia oto-mangue.
- Las comunidades de Suchitlán e Ixtlahuacán fueron hablantes de diferentes variedades del náhuatl.
- La Conquista y los procesos migratorios propiciaron el desplazamiento de la variedad del náhuatl local, por la variedad del centro del país.

Y quizá muchas otras que mi horizonte subjetivo no alcanza a percibir. En este sentido, la pretensión no es comprobar o refutar dichas hipótesis, pero sí ofrecer herramientas y un estudio que arroje datos desde donde puedan partir futuras investigaciones que estén interesadas en la reconstrucción fundamentada del pasado lingüístico-cultural de los pueblos de Colima.

El abordaje

El campo de la sociolingüística nos ofrece un vasto panorama teórico-metodológico capaz de acoger entre sus límites una gran diversidad de estudios en relación a la lingüística y la sociedad. Éstos podrían agruparse en tres vertientes generales: aquellos que buscan objetivos puramente sociológicos, los que tienen objetivos sociológicos y lingüísticos y, por último, los que buscan resultados exclusivamente lingüísticos (Trudgill citado en Lastra, 2003: 22).

Un estudio sociolingüístico integral es aquel donde, tanto la etnografía como la lingüística intervienen técnica y conceptualmente, teniendo como resultado la comprensión de las restricciones sociales y lingüísticas como parte de un único sistema de comunicación (Blom y Gumperz, 2000).

Los datos que serán planteados no tienen objetivos meramente lingüísticos como caracterizar la variedad lingüística que se habló en las comunidades de Colima, sino observar la relación entre ese pasado lingüístico y su presente como comunidades indígenas, y cómo se manifiesta actualmente, en el uso de su español, los remanentes léxicos y conceptuales de la lengua desplazada.

Especificaciones para el tratamiento de la información

El primer objetivo planteado es conformar un vocabulario con los remanentes lingüísticos de origen nahua. Es importante mencionar que, si las formas están en uso, la mayor parte de ellas se encontrarán lexicalizadas o morfofonémicamente adaptadas al español, es decir, que lo que encontraremos serán préstamos lingüísticos y no vocabulario náhuatl y así tendrán que ser manejados, como propone Yolanda Lastra: “Los préstamos son adiciones que a menudo implican reorganización, si se trata de áreas estructuradas del vocabulario, como términos de parentesco, colores, etcétera” (Lastra, 2003: 172).

Por tanto, para la conformación del vocabulario se observaron variables como formas de inserción de los préstamos, desplazamiento del sinónimo en español, alternancia de sinónimos y aceptabilidad o inaceptabilidad de la forma en español.

Sólo se trata una forma como nahua cuando se encontró inserta en el discurso, acompañada de partículas morfológicas de género, persona, objeto, etc., cuando tuvo coherencia sintáctica dentro del contexto lingüístico de la emisión o cuando no hubo elisión o reordenamiento de elementos con respecto a la forma original.

El siguiente objetivo es el reporte interpretativo de la situación sociolingüística de las tres comunidades a tratar, tomando como eje la focalización en la búsqueda de los registros del conocimiento metalingüístico, es decir, la capacidad de los hablantes nativos para ofrecer interpretaciones y sistematizaciones de unidades y eventos lingüísticos (Himmelmann, 2007). Teniendo como lengua objeto el náhuatl y no el español.

En esta información están contenidas todas las opiniones expresadas por los hablantes, sus hipótesis acerca de los cambios, el grado de valoración que tengan hacia el náhuatl, sus percepciones, expectativas y metáforas, entre otras.

Fueron 23 las entrevistas utilizadas para este artículo: 8 de Ixtlahuacán, 7 de Suchitlán y 8 de Zacualpan; 20 de los informantes fueron personas mayores de 65 años, una maestra de la escuela primaria de Zacualpan y un señor de 48 años involucrado en la elaboración de productos tradicionales para las fiestas religiosas.

A pesar de que fueron entrevistas guiadas, se dieron con un tratamiento coloquial basado en tres temas generales; el pasado, qué ha cambiado y cuál es la percepción del presente en la comunidad, los cuales se trabajaron en función de ciertas categorías temáticas como ciclos festivos, alimentación, prácticas agrícolas, medicina natural, vestimenta, lengua, etcétera.

Algunas de las dificultades presentadas durante la ejecución de la investigación fueron que la problemática natural de las comunidades alargó la etapa de recolección de datos, las limitantes propias de la edad avanzada de los informantes que les impedía recordar con facilidad, escuchar y pronunciar claramente por la falta de dientes y el uso de dentadura postiza.

En torno a los remanentes léxicos

La recolección de léxico se dio de diversas formas. Algunas personas emitían diversos vocablos en náhuatl de manera fluida durante la conversación, como parte de su vocabulario personal, otros los mencionaban a manera de lista, como quien enseña una colección de objetos y hubo quienes hacían referencia a las entradas léxicas como parte del habla de terceros. Por ejemplo, la curandera, decía: “los señores llegaban a la tienda y pedían...”. Véase anexo.

Hubo formas que tuvieron alta incidencia de aparición por los diferentes informantes de una misma comunidad. En algunos casos, incluso son utilizadas por algunos grupos de ancianos con un sentido de complicidad, de clave de grupo. Es el caso de:

En Ixtlahuacán

Kampatio / “¿A dónde vas?”
Kampamutla Katille in Dios tipiltzintli / “Dónde está el niño Dios.”

En Suchitlán

Nemiyau / “¿Cómo te va?”

La aparición de estos vocablos como unidades fraseológicas es continua en sus respectivas comunidades. No obstante, su sentido es la estructura y lo que representa la forma como parte del discurso, y no el significado original o traducción, pues las traducciones variaban, no las sabían o los contextos en que las escuchaba no correspondían con su significado.

En algunos casos emitían dos o más entradas dialogales como parte de sus recuerdos léxicos.

Suchitlán

1 { *Nemiyau*..... “¿Cómo te va?”
 { *Nehual cualli*..... “Yo, bien.”

2 { *Newal niulanimayana*..... “Yo ya tengo hambre.”
 { *Nakualitsoa*..... “Come”

Zacualpan

3 { *Newal tehual liwo yewila*..... “Adiós comadrita.”
 { *Oramichina*..... “¿Cómo te fue comadrita con tu negocio?”
 { *Olloskete*..... “Dios que te ayude allá a vender o gracias a Dios.”

Otro caso fue el de las entradas en que el índice de frecuencia de aparición fue alto debido a que ya se encuentran en calidad de préstamos lingüísticos, es decir, que aparecen morfofonémicamente adaptadas al español. Tal es la situación con:

1. *payanar* < *payana* = martajar

Tuvo apariciones en las tres comunidades como parte del vocabulario cotidiano, como verbo y sus respectivas conjugaciones, y como adjetivo calificativo *payanado*.

2. *kuiste* = pequeño

Que se presentó con derivaciones de aumentativo y diminutivo: *kuistito* y *kuistote*.

Para complementar este apartado se puede observar un cuadro comparativo de algunas palabras que fueron recolectadas durante el trabajo de campo del 2013 y lo recolectado por J. Basseth Johonson en 1941 y Leopoldo Valiñas 1978 (Valiñas, 1979).

	TUXPAN		SUCHITLÁN			IXTLAHUACÁN		
	1941	1978	1941	1978	2012	1941	1978	2012
Cabeza	<i>isonteco</i>	<i>ontecon</i>	<i>ontikon</i>	<i>ontikon</i>	<i>soltiko</i>	<i>untikom</i>	<i>untikum</i>	
Ojo	<i>istolólo</i>	-----	<i>ishtelolo</i>	<i>istololo</i>	<i>nistololo</i>	-----	<i>nushtululu</i>	
Nariz	<i>nokaeol</i>	<i>nokaeol</i>	<i>yakáeul</i>		<i>monakal</i>	<i>yaka-ul</i>	<i>yakaeul</i>	
Carne	<i>nakal</i>	-----	<i>nakal</i>	<i>nakal</i>	<i>nakal</i>	<i>nakal</i>	<i>nakat</i>	<i>nakal</i>
Mujer	<i>suwal</i>	<i>suwal</i>	<i>siwall</i>	<i>siwal</i>	<i>siwal</i>	<i>siwat</i>	<i>siwat</i>	
Maíz	<i>layol</i>	<i>layol</i>	<i>tayoli</i>	<i>layol</i>	<i>layule</i>	<i>yayule</i>	<i>yayule</i>	
Frijol	<i>isol</i>	-----	-----	<i>eshol</i>	-----	-----	-----	<i>isul</i>
Sal		<i>istat</i>	<i>istal</i>	<i>istal</i>	<i>istal</i>	<i>istal</i>	<i>istal</i>	

Cuadro 1. Comparativo de palabras recolectadas. Fuente: elaboración propia, 2014.

Sobre la situación sociolingüística

Una lengua es más que una herramienta para la comunicación, es una estructura intrínsecamente relacionada con la interpretación del mundo de la comunidad de habla, es la estructura para la cognición humana y por lo tanto para el pensamiento y la interpretación. El abordaje que se presenta a continuación busca la aproximación al conocimiento metalingüístico de los herederos del desplazamiento del náhuatl. Dentro de la entrevista se incluyeron algunas preguntas encaminadas hacia la búsqueda de emisiones directas o indirectas en torno al tema de la lengua que pudieran mostrar la relación actual de los habitantes de estas comunidades con su pasado lingüístico.

En esta información están contenidas todas las opiniones expresadas por los hablantes, sus hipótesis acerca de los cambios, el grado de valoración que tengan hacia el náhuatl, sus percepciones, expectativas, entre otras.

A través de los datos metalingüísticos arrojados por los hablantes y las observaciones hechas en relación a las prácticas y actitudes registradas en la entrevista con respecto al náhuatl, podrá hacerse una valoración diagnóstica del estado actual de la lengua dentro de la comunidad.

Según Fishman, la lengua no es simplemente un vehículo de contenido latente o manifiesto. La lengua misma es contenido, un referente para lealtades y odios, un indicador de estatus social y relaciones personales, un marcador de situaciones y tópicos, así como de metas relacionadas con la sociedad y escenarios de interacción cargados de valores primordiales que son típicos de todas las comunidades de habla (citado en Bouchard, Giles y Sebastian, 2000: 493).

Todos los elementos enumerados por Fishman en este postulado, no sólo describen el contenido simbólico que tiene para una comunidad una lengua en uso, sino también cómo estos contenidos inciden directamente sobre las valoraciones hacia una lengua, y éstas, a su vez, en su pérdida.

Como principio del análisis se observa que, en el archivo general de las transcripciones, las construcciones verbales *acabar* y *haber* en su forma impersonal tuvieron un alto índice de recurrencia, presentándose de la siguiente manera.

Durante las entrevistas, el verbo *acabar* tuvo 27 emisiones, sólo de las documentadas con audio, pues algunas más no se registraron por ser emitidas en pláticas previas a la entrevista. Un par de ejemplos de las formas en las que aparecieron son los siguientes: 1) (...) Todo eso **se acabó...**; 2) (...) **Se acabaron** los que sabían eso. Y otras conjugaciones en el mismo sentido.

En el caso de la construcción *no hay*, sólo de las contabilizadas a través de los registros de audio, hubo 53 menciones. Entre ellas: 1) **No hay** quien sepa; 2) Ya **no hay** nada de eso que tú buscas; 3) **No hay** quien se interese por aprender.

Poniendo en prominencia el objetivo de un cuadro diagnóstico sobre el estado de la lengua y la cultura de las comunidades, estos datos evidencian información importante, pues ambas formas mencionadas llevan el mismo sentido de pérdida, en relación con el tema central de las entrevistas: la lengua y la cultura; pues dividiendo las 80 emisiones entre los 18 entrevistados, da como resultado que cada una de estas expresiones fueron expresadas entre 4 y 5 ocasiones por hablante, lo que significa que la mayor parte de los informantes tienen la sensación de que las prácticas mesoamericanas o parte de ellas se encuentran en estado de extinción o a punto de estarlo.

Entre las prácticas que ellos reconocen como tradicionales se encuentra la cocina, algunas formas de rituales religiosos y la fabricación artesanal de ciertos objetos como hamacas, equipales, chimotales, cercados, máscaras, acachales, entre otros.

Otro resultado parte de la observación de que la mayor parte del contenido léxico proviene del campo semántico de la comida, lo que representa el hecho de que la pérdida de la lengua náhuatl fue de lo político y social a lo familiar, y se mantuvo durante más tiempo en los núcleos domésticos o íntimos. En este sentido se observa que con algunos informantes conviven la for-

ma nahua y la española, y el hablante elige automáticamente la forma nahua para los nativos y la española para los extraños.

Según Sara Thomason (2001), este tipo de alternancias –aunque, en este caso es evidente– anuncian que está próximo el desplazamiento.

Lo que los hablantes dicen de la lengua

Este apartado contiene los resultados de las preguntas formuladas a las tres comunidades en relación a la lengua.

1. *¿Hace cuantos años que ya no se habla náhuatl?*

Ixtlahuacán. Esta comunidad presentó una mayor proximidad a la fecha actual, pues la mayor parte de los informantes coincidieron en que tiene aproximadamente entre 30 y 35 años sin que pequeños grupos de hablantes nahuas se escuchen en las calles.

Suchitlán. El rango de tiempo dado por los habitantes es de 50 y 60 años.

Zacualpan. No saben, no lo escucharon nunca. Los padres lo aprendieron de los abuelos. Sin embargo, es la comunidad que presenta una variante dialectal del español más evidente, con préstamos del náhuatl, arcaísmos, elisiones y prosodia diferente.

2. *¿Por qué se dejó de hablar el náhuatl?*

Suchitlán

“Y ya después no quisimos aprender porque empezaron a llegar gentes de afuera y se reían o burlaban de los que hablaban así y por eso.” [Adolfo Cruz Martínez, testimonio, Suchitlán, 2011.]

“No, pos’ porque el que hablaba así como tú quieres, era indio y el indio no valía en ese tiempo.” [Bernardina Velásquez Guzmán, testimonio, Zacualpan, 2011.]

“Ya los grandes no enseñaban a los chicos y los jóvenes ya no entendían y no tenían interés.” [Aristeo Vega Diego, testimonio, Ixtlahuacán, 2011.]

En estos tres factores expresados por los informantes de las distintas comunidades, podría evidenciarse una situación diferente para cada pueblo o tres factores resultantes de una misma

situación compartida por las comunidades indígenas de Colima: la proximidad con centros urbanos y sus restricciones progresistas, la opresión y explotación de las haciendas, así como la falta de reconocimiento por parte de las autoridades.

¿Usted sí hablaba y lograba entender bien?

“Sí, sí hablábamos con los señores mayores.” [Adolfo Cruz, testimonio, Suchitlán, Colima, 2011.]

“En aquel tiempo se expresó el idioma náhuatl.” [José Mariscal, testimonio, Ixtlahuacán, 2011.]

“Sí hablábamos. Porque yo era de calzones, y una cuchillona por aquí.” [Adolfo Andrés, testimonio, Zacualpan, 2011.]

Sólo tres de los 20 entrevistados dijeron haber sido hablantes de la lengua, pero por falta de práctica y por salir de la comunidad lo olvidaron todo. Estos tres hablantes de 76, 80 y 85 años de edad recuerdan haber utilizado la lengua náhuatl, y dos de ellos recuerdan que sus abuelos eran monolingües, lo que me hace pensar que en 1941, cuando John Bassett Johnson hizo el recorrido por los 11 pueblos de Colima, quizá no obtuvo mayores resultados, no porque no hubiera hablantes, sino porque éstos se mantuvieron ocultos del “extraño”, pues en estas fechas los abuelos de mis informantes aún vivían.

En este punto de la investigación podemos observar un dato constante en los recorridos de Johnson, en 1941, el de Valiñas, en 1979, y el que realicé yo en 2012. Tiene que ver con las actitudes de los hablantes para con la lengua: se rescata a través del discurso la idea de ocultamiento de la práctica de hablar náhuatl, lo que en consecuencia se entiende como una actitud negativa para con la lengua: “En Juluapan se le informó que Ayotitlán era de ‘puros indígenas’, cosa que no corroboró el informante” (Valiñas, 1979: 334). “En Comala, Colima, se refirieron a Toliman como un pueblo de puros indios” (Valiñas, 1979: 334).

Esta actitud que se resume en “yo no hablo pero el otro sí”, fue registrada en 1941, 1979 y 2012 en la que los hablantes referían que otros miembros de la comunidad u otras comunidades si tenían hablantes o sí recordaban la lengua. Lo que refuerza la evidencia de la actitud negativa hacia la lengua.

Desde principios de la década de los setentas en que Rebeca Agueyisi y Joshua Fishman (1970) hablan sobre la importancia que tienen las actitudes lingüísticas en el campo de la sociolingüística, éstas han tomado gran importancia dentro de los estudios de lengua y sociedad.

Se puede hablar de actitud hacia la lengua materna, actitudes interdialectales, hacia un sociolecto en específico, hacia una segunda lengua, etc. Más en todas ellas observamos que hay dos puntos esenciales: el individuo y su creencia ante una forma de habla (Moreno, 1998).

En este sentido, las actitudes son fundamentales para que un hablante acepte o rechace el préstamo o para que haga una diferenciación clara entre la utilización de una lengua y otra. En el caso de estas comunidades pudimos observar que entre los hablantes hay una conciencia lingüística que les permite elegir entre una forma y otra, para así mantener oculta la que ellos consideran como diferenciada por razones de creencias lingüísticas. Las siguientes son algunas muestras discursivas sobre este hecho.

“[...] porque nosotros no queremos platicar con personas lo que platicamos entre nosotros pues...”
[Comerciante de la comunidad de Zacualpan, testimonio, Zacualpan, Colima, 2011.]

“¿Ya le platicaron eso? ¿Pues quién le dijo pues?” [María Aranda Laureano, testimonio, Zacualpan, Colima, 2011.]

“Sabe, da vergüenza pero...” [Dorotea Romero Guzmán, testimonio, Zacualpan, Colima, 2011.]

“El secreto de esos gusanos a nadie se le dice.” [Guadalupe Laureano Quirino, testimonio, Zacualpan, Colima, 2012.]

“Nadie te va decir que sabe porque es juzgado hechicero.” [Mujer miembro de la comunidad de Zacualpan, testimonio, Zacualpan, Colima, 2011.]

“No le digas. Que le estamos diciendo ya muchas cosas.” [Mujer miembro de la comunidad de Zacualpan, testimonio, Zacualpan, Colima, 2011.]

Conclusiones

El carácter inconcluso de los datos aquí presentados es evidente, no obstante representan un mirada general a la situación lingüístico-cultural de las comunidades indígenas de Colima, un primer esbozo que pueda sentar las bases de la evidente distribución que tuvo la lengua náhuatl en el territorio de Colima que, independientemente de la posible nahuatlización o estandarización que pudo traer la Colonia, fue apropiado por las comunidades como parte de la identidad como comunidad indígena, un aspecto que aún puede rastrearse en el discurso actual de los habitantes de estos pueblos. Por otro lado, este trabajo ofrece evidencia de que las comunidades indígenas de Colima existen conservando una identidad basada en prácticas culturales de raíces mesoamericanas en las que se puede incluir los remanentes de la lengua náhuatl.

Con los datos léxicos recolectados en esta primera etapa se podrían hacer observaciones más profundas de algunos de los vocablos; comparar los resultados con los de Valiñas y Bessett, lo que

arrojaría información más detallada sobre las variantes nahuas distribuidas en el territorio de Colima.

Las tres comunidades centrales de esta investigación no se encuentran geográficamente muy distantes una de la otra, sin embargo, se puede observar que existen marcadas diferencias en cuanto a las actitudes y la forma de ver la lengua náhuatl en cada una de ellas. Por ello, puede decirse a manera de hipótesis que la historia que rodea a cada una de estas comunidades ha generado que posean actitudes hacia la lengua y la cultura diferentes entre sí.

Al preguntar a los habitantes sobre la cultura, el 80% de las entrevistas levantadas en Suchitlán giró en torno a caudillos y hechos históricos sangrientos de la comunidad, a la sangre derramada por la defensa de la tierra, a la quema de documentos y la explotación por parte de las haciendas cercanas. En cuanto a la lengua, todos parecían aceptarla como un pasado cercano, pero como causa de discriminación y burlas.

Por otro lado, en Zacualpan se habló sobre la ocultación, la vergüenza de que la gente de fuera se entere de cómo hablan y qué comen, una reiterada presencia del ocultamiento de la lengua por miedo al juicio social por ser indígenas, por ser “brujos” o “ignorantes”. Sin embargo, es una de las comunidades donde manifiestan de viva voz su identidad indígena y donde hay una mayor cantidad de prácticas culturales de gran profundidad histórica que se siguen reproduciendo; quizá este extremo ocultamiento, también fue una forma de resistencia que permitió la conservación.

Una de las entrevistas levantadas durante el trabajo de campo en esta población fue la realizada a un grupo de niños de la escuela primaria pues, en algunos casos, durante las entrevistas a los adultos, éstos comenzaron a referir una forma especial de lengua utilizada sólo entre los miembros de la comunidad, quienes mencionaron que se sentían imposibilitados para reproducirla por la presencia de extraños, pero me recomendaron ir con los niños para su registro ya que, a decir de los pobladores, los pequeños aún la hablaban como la habían aprendido en casa. Al estar con los niños pude constatar que en la comunidad había una variante del español en distribución complementaria con la variedad que ellos consideraban estándar y que esta forma dialectal poseía diferencias léxicas, prosódicas y gramaticales en relación a la variante utilizada para comunicarse con el exterior de la comunidad, lo cual representa un objeto de estudio muy interesante para abordar en próximas investigaciones.

En el discurso de las entrevistas de la comunidad de Ixtlahuacán, los hablantes reconocieron como parte de la identidad cultural el trabajo del manejo de fibras de acapán y mezcal para la fabricación de hamacas, y la fiesta de los chayacates que aún posee textos en náhuatl dentro de su representación. De manera particular, en lo que a la lengua se refiere, había una apertura hacia ella, una valoración del vocabulario recordado, el reconocimiento a los habitantes de mayor edad que aún recordaban algo de la lengua como fuentes de conocimiento importante, una actitud positiva hacia la lengua que los ha llevado a proyectar programas piloto de enseñanza del náhuatl. Un dato que salta a la vista es que de las tres comunidades estudiadas, Ixtlahuacán es la única en la que se le

llama a la lengua “mexicano”, que es la forma de autodenominación más extendida en las comunidades que aún poseen hablantes.

En los cuestionamientos sobre los motivos del desplazamiento del náhuatl, en esta comunidad no se culpó a agentes externos (lo que no significa que no los hubiera), sino a la falta de interés por parte de la gente mayor de enseñar y de los jóvenes de aprender por las limitaciones sociales que esto les representaba en un territorio hispanizado.

Suchitlán y Zacualpan presentaron actitudes más negativas hacia la lengua, relacionadas principalmente con la idea de ser un conocimiento vergonzoso y por lo tanto digno de ser ocultado. Geográficamente, estas dos comunidades son las más cercanas a lo que fuera la provincia de Colima, es decir, el centro colonial más importante de estas tierras, en oposición a Ixtlahuacán, que presentó las actitudes lingüísticas más positivas de todo el estudio.

Bibliografía

- Blom, Jan Peter y Gumperz, John J. (2000). "El significado social de la estructura lingüística: la alternancia de códigos en Noruega". En Lastra García, Yolanda. *Estudios de sociolingüística* (pp. 131-166). México: IIA/UNAM.
- Bouchard Ryan, Ellen, Giles, Howard y Sebastian, Richard J. (2000). "Una perspectiva integrativa para el estudio de actitudes hacia la variación lingüística". En Lastra García, Yolanda. *Estudios de sociolingüística* (pp. 491-514). México: IIA/UNAM.
- Figuroa Torres, Jesús (1973). *El remoto pasado del reino de Coliman*. México: B. Costa-Amic.
- Himmelmann, Nikolaus P. (2007). "La documentación lingüística: ¿qué es y para qué sirve?" En Haviland, John B. y Flores Farfán, José Antonio. *Bases de la documentación lingüística* (pp. 15-48). México: Instituto Nacional de Lenguas Indígenas.
- Lastra, Yolanda (2003). *Sociolingüística para hispanoamericanos. Una introducción*. México: El Colegio de México.
- Lope Blanch, Juan Miguel (1972). "El concepto de prestigio y la norma lingüística del español". *Anuario de Letras. Lingüística y filología*, 10, pp. 29-46. DOI: <https://doi.org/10.19130/iifl.adel.10.0.1972.267>
- López Lara, Ramón (1973). *El Obispado de Michoacán en el siglo XVII. Informe inédito de beneficios, pueblos y lenguas*. Morelia: Fímax Publicistas.
- López Razgado, Irma y Silva Moreno, José Luis (2000). *Los barrios de mi ciudad: Zacualpan*. Colima: Ediciones Beu.
- Morales, Juan Joseph ([1778] 2022). *Iztlahuacan y sus pueblos*. México: Carlos Gómez Mayo.
- Moreno Fernández, Francisco (1998). *Principios de sociolingüística y sociología del lenguaje*. Barcelona: Ariel.
- Reyes Garza, Juan Carlos (2000). *Historia de los pueblos indígenas de México. Al pie del volcán. Los indios de Colima en el virreinato*. México: CIESAS / Gobierno del Estado de Colima / INI.
- _____ (2004). *Sal. El oro blanco de Colima. La industria salinera colimense durante el virreinato*. México: Gobierno del Estado de Colima / Secretaría de Cultura.
- Terríquez Sámano, Ernesto (ed.) (2006). *Lebrón de Quiñones. Relación sumaria*. México: Gobierno del Estado de Colima / Secretaría de Cultura.
- Thomason, Sarah Grey (2001). *Language contact*. Washington: Universidad de Georgetown.
- Trudgill, Peter (2003). "Sociolingüística y sociolingüística". En Lastra, Yolanda. *Estudios de sociolingüística*. México: UNAM / Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- Valiñas Caolla, Leopoldo (1979). "El nahuatl en Colima, Jalisco y Michoacán". *Anales de la Antropología*, 16 (pp. 225-344). Recuperado de: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/antropologia/article/view/24198>.
- Zúñiga, Rosa María (2009). *Las hijas de los conquistadores: violencia de género en el siglo XVI*. México: Gobierno del Estado de Colima / Instituto Colimense de las Mujeres.

Referencias electrónicas

- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2020). "Colima. Número de habitantes". Recuperado de: <http://cuentame.inegi.org.mx/monografias/informacion/col/poblacion/>.

Anexo 1

Tabla de léxico recolectado

Vocablo náhuatl	Lugar de recolección	Significado dado por los informantes
<i>akapán</i>	Ixtlahuacán	Planta silvestre de la que se extrae una fibra parecida al ixtle pero de textura más suave, utilizada para la elaboración de hamacas.
<i>apaste</i>	Ixtlahuacán	Recipiente pequeño de barro, utilizado para servir los alimentos individualmente.
<i>apuchinque-apunchikinado</i>	Ixtlahuacán	aplastado, sucio
<i>buriso</i>	Zacualpan	Insecto en periodo larbario comestible. Especie de ciempiés de aspecto negruzco que se encuentra en los ríos.
<i>Chayacates</i>	Ixtlahuacán	Hombres disfrazados con máscaras y vestuarios de ixtle y acapán.
<i>embiona</i>	Zacualpan	flor comestible
<i>Empawala selacal weyon</i>	Suchitlán	Viene hombre desconocido grande.
<i>eshol</i>	Suchitlán	frijol
<i>Extapitla</i>	Ixtlahuacán	Está bueno.
<i>Guajojó</i>	Zacualpan	canto realizado para avisar al pueblo que va a haber una petición de mano
<i>huixixixontles</i>	Ixtlahuacán	estilo de tamales
<i>isha</i>	Suchitlán	muchacha
<i>ishtal</i>	Suchitlán	sal
<i>isul</i>	Ixtlahuacán	frijol
<i>Kampa tashiu a tewal</i>	Suchitlán	Por dónde vienes.
<i>Kampa tiwal a tewal</i>	Suchitlán	A dónde vas.
<i>Kampamutla katile in Dios tipiltzintli.</i>	Ixtlahuacán	Dónde está el niño Dios.
<i>Kampatio</i>	Ixtlahuacán	¿A dónde vas?
<i>katle</i>	Ixtlahuacán	huarache
<i>ke- / je-</i>	Zacualpan	Artículo definido de doble género, masculino y femenino. Ejemplo: <i>Ke</i> burro / <i>ge</i> burro; trae <i>ke</i> sogá / <i>ge</i> sogá.
<i>Kenemiyau kenenitistlaneso</i>	Ixtlahuacán	¿Cómo te va? ¿Cómo amaneciste?
<i>kongo</i>	Zacualpan	hongo
<i>koshko</i>	Zacualpan	fruto comestible silvestre de enredadera con distintas variedades

Vocablo náhuatl	Lugar de recolección	Significado dado por los informantes
<i>koshko tepasuyal</i>	Zacualpan	variedad de koshko
<i>kualsimpin</i>	Suchitlán	muchacha bonita
<i>kuiste / kuistito</i>	Zacualpan	pequeño
<i>kukumal</i>	Zacualpan	Especie de chinche que se da en los árboles de Guamúchil. A decir del informante, son los insectos que en el centro se llaman jumiles.
<i>kuyo</i>	Suchitlán	persona de fuera
<i>lakualsin</i>	Suchitlán	muchacha fea
<i>lashkalli totontli</i>	Suchitlán	tortilla caliente
<i>lashkalli</i>	Suchitlán	tortilla
<i>lashkuyawi</i>	Suchitlán	la mañana cuando aún está oscura
<i>lashpupuyaltitica</i>	Suchitlán	persona que se levanta temprano
<i>layule</i>	Suchitlán	maíz
<i>malaschicón</i>	Ixtlahuacán	escobeta de raíces secas de mezcal
<i>mezkaltamal</i>	Ixtlahuacán	tamal dulce de pinole con canela y frijoles
<i>miztontle</i>	Ixtlahuacán	cabeza de mezcal tatemado para su consumo
<i>monakal</i>	Suchitlán	nariz
<i>mushuhpil</i>	Suchitlán	dedo
<i>nakal</i>	Suchitlán	carne
<i>Nakualitsoa</i>	Suchitlán	Come. Cuando ya es medio día para comer.
<i>Nehual kualli</i>	Ixtlahuacán	Yo, bien.
<i>Nehual nihwa nakal de pitzol</i>	Suchitlán	No me gusta carne de puerco.
<i>nehual</i>	Suchitlán	yo
<i>Nehualteawal yewo yewila weyon</i>	Zacualpan	Que te vaya bien, comadrita.
<i>Nemiyau</i>	Suchitlán	¿Cómo te va?
<i>nenaznaka</i>	Zacualpan	tipo de hongo de entre 18 y 20 centímetros de diámetro
<i>Newal niulanimayana</i>	Suchitlán	Yo ya tengo hambre.
<i>Nikiha</i>	Ixtlahuacán	Estoy satisfecho.
<i>nistlolo</i>	Suchitlán	Ojos
<i>No kualle</i>	Ixtlahuacán	Cosa buena. / Está bueno.

Vocablo náhuatl	Lugar de recolección	Significado dado por los informantes
<i>nolankosh</i>	Suchitlán	dientes
<i>nomayul</i>	Suchitlán	mano
<i>Olloskete</i>	Zacualpan	Dios que te ayude allá a vender.
<i>Olse tlako de nakal</i>	Suchitlán	Dos centavos de carne.
<i>Oramichina</i>	Zacualpan	¿Cómo te fue comadrita con tu negocio?
<i>Paspakes</i>	Suchitlán	peregrinación festiva echa durante el martes de carnaval
<i>payanar</i>	Zacualpan Ixtlahuacán Suchitlán	Quebrar. Con derivaciones castellanizadas como payanado o payastes.
<i>pitsol</i>	Suchitlán	puerco
<i>selakal</i>	Suchitlán	hombre
<i>Shitishi</i>	Suchitlán	Que muelas.
<i>siwal</i>	Suchitlán	mujer
<i>so:nlli</i>	Suchitlán	cabello
<i>soltiko</i>	Suchitlán	cabeza
<i>susul</i>	Ixtlahuacán	lluvia
<i>tapach</i>	Suchitlán	pepena (conjunto de vísceras comestibles)
<i>tapeixtle</i>	Ixtlahuacán	cama de varas
<i>tecomate</i>	Ixtlahuacán	Recipiente redondeado, natural, hecha de la corteza de los frutos del huastecomate y del coco.
<i>tehual</i>	Suchitlán	tú
<i>tecle</i>	Suchitlán	Persona con reconocimiento social antiguamente encargado de hacer la petición de mano para una boda.
<i>tenamaste</i>	Ixtlahuacán	piedra utilizada para poner el fogón
<i>tepinautik</i>	Suchitlán	vergüenza
<i>tichicote</i>	Zacualpan	tonto
<i>tipijuyas</i>	Zacualpan	fruto silvestre comestible
<i>tishli</i>	Suchitlán	masa
<i>Tlako de Nakal</i>	Suchitlán	Dos centavos de carne.
<i>tlascalli totontli</i>	Ixtlahuacán Suchitlán	tortilla caliente
<i>tlascalli</i>	Ixtlahuacán	tortilla

Vocablo náhuatl	Lugar de recolección	Significado dado por los informantes
<i>tonaya</i>	Suchitlán	sol
<i>total</i>	Suchitlán	gallina
<i>tsitsakukus</i>	Suchitlán	hormigas comestibles de la primera lluvia
<i>tsoales/osoal</i>	Suchitlán	Bolas de pinole utilizadas para la fabricación de rosarios de tres cuentas que se les colocaban a los padrinos de un evento civil o religioso en forma de agradecimiento.
<i>tultume</i>	Suchitlán	gallina
<i>wishouhli</i>	Suchitlán	hombre
<i>xococo</i>	Ixtlahuacán	pescado negro de laguna
<i>yosuwai</i>	Suchitlán	acabaste
<i>zombos</i>	Suchitlán	gente de fuera

Nota. Esta tabla contiene algunos de los remanentes léxicos de la lengua náhuatl recolectados en las comunidades de Zacualpan, Ixtlahuacán y Suchitlán; lingüísticamente las tres comunidades pertenecen a una misma zona dialectal, sin embargo, se pueden reconocer diferencias claras entre ellas. Ciertas entradas se encuentran distribuidas en más de una comunidad. Cabe señalar que muchas de ellas se encuentran registradas tal y como fueron emitidas por los hablantes, pues con los niveles de desplazamiento en el que se encuentra la lengua es difícil detectar si se trata de una evolución fonética de la palabra o de una variación personal del hablante por cuestiones de memoria. Así mismo, se respetó la traducción que los mismos pobladores dieron a las palabras, aunque los significados no concordaran con los de otras variantes del náhuatl. Muchas de estas palabras fueron repetidas por más de una persona lo que evidenció una variación por comunidades. **Fuente:** elaboración de Tonantzin Medina, 2021.

El náhuatl del sur de Jalisco, Colima y Michoacán. Rasgos que se entretajan

Rosa H. Yáñez Rosales*

ISSN: 2007-6851

p. 86-p. 115

Fecha de recepción del artículo: enero de 2020

Fecha de aceptación: noviembre de 2020

Título del artículo en inglés: *The Náhuatl of southern Jalisco, Colima and Michoacán. Interweaving traits.*

Resumen

El artículo habla sobre variantes dialectales del náhuatl, en particular de la variante de Michoacán, Colima y el sur de Jalisco. Gracias a la revisión de fuentes manuscritas tempranas, se concluye que el náhuatl en el occidente de México no llegó con los conquistadores españoles, sino que su arraigo en la región remite a una presencia prehispánica. Una segunda conclusión es que, a partir de la Conquista, convivieron en la región varias variantes del náhuatl, hecho que dio lugar a un proceso de koineización o nivelación cuyo resultado manifiesto fue la formación de la variante que conocemos como Náhuatl de la Periferia Occidental (N-PO), con dos subvariantes: una norteña y una sureña. El artículo se centra en la subvariante sureña y presenta información procedente de escritos coloniales en náhuatl, al igual que datos obtenidos mediante el trabajo de campo realizado durante las últimas cinco décadas.

Palabras clave: náhuatl occidental, variación dialectal, diversidad dialectal, documentación lingüística.

Abstract

This article discusses dialectal variants of Nahuatl, particularly the variant of Michoacán, Colima and southern Jalisco. The review of early manuscript sources leads to the conclusion that Nahuatl in western Mexico did not arrive with the Spanish conquistadors, but that its roots in the region go back to a pre-Hispanic presence. A second conclusion is that, after the conquest, several variants of Nahuatl coexisted in the region, a fact that led to a process of koineization or leveling whose manifest result was the formation of the variant we know as Western Nahuatl (N-PO), with two subvariants, one northern and one southern. The article focuses on the southern subvariant; information from colonial writings in Nahuatl is presented, as well as data obtained through fieldwork during the last five decades.

Keywords: western Náhuatl, dialect variation, dialect diversity, language documentation.

Universidad de Guadalajara (rosa.yanez@academicos.udg.mx).

Presentación

Empezaré anotando que este artículo habla de una investigación en proceso. Al leer la introducción a la Relación geográfica (RG) de la Provincia de Motines de René Acuña (1987), nos damos cuenta de que el autor concluye de manera algo apresurada y sólo con base en la RG, que el náhuatl no es una lengua de la región de Colima y Michoacán (territorio perteneciente a la mencionada provincia). Señala que el náhuatl llegó a la región con los conquistadores.

Las RG son documentos valiosos y es de agradecer que dicho estudioso haya asumido el compromiso de localizarlas, editarlas y publicarlas. Sin embargo, no se sostiene tan fácilmente una conclusión de esa naturaleza. Afirmo esto consciente de que en 1987 no se contaba con la información procedente de archivos, bibliotecas, investigaciones arqueológicas y otras con las que se cuenta ahora.

Este artículo plantea preguntas cuyas respuestas no están resueltas del todo. Algunas de ellas son las siguientes: ¿es el náhuatl del sur de Jalisco, Colima y Michoacán, prehispánico? En caso afirmativo, ¿cómo era el náhuatl de Jalisco, Colima y Michoacán antes de la invasión hispana? En caso negativo, como asevera Acuña que el náhuatl es la lengua llevada por los nahuas procedentes del centro de México, a partir de 1521 (1987: 132),¹ entonces, ¿cómo se explican los rasgos morfo-fonológicos compartidos entre el náhuatl de Michoacán, Colima y Jalisco que distinguen, al menos en parte, el náhuatl Occidental (N-OCC), del náhuatl central (N-C)? ¿Cómo se explica que hay rasgos morfológicos compartidos registrados en documentos de Macuilli, Aquila, Alimansi (poblaciones del actual estado de Michoacán, pertenecientes a Colima en el periodo colonial), hacia la tercera década del siglo XVII, que también se encuentran registrados en Jalostotitlán, Amacueca y Tlajomulco (en el actual estado de Jalisco), por los mismos años?

Tener ahora (en la tercera década del siglo XXI) mayor información disponible, se debe a que el Archivo Histórico del Municipio de Colima (AHMC), el Archivo Histórico del Estado de Colima (AHEC), el Archivo Histórico del Arzobispado de Guadalajara (AHAG) y el Archivo General de la Nación (AGN), entre otros acervos, han hecho accesibles documentos escritos en náhuatl y procedentes de la región mencionada, que han permitido el avance de la investigación sobre la presencia del náhuatl y sus variantes. En tal sentido, como es obvio suponer, ahora sabemos más sobre el tema que en 1987, cuando se editaron las *Relaciones geográficas*.

Son dos las hipótesis que propongo y retomo la primera del trabajo de Juan Carlos Reyes Garza (2000) y de Yáñez (2013), aunque este último enfocado en el norte de Jalisco, Nayarit y sur de Zacatecas. En su caso, al analizar el tema de las lenguas de Colima en la época prehispánica, Reyes Garza considera que la presencia de grupos nahuas en la zona pudiera ser anterior a la lle-

1. Acuña señala que “[...] el uso del náhuatl se extendió en la región de Motines por conducto de los indios que acompañaban al europeo conquistador. Su introducción, por tanto, debe datar de hacia 1521; en 1580 [fecha de la RG], muchos naturales de esta provincia entendían y hablaban una especie de náhuatl, a l[a] que [el] Alcalde de Rueda [quien responde la RG de Motín] da el epíteto de “corrupto” (Acuña, 1987: 132).

gada de grupos del México central. Se apoya, entre otras fuentes, en los comentarios registrados por De Ciudad Real (1993), escribano del franciscano Alonso Ponce, quien recorrió la región en la década de 1580. De Ciudad Real, al referirse a los pueblos de Almoloyan, señaló que tenían como lengua materna “la mexicana naual” (Reyes, 2000: 40). El estudioso de la historia de Colima agrega: “[...] aseveración que no necesariamente comprueba el factor de antigüedad, pero sí el de **arraigo**”² (Reyes, 2000: 40-41).

Por mi parte, al hablar de la situación lingüística en occidente y analizar la información registrada en la “Visitación que se hizo en la conquista, donde fue por capitán Francisco Cortés” (Cuevas, 1937) y las crónicas de los soldados de Nuño de Guzmán (Razo, 1963), información que incluye Jalisco, parte de Nayarit, sur de Zacatecas y parte de Sinaloa,³ observo que el náhuatl era una entre otras lenguas (de posible filiación yutoazteca) hablada en varias de las poblaciones registradas en dichos reportes.⁴ En tal sentido, me parece que lo señalado por Reyes Garza para Colima es extensivo para prácticamente todo el occidente prehispánico, es decir, que había grupos nahuas **arraigados** en la región, aunque no podamos saber con precisión de qué temporalidad estamos hablando. Queda claro, sin embargo, que en el momento de la conquista de Jalisco, Nayarit, sur de Sinaloa, Colima y Michoacán (entre 1522 y 1532), ya había grupos hablantes de náhuatl establecidos.

La segunda hipótesis que propongo es que los múltiples cambios poblacionales que tuvieron lugar a partir de la década de 1520,⁵ dieron lugar a un proceso de koineización o nivelación de la lengua náhuatl en Nayarit, Jalisco, Colima y Michoacán. Dicha variante, que en el siglo xx será identificada como náhuatl Occidental (N-Occ), estuvo en el proceso de formarse posiblemente durante la segunda mitad del siglo xvi y la primera del xvii, y se manifestó con dos subvariantes. Una “norteña”, que he identificado de TlajWomulco, en el actual estado de Jalisco, hacia el norte, hasta Guaxicori, Nayarit; y una “sureña”, que considero se extiende desde Tlajomulco hacia el sur y llega hasta Michoacán. Dicha subvariante todavía se encontraba vigente en el sur de Jalisco y Colima en el siglo xx, y en Michoacán, en la actualidad.⁶

Retomando la primera hipótesis, considero que hay suficiente evidencia de la presencia prehispánica del náhuatl en Nayarit, Jalisco, Colima y Michoacán. Dicha presencia tal vez era relativamente reciente, es decir, tenía unas cuantas centurias de haber arribado a la zona, lo que no impide, citando lo dicho por Reyes Garza para el caso de Colima, pensar en el arraigo del náhuatl en el occidente mesoamericano.

2. Negritas como énfasis propio.

3. Para Sinaloa, véase el excelente análisis de Guzmán (2007), en el que traza la presencia del náhuatl durante la época colonial.

4. Valiñas (1994: 129-130) ha señalado que en occidente sólo se encuentran lenguas de la familia yutoazteca, a excepción del purhépecha que se encuentra aislada. Lo cual sugiere una presencia antigua de las mismas en la región.

5. Me refiero a traslados forzados de población de sur a norte o viceversa, mortandad por guerra, epidemias y distintos procesos de mestizaje entre población indígena, africana y española, la llegada al occidente de grupos nahuas del centro (mexicas, tlatelolcas, tlaxcaltecas, chalcas y otros).

6. Véanse los trabajos de Sischo (1967) y Sischo y Erikson (2015a y 2015b).

De esta forma, el presente artículo se concentra en la subvariante sureña del N-Occ, la cual, de acuerdo con investigaciones previas (Yáñez, 2013; Yáñez y Schmidt-Riese, 2017), se extiende aproximadamente de Tlajomulco, población ubicada a unos 20 kilómetros al sur de Guadalajara, se adentra en el sur de Jalisco, entra a Colima y llega hasta Michoacán. Es decir, incluye los llamados Pueblos de Ávalos durante el periodo colonial y el territorio de Colima de la Nueva España. Tlajomulco y sus comunidades (Santa Cruz, San Agustín, Atotonilco), por motivos todavía no claros, manifiesta ser un “foco” en donde confluyen varios de los rasgos que definen el N-Occ, a la vez que las dos variantes (Yáñez y Schmidt-Riese, 2017: 193).

El artículo se divide en tres partes. En la primera, se habla de la dialectalización del náhuatl, en particular del náhuatl occidental (N-Occ), de acuerdo con lo que, principalmente Canger (1988; 2020), Valiñas (1979; 1982; 1994), Yáñez (2013), y Yáñez y Schmidt-Riese, (2017), han aportado sobre el tema. En el segundo apartado se hablará de los documentos coloniales en náhuatl procedentes del sur de Jalisco, Colima y Michoacán y lo que demuestran en cuanto a rasgos compartidos. Por último, se hablará del náhuatl de estas mismas demarcaciones en los siglos XX y XXI, para luego presentar conclusiones.

La dialectalización del náhuatl. El náhuatl occidental (N-Occ)

La dialectalización de una lengua es un proceso de cambio que en términos generales consiste en su diversificación. En dicho proceso hay factores tanto de tipo interno como externo que pueden incidir. El contacto de una lengua con otras puede provocar variación, por ejemplo, en el caso de migración, o la aparición repentina de algo que se convierte en una barrera que provoque una separación (un río, la erupción de un volcán, la construcción de una presa, etc.), lo que da lugar a que los cambios sufridos por la lengua, sean de una naturaleza en una de las comunidades y de otra, en la otra comunidad. En cualquier caso, se manifiesta que la lengua en cuestión se encuentra viva y que sus hablantes se encargan de definir la variación y el cambio.⁷

De acuerdo con Canger (1988) y Lastra (1986), se distinguen tres o cuatro áreas dialectales del náhuatl. Canger distingue básicamente tres: Náhuatl Periferia Oriental (N-R), Náhuatl Central (N-C) y Náhuatl Periferia Occidental (N-Occ),⁸ mientras que Lastra reconoce las mismas tres grandes divisiones y agrega La Huasteca (N-LH), como un área dialectal con sus propias características.

7. La bibliografía sobre los procesos de dialectalización de una lengua, es muy abundante. Sólo se mencionarán aquí a Chambers y Trudgill (2004) y Trudgill (1986), o de manera cercana, el capítulo de Vázquez (2020), sobre una variante del cora que no había sido identificada antes.

8. De manera reciente, Canger (2020) ha propuesto ya no reconocer el N-Occ como un área dialectal, en tanto que las variantes de náhuatl de dicha región, carecen de algunos rasgos fonológicos que sí están presentes en las demás variantes de náhuatl. De acuerdo con su análisis, tal hecho es indicativo de que el náhuatl fue aprendido en el occidente como una segunda lengua, aunque admite que no tenemos documentación de las lenguas que debieron existir en la región, ni cómo eran dichas lenguas.

En las obras citadas de Lastra (1986), Canger (1988), Valiñas (1979; 1981; 1982; 1994), Yáñez (2013), Yáñez y Schmidt-Riese (2017), se hace la caracterización del náhuatl occidental, las isoglosas que se delimitan sobre la base de rasgos morfofonológicos o ítems léxicos más o menos exclusivos. Los trabajos de los tres primeros autores se basan en gran medida en trabajo de recolección de corpus de la lengua realizado en las décadas de 1970 y 1980; en menor medida, Canger y Valiñas se han apoyado en las obras coloniales de fray Juan Guerra (1692) y el bachiller Cortés y Zedeño (1765). Estos dos autores religiosos documentaron el náhuatl del Obispado de Guadalajara que corresponde en la parte norte a la delimitación geográfica del náhuatl del estado de Jalisco, Nayarit y sur de Zacatecas. Por la parte sur, aunque los límites del Obispado de Michoacán incluían parte de los actuales estados de Jalisco, Colima y Michoacán, hasta el momento no se conoce un arte o gramática que hable del náhuatl del sur de Jalisco, Colima y Michoacán, aunque la obra de Cortés y Zedeño recogió en gran medida la variante con sus dos manifestaciones, nortea y sureña.

Las diferencias entre las formas de hablar náhuatl de una región o de un pueblo, fueron observadas desde el mismo siglo XVI y registradas por integrantes del clero. Hacia 1583, el catedrático de la lengua mexicana o náhuatl del Obispado de Guadalajara, renunció a seguir enseñándola porque a su juicio, quienes quisieran aprenderla, debían tener más práctica que cátedra (Yáñez, 2002: 68).⁹ El comentario hace pensar que el náhuatl que enseñaba el catedrático, el fraile agustino Pedro Serrano, era la variante central, la cual parecía no ser de mucha utilidad en las poblaciones del Obispado de Guadalajara. Esta renuncia pronostica lo que viene después en cuanto a las obras de Guerra (1692) y Cortés y Zedeño (1765), textos que describieron el náhuatl o lengua mexicana del Obispado de Guadalajara, y que hasta donde se tiene noticias, son las únicas dedicadas a la variante de una región distante del centro de México.

Volviendo al tema de las variantes, se presentan dos cuadros (véase el final del artículo) que muestran los principales rasgos del N-OCC, las diferencias con el N-C y el náhuatl *lingua franca* (N-LF), según los registros de Guerra (1692), Cortés y Zedeño (1765) y documentos coloniales procedentes del occidente, esto es, desde Nayarit hasta Michoacán. En el cuadro 9, se han incluido datos recogidos en obras recientes que permiten saber que el uso del náhuatl continuó durante los siglos XX y XXI en algunos lugares de la amplia región occidental. Aclaro que aunque el náhuatl de Durango, también llamado mexicanero, comparte los rasgos de la subvariante nortea de náhuatl Occ, no se incluye en este artículo debido a la falta de registros coloniales que ayudarían a documentar el proceso de koineización que aquí se ha mencionado.¹⁰ El cuadro 10 tiene como finalidad complementar la información considerando el náhuatl *lingua franca* (N-LF), varian-

9. Material recabado en trabajo de campo.

10. Como ya se dijo, ésta es una investigación en proceso. Hasta ahora he tenido acceso a algunos documentos coloniales de Nayarit escritos en poblaciones que se encuentran a la misma latitud norte que San Pedro Jícora, Durango, lugar de habla mexicanera. Se cuenta también con los publicados por Barlow y Smisor (1943), de 1563 y 1585, procedentes de Nombre de Dios, Durango. Sin embargo, estos documentos requieren de un análisis que no he realizado, pues lo que se narra corresponde a hechos vividos por mexicas. Podrían estar escritos en náhuatl central.

te delimitada por Dakin (1996), sobre la base de documentos escritos en Guatemala, en la década de 1570, y de la que también hay evidencia en el occidente de México.

El registro colonial del náhuatl en el sur de Jalisco, Colima y Michoacán. Rasgos en común que se entretujan

Los primeros textos escritos en náhuatl en la zona de interés de este estudio inician en 1557. Para ese año se cuenta con un documento redactado en náhuatl, procedente de Tuxpan, en el actual estado de Jalisco (Yáñez, 2022) y para 1576, tenemos un segundo documento elaborado en Tecomán, en Colima (Barlow, 1949).¹¹

Hay que decir que ambos textos fueron escritos con las características del náhuatl central registrado por los gramáticos franciscanos (véase el cuadro 9), principalmente Alonso de Molina (1977). Ahora bien, ¿cómo es posible que documentos escritos en Tecomán o en Coquimatlán, poblaciones en el actual estado de Colima, parezcan haber sido escritos en México-Tenochtitlán o en Tlatelolco, o Tetzaco y que, por tal motivo, hasta hace todavía algunos años se haya creído que el náhuatl de Colima era “igual” que el de la Ciudad de México y por lo tanto que sólo hubo náhuatl en Colima a raíz de la llegada de los conquistadores?

Por una parte, corre la idea de que en la época prehispánica, los mexicas extendieron su lengua para facilitar el cobro de tributos. Si bien el náhuatl sí tuvo una extensión como lengua franca, es un hecho que también había asentamientos nahuas en muchas regiones de Mesoamérica; el occidente es una de ellas. Es también un hecho la existencia de poca documentación historiográfica sobre Colima que brinde detalles de los primeros años después de la Conquista, tema ya analizado por Reyes Garza (2000). En la documentación disponible sobresale una enorme diversidad lingüística de la que no se conocen vocabularios, gramáticas o libros de evangelización, lo que da lugar a generalizaciones. Finalmente, hay evidencia documental de que grupos nahuas del centro, tlaxcaltecas, tlatelolcas, chalcas y otros, fueron desplegados a varias regiones fuera de su lugar de origen, lo cual dio lugar a desarrollar la idea de que el náhuatl de algunas regiones se debía a la llegada de los grupos nahuas del centro.¹²

11. Siguiendo a Robert Barlow, el documento se encuentra en el Museo de San Jacinto, Texas. Mis comentarios se basan en su transcripción y traducción. En el caso del documento de Tuxpan, por muchos años trabajé con una copia, transcrita, glosada y traducida al inglés que Thomas Smith-Stark (d.e.p.), hizo el favor de pasarme. En 2018, Álvaro J. Torres Nila, asistente de investigación de mi proyecto de documentos en náhuatl en la Universidad de Guadalajara, encontró el original en Pares (Portal de Archivos Españoles), disponible para consulta en el siguiente enlace: <<http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/find?nm=&texto=tuxpan+carta>>.

12. Con relación al náhuatl o mexicanero de Durango, el arqueólogo Phil Weigand sostuvo que los mexicaneros de Durango eran de origen tlaxcalteca (Weigand, 1992: 178). Sin embargo, Valiñas (1981; 1991) ha demostrado que el mexicanero, la lengua hablada en algunas comunidades de Durango y del norte de Nayarit, no es el náhuatl de Tlaxcala, sino que es un náhuatl occidental. Señala además el hecho que los mexicaneros comparten muchos rasgos culturales con otros grupos de la Sierra Madre Occidental, como los huicholes, coras, tepehuanes y tepecanos. Al contrario, las comunidades tlaxcaltecas que fueron enviadas a otras regiones tendieron a conservar sus tradiciones ancestrales. La aseveración es confirmada por Martínez (1998).

La discusión del por qué el náhuatl occidental, a partir de que ya se encuentra registrado en textos en la primera mitad del siglo XVII, empieza a exhibir rasgos occidentales, debe considerar a quienes escribieron dichos textos.

El Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco, fundado hacia 1536 por los franciscanos, educó a integrantes de los grupos dirigentes indígenas de las ciudades cercanas a Tenochtitlan, bajo los paradigmas vigentes de la época. Se les enseñó “gramática, artes y teología”, e incluso hubo quien le llamara al colegio, “colegio de gramáticos” (Gonzalbo, 1990: 111-112). Los colegiales aprendieron a leer y escribir español y latín, y como se sabe, también aprendieron a leer y escribir náhuatl y otras lenguas indígenas, colaboraron en diversas obras sobre la historia, religión, lengua, herbolaria y otras áreas de conocimiento que allí se desarrollaron. La hipótesis que propongo aquí es que los primeros colegiales salieron del Colegio de Tlatelolco hacia regiones alejadas de la Ciudad de México, acompañando a religiosos, tal vez con el fin inicial de servir de intérpretes en labores de evangelización. Sin embargo, también fungieron como escribanos de la comunidad a la que asistieron. Estos colegiales convertidos ocasionalmente en escribanos, serían quienes redactaron los primeros escritos en náhuatl con que contamos, procedentes de tales regiones distintas del centro. Lo más probable es que hablaban náhuatl central y habían sido entrenados para escribir tal variante. Poco a poco deben haber entrenado a personas “locales” a fin de que la comunidad continuara con la posibilidad de redactar testamentos, denuncias, traspasos de poder, etc. Por otra parte, el contacto entre hablantes de náhuatl de variantes locales y las que posiblemente llegaron del centro, como es el caso del occidente de México, y entre hablantes de náhuatl y de otras lenguas, dio lugar a distintos procesos de contacto lingüístico. Aquí interesa el de koineización o nivelación de dialectos, es decir, un proceso de contacto entre variantes en el que las diferencias no son tan profundas para impedir la inteligibilidad y el resultado es una variante estable (Kerswill, 2003: 671).

Es prácticamente imposible que los escribanos –quienes a lo largo del periodo colonial desarrollaron su oficio en los numerosos pueblitos, sea como escribanos de cofradía o en un corregimiento– no hayan registrado la variante de su comunidad. Esta variante, o variantes locales, refleja que el náhuatl occidental pasó por cambios que lo distinguen del náhuatl central. Es probable que el oficio de escribano haya pasado de padres a hijos, como se ha visto en el caso de los músicos en la época colonial. También es probable que el escribano ejerciera como cantor de su capilla o iglesia, pues éstos debían saber leer y escribir. Así, el náhuatl central registrado en documentos del siglo XVI en Nayarit, Jalisco, Colima y Michoacán, fue cediendo el paso a un náhuatl más local, más occidental. La variante se fue estabilizando, sin dejar de cambiar, como la vitalidad de cualquier lengua lo demuestra.

En los ejemplos citados en la cuarta columna del cuadro 9, los documentos del sur de Jalisco, Colima y Michoacán, Tuxpan de 1557 (Yáñez, 2022: 55) y de Tecomán de 1576 (Barlow, 1949: 42), remiten a rasgos del N-C, o a rasgos compartidos entre el N-C y el occidental. Los rasgos

registrados en otros documentos de siglo XVI mantienen esta tendencia, o son contundentemente centrales o son rasgos compartidos entre el centro y el Occidente, lo que hace parecer que el náhuatl de tales documentos es un náhuatl traído de fuera. Apenas en 1634, en el documento de Macuilli, Alima, Aquila y Ostutla, aparece un rasgo inconfundiblemente occidental: el sufijo verbal *-lo* para personas en plural, en tiempo presente (véase en Yáñez, 2022: 167). En el mismo documento, también se registra el uso del pronombre reflexivo *-mo*, rasgo del N-OCC compartido con el náhuatl *lingua franca* (véase el cuadro 10). Se cuenta con otro documento procedente de Alcozahui en la demarcación de Colima, fechado en 1639, apenas cinco años posterior al anterior. De manera interesante, no sólo registra el sufijo verbal *-lo* que se acaba de mencionar, sino también, por primera vez en el área de Colima, el sufijo absoluto *-l*. Dicha temporalidad –primeras décadas del siglo XVII–, no es extraña. Si se observa de nuevo el cuadro 9, tercera columna, el sufijo *-lo*, aparece por primera vez en Los Altos de Jalisco, en 1618. De igual manera, el sufijo absoluto *-l* aparece por primera vez en Amacueca, en el sur de Jalisco, a partir de 1630. A manera de hipótesis, el registro de un náhuatl occidental parece manifestarse alrededor de la tercera generación de hablantes a partir de la Conquista, lo cual, es lo usual en este tipo de procesos. No obstante, surge otra pregunta: ¿se trata del resultado del contacto entre variantes?, es decir, del resultado de un proceso de koineización, o ¿se trata del náhuatl local, el occidental prehispánico que sólo fue registrado a partir de que los escribanos ya no venían del centro de México, sino que seguramente eran entrenados en su propia comunidad o en los conventos o corregimientos de la región?¹³

El documento de la región de Colima de Macuilli, Alima, Aquila y Oztutla, de 1634, es el primero que registra rasgos del náhuatl definitivamente occidentales. Recientemente se localizaron tres documentos más, un par de décadas más tardíos. Desafortunadamente, al menos en este momento, tercera década del siglo XXI, no tenemos forma de documentar y reconstruir cómo se dio el proceso de estabilización de la variante sureña N-OCC en Colima y Michoacán. Si se observa con detenimiento el cuadro 9, se verá que el rasgo mencionado, sufijo *-lo* en verbos en presente, en las personas en plural, se registra primero en la región de Los Altos de Jalisco, Jalostotitlán, Mitic y otros, luego en la provincia de Motín, luego en Tuxcacuesco, Cocula, y luego en Atotonilco. Se trata de un rasgo morfológico compartido en toda la región occidental (véase la quinta columna del cuadro 9).

Por otra parte, la presencia del fonema *l*, como típicamente sureño, aparece en Amacueca y Tepec (en el estado de Jalisco) hacia 1630. Y en Alcozahui, Colima, en 1639. En los siglos XX y XXI es un rasgo característico del náhuatl occidental, en su variante sureña, que permitía distinguir la procedencia de la persona.¹⁴ El registro de su variación con *t* y en menor medida con *tl* en

13. Sobre los escribanos de la región occidente, véase Yáñez (2013: 74-91).

14. Para ilustrar la importancia de dicho fonema en la dialectología del náhuatl, comentaré que en 2003, el lingüista Joe Campbell, de la Universidad de Indiana, asistió a la Reunión de los Amigos de las Lenguas Yutoaztecas, organizada por quien escribe. Después de la reunión, lo invité a ir a Tuxpan, Jalisco, en donde él hizo trabajo de campo a principios de 1960. Cuando le extendí la invitación, me contestó: "Ah, sí ¡puras eles!". El fonema *l* ha sido un rasgo sobresaliente en el náhuatl del sur de Jalisco, Colima y Michoacán, comparable al fonema *š* vs. /*č*/ en el español del norte de México.

la obra de Cortés y Zedeño (1765) es contundente; en el siglo XXI se encontraba vigente en la región de este estudio. Todo indica que los rasgos continuarían entretejiéndose.

El náhuatl del sur de Jalisco, Colima y Michoacán, siglos XX y XXI

Antes de analizar los materiales que en el siglo documentaron la presencia del náhuatl en el sur de Jalisco, Colima y Michoacán, es necesario hacer una breve digresión en lo que a la enseñanza y difusión del náhuatl se refiere.

En la época independiente de nuestro país, la enseñanza del náhuatl, con intervalos vacíos, se mantuvo en el Seminario de Guadalajara. Si bien la cátedra de náhuatl debió pasar a la Universidad de Guadalajara cuando ésta se fundó en 1792, esto no sucedió y la enseñanza de la lengua se mantuvo en manos del clero. Evidencia de ello es la labor del padre Agustín de la Rosa, quien dedicó una buena parte de su vida a mantener la enseñanza del náhuatl (Torres, 2020). Es importante tener presente al seminario como espacio donde permaneció vigente el interés por el conocimiento del náhuatl, en tanto que ya en el siglo XX se conocerá y registrará el náhuatl del sur de Jalisco y Colima, gracias a la curiosidad y compromiso de dos sacerdotes, José María Arreola y Melquiades Ruvalcaba. Si bien sus biografías individuales son distintas, los une el interés por conocer y registrar el náhuatl y el hecho de haber estado en el sur de Jalisco.

De esta forma, hasta el momento, la primera noticia que tenemos en el siglo XX sobre el náhuatl en el sur de Jalisco y Colima, consiste en tres vocabularios breves, recogidos por José María Arreola en 1918, y publicados en la revista mexicana *Investigaciones Lingüísticas*, en 1934.

Desafortunadamente, Arreola no da ninguna pista de cómo obtuvo los vocabularios, si partió de una lista preliminar para recopilar el corpus. Tampoco dice quiénes fueron sus colaboradores, su edad, fluidez en náhuatl, si había más nahuahablantes con quienes conversar. Es probable que fueron personas cercanas al cuidado de la iglesia, adultas, quienes le proporcionaron su conocimiento de la lengua, a partir del entorno inmediato y circunstancial. De hecho, no hay una correspondencia plena entre los tres vocabularios, lo que sugiere que no tenía una lista preliminar que haya pedido que respondieran. Parece tratarse de una lista que surgió de manera espontánea.

Vocablo en español	San Andrés Ixtlán	Tuxpan	Suchitlán
agua	<i>al</i>	-	<i>atl</i>
aire, viento	<i>yjecatl</i>	-	<i>ajecal</i>
calabaza	<i>ayutli</i>	<i>ayol</i>	<i>ayoctle</i>
estrella	<i>ixtlalli</i>	<i>Lizarem</i>	-
flor	-	<i>xochitl</i>	-

Vocablo en español	San Andrés Ixtlán	Tuxpan	Suchitlán
fuego	<i>tlexuchtle</i>	<i>tlel</i>	<i>tlixochtle</i>
lodo	<i>zucuil</i>	<i>zocuel</i>	-
maíz	<i>tlayule</i>	<i>tlayol</i>	<i>layule</i>
negro	<i>lile</i>	<i>tlil</i>	<i>lili</i>
papel	<i>amal</i>	-	<i>amalt</i>
piedra	<i>tel</i>	<i>telt</i>	<i>tel</i>
sal	<i>ystal</i>	-	<i>ystal</i>
tierra	-	<i>tlal</i>	<i>la'li</i>
tortilla/tortear	<i>tlaxcale</i> <i>laxcaloa</i>	<i>tlaxcal</i>	-
venado	-	-	<i>mazal</i>
verde	-	<i>xuxo</i>	-

Cuadro 1. Ítems léxicos de San Andrés Ixtlán y Tuxpan, Jalisco y Suchitlán, Colima. **Fuente:** elaboración propia, con base en Arreola (1934).¹

1. Cada vocablo se ha transcrito siguiendo la ortografía del texto de Arreola. En tal sentido, es difícil saber si los aparentes errores, como escribir *telt* y *amalt*, en vez de *tel* y *amatl*, como se esperaría, o francamente *tel* y *amal*, en concordancia con la variante sureña, son errores de edición del propio Arreola, o en realidad él escribió la información tal cual. Ruvalcaba (1935: 210), señala un error en *ayolt*, indica que debe llevar *tl* final.

Una vez que se publicaron los tres vocabularios, el padre Melquiades Ruvalcaba, quien ya se encontraba laborando como sacerdote en Tuxpan, decidió enmendarle la plana a Arreola y mandó un texto a la misma revista *Investigaciones Lingüísticas* corrigiendo algunas de las entradas que, a su criterio, contenían equívocos. De esta manera, nos enteramos de un Melquiades Ruvalcaba activo, aprendiendo la lengua mexicana, participando en los rituales de petición de mano de las novias de Tuxpan, todo en lengua mexicana. Al siguiente año, apareció la corrección de lo que él consideraba erróneo en lo publicado por Arreola, exclusivamente en lo que a Tuxpan correspondía. No sólo eso, sino que agrega información que Arreola no publicó. Por ejemplo, indica que había vocablos que eran utilizados sólo por hombres y otros por mujeres.

Arreola, 1934	Ruvalcaba, 1935
<i>Toteco</i> . Nuestro Señor.	Está correcto.
<i>loquich</i> . Marido.	Está exacto y por lo general con esa palabra se entiende todo varón.
<i>No mamai</i> . Mis brazos o manos.	No está bien. “ <i>No mazozopaztli</i> ” llaman a los brazos y “ <i>no imahuan</i> ” a las manos.
<i>No metzmetz</i> . Mis piernas.	Está bien.

Arreola, 1934	Ruvalcaba, 1935
<i>Huala</i> . Venir.	Este verbo sólo es del varón; la mujer dice: "huitz" ¿ <i>Campa tihuitz?</i> ¿De dónde vienes? ¹
<i>Mahuala</i> . Ven.	<i>Mahuala</i> es "dígnate venir". El <i>ma</i> suaviza la orden.

Cuadro 2. Algunas correcciones enviadas por Ruvalcaba a la revista *Investigaciones Lingüísticas*. **Fuente:** elaboración propia.
1. Negritas para destacar énfasis propio y cursivas en el original.

De igual manera, Ruvalcaba registra el uso distintivo de *cualli* ("bien") y de *yec* (*yectli*: "bien"); el primero por hombres, el segundo por mujeres.

En la mañana, los hombres dicen:

Náhuatl	Español
–¿ <i>Kiemi titlanez?</i> ¹	¿Cómo amaneciste?
– <i>Cualli, pampa Dios</i>	Bien, gracias a Dios.
–¿ <i>Ti chichauhticac?</i> ²	¿Estás con salud?
– <i>Nichicauhticac</i> , ³ pampa Dios.	Estoy con salud, gracias a Dios.

Cuadro 3. Habla masculina en Tuxpan. **Fuente:** elaboración propia según Ruvalcaba (1935: 213).

1. Es necesario hacer un par de observaciones sobre *kiemi*. En primer lugar, el uso de la letra *a* es inusual. Sólo aparece en estos dos ejemplos. En segundo lugar, Ruvalcaba no comenta sobre la "i" de la primera sílaba. No es claro si los hombres realmente pronunciaban así la palabra *quemi* o es un error de imprenta.

2. *Chichauhticac* se deriva del verbo *chichahua*, "estar fuerte", "robusto". Ruvalcaba lo traduce como "con salud". Hay que decir que Guerra (1692: 74) registra *nichicahua*, "yo saludo", por ello, pareciera ser un uso particular en el N-O CC, en tanto que Cortés y Zedeño también lo registra Cortés y Zedeño, (1765: 117). Ruvalcaba parece no conocer con precisión dicho uso.

3. Aunque *ti chichauhticac* y *nichicauhticac* son básicamente la misma construcción, la primera sílaba es el semipronombre *ti*, "tú" y *ni*, "yo". La primera aparece separada del adjetivo, y la segunda no, como sería lo esperado.

Mientras que las mujeres dicen:

Náhuatl	Español
¿ <i>Kimi titlanez?</i>	¿Cómo amaneciste?
<i>Yec</i> ¹ , pampa Dios	Bien, gracias a Dios.

Cuadro 4. Habla femenina en Tuxpan. **Fuente:** elaboración propia según Ruvalcaba, 1935: 214.

1. Énfasis propio.

Lo interesante del saludo es que es una fórmula que a fines de la década de los años setenta, todavía estaba vigente. El lingüista Leopoldo Valiñas (1982), tuvo la oportunidad de grabar a una mujer, Paulina Bautista, quien le proporcionó algunos actos de habla, textos orales que ella llamó "Saludos", como si fuera algo que caracterizara a los hablantes de náhuatl en Tuxpan. En uno de ellos, la frase inicial registrada fue: *Kemi čikawa?* (Valiñas, 1982: 58) y puede ser traducida como "¿Qué tan saludable está usted?". Pareciera que, en Tuxpan, una manifestación de cortesía consis-

tía en demostrar interés por conocer el estado de salud de una persona y fue registrado por el padre Ruvalcaba en 1935, y por Valiñas en 1982.

Algunos años más tarde tuve la oportunidad de realizar trabajo de campo en Tuxpan.¹⁵ Si bien las grabaciones que recogí fueron de menor extensión que las de Valiñas, mis hallazgos, en lo que a la lengua se refieren, coinciden con los suyos y los de Ruvalcaba.

Al igual que Ruvalcaba registró el uso de *yectli* por mujeres para indicar “bien”, éste fue confirmado en mis datos. Fue emitido al inicio de un diálogo entre Concepción Figueroa (CF) y Maximiana Reyes (MR). Otros términos no mencionados antes, son: *ue* para decir “sí”, *λle* con el significado de “no”, y *λlako*, para referir “qué”. Ninguno está registrado en Cortés y Zedeño (1765), o en el trabajo de Canger (2001) sobre Mexicanero, aunque Valiñas registra *tle* y *tlako*.

Véase el siguiente diálogo breve entre Concepción y Maximiana:

Náhuatl	Español
CF: <i>¿Kemís tlamate?</i>	“¿Cómo va el día?” [Buenas tardes]
MR: <i>Yee,¹ pampa Dios.</i>	“Bien, gracias a Dios.”
CF: <i>¿Tlako tekchihua? ¿se mantiris?</i>	“¿Qué haces? ¿Una servilleta?” ²
MR: <i>Ue</i>	“Sí.” ³
CF: <i>¿Teknamakaso?</i>	“¿La vas a vender [cuando la termines]?”
MR: <i>Ue, ue neknamakaso.⁴</i>	“Sí, sí, la voy a vender”.

Cuadro 5. Diálogo breve en náhuatl de Tuxpan, Jalisco. **Fuente:** elaboración propia, 1990.

1. *Yee*, como forma abreviada de *yectli*, “bien”.
2. *Mantiris* parece un préstamo del español “mantel”, o “servilleta”, con bordados.
3. Este término para indicar “sí”, fue usado por MR consistentemente.
4. Negritas para destacar énfasis propio.

El morfema de futuro que se agrega a un verbo es *-so*, mientras que en el náhuatl central, sería *-s*. Este morfema fue registrado en el trabajo de Ruvalcaba (1935: 213) y en el de Valiñas (1982: 53). Por otra parte, Valiñas afirma que las vocales *e* y *i* exhiben variación libre, principalmente en los prefijos pronominales (Valiñas, 1982: 50). Esto se puede ver en las dos últimas emisiones de ambas mujeres. Sin embargo, también se registran en otros vocablos y posiciones de palabra también. El siguiente ejemplo es habla reportada por Catarina Osorio (CO) quien me cuenta cuando el padre Ruvalcaba (MRU) fue a su casa a pedirla en matrimonio.

Náhuatl	Español
CO: <i>Šiuala</i>	“Ven”—le dijo mi papá (a la mamá) y dijo el padre:
MRU: <i>Neuala neka, tekpia se šuwapil¹</i>	“He venido aquí [porque] tienes una jovencita [hija].”

15. Realicé trabajo de campo entre 1988 y 1996. Tuve la fortuna de conocer a varios adultos mayores, nacidos antes de 1920, principalmente mujeres, que crecieron hablando náhuatl. Entre otras cosas, pude grabar breves diálogos entre ellos.

Náhuatl	Español
CO: <i>Amo nešpia šuwapil.</i>	“No” –le dijo mi mamá-, “no tengo una hija, tengo un perro.” ²

Cuadro 6. Diálogo breve en náhuatl de Tuxpan, Jalisco. **Fuente:** elaboración propia, 1990.

1. Negritas para destacar énfasis propio.

2. La narración revela un intento de parte de la mamá por negar la posibilidad de que la hija se comprometiera a casarse. Éste y el siguiente diálogo fueron obtenidos durante el trabajo de campo realizado entre 1988 y 1996.

En otro diálogo entre Balbina González (BG) y Concepción Figueroa (CF), se escucha:

Náhuatl	Español
BG: <i>Temačtiani keneke tajtoa. ¿Temačtiani o temačtia?</i>	“La maestra (refiriéndose a RY) quiere hablar [náhuatl]. [¿Cuál es la palabra] maestro o enseñar?” ¹
CF: <i>Temačtiani.</i>	“Maestra.”
BG: <i>Ye motemačtiso.</i>	“Ella va a aprender.”

Cuadro 7. Diálogo breve en náhuatl de Tuxpan, Jalisco. **Fuente:** elaboración propia, 1990.

1. Fue frecuente que cuando las mujeres iniciaban una conversación, a petición mía, después de unos minutos, una de ellas preguntaba: “¿Cómo se dice...?”. La falta de funciones comunicativas de la lengua afectó mucho la fluidez. Literalmente, el español invadió incluso esos espacios íntimos, en tanto que estas mujeres eran amigas cercanas.

Ayotitlán, municipio de Cuautitlán de García Barragán, es una comunidad en el sur de Jalisco que reúne a más de 30 comunidades que se autoadscriben como pueblo nahua. En Ayotitlán y sus comunidades ha habido un trabajo de investigación sostenido desde varios frentes, lo que ha hecho que de manera indirecta también, se registren datos sobre la lengua. Por ejemplo, la bióloga Yésica Higareda Rangel, con el fin de recoger información sobre plantas medicinales, recogió diferentes “rezos” entre médicos tradicionales y curanderos de las comunidades. El trabajo de campo, realizado entre 1998 y 2001, se publicó recientemente (Higareda, 2018). Así, nos damos cuenta de que el rezo, que es un texto oral cuyo objetivo es curar, sanar, se ha mantenido como un acto de habla, tan importante tal vez como los saludos de Tuxpan, o como los *huehuetlatolli* en Ahuehupan, Guerrero (Ramírez y Flores, 2008). En el rezo, hay una gran cantidad de contenido en náhuatl, aunque hay fragmentos en que los vocablos o su estructura morfosintáctica se encuentran erosionados. No se trata de una alternancia de códigos, sino de la aparente palabra o frase incompleta y parecieran haberse juntado de pedazos de varias palabras. Esto posiblemente se debe a un deterioro de la memoria y, por supuesto, a la falta de uso de la lengua en ámbitos que no sean exclusivamente el de la curación.¹⁶

16. Lo de la posible erosión de la lengua es un área de investigación que aquí no se está abordando, se menciona como una posibilidad entre otras, que explique lo que el corpus de rezos, exhibe.

Uno de los vocablos más identificables en los rezos es el de *jecal*, “viento”, y se manifiesta con tres variaciones: *ajecal* (singular), y *jecame* y *eecame* (plural). En náhuatl central, esperaríamos *ehecatl*, “viento”. Molina (1977) no registra la posibilidad del plural, aunque otras variantes sí lo manifiestan (véase Karttunen, 1983; Wolf, 2003). Cortés y Zedeño (1765: 56) registró *ehecat*, *hecal*. *Ajecal* también fue registrado por Arreola (1934) en Suchitlán (véase el cuadro 1), lo cual embona perfectamente en la región nahua Jalisco-Colima.

Algunas de las frases y vocablos que se pueden identificar en el corpus recolectado por Higareda, son:

Tejuanche jecame an macisque.

“Hasta pan puerta de caltenco.”

*Ancala quisque.*¹⁷

“Hasta *pai* centro de su corazón de *julano*” (Higareda, 2018: 136).

Una versión en español podría ser:

Nosotros los vientos, llegaremos a ustedes,

hasta la puerta de la casa.

Ustedes entrarán

hasta el centro de su corazón de fulano (propuesta de traducción de R. Yáñez).

Si esta propuesta es válida, en el breve fragmento se puede observar la estructura de un difrasismo similar a aquéllos registrados por Olmos (2002). Queda la duda de la aparente falta de cohesión entre el sujeto de la acción (nosotros vs. ustedes). Podría ser de los factores que sugieren, desde mi perspectiva, una erosión de la lengua. O bien podría ser un diálogo, que mostraría la participación de dos sujetos plurales: nosotros (los vientos), ustedes.

Otras frases en náhuatl occidental del sur que se reconocen son:

Tegual cempasúchil.

“Tú eres cempasúchil.”

Copalsúchil sigual.

“Flor de copal, ven.” (Higareda, 2018: 132-133).¹⁸

Tel jacalquey, tel jacal tepichi, san lloque melagua...

“Gran jacal de piedra, pequeño jacal de piedra, así, es verdad.” (Higareda, 2018: 137).

17. La ortografía es tal cual aparece en el texto de Higareda. El ordenamiento en líneas o versos es de la autora de este artículo. Considero que una versión normalizada sería: *Tejuantín jekame anmoasiskeh* / “hasta pan puerta de caltenco” / *Ankalakiske* / “hasta pan centro de su corazón”.

18. No está claro si el prefijo de *siguala*, *-sí*, es el equivalente de *xí*, el prefijo de imperativo añadido a verbos, en este caso, *huallauh*, “venir”.

A partir de 2010, a petición de la propia comunidad de Ayotitlán, un grupo de cinco lingüistas empezamos a visitar Ayotitlán con la idea de averiguar, primero, si era viable algún programa de recuperación del náhuatl para ponerlo en marcha después. Asistimos a algunas de las reuniones del Concejo de Mayores, allí preguntamos si había alguien que supiera náhuatl. Dos hombres de edad mayor nos dijeron varias palabras en náhuatl y si bien se trató casi exclusivamente de sustantivos, nos dimos cuenta de que tanto la lengua, como la variante estaban allí. Algunos de los vocablos registrados son:

Náhuatl	Español
<i>suči-l</i>	“flor”
<i>naka-l</i>	“carne”
<i>te-l</i>	“piedra”
<i>nejua-l</i>	“yo”

Cuadro 8. Breve vocabulario en náhuatl compilado en Ayotitlán. **Fuente:** elaboración propia, 2010.

En realidad, no encontramos a hablantes, sólo a recordantes, esto es, personas que dijeron haber escuchado a sus padres o abuelos hablar la lengua, algunos dijeron haberla hablado de niños o incluso jóvenes. Sin embargo, en un proceso que es multifactorial, la dejaron de escuchar y de hablar.¹⁹ Finalmente, para hablar del extremo más sureño de la variante occidental, se revisará lo que registró William Sischo.

Sischo empezó a publicar materiales recogidos en Pómaro, Michoacán, desde fines de la década de los años sesenta. De acuerdo con lo que se dice en la introducción de su trabajo póstumo (Sischo y Erickson, 2015a), se quedó a vivir en la región nahua de Michoacán cinco décadas. Su trabajo documenta la variante náhuatl del sur de Jalisco, Colima y Michoacán. Si bien no tenemos la misma información para el náhuatl del sur de Jalisco y Colima, hay una fuerte coincidencia. Por ejemplo, que el presente plural se forma agregando el sufijo *-lo* a la raíz del verbo, o la presencia del fonema *l* en los contextos de palabra ya indicados. Un rasgo en el que no hay coincidencia, por lo menos con Tuxpan, es el futuro. En Tuxpan se forma agregando el sufijo *-so* al verbo, mientras que en Pómaro se forma como en el náhuatl central, sólo agrega *-s* (Sischo y Erickson, 2015a: 7). En contraste, Pómaro no comparte la isoglosa con el N-C, la presencia del clítico *o-* para la formación del perfecto. A pesar de esto, Pómaro reúne varias de las isoglosas del N-OCC, como se puede ver en la quinta columna del cuadro 9.

Lo importante de la obra de Sischo y Erickson, concentrado en el *Vocabulario* y en la *Gramática*, es que además de describir con explicaciones los rasgos fonológicos y morfosintácticos, los estudiosos proporcionan varios ejemplos en que la lengua exhibe vitalidad, de manera notoria.

19. Véase Yáñez *et al.* (2016).

Xichinquisa pa nel huil nimolalis moná(hua)c.

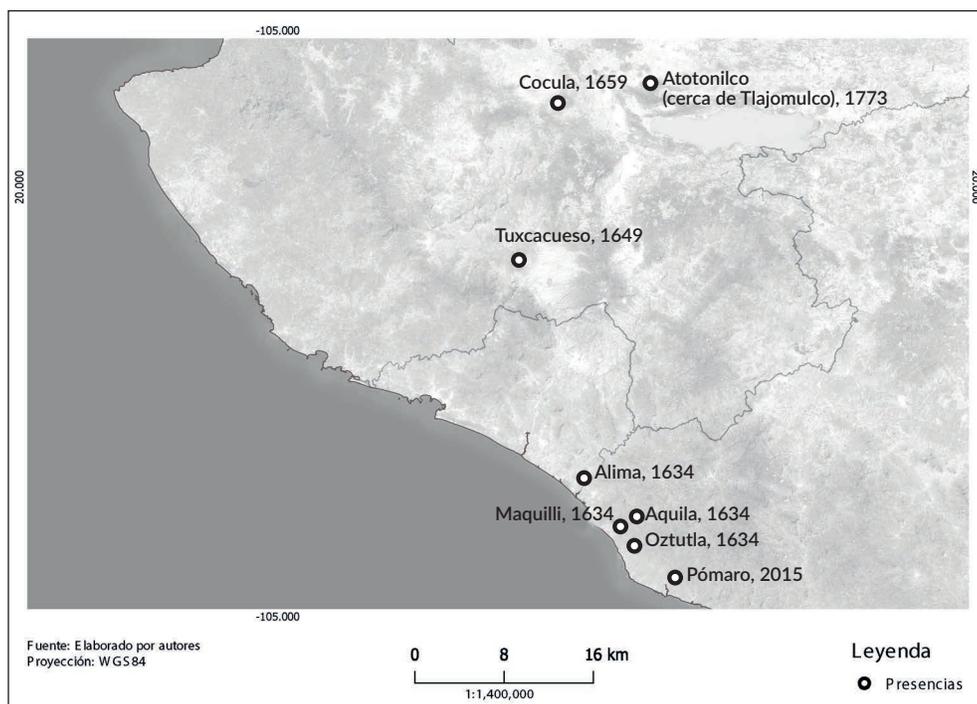
“Recórrete para que pueda sentarme a tu lado” (Sischo y Erickson, 2015b: 18).

Quichíac hasta huajtzinco, cuaquín hasta lacualispan, huan amo nesic.

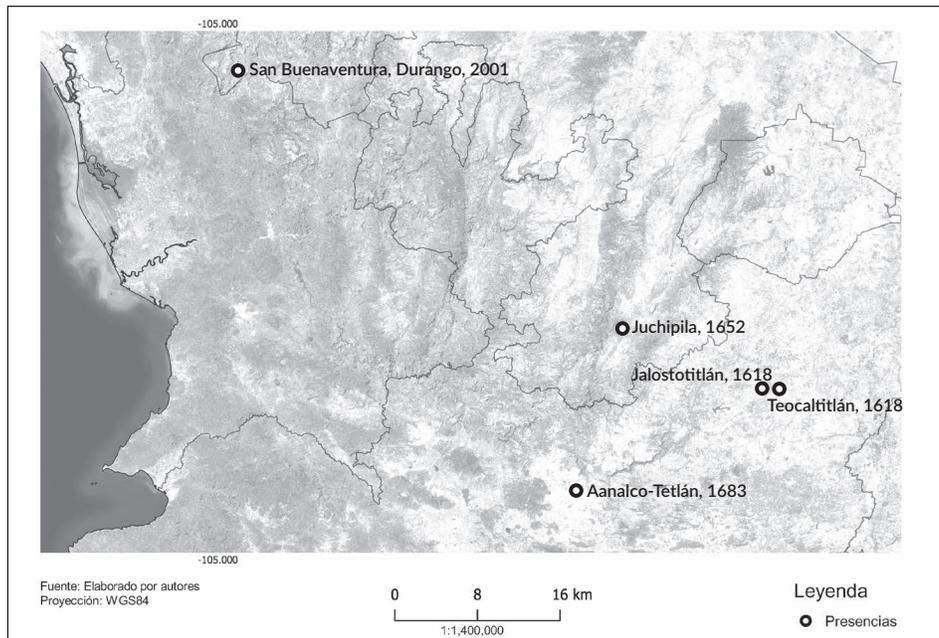
“Lo esperó hasta la mañana y luego hasta el mediodía, pero no apareció” (Sischo y Erickson, 2015b: 26).

Conclusiones

El náhuatl colonial occidental mejor documentado es el de las actuales poblaciones de Jalisco, Nayarit y Colima. Hasta el momento, se encuentra en una proporción similar de menor número de registros,²⁰ aun así, se observa que el náhuatl registrado en la región pasa de ser exclusivamente central, a poco a poco exhibir más rasgos occidentales que lo distinguen. También permite identificar que, desde la época colonial, surgen dos subregiones que aunque comparten la mayoría de los rasgos, también tienen diferencias. Los mapas 1 y 2 reflejan que el sufijo *-lo* de plural en verbos conjugados en presente, es compartido en todo el occidente, se manifiesta desde inicios del siglo XVII y en ese mismo siglo se consolida.

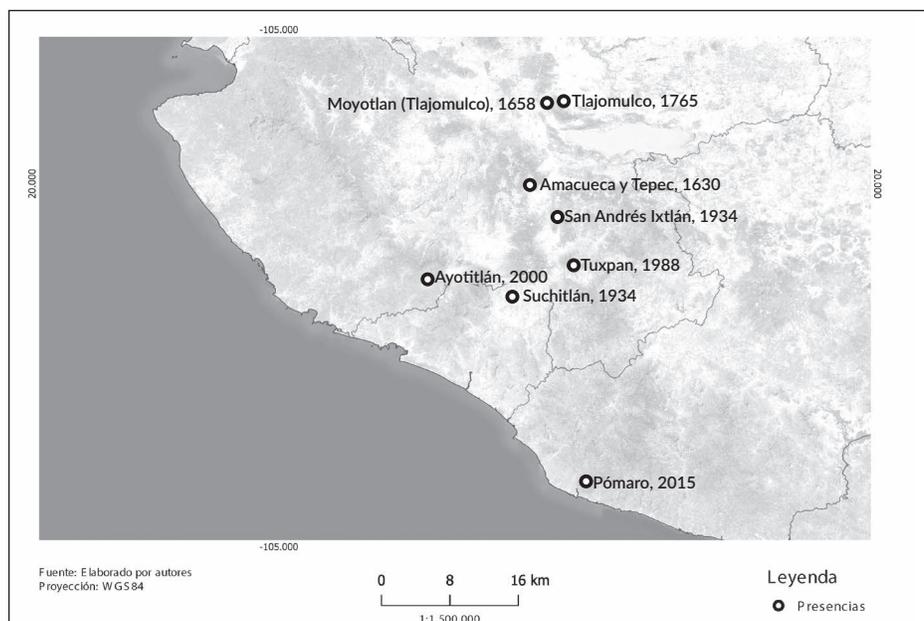


20. Me refiero a que la poca documentación colonial, en el caso de Colima, es temprana, mientras que la de Nayarit se prolonga a lo largo del siglo XVII, pero sigue siendo poca comparada con la existente para las comunidades de Jalisco.



Mapa 2. Presencia del sufijo *-lo*, variante norteña. Fuente: elaboración propia, 2020.

El fonema *l* frente a *tl* se hace presente a partir de 1630 y se mantiene hasta el *Arte...* de Cortés y Zedeño, de 1765, aunque sólo se registró en el sur de Jalisco (Amacueca y Tepec, 1630; Moyotlán, 1658; Tlajomulco, 1765), ya que de momento se carece de documentación para Colima y Michoacán en donde conste su aparición. Aun así, está claro que en los siglos *xx* y *xxi* es un rasgo sobresaliente y exclusivo de las hablas nahuas sureñas (véase el mapa 3).



Mapa 3. Presencia de *l* en vez de *tl*. Fuente: elaboración propia, 2020.

Este texto se ha enfocado en la información existente sobre el náhuatl en el sur de Jalisco, Colima y Michoacán. Como se dijo antes, se parte de que su presencia en la región es prehispánica, aunque no se pueda indicar desde cuándo grupos nahuas habitaban la región. Una aseveración en esa dirección deberá apoyarse fuertemente en la investigación arqueológica. Por el momento queda pendiente buscar las posibles coincidencias entre los resultados proporcionados por dichos estudiosos y los que investigaciones del tipo que aquí se ha expuesto ofrezcan. Asimismo, quedan pendientes de analizar con mayor profundidad varios rasgos, como la variación, aparentemente libre, entre *e* e *i*, la presencia de los préstamos, la posible influencia de otras lenguas indígenas en el náhuatl, la presencia del náhuatl *lingua franca* (véase cuadro 10) y muchos temas más.

Independientemente de la cantidad de materiales en náhuatl occidental que se podría seguir analizando, el hecho es que en la enorme región nahuahablante, el náhuatl tiene vitalidad en los dos extremos: el norteño, como mexicano de Durango y Nayarit, y en el sur, como náhuatl de Michoacán. En ambos casos, la descripción y documentación tuvo lugar en los últimos 20 años y es de esos puntos de donde existen trabajos que abarcan más aspectos lingüísticos de la variante, como el de Canger (2001) y el de Sischo y Erickson (2015a y b). Para las partes centrales de la región, como sur de Jalisco y Colima, los materiales contemporáneos son muy limitados.

La búsqueda de textos debe continuar. Entre más sepamos sobre el pasado de la región y de la lengua, estaremos en mejores condiciones de hacer propuestas para recuperarla. La búsqueda de materiales de archivo, las entrevistas a los ancianos de los pueblos, el documentar cómo se hacen las artesanías, las canastas, los equipales, los bordados, qué se hace antes de sembrar, y un larguísimo etc., nos ayudarán a entender cómo las hablas nahuas se entretajeron. Tener claridad en eso permitirá hacer propuestas para un futuro que le apueste a no olvidar, sino a reconstruir y recuperar lo que a todos nos fue despojado.

Bibliografía

- Acuña, René (ed.) (1987). *Relaciones geográficas del siglo XVI: Michoacán*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Arreola, José María (1934). "Tres vocabularios dialectales del mexicano". *Investigaciones Lingüísticas*, II, pp. 428-443.
- Barlow, Robert H. y Smisor, George T. (1943). *Nombre de Dios, Durango. Two Documents in Nahuatl concerning its Foundation*. Sacramento: La Casa de Tláloc.
- Barlow, Robert (1949). "Las salinas de Tecomán y otros documentos colimenses del siglo XVI". *Tlalocan. Revista de fuentes para el conocimiento de las culturas indígenas en México*, 3(1), pp. 42-51.
- Canger, Una (1988). "Nahuatl Dialectology: A Survey and Some Suggestions". *International Journal of American Linguistics*, 51(4), pp. 358-361.
- (2001). *Mexicanero de la Sierra Madre Occidental*. México: El Colegio de México.
- (2020). "La primera escisión básica dialectal de la lengua nawatl otra vez". En Yáñez Rosales, Rosa H. (coord.). *Lenguas yutoaztecas. Historia, estructuras y contacto lingüístico. Homenaje a Karen Dakin* (pp. 59-71). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Chambers, J. K. y Trudgill, Peter (2004). *Dialectology* (2ª ed.) (vols. 1 y 2). Cambridge: Universidad de Cambridge.
- Cortés y Zedeño, Br. Gerónimo (1765). *Arte, vocabulario y confesionario en el Idioma Mexicano. Cómo se usa en el Obispado de Guadalaxara*. Puebla de los Ángeles: Colegio Real de San Ignacio de la Puebla de los Ángeles.
- Cuevas, Mariano (1937). "Visitación que se hizo en la conquista, donde fue por capitán Francisco Cortés". En "Nuño de Guzmán contra Hernán Cortés, sobre los descubrimientos y conquistas de Jalisco y Tepic, 1531". *Boletín del Archivo General de la Nación*, tomo VIII, 4, pp. 556-572.
- Dakin, Karen (1996). "El náhuatl de Las Memorias: los rasgos de una lengua franca indígena". En Lutz, Christopher H. y Dakin, Karen (eds.). *Nuestro pesar, nuestra aflicción, tunetuliniliz, tucucuca. Memorias en lengua náhuatl enviadas a Felipe II por indígenas del valle de Guatemala hacia 1572* (pp. 167-189). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- De Ciudad Real, Antonio (1993). *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España: Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España, siendo comisario general de aquellas partes*, vol. 2. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- De Molina, fray Alonso (1977). *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana* [facsimil de 1555-1571]. México: Editorial Porrúa.
- Gonzalbo Aizpuro, Pilar (1990). *Historia de la educación en la época colonial. El mundo indígena*. México: El Colegio de México.

- Guerra, fray Juan (2016[1692]). *Arte de la lengua mexicana que fue usual entre los indios del Obispado de Guadalajara y de parte de los de Durango y Michoacán* [edición facsimilar de la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco Juan José Arreola]. Guadalajara: Ancira y Hno. A. Ochoa.
- Guzmán Betancourt, Ignacio (2007). “¿Dónde y cuándo se habló el náhuatl en Sinaloa?” En Guzmán Betancourt, Ignacio y Moctezuma Zamarrón, José Luis (coords.). *Estructura, discurso e historia de algunas lenguas yutoaztecas* (pp. 127-134). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Higareda Rangel, Yésica (2018). *El arte de curar. Los nahuas del ejido de Ayotitlán, Jalisco*. Guadalajara: Sindicato de Trabajadores Académicos de la Universidad de Guadalajara.
- Karttunen, Frances (1983). *An Analytical Dictionary of Nahuatl*. Austin: Universidad de Texas.
- Kerswill, Paul (2003). “Koineization and Accommodating”. En Chambers, J. K. y Schilling-Estes, Natalie (eds.). *The Handbook of Language Variation and Change* (pp. 669-702). Malden y Oxford: Editorial Blackwell.
- Lastra de Suárez, Yolanda (1986). *Las áreas dialectales del náhuatl moderno*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Martínez Saldaña, Tomás (1998). *La diáspora tlaxcalteca. Colonización agrícola del norte mexicano*. Tlaxcala: Gobierno del Estado de Tlaxcala.
- Molina, fray Alonso de (1977 [1571]). *Vocabulario en lengua mexicana y castellana y castellana y mexicana* [edición facsimilar]. México: Porrúa.
- Olmos, fray Andrés de (2002). *Arte de la lengua mexicana* [facsimil de 1547]. México: UNAM / IIH.
- Ramírez Celestino, Cleofas y Flores Farfán, José Antonio (2008). *Huehuetlatolli náhuatl de Ahuehuepan. La palabra de los sabios indígenas hoy*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Razo Zaragoza, José Luis (ed.) (1963). *Crónicas de la conquista del Nuevo Reino de la Galicia*. Guadalajara: Gobierno del Estado de Jalisco / IJAH / Universidad de Guadalajara / INAH.
- Reyes Garza, Juan Carlos (2000). *Al pie del volcán. Los indios de Colima en el virreinato*. México: CIESAS / INI / Secretaría de Cultura del Gobierno de Colima.
- Ruvalcaba, Melquiades (1935). “Vocabulario mexicano de Tuxpan, Jal.” *Investigaciones Lingüísticas*, III, pp. 295-305.
- Sauer, Carl (1976 [1948]). *Colima de la Nueva España en el siglo XVI*. México: Consorcio Minero Benito Juárez Peña Colorada.
- Sischo, William (1967). “The Man Who Abandoned his Children”. *Tlalocan*, 5(3), pp. 227-234.
- Sischo, Guillermo y Erikson de Hollenbach, Elena (2015a). *Gramática breve del náhuatl de Michoacán*. México: SIL International.
- _____ (2015b). *Vocabulario del náhuatl de Michoacán*. México: SIL International.
- Torres Nila, Álvaro J. (2020). “Agustín de la Rosa: La enseñanza del náhuatl en el Seminario de Guadalajara durante la segunda mitad del siglo XIX”. En Yáñez Rosales, Rosa H. (coord.). *Lenguas yutoaztecas. Historia, estructuras y contacto lingüístico. Homenaje a Karen Dakin* (pp. 413-454). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

- Trudgill, Peter (1986). *Dialects in Contact*. Nueva York: Basil Blackwell.
- Valiñas Coalla, Leopoldo (1979). "El náhuatl en Jalisco, Colima y Michoacán". *Anales de Antropología*, 16, pp. 325-344.
- ____ (1981). *El náhuatl de la periferia occidental y la costa del Pacífico* (tesis de licenciatura). Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- ____ (1982). "El náhuatl actual en Jalisco". *Tlalocan. Revista de fuentes para el conocimiento de las culturas indígenas en México*, IX, pp. 41-69.
- ____ (1991). "Los mexicaneros de Durango no son de Tlaxcala". En Cabrera, María del Refugio y Bonaccorsi, Nérida (coords.). *Primeras Jornadas de Etnohistoria. Memorias 1988* (pp. 7-22). ENAH / INAH.
- ____ (1994). "Transiciones lingüísticas mayores en occidente". En Ávila Palafox, Ricardo (coord.). *Transformaciones mayores en el occidente de México* (pp. 127-165). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Vázquez Soto, Verónica (2020). "Apuntes sobre el *muxatéena* (cora presideño) de Presidio de los Reyes, municipio de Ruiz, Nayarit". En Yáñez Rosales, Rosa H. (coord.). *Lenguas yutoaztecas. Historia, estructuras y contacto lingüístico. Homenaje a Karen Dakin* (pp. 603-660). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Weigand, Phil C. (1992). *Ensayos sobre el Gran Nayar: entre coras, huicholes y tepehuanos*. México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos de la Embajada de Francia en México / INI / Colmich.
- Wolf, Paul de (2003). *Diccionario español-náhuatl*. México: Universidad Nacional Autónoma de México / UABC Sur / Fundación Teixidor.
- Yáñez Rosales, Rosa H. (2002). *Guerra espiritual y resistencia indígena. El discurso de evangelización en el Obispado de Guadalajara, 1541-1765*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- ____ (2013). *Ypan altepet monotza san Antonio de Padua tlaxomulco. "En el pueblo que se llama San Antonio de Padua, Tlajomulco"*. *Textos en lengua náhuatl, siglos XVII y XVIII*. Guadalajara: Instituto Municipal de Cultura / Recreación y Deporte de Tlajomulco de Zúñiga / Editorial Prometeo.
- ____ et al. (2016). "Reclamation Initiatives in Non-Speaker Communities: The Case of Two Nahua Communities in the South of Jalisco State, Mexico". En Pérez Báez, Gabriela, Rogers, Chris y Rosés Labrada, Jorge Emilio (eds.). *Language Documentation and Revitalization. Latin American Contexts* (pp. 109-141). Berlín y Boston: De Gruyter Mouton.
- ____ (coord.) (2022). *Escribiendo desde el occidente colonial. Paleografía, traducción y vocabulario de 20 documentos en náhuatl, 1557-1737*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Yáñez Rosales, Rosa H. y Schmidt-Riese, Roland (2017). "Procesos de nivelación en la historia del náhuatl. Consideraciones apoyadas en documentos del antiguo Obispado y Audiencia de Guadalajara". En *Lenguas en contacto, procesos de nivelación y lugares de escritura* (pp. 169-199). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

Anexo. Isoglosas y rasgos del náhuatl

Rasgo	Guerra, 1692 (G) C. Zedeño, 1765 (CZ)	Documentos coloniales del Obispado y la Audiencia de Guadalajara	Documentos coloniales del sur de Jalisco, Colima y Michoacán	Rasgos del N-OCC en las hablas contemporáneas (siglos XX y XXI)
N-OCC-1 <i>moči</i> , “todo”.	<i>Mochi</i> , “todo” (G, p. 52). <i>Mochi</i> , “todo” (CZ, p. 123).		<i>Mochi</i> , “todo”, Tecocitlán, 1599. ¹	
N-OCC-2 <i>-me</i> , pl. sustantivos poseídos (en vez de <i>-huan</i>).	<i>Tozihuame</i> “nuestras mujeres” (G, p. 10). <i>Nocalme vel nocalhua vel nocalhuan</i> “mis casas” (CZ, p. 10).			
N-OCC-3 <i>čičino</i> , “quemar” (en vez de <i>tlatia</i>)	<i>Nicchichinoa</i> , “yo quemo” (G, p. 74). <i>Chichinoa</i> “quemar” (CZ, p. 110).			<i>Čičinol</i> , “quemar”, San Buenaventura, Dgo. (Canger, 2001). ²
N-OCC-4 conservar el absolutivo aunque se agregue posesivo <i>no- siwa-t</i> (en vez de eliminarlo)	<i>Nozihuatl</i> , “mi mujer” (G, p. 10). <i>Noquahuit</i> , “mi madero” (CZ; p. 10).	<i>To-altepetl</i> , “nuestro pueblo”, Jalostotitlan, 1618. <i>To-altepetl</i> “nuestro pueblo”, Mezquitic, 1618. <i>Yqueytl</i> , “su falda”, Mezquitic, 1618.		
N-OCC-5 <i>texucli</i> , lumbre (en vez de <i>tletl</i>)	<i>Tlexuchtle</i> , “lumbre” (G, p. 46). <i>Texuxti</i> , “lumbre” (CZ, p. 93).			<i>Tlixochtle</i> , Suchitlán, Col. (Arreola, 1934). <i>Tešušti</i> , San Buenaventura, Dgo. (Canger, 2007: 171). <i>Tixuxli</i> , “fuego”, “lumbre”, Pómaro, Mich. (Sischo y Erickson de H, 2015b).

1. Es posible que se trate de Tecocitlán el “nuevo”, en la Provincia del Colimotl, según el mapa de Sauer (1976 [1948]), aunque en realidad no hay forma de asegurar: Tecocitlán el “viejo”, es ubicado por Sauer en la provincia de Tepetitango.

2. Canger agrega *l* en los verbos en infinitivo. Parece que el mexicanero agregó tal fonema para distinguir el verbo sin conjugar.

Rasgo	Guerra, 1692 (G) C. Zedeño, 1765 (CZ)	Documentos coloniales del Obispado y la Audiencia de Guadalajara	Documentos coloniales del sur de Jalisco, Colima y Michoacán	Rasgos del N-OCC en las hablas contemporáneas (siglos XX y XXI)
N-OCC-6 <i>onka</i> , “estar”.	<i>Niunka</i> “yo estoy” (G, p. 22). <i>Niunka</i> “yo estoy” (CZ, p. 19).	<i>Onca</i> , “está”, Mezquitic, 1618. <i>Canpa [sic] ni-onca</i> , “donde yo estoy”, San Juan, 1618.		
N-OCC-7 - <i>lo</i> , pl. pres. En verbos: <i>čoka-lo</i> .	<i>Quitlazoltlalo</i> “aquellos aman” (G, p. 18). <i>Hualqualica-lo</i> , “[ellos] traen” (CZ, p. 46).	<i>Ti-c-tlatlani-lo</i> , “nosotros pedimos”, Jalostotitlán, 1618. <i>Ti-c-chihua-lo</i> , “nosotros hacemos”, Jalostotitlán, 1618. <i>Ti-c-nequi-lo</i> , “nosotros queremos”, Jalostotitlán, 1618. <i>Ti-c-mati-lo</i> , “nosotros sabemos”, Mitic, 1618. <i>Ti-c-tlastlahui-lo</i> , “nosotros pagamos”, Mezquitic, 1618. <i>Ti-(i)lviqizti-lo</i> , “nosotros celebramos”, Teocaltitlan, 1618.	<i>Ti-mo-nexti-lo</i> , “comparecemos”, Macuilli, Alima, Aquilan y Oztutla, 1634. <i>Ti-mo-tlatlauhti-lo</i> , “nosotros pedimos”, Macuilli, Alima, Aquilan y Oztutla, 1634. <i>Tehuātin ticmatilo quali</i> , “nosotros lo conocemos bien”, Alcozahui, 1639. <i>Ticmacalo to guardian missa Sanc Antonio</i> , “nosotros damos a nuestro guardián para la misa”, Tuxcacuexco, 1649. <i>Ti-c-maca-lo</i> “nosotros damos”, Cocula, 1659. <i>Ti-c-maca-lo</i> , “nosotros damos”, Atotonilco, 1733.	<i>Yehwanti siempre anmištahtanilil(o) taškal</i> , “ellos siempre les piden tortilla a ustedes” San Buenaventura, Dgo. (Canger, 2001: 133). ³ <i>Tiquisalo</i> , “salimos”, <i>Nejnemilo</i> , “caminamos”, Pómaro, Mich. (Sischo y Erikson de H., 2015a: 5).

3. En el mexicanero de Durango, la /o/ final del morfema de presente plural está en paréntesis. Pareciera deberse a variación entre los hablantes de San Buenaventura.

Rasgo	Guerra, 1692 (G) C. Zedeño, 1765 (CZ)	Documentos coloniales del Obispado y la Audiencia de Guadalajara	Documentos coloniales del sur de Jalisco, Colima y Michoacán	Rasgos del N-OCC en las hablas contemporáneas (siglos XX y XXI)
		<i>Ti-c-viquili-lo</i> , “nosotros llevamos”, Teocaltitlan, 1618. ⁴		
		<i>Nican tiquitolo</i> , “aquí lo decimos”, San Juan, 1618.		
		<i>Titlatlanilo</i> , “nosotros pedimos”, Juchipila, 1652.		
		<i>Nican tictlalilo tomemoria</i> , ⁵ “Aquí presentamos nuestra relación”, Analco- Tetlán (Gdl.), 1683.		
N-OCC-8 Uso de <i>a...mits</i> , vs. <i>a-ni-mits</i> , “yo... a ustedes”.	<i>Annimextazocta</i> , “yo os amo” (CZ, p. 22).			<i>Nel siempre annimištahtanili taškal</i> , “yo siempre les pido tortillas a ustedes”, San Buenaventura, Dgo. (Canger, 2001: 102). <i>Annimitspalehuis</i> , “os ayudaré”, Pómaro, Mich. (Sischo y Erikson de H., 2015 ⁶).
N-OCC-9 <i>exotl</i> “frijol”, vs. <i>etl</i> o <i>yetl</i> .	<i>Exotl</i> “frijol”, (G, p. 53). <i>Exot</i> “frijol” (CZ, p. 85).			<i>Ixol</i> , Tuxpan (Arreola, 1934). <i>Exol</i> , Suchitlán, Colima, (Arreola, 1934). <i>Išol</i> , Tuxpan (Valiñas, 1982). <i>Ešot</i> , San Buenaventura, Dgo. (Canger, 2001).

4. Se conserva el rasgo de agregar el sufijo *-lo* a la primera persona de plural, incluso cuando el verbo *huica*, está en aplicativo.

5. En este texto, procedente del área de Guadalajara, está muy presente el fonema /ʎ/.

Rasgo	Guerra, 1692 (G) C. Zedeño, 1765 (CZ)	Documentos coloniales del Obispado y la Audiencia de Guadalajara	Documentos coloniales del sur de Jalisco, Colima y Michoacán	Rasgos del N-OCC en las hablas contemporáneas (siglos XX y XXI)
N-OCC-10 l, en lugar de tl. ⁶	<i>Al uel atl</i> : “agua” (CZ, p. 55).		<i>xiuil</i> , “año”, Amacueca y Tepec, 1630. <i>nehual</i> , “yo”, Amacueca y Tepec, 1630. <i>ypampa yehual</i> <i>tequiquilia miec...</i> “porque él cosechaba mucho...” Alcozahui, 1639. <i>xihuil</i> , “año”, Moyotlan (Tlajomulco), 1658.	<i>Layule</i> , “maíz”, <i>Lali</i> , “tierra”, <i>Ajecal</i> , “viento”, Suchitlán, Colima, (Arreola, 1934). <i>Al</i> , “agua”, San Andrés Ixtlán, Colima (Arreola, 1934). <i>Lakal</i> , “hombre”; <i>Lal</i> , “tierra”, Tuxpan, (Yáñez, 2013). <i>Ajecal, jecal</i> , “viento”, <i>Copalsuchil</i> , “flor de copal”, Ayotitlán, Jal. (Higareda, 2018). <i>Al</i> , “agua”, <i>Tepel</i> , “cerro”, Pómaro, Mich. (Sischo y Erikson de H., 2015b).
N-OCC-11 presencia de t en vez de tl en inicio, centro y como sufijo cuando en Náhuatl Central, es -tl.	<i>Tiltic</i> (negro) (G, p. 47). <i>Tali</i> (tierra) (CZ, p. 123). <i>mactacti</i> (veinte) (CZ, p. 49). <i>Acat</i> (carrizo) (CZ, p. 67). <i>Xochit</i> (flor) (CZ, p. 85). <i>Tiltic</i> (negro) (CZ, p. 100).	<i>Ttali</i> , “tierra”. <i>Mactacti</i> , “veinte”. <i>Amatt</i> , “papel”, “documento”, Atotonilco, 1733.		<i>Siwat, šučit</i> , San Buenaventura, Dgo. (Canger, 2001).

6. Este rasgo es el que se presenta indudablemente en el náhuatl del sur de Jalisco, en Colima y en Michoacán.

Rasgo	Guerra, 1692 (G) C. Zedeño, 1765 (CZ)	Documentos coloniales del Obispado y la Audiencia de Guadalajara	Documentos coloniales del sur de Jalisco, Colima y Michoacán	Rasgos del N-OCC en las hablas contemporáneas (siglos XX y XXI)
C-OCC ⁷ -1 <i>tesi</i> , moler, vs. <i>Tisi</i> .	<i>Nitetz</i> “yo muelo” (G, p. 71). <i>Tesia</i> “moler” (CZ, p. 98).	<i>Cihuatzque</i> , “molenderas”, Xalisco, 1572.		<i>Tesi-I</i> , San Buenaventura, Dgo. (Canger, 2001).
C-OCC-2 sufijo -ki en <i>toto:nki</i> “caliente” y <i>xoxow-ki</i> , verde, “crudo”	<i>Totonqui</i> (G, p. 48). <i>Xoxouhqui</i> (G, p. 47). <i>Xoxocqui</i> “crudo” (CZ, p. 73).		<i>Totonqui</i> , “caliente”, Amacueca y Tepec, 1630.	<i>Totonki</i> , “caliente”, San Buenaventura, Dgo. (Canger, 2001). <i>Totonqui</i> , “caliente”, Pómaro, Mich., (Sischo y Erikson de H., 2015b).
C-OCC-3 clítico o; pretérito	<i>Onia</i> , “fui”; <i>otia</i> , “fuiste” (G, p. 24). <i>Onia</i> , “fui”; <i>otia</i> , “fuiste” (CZ, p. 21).	<i>o-huala</i> , “vino”, San Juan, 1618. <i>o-nech-xoxonac notzonteco</i> “me golpeó la cabeza”, San Juan, 1618. <i>o-qui-chihua</i> , “hizo”, San Juan, 1618.	<i>O-niquitac</i> , “lo vi”, Alima, 1591. <i>O-cualanic</i> , “se enojó”, Alima, 1591. <i>O-tlalpoliuc</i> , “se despobló”, San Andrés Coatlán, 1622.	
C-OCC-4 <i>-tika</i> , progresivo, en lugar de <i>-tok</i>	<i>Nicochtica</i> “estoy durmiendo” (G, p. 29). <i>Mictontilictica</i> , “le estoy sudando” (CZ, p. 24).			
C-OCC-5 <i>to:toltetl</i> , “huevo”	<i>Tototetl</i> (G, p. 48). <i>Totoltet</i> “huevo” (CZ, p. 89)	<i>Totoltetl</i> , Xalisco, 1562.		
C-OCC-6 presencia de <i>e</i> cuando el sufijo absolutivo en náhuatl central es <i>-tli</i> .			<i>Metztle</i> , “luna”, con el significado de “mes”, Moyotlan (Tlajomulco), 1658.	

7. C-OCC refiere a rasgos compartidos entre el náhuatl central y el occidental.

Rasgo	Guerra, 1692 (G) C. Zedeño, 1765 (cz)	Documentos coloniales del Obispado y la Audiencia de Guadalajara	Documentos coloniales del sur de Jalisco, Colima y Michoacán	Rasgos del N-OCC en las hablas contemporáneas (siglos XX y XXI)
			<i>Ni-cocoxazintle</i> , "estoy enfermita", Tlajomulco, 1717.	
			<i>Amatzintle</i> , "documentito", "papelito", Tlajomulco, 1717.	
c-OCC-7 presencia de <i>tl</i> que compite con <i>t</i> , y ocasionalmente con <i>l</i>		<i>Titotlatocatzin</i> , "tú, nuestro dirigente" ("gobernante"), Juchipila, 1652.	<i>Neuatl</i> , "yo". <i>Totlatlatlauhtiliz tlatol</i> , "nuestra palabra de súplica", Tuxpan, 1557. <i>Çan iztlacati</i> , "sólo mienten", Tecomán, 1576. <i>Quauitl</i> "leño", "palo", Alima, 1591. <i>Altepetl</i> , "pueblo", Coquimatlán, 1599. <i>Mactlactli</i> , "diez", Coquimatlán, 1599. <i>Tequitl</i> , "trabajo", Tecocitlán, 1599. <i>Nacatl</i> , "carne", Tecocitlán, 1599. <i>Amatl</i> , "papel", "escrito", San Andrés Coatlán, 1622.	

Rasgo	Guerra, 1692 (G) C. Zedeño, 1765 (CZ)	Documentos coloniales del Obispado y la Audiencia de Guadalajara	Documentos coloniales del sur de Jalisco, Colima y Michoacán	Rasgos del N-OCC en las hablas contemporáneas (siglos XX y XXI)
N-C-1 ⁸ Empleo del sufijo <i>-tin</i> para el plural de algunos sustantivos: <i>cal-tin</i> , “casas”, en vez del uso de <i>-me</i> .			<i>Macehualtin</i> , “trabajadores”, Tuxpan, 1557. <i>Molatostin</i> “mulatos”, Alima, 1591. <i>Macehualtin</i> , “trabajadores”, “gente del común”, Tecocitlán, 1599.	
N-C-2 Formas especiales del reflexivo: <i>ni-no</i> , “yo me”, <i>ti-to</i> “nosotros nos”, vs. emplear una sola: <i>mo-</i> : <i>ni-mo</i> , <i>ti-mo</i> .			<i>Titotlanquaquetza</i> , “nos arrodillamos”, Tuxpan, 1557.	

Cuadro 9. Isoglosas del náhuatl occidental (N-OCC) Fuente: elaboración propia a partir de su registro en las obras de Guerra (1692) y Cortés y Zedeño (1765), documentos del Obispado y Audiencia de Guadalajara, y en estudios contemporáneos del sur de Jalisco, Colima y Michoacán.⁹

Dakin, 1996	Guerra, 1692 (G) Cortés y Z., 1765 (CZ)	Documentos Obispado y Audiencia de Guadalajara	Documentos del sur de Jalisco, Colima y Michoacán
N-OCC/LF 1. Uso del pronombre reflexivo <i>mo</i> para todas las personas, tanto de singular como de plural (p. 179).	<i>Nimotlazoltla</i> , “yo me amo”. <i>Timotlazoltla</i> , “tú te amas”. <i>Motlazoltla</i> , “él/ella se ama”. <i>Timotlazoltlalo</i> , “nosotros nos amamos”. <i>Anmotlazoltlalo</i> , “ustedes se aman”. <i>Motlazoltlalo</i> , “ellos/ellas se aman”. (G, p. 17).	<i>Otimocentalique</i> , “nosotros nos reunimos”, San Juan, 1618. <i>Nimoteilvia ynavac tatuque oyiroriz...</i> , “yo me querello con los señores oidores...”, San Miguel, 1618.	<i>Timonextilo</i> , “comparecemos”, Macuilli, Alima, Aquilan y Oztutla, 1634. <i>Timotlatlauhtilo</i> , “nosotros pedimos”, Macuilli, Alima, Aquilan y Oztutla, 1634.

8. Valiñas (1994: 150–156), habla de siete isoglosas del náhuatl central. En el presente artículo, sólo se incluirán dos, que son las que exhiben mayor frecuencia en el náhuatl de la región de estudio.

9. Una versión anterior de este cuadro se encuentra en Yáñez (2013: 126–128); se agregaron las dos últimas columnas. La cuarta presenta información del sur de Jalisco, Colima y Michoacán con base en documentos coloniales, mientras que la quinta incluye datos de las hablas nahuas contemporáneas (siglos XX y XXI) de toda la región occidental.

Dakin, 1996	Guerra, 1692 (G) Cortés y Z., 1765 (CZ)	Documentos Obispado y Audiencia de Guadalajara	Documentos del sur de Jalisco, Colima y Michoacán
N-OCC/LF 1. Uso del pronombre reflexivo <i>mo</i> para todas las personas, tanto de singular como de plural (p. 179).	<p><i>Nimotilana</i>, “yo me estiro”.</p> <p><i>Timotilana</i>, “tú te estiras”.</p> <p><i>Motilana</i>, “aquél se estira”.</p> <p><i>Timotilanalo</i>, “nosotros nos estiramos”.</p> <p><i>Anmotilanalo</i>, “vosotros os estirais”.</p> <p><i>Motilanalo</i> “aquellos se estiran” (CZ, p. 14).</p>	<p><i>Otimocentalique</i>, “nosotros nos reunimos”, San Juan, 1618.</p> <p><i>Nimoteilvia ynavac tatuque oyiroriz...</i>, “yo me querello con los señores oidores...”, San Miguel, 1618.</p>	<p><i>Timonextilo</i>, “comparecemos”, Macuilli, Alima, Aquilan y Oztutla, 1634.</p> <p><i>Timotlatlauhtilo</i>, “nosotros pedimos”, Macuilli, Alima, Aquilan y Oztutla, 1634.</p>
N-OCC/LF 2. Uso de <i>ayac</i> como adverbio de negación (p. 185).	<p><i>Aiaque</i>, “no” (G, p. 43).</p> <p>“No”, adverbio, <i>amo</i>, <i>aiac</i> (CZ, p. 100).</p>		
N-OCC/LF 3. Uso de <i>ueuetque</i> , “ancianos” como sinónimo de “principales” (p. 183).		<p><i>Tihuehuetlque</i>, “nosotros los ancianos”, Mitic, 1618.</p> <p><i>Tihuehuetlacatl</i>, “nosotros los señores ancianos”, Mezquitic, 1618.</p>	<p><i>Altepehuaque tepilhuan yhuan... huehuetque</i>, “los ciudadanos, nobles y... los ancianos” (Apango, 1658).</p> <p><i>Tealtepehuaqui principales huehuetqui</i>, “los ciudadanos principales, los ancianos”, (Santa Cruz, 1675).</p>
N-OCC/LF 4. Uso de <i>-tlawi:kal</i> , para esposo (p. 181), en vez de <i>namictli</i> .	<p><i>Notlahuica</i>, “mi marido” (G, p. 34).</p> <p><i>Tahuical de mopilzin, monti, imon</i> [esposo de mi hija], “yerno” (CZ, p. 91).</p>	<p><i>ytahuical</i>, “su marido”, Mitic, 1618.</p> <p><i>itlauical</i>, “su marido”, Jalostotitlan, 1618.</p>	<p><i>No taguical</i>, “mi marido”, Tlajomulco, 1717.</p>

Dakin, 1996	Guerra, 1692 (G) Cortés y Z., 1765 (CZ)	Documentos Obispado y Audiencia de Guadalajara	Documentos del sur de Jalisco, Colima y Michoacán
N-OCC/LF 5. Uso de <i>tliltic</i> “negro”, para referirse a personas (p. 139), en vez de <i>cacatzac</i> o <i>cacatzactli</i> .		<i>Niman ohuala tiltic Diego</i> , “luego vino el negro Diego”, Mezquitic, 1618	<i>Tliltic anozo mulato</i> “... negro o mulato”, Alima, 1591

Cuadro 10. Rasgos del náhuatl *lingua franca* (N-LF) compartidos con el náhuatl occidental (N-OCC), regiones norteña y sureña. Fuente: elaboración propia.¹

1. Al igual que en el caso del cuadro 1, hay una versión en Yáñez (2013). Se agrega la cuarta columna, que incluye los datos del sur de Jalisco, Colima y Michoacán.

Poblaciones, aldeas y enterramientos en el Valle de Colima. Algunas observaciones sobre el patrón funerario a través de la colección Peralta

Bertha Alicia Flores Hernández*

ISSN: 2007-6851

p. 116-p. 134

Fecha de recepción del artículo: octubre de 2019

Fecha de aceptación: febrero de 2020

Título del artículo en inglés: *Populations, villages and burials in the Colima Valley. Some observations on the funerary pattern through the Peralta collection.*

Resumen

Entre las intervenciones arqueológicas y su subsecuente análisis antropofísico, en Colima destaca el rescate Peralta, contexto ubicado al suroeste de la Villa de Álvarez, cerca de la capital del estado. Los datos aportados por las variables biológicas (edad, sexo, rasgos dentales y epigenéticos, marcas de actividad, patologías y ejemplares faunísticos) y bioculturales (modelado craneal y herramientas en hueso), permitieron observar los cambios y continuidades del patrón funerario en el Valle de Colima entre el 500 y el 750 d.C.

Palabras clave: patrón funerario, estructura demográfica, actividad, patologías.

Abstract

Among the archaeological interventions and their subsequent anthropophysical analysis, in Colima the Peralta rescue stands out located southwest of Villa de Álvarez, near the state capital. The data provided by biological variables (age, sex, dental and epigenetic traits, activity marks, pathologies and faunal specimens) and biocultural variables (cranial modelling and bone tools) allowed us to observe the changes and continuities of the burial patterns in the Colima Valley between 500 and 750 AD.

Keywords: *burial patterns, demographic structure, activity, pathologies.*

*Centro INAH Tlaxcala (af_amli@yahoo.com.mx).

El Valle de Colima y sus contextos funerarios

El estado de Colima alberga áreas costeras, valles y vertientes montañosas. Las sociedades que se establecieron desde dos milenios antes de la era cristiana dejaron su impronta en los remanentes de estructuras, objetos cotidianos, suntuarios, oferentes y los restos óseos y dentales de humanos y animales que, al presente, informan sobre esta variabilidad poblacional y el aprovechamiento de los recursos del medio. Como parte del área cultural de Occidente, aloja complejos que participaron de los contactos entre el norte y sur a través de las tierras bajas del litoral del Pacífico y las zonas altas tropicales, cuyas lagunas costeras y manglares fueron habitados desde épocas tempranas, mientras que las zonas de drenaje fluvial estuvieron densamente pobladas por grandes comunidades agrícolas (West, 1964: 40).

En el área de Colima-Jalisco se logró la simbiosis entre los sistemas de regadío y el desarrollo de los centros urbanos con mayor infraestructura o pre-urbanos, como las aldeas (Palerm y Wolf, 1972: 181). El sistema de drenaje del río Armería dividió las tierras, entre los volcanes y hacia la costa en dos secciones, y al ser alimentado por tributarios (como los ríos Colima, Comala y Algodonal) formó un eje fundamental para el desarrollo de Colima, impulsando contactos desde regiones septentrionales como el Bajío que se habrían integrado biológica y socialmente con las poblaciones establecidas previamente. Estos procesos caracterizados en la periodificación establecida por Isabel Kelly, se concatenan con los patrones de enterramiento de alguna de las siete fases del desarrollo cultural: Capacha, Ortices, Comala, Colima, Armería, Chanal y Periquillo, que se engloban en la secuenciación general para Mesoamérica. Con esto, el devenir de dicha área abarca desde el año 1870 a.C. hasta el 1600 d.C. (Kelly, 1980: 1).

De acuerdo con la lingüística, el poblamiento del área es relativamente reciente, siendo plausible que a partir de un mismo tronco y por la fragmentación geográfica algunos grupos se hayan diversificado (Beeckman, 1996: 259). En tanto que el influjo del náhuatl desde el norte y hacia el centro de Mesoamérica, pese a ser más tardío, favoreció su difusión para hacer de este idioma el común en varias regiones al sur de los volcanes, que todavía hoy día perviven alocuciones nahuas en Xilosuchitlán, Ixtlahuacan y Tamala (Barlow, 1995: 13).

Aunado a ello, los procesos simbólicos en torno a un entierro tienen matices pre y postsepulcrales que se han documentado para el desarrollo prehispánico del Valle de Colima. Pese a la unicidad entre las subregiones de Occidente, esta práctica constituida en un proceso de larga duración, tiene rasgos e inferencias procesuales. Las características que favorecieron aldeas o sociedades más estructuradas –entre ellas la concepción sobre vida y muerte– y las disposiciones para el enterramiento de hombres, mujeres y niños comenzaron a asentarse desde el segundo milenio antes de Cristo. Al respecto, la información obtenida en el rescate efectuado en Peralta denotaría sus ámbitos espacial y temporal, así como sus vínculos sociales a través de la posible concatenación biológica.

De igual forma que con estas poblaciones y respecto a los cometidos culturales, ya desde la fase Capacha se establecería la costumbre de la ofrenda mortuoria compuesta por ollas acincuradas e incisas, vasijas con asa de estribo y trífidos, las cuales continuaron siendo utilizadas en las sucesivas ocupaciones en donde los entierros eran agrupados en pequeños cementerios. Respecto a los restos óseos, debido al saqueo y preponderar a la ofrenda cerámica es que éstos habrían sido destruidos por carecer de valor comercial (Salas, 2017: 20).

En la fase Ortices (500 a. C. al 100 d. C.), la población concentrada en el valle de Colima y de Coahuayana forjó figuras huecas en barro e inició la construcción de las tumbas de tiro.

La fase Comala –del 100 al 500 de nuestra era– corresponde al apogeo de las tumbas de tiro, en cuyo final hubo influencias del periodo Clásico mesoamericano central (Kelly, 1980). De acuerdo con Otto Schöndube, para las fases Ortices y Comala, además de la arquitectura funeraria, los entierros develan un ritual plenamente organizado con el individuo inhumado, acompañantes, ofrendas materiales y, en algunos casos, una ocupación sucesiva (Schöndube, 1980: 180-184), aunque los restos óseos “no han sido objeto de estudios que permitan establecer más variantes en cuanto a las relaciones biológicas entre los ocupantes de estas tumbas” (Salas, 2017: 22).

La fase Colima (500 al 750 d. C.), caracterizada por los asentamientos con plazas en torno a un montículo artificial, continuaría la tradición Comala; el culto funerario se trasladaría de las estructuras subterráneas con cámara y tiro a inhumaciones en espacios al exterior como las plazas y templos (Salas, 2017: 24). Influencias transmitidas desde Teotihuacán hicieron de Colima un corredor hacia Jalisco, Nayarit y Sinaloa (Kelly, 1980: 6-7). Las figurillas continuaron siendo depositadas en las tumbas reocupadas y este fenómeno, conocido como mesoamericanización, fue un cambio propiciado por las redes comerciales a larga distancia (Almendros y González, 2009: 144).

Para la fase Armería (de 750 a 1100 d. C.), las tumbas de bóveda y tiro habían caído en desuso, los sitios se distinguieron por su disposición defensiva y por la presencia de plataformas bajas. Habría relaciones con elementos del Altiplano central –en específico con las manifestaciones Mazapa–, además de contactos con Jalisco, Nayarit y Michoacán (Kelly, 1980: 10). Con los enterramientos efectuados en las plazas, también se introdujo en el Valle de Colima la estructura denominada “cista”, la cual corresponde a una estructura rectangular definida con elementos pétreos en donde se depositaron a uno o más individuos acompañados, en ocasiones, por otra inhumación secundaria.

Peralta y sus contextos funerarios

La conducta social reúne elementos estáticos y materiales en torno a las prácticas mortuorias, lo cual permite interpretar su intencionalidad y disposición. Para el Valle de Colima, la recuperación del pasado a través de la arqueología ante la expansión urbana implicó que, desde el 2004, el Centro INAH Colima iniciara una sistematización para interpretar tales procesos con la integración de

arqueólogos que, además de las labores de campo, acometieran el análisis e informe técnico, lo que aminoró la acumulación de materiales culturales y óseos sin intervenciones posteriores (Olay, 2016: 44). Si bien desde la antropología física se cuenta con escasas publicaciones sobre esta área, uno de los primeros trabajos que la abordan de manera holística fue el Rescate Arqueológico Peralta (2005), cuyos resultados obtendrían parte de las expresiones particulares y tradiciones que iniciaron en la fase Ortices-Comalay, y se diversificaron en la fase Colima, finalizando su ocupación en la fase Armería.

El rescate de Peralta estuvo a cargo del arqueólogo Jaime Aguilar Rodríguez y abarcó un terreno de aproximadamente 10 hectáreas que, con el cambio en el uso del suelo, ahora son inmuebles oficinas de servicios y fraccionamientos como La Joya y Sendero Rancho Blanco; con el trazo de la avenida Pablo Silva García varios contextos se alteraron.

El espacio se exploró mediante pozos adecuados a la geomorfología: el predio 1 contó con tres unidades y hubo dos en el predio 2. Todos los entierros, cerámica y lítica se localizaron en la unidad 2 del predio 1, aunque debido a factores geológicos, de composición del suelo y acciones humanas, se recuperaron sumamente fragmentados (Aguilar, 2011). Por las características de los elementos arquitectónicos se le consideraría una aldea que aprovechó un cauce cercano de agua para su abasto: en sus lindes definidas por montículos se efectuaron los enterramientos, algunos con elementos oferentes y otros mismos fueron las ofrendas que “suelen ser testimonios materiales indirectos que remiten a rituales destinados a *preparar* o *sellar* el evento mortuario”¹ (Olay y Aguilar, 2008: 2).

De acuerdo con los datos obtenidos en campo y laboratorio, los contextos mostraron un aprovechamiento del entorno y la adaptación social a espacios. Estructuras y materiales previamente ocupados develaron esta continuidad en la memoria colectiva y el afianzamiento de un largo devenir en cuanto al ceremonial de los hombres y para los hombres después de la vida.

Fase cultural	Entierro	Individuo	Características del entierro	Sexo o grupo poblacional	Rango de edad	Observaciones
Colima	1	1	Directo, individual y en decúbito ventral extendido.	Masculino	30 a 35 años	Asociados a una concentración de piedras.
Colima	2	2	Directo, individual y en decúbito lateral derecho.	Infantil	8 a 10 años	
Armería	3	3	Secundario e individual.	Femenino	20 a 25 años	Dentro de un amasado de lodo, junto a una concentración de piedras.

1. Cursivas en el original.

Fase cultural	Entierro	Individuo	Características del entierro	Sexo o grupo poblacional	Rango de edad	Observaciones	
Colima	4-A	4	Directo y secundario.	Femenino	25 a 30 años		
	4-B	5		Masculino	30 a 35 años		
Colima	5-A	6	Indirecto, señalado por un muro de adobe y un metate y olla como marcadores (ofrenda 1); secundario.	Femenino	20 a 25 años	Con un cajete asociado directamente al individuo dos.	
	5-B	7		Masculino	30 a 35 años		
	5-C	8		Femenino	25 a 30 años		
Ortices-Comala	6-1 (A)	9	Directo, con un individuo en decúbito dorsal extendido y otro secundario.	Masculino	25 a 30 años	Con una vasija estilo "plato" volador como marcador en general de todo el entierro 6 y la ofrenda 3 a estos entierros (dos metates "matados").	
	6-1 (B)	10		Masculino	25 a 30 años		
	6-2 (A)	11	Directo y secundario, cerca de una concentración de piedras.	Infantil	22 a 28 meses		
	6-2 (B)	12		Masculino	25 a 30 años		
	6-2 (C)	13		Femenino	20 a 25 años		
	6-3	14	Directo, bajo la ofrenda (cajete trípode y dos metates), puesto en decúbito lateral derecho.	Femenino	25 a 30 años		Con una olla globular y dos cajetes (uno trípode y otro de silueta compuesta).
	6-4	15	Directo y secundario.	Femenino	30 a 35 años		Con una placa de jadeíta con perforación y compartiendo las ofrendas 5 y 6 con el entierro 6-5.
	6-5 (A)	16	Directo, uno en decúbito lateral derecho y otro secundario.	Femenino	30 a 35 años		Ofrenda 5: dos metates, dos cajetes, olla fitomorfa, un cajete con cinco figurillas y una sonaja. Ofrenda 6: olla globular.
	6-5 (B)	17		Masculino	30 a 35 años		
	Ortices-Comala	7-1	18	Directos, ambos en decúbito dorsal extendido.	Masculino		30 a 35 años

Fase cultural	Entierro	Individuo	Características del entierro	Sexo o grupo poblacional	Rango de edad	Observaciones
	7-2	19		Masculino	30 a 35 años	
Ortices-Comala	8-1	20	Directos, los tres en decúbito dorsal extendido.	Masculino	25 a 30 años	Con cinco ollas globulares, cuatro cajetes y una figura antropomorfa sedente.
	8-2	21		Masculino	30 a 35 años	
	8-3	22		Masculino	30 a 35 años	Con un cajete.
	9-A	23		Indirecto, bajo un marcador de piedras y tres metates, un individuo en decúbito ventral extendido y otro secundario.	Femenino	25 a 30 años
9-B	24	Masculino	30 a 35 años			
Colima	1	25	Inhumación individual y secundaria.	Masculino	30 a 35 años	Con olla de silueta compuesta y un plato.
Armería	1-A	26	Considerado como ofrenda.	Femenino	35 a 40 años	Con un metate, un plato trípode y una figura antropomorfa jorobada.
	1-B	27	Considerado como ofrenda.	Femenino	25 a 30 años	Con olla de silueta compuesta y tres orejeras.
	1-C	28	Considerado como ofrenda	Femenino	25 a 30 años	Tres vasijas zoomorfas, dos ollas, una figura antropomorfa y un vaso zoomorfo.

Tabla 1. Estructura de la colección Peralta por entierro, sexo, edad. **Fuente:** elaboración propia a partir de la colección Peralta, 2010.

Puesto que el tamaño de la muestra es reducido para considerarlo un referente de las costumbres mortuorias, sólo se acotarán las particularizaciones de este espacio dentro de las tradiciones funerarias en las fases Ortices a Armería. Estos entierros primarios y secundarios fueron depositados en un amasado de lodo dentro de someras oquedades cavadas en el tepetate. En el

caso de los entierros 3 y 5 fueron dispuestos cerca de un conjunto de piedra y un muro de adobe, respectivamente, cuyas ofrendas serían formas de enterramiento que dispuso del cuerpo humano dentro de la dualidad vida/muerte.

Por clase, los entierros primarios fueron 11 y 4 secundarios (constando de extremidades superiores e inferiores, y caja torácica); los señalados en el cuadro como individuos 3 a 8, además de los individuos 10 al 13, 15 y 17, el individuo 25 y los considerados como ofrenda que correspondieron a los individuos 26 a 28 y que corresponden a sujetos femeninos. También están incluidos un cráneo y sus vértebras cervicales, entierro 6-4 (individuo 15) y el entierro 5c (individuo 8), que fueron los casos particulares del depósito de este segmento.

De esta colección de 28 individuos, 16 correspondieron a la fase Ortices-Comala, 8 para la fase Colima y 4 de la fase Armería. Los entierros colectivos contabilizaron 24 casos y hubo 4 inhumaciones individuales; los entierros 1 y 2 fueron un depósito primario sucesivo con diferencias al momento de enterrarlos; el acomodo de los cuerpos efectuado en un mismo ceremonial ocurrió con los entierros 7 y 8 (primarios de la fase Ortices-Comala); los entierros 4 y 5 (secundarios de la fase Colima) y la ofrenda de la fase Armería. Los contextos sucesivos mixtos (primarios y secundarios) fueron los entierros 6 y a clase secundaria registrada en 17 individuos se debió a una intencionalidad del evento mortuorio y no a efectos tafonómicos. Con ello, los segmentos se colocaron hacia los costados del entierro primario y se agruparon en un depósito colectivo, lo cual permitió su análisis en laboratorio. Si bien factores posteriores a su depósito incidieron en la calidad de su conservación, este manejo de las inhumaciones se ha notado en otra colección con datos disponibles; en El Manchón-La Albarradita, el traslado o selección de un enterramiento previo estarían asociados a una inhumación primaria (Flores, 2016).

En Peralta, estas premisas se hallaron para la fase Ortices-Comala, donde los entierros 6 y 9 mostraron esta agrupación entre la clase secundaria del depósito, con siete casos, compartiendo el espacio con 11 primarios, todos ellos en enterramientos colectivos. Para la fase Colima hubo inhumaciones individuales; el caso de los entierros primarios 1 y 2, y el entierro 1 secundario, que corresponden a los individuos 1, 2 y 25 con una ofrenda cerámica. Los entierros secundarios 4 y 5 fueron múltiples y estuvieron conformados por 5 individuos, mientras que el entierro 3 de la fase Armería fue individual: hubo tres casos más agrupados en una ofrenda y todos fueron depósitos secundarios. Si bien el registro óseo sería a menudo de huesos largos y costillas, hubo cinco casos donde se colocó el cráneo (uno de ellos con las vértebras cervicales) puesto sobre su costado derecho, lo que informa sobre particularidades en cuanto al tratamiento mortuorio para los depósitos secundarios.

Ya en 1980, Isabel Kelly había apuntado a la disposición extendida de los individuos en cuanto a la clase primaria del depósito, y esto se observaría en Peralta, donde los contextos corresponderían a las etapas de ocupación dentro de la tradición clásica del área de Colima. Fue frecuente la orientación del cuerpo en el eje E-W (cabeza-pies), con el cráneo hacia el sureste y

el cuerpo hacia el noroeste (Aguilar, 2011). En las posiciones de enterramiento, para la fase Ortices-Comala predominó la colocación en decúbito dorsal con seis casos (individuos 9, 18, 19, 20, 21 y 22), 2 individuos en decúbito lateral derecho (individuos 14 y 16), además de uno en decúbito ventral (individuo 23). Para la fase Colima, el individuo 1 se dispuso en decúbito ventral y el individuo 2 en su costado derecho. Respecto a diferencias en cuanto a su posición y en correlación con la edad y sexo, por las limitaciones de espacio del presente escrito es que tal observación no podría abordarse de una forma más detallada.

Como las variantes en el acomodo del cuerpo, la colocación de piezas cerámicas y líticas como parte del ajuar funerario fueron reocupando elementos de la fase Capacha. Con ello, los cajetes, ollas, la maqueta y la sonaja, la placa de jadeíta en las vértebras cervicales del individuo 15, figurillas y metates abarcarían desde el 500 a. C. al 650 d. C., práctica que se ha documentado en otros sitios del Valle de Colima. La acción del entierro y los espacios en que se llevaría a cabo, aunado a las ofrendas materiales, habrían incidido afectivamente en la ideología de los pueblos o aldeas de cada fase cultural; el haber colocado varios individuos conformando una sola inhumación es quizá un indicativo del simbolismo mediado por lazos biológicos con lo que en esta práctica funeraria están integrados hombres, mujeres y niños.

Además del patrón funerario para acercarnos al fenómeno biológico y social de la mortalidad, datos biológicos como la actividad, el estado de salud-enfermedad y modificaciones al cuerpo humano –*ante mortem* y *post mortem*– permitieron discernir una parte de las expresiones del contacto entre los grupos humanos de esta área. Con ello, el análisis antropofísico aplicó los estándares en huesos y dientes para estimar la edad y sexo (Buikstra y Ubelaker, 1994; Meindl y Lovejoy, 1985). Así, la estructura demográfica en la colección Peralta estuvo integrada por 28 sujetos en 11 entierros, con 12 individuos femeninos, 14 masculinos y 2 infantes; uno fue el individuo 11, de la primera infancia –de 2 años de edad aproximadamente– y el individuo 2 al que se le estimó en la tercera infancia, con una edad de entre 7 y 8 años.

La edad y el sexo informan sobre la esperanza de vida y cómo el lugar de enterramiento refleja la estructura de una población. En Peralta habría una diferenciación en sus diversas ocupaciones, puesto que el momento cultural de los entierros mantuvo una continuidad que formó un sistema con ceremoniales para la inhumación. En la fase Ortices-Comala se dio la convivencia de depósitos colectivos de hombres, mujeres y niños que reflejaría el afianzamiento de una estructura al interior de la población. Ya para la fase Colima, básicamente los entierros fueron colocados diferenciándose entre ellos, aun en los múltiples que demográficamente mantienen esa constante de agrupar adultos e infantes. La ocupación de la fase Armería finalizó con casos de adultos, con un entierro masculino y el que se considera ofrenda, que está compuesta por 3 individuos femeninos.

En la estructura mediante la estimación de edad, 24 casos se ubicaron dentro del rango adulto joven que comprende de los 21 a 35 años; respecto a la composición generacional, hubo dos casos en el primer decenio de vida, 0 casos entre los 10 y 20 años. De los 20 y hasta los

40 años, la mortandad corresponde a los intervalos generales para Mesoamérica. En la comparación, mediante decenios no hubo diferencia entre los 20 y 30 años, y entre 30 y 40 años, pero en su cuantificación mediante el sexo, para el primer rango fueron más casos en mujeres, y entre los 30 y 40 años abundaron los entierros masculinos. Con ello, no están representados los periodos intermedios que reflejan el crecimiento demográfico, si bien esta composición estaría mediada por costumbres y sitios de enterramiento.

La estimación de la estatura es indicador de las circunstancias del crecimiento; con los datos obtenidos se consultó el trabajo de Javier Romero Molina, el cual se considera obsoleto por haberse publicado en 1952 pero aún brinda referentes sobre la biotipología. La talla se obtuvo en el individuo 1 con un valor de 1.66 metros (fase Colima) y en el individuo 18 (fase Comala) fue de 1.725 metros; en el individuo 16 resultó en 1.60 metros (fase Comala) para casos femeninos, mientras el promedio de 1.6925 metros para los hombres corresponde al rango de estatura media e indica una variabilidad con cifras para el norte de México en grupos como pimas, pápagos y yaquis. Aunque el valle de Colima no está reportado para las áreas cercanas, se cuenta con referencias de los tepecanos de Asqueltan, Jalisco, con una talla de 1.602 metros; de los tarascos de Michoacán con un promedio de 1.6225 metros; de los huicholes de Jalisco con 1.634 metros; de los coras de Nayarit con 1.641 metros y de los nahuas de Jalisco con una altura de 1.643 metros (Romero, 1952: 230), valores que están en el rango de estatura “inferior a la media” y “media”, y son cercanos a los obtenidos en la colección Peralta.

Otras adaptaciones al medio se expresan en dientes y huesos. Así, los incisivos en pala se registran en poblaciones americanas y en grupos de origen mongoloide como amerindios e inuit, entre los que son más frecuentes (Kimura *et al.*, 2009: 530); en Peralta se observaron diez casos (2 infantes, 4 femeninos y 4 masculinos). Por su composición múltiple, en los entierros 5, 6 y 7 se notaron rasgos que dan cuenta de la diversidad para las fases Ortices-Comala y Colima. Con ello, en el individuo 16 se observó el cingulum-tubérculo dentario en el incisivo lateral superior- (Pompa, 1990: 20; Moreno y Moreno, 2017: 6), mientras que las perlas de esmalte se deben a cambios en el ritmo de la amelogénesis y ocasionan que este tejido se acumule fuera de la corona (Soto *et al.*, 2010: 2). En los individuos 9 y 7 se hallaron en el incisivo central superior derecho y en el tercer molar superior izquierdo, respectivamente.

En el individuo 9 se observó una variante en la forma y tamaño del incisivo central izquierdo respecto a la pieza del lado derecho, desplazando al canino que brotó entre los premolares. En mandíbula hubo una superposición de incisivos izquierdos, además de la ausencia congénita de los terceros molares en maxilar, rasgo que también se registró en los individuos 12, 20, 26 y 25 de la fase Colima, siendo una constante el poco espacio retromolar, lo que hace pensar que no se trata de una atrofia y abarca de la ocupación Ortices-Comala a la Armería. El individuo 4 presentó el rasgo protostilido, una cúspide extra en la superficie mesiobucal de los molares inferiores, cuya frecuencia es muy alta entre los grupos mongoloides, incluyendo a los amerindios e inuit (Pompa, 1990: 44).

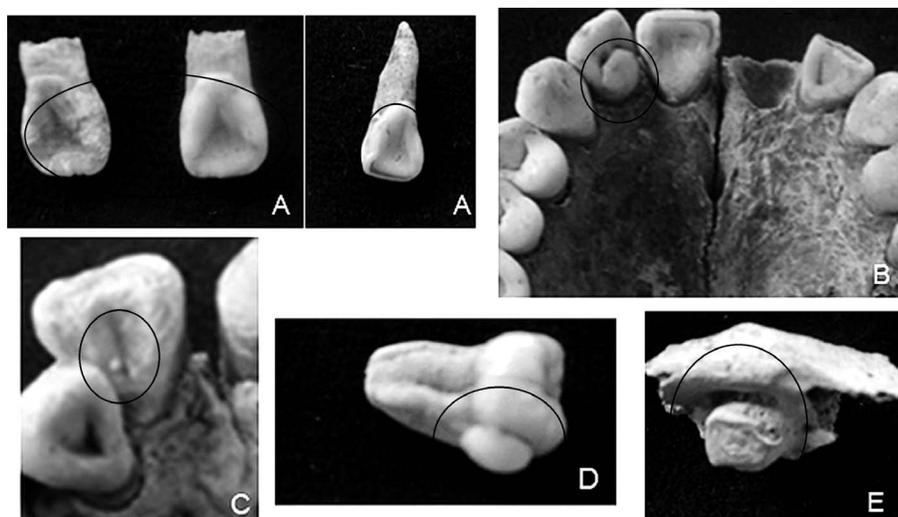


Figura 1. A: incisivos en pala, individuos 2 y 14; B: cingulum en incisivo lateral derecho, individuo 16; C: perla de esmalte en incisivo central superior derecho, individuo 9; D: rasgo protostílido en tercer molar inferior, individuo 5; E: primera y segunda vértebras cervicales, individuo 15. **Fotografía** © Bertha Alicia Flores Hernández, 2010.

Los rasgos epigenéticos cambian con la edad y los hubo en cráneo y frontal (supraorbitario), observándose en adultos y el segundo también en el individuo 2; el foramen parietal se notó en el individuo 28 y en el 7 (en ambos lados de la sutura sagital) con doble orificio sobre la órbita ocular izquierda. Ambos agujeros se presentaron en el individuo 9 con el supraorbitario de los dos lados y en el individuo 16 cuyo húmero tuvo la perforación en el olécranon que también estuvo en los individuos 7 y 17; en el individuo 15 habría foramen parietal y supraorbitario, con el segundo de tipo múltiple (dos del lado derecho y uno del izquierdo). Otro rasgo de esta mujer fue la fusión de las primeras dos vértebras cervicales que suele indicar el síndrome de Klippel-Feil –con implicaciones congénitas y hereditarias–; el agujero parietal se halló en los individuos 12 y 25; del agujero supraorbitario, los casos adultos estuvieron en los individuos 8 y 18, y en este último se percibiría una sinostosis prematura.

Por las marcas de actividad en los huesos pueden inferirse los modelos de dinámica, hábitos y prácticas culturales. La eversión gonial en mandíbula resultado de cargar objetos sobre la espalda, ejerciendo una tensión facial sobre los músculos platisma y masetero (Lai y Lowell, 1992: 229), se relaciona con el uso del mecapal, tan común debido a las actividades económicas de Mesoamérica y que va en conjunto con la impresión en atlas y axis (Merbs y Euler, 1985: 386), así como los nódulos de Schmorl, dado que la flexión-extensión del cuello y el porteo sobre la espalda dejan una impronta en las vértebras –sobre todo dorsales y lumbares–. Aunado a ello, la entesopatía del fémur denota la extensión y estabilización de la cadera para mantener la postura erguida cuando se camina y transporta de carga (Capasso, Kennedy y Wilczak, 1999: 40 y 119). Esto se registraría en conjunto para la muestra femenina, observándose en los individuos 3, 4, 13 y 16, además de casos masculinos en los individuos 1, 7, 9, 17, 18 y 20.



Figura 2. Marcas de actividad: A: en mandíbula, individuo 7; B: en atlas y axis, individuo 9; C: en húmero, individuo 1; D: en clavículas, individuo 17. Fotografía © Bertha Alicia Flores Hernández, 2010.

Otras actividades se relacionan con la siembra y con la cosecha. Se interpretaron mediante la marca del pectoral mayor y tuberosidad deltoidea en la clavícula y húmero debido a la circunducción del brazo por arriba de la cabeza, mientras el húmero está en abducción, con cambios en la cabeza del cúbito –abarcando el bíceps brachii y el pronador– que son resultado del estrés durante la rotación en el codo, la pronación del antebrazo y el movimiento en tronco y cadera, además de la estabilización de hombros incidiendo en la sindesmosis de la clavícula (Capasso, Kennedy y Wilczak, 1999). Se hallarían en individuos femeninos con los individuos 3, 4, 6, 13, 14, 16 y 26, así como en los casos masculinos de los individuos 1, 5, 7, 9, 12, 17, 18 y 20.

Otro rango corresponde a las distintas posiciones de la mano y brazos, como ocurre con las falanges de la mano ocasionando la hipertrofia de sus ligamentos (Lai y Lowell, 1992: 225) al sujetar objetos como la mano del metate o instrumentos para el hilado –en el caso de las mujeres–. En tanto, para la población masculina se relaciona con la sujeción de implementos para el arado, mientras la entesopatía patelar en la rótula se debe al efecto sobre el tendón distal del cuadriceps, denotando una postura en cuclillas (Capasso, Kennedy y Wilczak, 1999: 121). Se observarían en un caso femenino, el individuo 14 y en cinco masculinos, los individuos 5, 7, 12, 21 y 22.

En cuanto a la dinámica de estas poblaciones tanto en adaptación como en condiciones de vida, los huesos y dientes proveyeron de datos sobre su salud.

Padecimiento	Grupo poblacional		
	Infantil	Femenino	Masculino
Indicadores de ingesta en dientes	1	10	14
Hábitos bucales	2	11	16
Patologías en maxilar y mandíbula		6	12

Padecimiento	Grupo poblacional		
	Infantil	Femenino	Masculino
Afecciones metabólicas	2	12	15
Artropatías		8	3
Procesos infecciosos	1	11	15
Condiciones traumáticas		1	1

Tabla 2. Padecimientos en dientes y huesos, colección Peralta. **Fuente:** elaboración propia a partir de la colección Peralta, 2010.

De los padecimientos relacionados con la calidad de la alimentación se identificó a la caries favorecida por una dieta a base de carbohidratos, y el sarro propiciado por una mayor ingesta de sustancias proteínicas. Además de las reacciones químicas, otros factores que inciden en su aparición son los malos hábitos de higiene, la limpieza derivada de la masticación y los propios movimientos de lengua y labios (Langsjoen, 1998: 403). En Peralta abundó el sarro (con 17 casos) indicando una dieta compuesta principalmente por alimentos de origen animal, mientras que en el caso de la caries hubo desde la que incidió directamente en el cuello del diente como en las coronas, afectando sobre todo a molares y se presentó en ocho casos adultos. En este sentido, tuvo más incidencia entre los hombres y, en conjunto, estos padecimientos abarcarían tanto al maxilar como a la mandíbula.

En los padecimientos por hábitos bucales, la atrición indica una masticación normal e involucra la posición y calidad del diente, factores genéticos y oclusión dental; es uno de los cambios regresivos asociados con la fisiología de la edad (Langsjoen, 1998: 398). En Peralta se hallaron 16 casos, sin una predominancia demográfica, al igual que la abrasión, que es el desgaste intenso de las coronas dentales que en este contexto puede atribuirse a las partículas abrasivas que desprenden los utensilios de molienda. Esta afección se presentó en 13 individuos y fue más común en molares.

La periodontitis en maxilar o mandíbula es la reacción ante agentes inflamatorios por falta de vitamina C, sarro, caries, factores hereditarios y psicossomáticos (Langsjoen, 1998: 400); la patología periodontal se presentó en once casos, mientras que la reabsorción alveolar se halló en 7 individuos y fue más frecuente en individuos masculinos; los molares y premolares e incisivos fueron las piezas más afectadas.

La hipoplasia del esmalte es causada por factores hereditarios y ambientales, infecciones, intoxicaciones y traumatismos; escasa acumulación de calcio por deficiencias de vitaminas A, C, D en los periodos de erupción dental. Se considera una ventana biológica para observar el estrés metabólico (Buikstra y Ubelaker, 1994: 56; Langsjoen, 1998: 407) y se presentarían ocho casos, sobre todo en mujeres y en el individuo 2 (infantil), afectando a los incisivos. La hiperostosis porótica se relaciona con la anemia hemolítica y la ferropénica (Stuart-Macadam, 1991: 37); se presentó en 16 casos con gran incidencia en individuos masculinos, lo que posiblemente apunte a factores de

riesgo de este grupo poblacional. Por último, la cribra orbitalia se asocia con la anemia ferropénica, avitaminosis A, C y D, la talasemia, parasitosis y enfermedades degenerativas, develando en infantes y jóvenes una marca más sensible al medio ambiente (Aufderheide y Rodríguez, 1998: 350). Se observó en cinco casos, con más presencia en mujeres y en el individuo 2.

De las artropatías se registraron la espondiloartropatía, que ocasiona la formación de hueso nuevo en regiones no articulares (Rothschild y Woods, 1991: 125), afectando sobre todo las últimas vértebras dorsales y las primeras lumbares, con presencia en seis casos y con más presencia en individuos femeninos. En tanto, la osteofitosis, como indicadora de la degeneración intervertebral por traumatismos y sobrecargas cotidianas, se evalúa por la exostosis del cuerpo vertebral, como en las cervicales de individuo 9, dorsales con el individuo 7 y lumbares en el individuo 16; dos masculinos y uno femenino, respectivamente. En estos dos últimos individuos también se padeció la artritis reumatoide que afecta de manera bilateral y es una reacción del tejido conectivo por causas ocupacionales, genéticas y endocrinas (Aufderheide y Rodríguez, 1998: 101); en los casos detallados, las edades comprendieron de los 21 a 35 años, registrándose en escápulas, huesos de la mano e ilíacos.

Los procesos infecciosos alteran la morfología del hueso por los cambios celulares de vasodilatación y exudación ante los gérmenes patógenos; de ellos, la periostitis se debe a factores externos, internos y enfermedades (Aufderheide y Rodríguez, 1998: 179). Fue el padecimiento más común con 22 casos afectando tanto en brazos como piernas y sin un predominio por sexo; los factores para su presencia se imbrican con variables sociales (actividad, división del trabajo y grupo poblacional); mientras que la osteomielitis que resulta de fracturas y heridas que favorecen la intrusión de microorganismos hacia el canal medular (Aufderheide y Rodríguez, 1998: 172), se presentó en cinco casos y sólo afectó la extremidad inferior –fémur y tibia–, siendo más frecuente en individuos masculinos. Los golpes que dejan evidencia en huesos y dientes reflejan la asistencia social. En el caso del individuo 16, el incisivo lateral superior izquierdo presentó una percusión sobre su cara anterior que ocasionaría una periodontitis, y con el individuo 18 con una fractura en las costillas 7 y 8 derechas.

En el contexto general del entierro 6 hubo dos ejemplares de hueso animal que informan acerca de la relación hombre-medio. En ambos casos fue un traslado de los segmentos en estado árido. El entierro 6-3 se localizó un fragmento del coracoides (hueso que compone junto con la escápula a la espaldilla) de un cánido. La especie más conocida del perro doméstico en América (*Canis familiaris*) es el *xoloitzcuintli*, de amplia tradición en Mesoamérica y que compartió con el humano los espacios para la vida y la muerte, como se ha denotado con el simbolismo de este animal en las antiguas sociedades de Colima. Mientras que una hemimandíbula izquierda de cacomixtle, tepemixtle o gato de maleza (*Bassariscus astutus*) estuvo asociada en sí al entierro 6, inhumación compuesta por tres individuos.

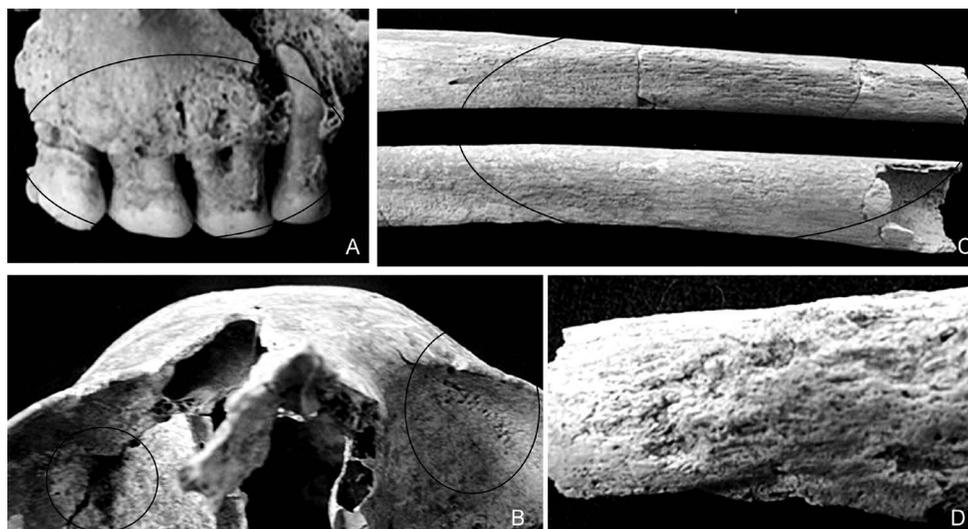


Figura 3. Patologías: A: periodontitis y sarro en maxilar, individuo 7; B: inicios de criba orbitalia en frontal, individuo 17; C: periostitis en tibia y peroné, individuo 3; D: osteomielitis en fémur, individuo 14. **Fotografía** © Bertha Alicia Flores Hernández, 2010.

Las variables bioculturales permitieron conocer las costumbres y percepción del propio cuerpo humano y el aprovechamiento del medio. La deformación o modelado intencional de la cabeza ha sido interpretada en lo general “para hacer que los individuos parecieran fieros en las guerras o con motivos de embellecimiento, sin descartar un fondo ritual, mítico religioso original y de diferenciación social” (Romano, 1974b: 198), se observaría en nueve casos de individuos adultos. Si bien se llevaba a cabo en la infancia aprovechando la plasticidad del crecimiento craneal, que a los 2 años de edad se detiene en la parte frontal y hasta los 6 años lo hace en la parte basal finalizando tal proceso a los 10 años (Scheuer y Black, 2000: 43). Con ello, la técnica general consistiría en oprimir la cabeza a los pocos meses de vida, aparatos portátiles como las bandas, tablillas y cunas en diversos planos de compresión resultarían en la forma deseada del cráneo.

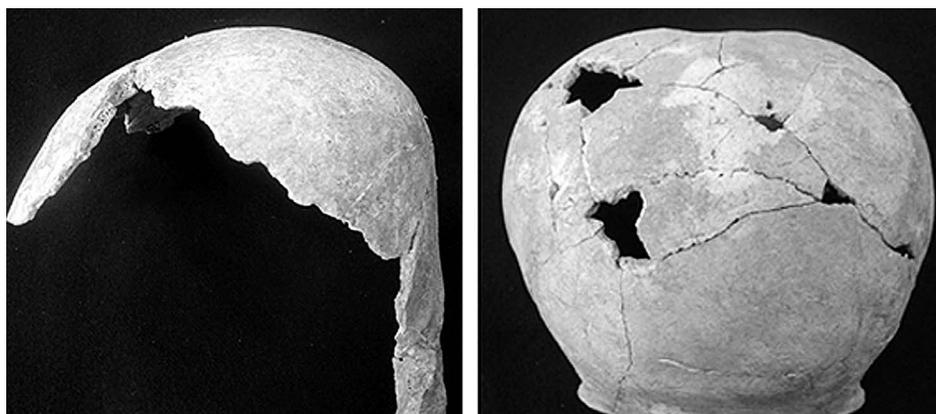


Figura 4. A: deformación craneal en individuo 1; B: deformación craneal en individuo 7. **Fotografía** © Bertha Alicia Flores Hernández, 2010.

Se observarían casos masculinos con los individuos 5, 7, 12 y 24 y en femeninos fueron los individuos 6, 8, 14, 16 y 28. En general, se tuvo la forma tabular erecta, tanto con el plano frontal o de compresión anterior (que abarca la sutura sagital) logrado mediante una almohadilla colocada entre la cabeza y la tabla, así como el plano occipital que alcanza al occipital al haberse empleado una banda frontal y almohadillas en la nuca.

La mayor parte de los casos tuvieron la variante paralelipípeda (cuatro casos femeninos y tres masculinos) que reflejaría la compresión causada por el aparato hacia los lados, provocando la proyección superior de la cabeza. Tal morfología fue reseñada por los cronistas del siglo XVI como fray Diego de Landa en la zona maya –que es plausible lo fuera a toda Mesoamérica– notando que las madres eran quienes efectuaban la “enmoldada” de la cabeza (Landa, 2003: 81).

De los indicadores de la industria ósea se obtuvieron tres especímenes cuya preparación devino desde la cocción que endureció las trabéculas y facilitaría su manejo; lo subsecuente fue el corte y desgaste para separar la preforma de las partes del hueso no funcionales. En este contexto conservaron al menos una de las epífisis como parte del artefacto, la llamada sección de mantenimiento.

Hubo tres metapodiales de venado cola blanca (*Odocoileus virginianus*) manufacturados. En el entierro 4 (individuos 4 y 5) se obtuvo una diáfisis con epífisis proximal que corresponde a la sección de mantenimiento, mientras que los otros casos procedieron del conjunto conocido como entierro 6, uno se halló en el individuo 14, donde la parte media y epífisis proximal del hueso tuvo la pérdida de la sección activa, mientras que con el entierro 6 (individuos 16 y 17) la epífisis distal con la diáfisis mostraron la forma ahusada en la sección activa que habrían tenido todos los ejemplares hallados, considerando el ángulo es posible que se tratase de alisadores, los que eran empleados en movimientos unidireccionales para el toque final tanto en pieles como en cerámica (Padró, 2002). Con estos objetos utilitarios se modificaban otras materias primas y eran ocupados en ámbitos domésticos.

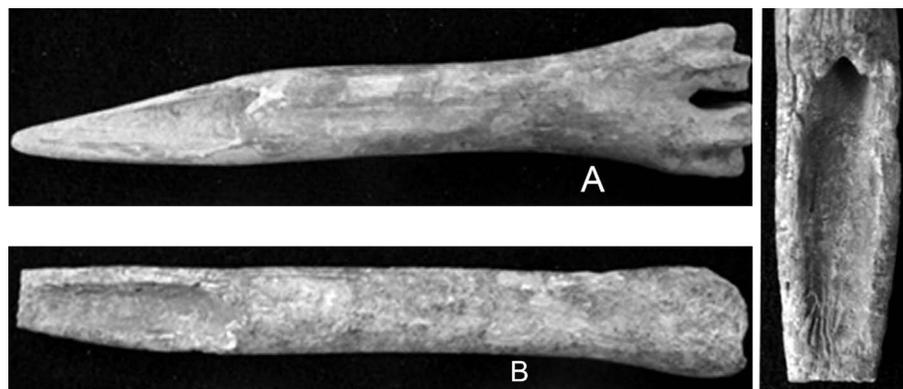


Figura 5. A: alisador elaborado en metapodial de venado, asociado al entierro 6-5; B: alisador manufacturado en metapodial de venado, asociado al entierro 6-3 con detalle de la sección activa. **Fotografía** © Bertha Alicia Flores Hernández, 2010.

Conclusión

Con el enterramiento se concretó una cosmovisión de estas poblaciones; los cambios del entorno hasta su recuperación arqueológica y análisis antropológico indicó que el espacio de Peralta fue habitado en las fases Ortices-Comala, Colima y Armería, y refleja la adaptación de una sociedad variada tanto en la forma de vivir como en la disposición de sus individuos una vez que fallecieron; aunque no es una serie amplia, fue posible obtener datos osteobiográficos. Los valores para la estatura apuntarían a una talla más alta que en otros contextos, como el de El Manchón-La Albarradita donde el valor medio fue de 1.63 metros para los hombres y 1.54 metros en mujeres (Flores, 2016: 144); para el fenotípico, los dientes en pala, perlas de esmalte, el rasgo protostíldo, los forámenes en cráneo y húmero, el *cingulum* y la ausencia del tercer molar han sido rasgos constantes en el Valle de Colima y, junto con la fusión de las vértebras cervicales, puede reflejar redes de parentesco o linajes.

Este punto debe considerarse también desde el sistema de enterramiento y el acceso al espacio mortuorio definido por las normas sociales. Los entierros secundarios “podrían explicarse como enterramientos-ofrenda o servirían como elementos propiciatorios mítico-religiosos” (Romano, 1974a: 91). Acompañando al fallecido en turno habrían sido removidos del lugar original para enlazar a los nuevos ocupantes o reforzar a todos los inhumados. Algo similar ocurrió en la tumba de Huitzilapa, Jalisco, donde hubo casos del síndrome de Klippel-Feil que “da evidencia de parentesco en primer nivel de consanguinidad, demostrando que la tumba sirvió como cripta a un grupo de parientes o miembros de un linaje específico” (López y Ramos, 2002: 59).

El estilo de vida basado en la agricultura, transporte o carga de objetos apunta a que la división del trabajo no fue tajante, pues en el grupo femenino hubo indicadores de labores desempeñadas en el ámbito agrícola e indicarían parte de la dinámica social. Con ello, el cultivo de maíz, chile, frijol y calabaza permitió la vida de estas poblaciones (Olay y Aguilar, 2008: 14) y, de acuerdo con las patologías, hubo un consumo variado de proteínas de origen animal y gramíneas.

Si bien las afecciones metabólicas indicarían que la asimilación de alimentos y el desbalance fueron significativos al afectar la capacidad del sistema inmunitario para resistir algunas infecciones, existió la asistencia social y el conocimiento de medios para aminorar las consecuencias de tales acciones.

Los ejemplares faunísticos dan cuenta de las especies que convivieron con estas sociedades. En esta región, tal práctica comportamental estuvo basada en la caza de especímenes como el venado o la crianza del perro. El perro como acompañante del hombre compartiría sus espacios después de la muerte, mientras que el cacomixtle tiene diversos significados y usos; es apreciado por su piel. Si bien el venado aportaría medios para su consumo, materia prima para la manufac-

tura y participaría de aspectos simbólicos, todo ello reflejaría el aprovechamiento de los recursos naturales desde etapas tempranas.

El modelado craneal como modificación corporal alude a simbolismos sociales. Otro aspecto fue el patrón funerario, cuya conexión cronológico-cultural mostraría la creciente complejización social a partir de aldeas agrícolas, como la de Peralta durante la fase Ortices-Comala, y que, al final de sus ocupaciones en la etapa Armería, el linaje legitimado por el uso de lugares y actividades oferentes, presentaría indicadores de rol o estatus como las sonajas, el colgante, los metates, vasijas y cajetes. La maqueta recreando sus ámbitos particulares y con las figurillas remitiendo al ritual y la delectación por medio de la música, develan a comunidades que compartieron este culto a los muertos, labraron la tierra y aprovecharon los recursos de la región (Olay y Aguilar, 2008: 9). Ya fuese para la habitación o inhumación, la microevolución de estas poblaciones formó parte de la sociedad mesoamericana y desde el aspecto biológico aportó algunos cambios y continuidades en el Valle de Colima.

Bibliografía

- Aguilar Rodríguez, Jaime (2011). *Rescate Arqueológico Peralta, Villa de Álvarez, Colima* (Tesis de Licenciatura en Arqueología). Universidad Veracruzana, Xalapa.
- Almendros López, Laura y González Zozaya, Fernando (2009). "El occidente de México y la reocupación del Valle de Colima". *Boletín Americanista*, 59, pp. 137-154.
- Aufderheide, Arthur C. y Rodríguez-Martín, Conrado (1998). *The Cambridge Encyclopedia of Human Paleopathology*. Cambridge: Universidad de Cambridge.
- Barlow, Robert (1995). "Colima de Nueva España en el siglo XVI". En *Fuentes y estudios sobre el México indígena, segunda parte* (pp. 11-14). México: INAH / Universidad de Las Américas.
- Beekman, Christopher S. (1996). "El complejo El Grillo del centro de Jalisco: una revisión de su cronología y significado". En *Las cuencas del Occidente de México (época prehispánica)* (pp. 247-291). México: El Colegio de Michoacán / Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- Buikstra, Jane Ellen y Ubelaker, Douglas H. (1994). *Standards for data collection from human skeletal remains*. Arkansas: Servicio Arqueológico de Arkansas.
- Capasso, Luigi Kennedy, Kenneth A. R. y Wilczak, Cynthia A. (1999). *Atlas of occupational markers on human remains*. Teramo: Edigrafital.
- Flores Hernández, Bertha Alicia (2016). "El análisis antropofísico de los entierros de El Manchón-La Albarradita. Las poblaciones y su impronta en la ocupación de un espacio". En *El Manchón-La Albarradita, una mirada al desarrollo cultural de los pueblos prehispánicos del Valle de Colima* (pp. 129-212). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Kelly, Isabel (1980). *Ceramic Sequence in Colima: Capacha, an Early Phase*. Tucson: Universidad de Arizona.
- Kimura, Ryosuke et al. (2009). "A common variation in EDAR is a genetic determinant of shovel-shaped incisors". *American Journal of Human Genetics*, 85(14), pp. 528-535.
- Lai, Ping y Lowell, Nancy C. (1992). "Skeletal markers of occupational stress in the fur trade: A case study from a Hudson's Bay company fur trade post". *International Journal of Osteoarchaeology*, 2(3), pp. 221-234.
- Landa, Diego de (2003). *Relación de las cosas de Yucatán*. Madrid: Editorial Dastin.
- Langsjoen, Odin (1998). "Diseases of the dentition". En *The Cambridge Encyclopedia of Human Paleopathology* (pp. 393-412). Cambridge: Universidad de Cambridge.
- López, Lorenza y Ramos, Jorge (2002). "La excavación de la tumba de Huitzilapa". En *El antiguo occidente de México. Arte y arqueología de un pasado desconocido* (pp. 57-73). México: Instituto de Arte de Chicago / Secretaría de Cultura de Colima.
- Meindl, Richard S. y Lovejoy, Owen C. (1985). "Ectocranial suture closure: A revised method for the determination of skeletal age at death based on the Lateral-Anterior sutures". *American Journal of Physical Anthropology*, 68(1), pp. 57-66.

- Merbs, Charles F. y Euler, Robert C. (1985). "Atlanto-occipital fusion and spondilolisthesis in an Anasazi skeleton from Bright Angel ruin, Grand Canyon, National Park, Arizona". *American Journal of Physical Anthropology*, 67(4), pp. 381-391.
- Moreno, Sandra y Moreno, Freddy (2017). "El cíngulo dental". *Revista Odontológica Mexicana*, 21(1), pp. 6-7.
- Olay Barrientos, María Ángeles (2016). "Colima en Mesoamérica y en el Occidente". En *El Manchón-La Albarradita, una mirada al desarrollo cultural de los pueblos prehispánicos del Valle de Colima* (pp. 15-46). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Olay Barrientos, María Ángeles y Aguilar Rodríguez, Jaime (julio de 2008). *Peralta, un depósito mortuario del Preclásico tardío en el Valle de Colima*. Ponencia presentada en el IV Foro de Arqueología, Antropología e Historia de Colima. Secretaría de Cultura y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- Padró Irizarry, Virgen Johanna (2002). *La industria del hueso trabajado en Teotihuacán* (Tesis de Doctorado en Antropología). Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Palerm, Angel y Wolf, Eric (1972). "Potencial ecológico y desarrollo cultural en Mesoamérica". En *Agricultura y civilización en Mesoamérica* (pp. 149-200). México: SEP / Editorial Diana.
- Pompa y Padilla, José Antonio (1990). *Antropología dental. Aplicación en poblaciones prehispánicas*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Romano Pacheco, Arturo (1974a). "Sistema de enterramientos". En *Antropología física época prehispánica* (pp. 85-111). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- ____ (1974b). "Deformación craneal intencional". En *Antropología física época prehispánica* (pp. 195-227). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Romero, Javier (1952). *Sobre la estatura de la población campesina de México*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Rothschild, Bruce M. y Woods, Roberts J. (1991). "Spondyloarthropaty: Erosive arthritis in representative defleshed bones". *American Journal of Physical Anthropology*, 85(2), pp. 125-134.
- Salas Cuesta, María Elena (2017). "El hombre prehispánico del occidente de México". En *El Bajío mexicano. Estudios recientes* (pp. 13-36). México: Sociedad Mexicana de Antropología / UNAM.
- Scheuer, Louise y Black, Sue (2000). *Developmental juvenile osteology*. Londres: Prensa Académica.
- Schöndube, Otto (1980). "La etapa prehispánica". En *Historia de Jalisco* (pp. 113-257). México: Gobierno del Estado de Jalisco / INAH.
- Soto, Jorge; Moreno, Sandra y Moreno, Freddy (2010). "Antropología dental y periodoncia: relación entre los rasgos morfológicos dentales y la enfermedad periodontal". En *Acta Odontológica Venezolana*, 48(3), pp. 1-13.
- Stuart-Macadam, Patricia (1991). "Porotic Hyperostosis: Changing Interpretations". En *Human paleopathology. Current synthesis and future options* (pp. 36-59). Washington: Institución Smithsonian.
- West, Robert C. (1964). "Surface configuration and associated geology of Middle America". En *Handbook of Middle American Indians* (vol. 1) (pp. 33-83). Austin: Universidad de Texas.

La importancia de la actualización del Atlas Arqueológico del estado de Colima. Un primer acercamiento en los municipios de Comala y Cuauhtémoc

Rafael Platas Ruiz*

ISSN: 2007-6851

p. 135 -p. 162

Fecha de recepción del artículo: octubre de 2019

Fecha de aceptación: febrero de 2021

Título del artículo en inglés: *The relevance of updating the Archaeological Atlas of the State of Colima. A first approach in the municipalities of Comala and Cuauhtémoc.*

Resumen

Esta investigación deriva de la necesidad de actualizar la información de 50 sitios registrados en los municipios de Comala y Cuauhtémoc por parte de la Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas. Éstos fueron identificados en 1986 y 1987 mediante el Proyecto Atlas Arqueológico Nacional, cuyo objetivo fue el de registrar, conservar y estudiar el patrimonio arqueológico del país. A través de un análisis metodológico, en dos etapas, se logró conocer la problemática que enfrenta el patrimonio cultural en estas entidades y los factores que provocan su destrucción. Los recorridos de área permitieron ubicar los asentamientos prehispánicos de forma cronológica y elementos de la interacción humana con su entorno. A partir de ello, se realiza un análisis del comportamiento cultural en estos sitios, que tuvieron un desarrollo social entre los años 500 a.C. y 1500 d.C., el cual dejó una huella de la forma de vida de los pueblos que vivieron en el territorio de estos dos municipios.

Palabras clave: atlas arqueológico, actualización, registro de sitios, fases culturales.

Abstract

This research derives from the need to update the information of 50 registered sites in the municipalities of Comala and Cuauhtémoc by the Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas. These were identified in 1986 and 1987 through the National Archaeological Atlas Project, whose objective was to register, preserve and study the archaeological heritage of the nation. Through a methodological analysis, in two stages, it was possible to know the problems faced by the cultural heritage in these entities and the factors that cause its destruction. The area inspections made it possible to locate the pre-Hispanic settlements chronologically and elements of human interaction with their environment. Based on this, an analysis of the cultural behavior in these sites, which had a social development between 500 BC and 1500 AD, which left a trace of the way of life of the people who lived in the territory of these two municipalities.

Keywords: Archaeological Atlas, updating, site registration, cultural phases.

* Centro INAH Colima (rafael_platas@inah.gob.mx).

Introducción

El territorio mexicano se ha caracterizado por ser asiento de manifestaciones naturales y culturales que han matizado su identidad como una de las naciones con más riqueza en el mundo. Desde las huellas que se conservan de tiempos prehistóricos, o las primeras manifestaciones del hombre, cuya interacción y transformación de su medio generó un sinnúmero de expresiones tangibles e intangibles que forman parte de nuestro patrimonio.

El conocer y preocuparse por proteger el legado que ha llegado a nuestros días, significa el compromiso de mantener y salvaguardar esta herencia cultural que han puesto en nuestras manos las generaciones pasadas. Por ello es necesario tener presente cómo se han sentado las bases en nuestro país que han permitido asegurar la salvaguarda de los bienes históricos, principalmente aquellos que tienen que ver con el periodo comprendido como prehispánico.

En los registros como los que realizaron Bernal Díaz del Castillo, fray Bartolomé de las Casas, Bernardino de Sahagún, entre otros, sobre algunas de las costumbres de nuestras culturas prehispánicas, encontramos los primeros intentos por documentar el pasado. Sin embargo, los antecedentes con carácter oficial enfocados a la conservación del patrimonio cultural mexicano se dio a partir de la ley promulgada en 1897, durante el gobierno de Porfirio Díaz, en donde se establece por primera vez que la nación es propietaria de los bienes arqueológicos.¹

A partir del establecimiento de esta ley, se levantó un censo de los monumentos arqueológicos, una encomienda que estuvo dirigida por el arqueólogo Leopoldo Batres con el apoyo de Justo Sierra, que en ese entonces era secretario de Educación. A partir de los resultados de este proyecto se constituyó la Carta arqueológica de los Estados Unidos Mexicanos (Batres, 1910). La metodología principal para la protección de los sitios arqueológicos consistió en conocer con cuántos sitios se contaba y la forma de acceder a ellos. Fue así que Leopoldo Batres registró 110 sitios ubicándolos sobre un plano de Ferrocarriles Nacionales.

En 1939 aparece por primera vez en una publicación el nombre de Atlas Arqueológico de los Estados Unidos Mexicanos, el cual contempló las recopilaciones hechas por parte de Manuel Gamio. Este trabajo estuvo conformado por la información que el arqueólogo había recuperado en años, donde expuso 2106 sitios arqueológicos pertenecientes a diferentes estados; la investigación corrió a cargo de la Dirección de Antropología.

Al fundarse el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) por el presidente Lázaro Cárdenas, se continúan los trabajos enfocados en registrar los bienes arqueológicos. Uno de éstos, que a la postre realzaron los estilos arquitectónicos de los pueblos mesoamericanos, fue el del arquitecto y arqueólogo Ignacio Marquina, en su libro titulado *Arquitectura prehispánica*, pu-

1. Decreto del 11 de mayo de 1897, por el cual los monumentos arqueológicos existentes en territorios mexicanos son propiedad de la nación y nadie podrá explorarlos, removerlos, ni restaurarlos, sin autorización expresa del Ejecutivo de la Unión.

blicado en el año 1951, el cual, aunque no se trata estrictamente de un catálogo, proporciona valiosa información de muchos de los sitios prehispánicos de México.

Tomando como referencia el *Atlas arqueológico de la República Mexicana*, de 1939, estructurado por Manuel Gamio, se desarrolla un nuevo proyecto entre 1959, 1960 y 1967, llamado *Atlas Arqueológico de México*, el cual consistió en añadir a la información anterior la recopilación de estudios inéditos, informes verbales, fuentes publicadas y recorridos de arqueólogos. Los resultados del proyecto se vieron reflejados a través de tres tomos publicados.² Cinco años después, Román Piña Chan y Rosa Brambila publican en coedición con el gobierno del Estado de México, la *Primera Carta arqueológica del Estado de México*.³

Durante los años setenta, la arqueología nacional toma un nuevo auge, siendo impulsada a través de la creación de centros regionales que tuvieron como prioridad la elaboración de los atlas arqueológicos de las entidades a cargo, con la finalidad de efectuar una mejor protección del patrimonio. Los primeros resultados de esta renovada política de registro dieron frutos cuando se publicaron los atlas de Oaxaca, Yucatán, Estado de México y Sonora.

Uno de los logros más importantes para la defensa del patrimonio fue, sin duda, la promulgación de la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas, publicada el 6 de mayo de 1972 en el *Diario Oficial de la Federación*. Esta dio un cambio sustancial en el régimen jurídico de los bienes arqueológicos, puesto que sustenta que tanto los bienes muebles como los inmuebles son propiedad de la nación, inalienables, que no se puede enajenar, e imprescriptibles, además de establecer que estos bienes quedan bajo la custodia del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

Con el establecimiento de la ley del 72 se forma el Departamento de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas e Históricas, con la finalidad de iniciar la inscripción de monumentos arqueológicos. El reglamento correspondiente fue publicado el 8 de diciembre de 1975 y modificado, por última vez, por el decreto publicado en el *Diario Oficial de la Federación* el 5 de enero de 1993.

En 1984 se crea el Proyecto Atlas Arqueológico Nacional (PAAN), planeado como una prioridad del Programa Nacional de Conservación del Patrimonio Arqueológico e Histórico, bajo los objetivos de registrar, conservar y estudiar el patrimonio arqueológico del país (Olay, 1991: 9).

Antecedentes del registro de sitios en el estado de Colima

No ajenos a lo señalado, en el estado de Colima se ha buscado conocer su patrimonio arqueológico. Los primeros esfuerzos por registrar la riqueza de los vestigios con fines de crear un atlas se

2. Leopoldo Batres (1910). *Carta arqueológica de los Estados Unidos Mexicanos*. Mediateca INAH. Recuperado de: < <https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/mapa%3A21>>.

3. Román Piña Chan y Rosa Margarita Brambila (1972). *Primera Carta Arqueológica del Estado de México*. México: Gobierno del Estado de México.

remontan al año de 1925, siendo su primer exponente Miguel Galindo, quien identificó 18 sitios en diferentes partes del estado (Olay, 1991). Años después, Isabel Kelly se enfocó a la elaboración de un mapa donde ubicó algunos asentamientos, sin embargo, su plano únicamente presenta evidencias culturales de la fase Capacha (Kelly, 1980).

No obstante, como ya señalamos, bajo el velo del Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas e Históricas, en el estado se aplicó el Proyecto Atlas Arqueológico Nacional (1987), y así, tras una revisión bibliográfica, se llevó a cabo la fotointerpretación de toda la superficie del estado, esto con la finalidad de hacer más rápida la localización de los sitios a través de ciertos parámetros observados mediante fotografía aérea. Al concluir esta fase se prosiguió a realizar la verificación en campo de las supuestas evidencias.

Durante esta labor, se ubicaron espacialmente 278 asentamientos prehispánicos distribuidos en los diez municipios. Los arqueólogos reportan que los sitios estaban bajo un riesgo de afectación importante; por ejemplo, existía un índice elevado de saqueos, representado con un 93%. Por su parte, las labores agropecuarias incidían sobre los vestigios en un 66%, mientras que la utilización como banco de materiales la proyecta con un 60%. Por último, las afectaciones más bajas que se detectaron fueron aquellas que tenían que ver con el sector de la construcción (Serna, 1991).

Tras quedar inconcluso este proyecto por la falta de recursos, el patrimonio arqueológico del estado sólo fue plasmado mediante marcas en cartas topográficas que delimitaban áreas no definidas espacial ni culturalmente. Años después, aparecieron otros proyectos enfocados en el registro; para ser exacto, fue en 1992 cuando la arqueóloga Lorenza López Mestas llevó a cabo el Proyecto de Reconocimiento Arqueológico del Área de Colimilla-Barra de Navidad, trabajo durante el cual registró 23 sitios, la mayoría de ellos con presencia de arquitectura, algunos ligados a actividades agrícolas, otros residenciales de carácter habitacional y algunos ceremoniales (López, 1992).

Fue el arqueólogo Samuel Mata quien en el año de 1997 puso en práctica el segundo trabajo en Colima enfocado al reconocimiento de sitios después del PAAN. Con su trabajo titulado *Proyecto Investigaciones Arqueológicas Bahía de Manzanillo* recuperó información de 31 asentamientos distribuidos en la zona de esteros y manglares, planicie costera, y en las partes altas que correspondían a las laderas de los cerros que forman la bahía de Manzanillo (Mata, 1997).

Transcurrió un buen tiempo para que el Centro INAH Colima iniciara con el registro y reconocimiento de nuevos sitios. En 2004, surgió el proyecto arqueológico El Formativo en Colima: Una continuidad ocupacional, a cargo de la arqueóloga Laura Almendros, quien hace una revisión de las cédulas de los sitios reportados por el Proyecto Atlas... en busca de aquellos que presentarían evidencias tempranas. Durante estos recorridos, el trabajo del proyecto no sólo se enfocó en registrar los asentamientos tempranos, sino también a aquellos de fases siguientes. Esta labor se concentró principalmente en el municipio de Coquimatlán.

Bajo una suerte muy similar, el Proyecto de Investigación Ixtlahuacán surgió con miras de buscar indicios de grupos precerámicos e indicadores de las primeras sociedades agrícolas en Colima, principalmente en el delta del río Salado y en las grutas y cuevas del municipio de Ixtlahuacán. Los recorridos del área realizados por el arqueólogo Fernando González permitieron ver que algunos de los sitios identificados por el PAAN se encontraban bajo un acelerado proceso de destrucción, por lo que durante sus temporadas de campo se enfocó en efectuar el registro de los mismos, además de algunos otros que no se tenían identificados por el Proyecto Atlas.⁴

Hasta el año 2006, la Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas e Históricas (DRPMZAH) tenía catalogados un total de 342 sitios en todo el estado. De la mayoría de éstos no se sabe con exactitud su distribución espacial, características, estado de conservación y, por ende, no cuentan con expedientes de consulta inmediata que permitan, tras su delimitación en campo, su mejor salvaguarda.

Como vemos, el desarrollo de la arqueología de Colima ha vivido un lento proceso en las labores del registro, protección e investigación del patrimonio. Los esfuerzos por parte del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) al enfrentar las dinámicas y políticas de desarrollo social del estado, han dado como resultado el ir estructurando el conocimiento de los grupos humanos que habitaron a lo largo del tiempo en la región durante la época prehispánica. De cierto es que el trabajo arqueológico se ha efectuado mayormente mediante las figuras de rescate y salvamento, y sólo a últimas fechas con proyectos específicos, los resultados que se han obtenido son relevantes en la construcción del conocimiento histórico. Por lo tanto, es imperante continuar con los trabajos orientados al registro del patrimonio de frente al desarrollo urbano de la entidad, lo que hace necesario considerar nuevas herramientas metodológicas que permitan alcanzar una comprensión y valoración del mismo.

Debemos recordar que con la llegada del PAAN se buscó instaurar e instrumentar estrategias destinadas al registro, estudio y protección de los sitios; sin embargo, sólo la primera de ellas se alcanzó a aplicar, lo que poco ayudó a mejorar la problemática que enfrentaba el patrimonio arqueológico del estado de Colima. Así, con el fin de dar los primeros pasos para solucionar esta problemática, surgió una investigación que requería un proyecto específico para conocer el estado actual de los sitios identificados en los municipios de Comala y Cuauhtémoc.

Bajo este panorama, la información que a continuación se presenta es el resultado de la primera etapa del proyecto Propuesta metodológica para la evaluación, actualización, análisis del Atlas Arqueológico del estado de Colima... El desarrollo de esta fase de trabajo se enfocó a verificar y conocer de manera puntual en campo la información que presentaban las cédulas de los 50 sitios arqueológicos registrados por el PAAN en los años 1986 y 1987 en los municipios de Comala y Cuauhtémoc; 10 y 40, respectivamente.

4. Durante las temporadas del proyecto Ixtlahuacán, González verificó los 57 sitios marcados por atlas.

Estrategia de investigación

Con el objetivo de actualizar el nivel de información que se tenía de los sitios arqueológicos, se buscó hacer una evaluación de su estado de preservación y los factores que amenazan su integridad, además de plantear los mecanismos que eviten su destrucción a partir de su ubicación y delimitación espacial. También se pretende avanzar en el conocimiento de las dinámicas sociales que caracterizaron a los pueblos prehispánicos del valle de Colima; en un primer momento, aquellos que se asentaron hacia la parte norte de la región que comprenden ambos municipios.

En el tiempo, marcado como la etapa a desarrollarse en el corto plazo, se logró conocer la problemática que enfrentan los sitios a partir de su confrontación en campo; con base en la verificación y documentación de las características que exhibieron, se logró tener una visión integral y constatada del problema que enfrenta el patrimonio cultural en estas entidades. Como resultado de la intervención, se obtuvo una serie de datos que permitieron actualizar la información de cada uno de ellos, misma que se expone de manera sistematizada.

Para llevar a cabo el desarrollo de la investigación, se siguió la secuencia metodológica establecida en el proyecto, la cual comprendió efectuar una revisión de la documentación referente a los sitios registrados en estas entidades. Mientras tanto, en campo, las labores se restringieron a actividades como la localización, reconocimiento de su estado de conservación, recorrido del área señalada como extensión del sitio, realización de croquis y actualización del material fotográfico, así como la identificación cronocultural del asentamiento a partir de la observación del material cerámico, y delimitación mediante polígonos del área recorrida. Se persiguió, más allá de la anotación de sus características, obtener información sobre los elementos topográficos y geográficos que influyeron o condicionaron la distribución espacial de los asentamientos, así como los rasgos visibles que dieran cuenta de los sistemas sociales y productivos.

Debemos decir que se desarrollaron 19 rasgos que permitieron englobar las características intrínsecas del escenario donde se encontraron los sitios, tales como: 1) Tipo de sitio según la verificación de este proyecto, 2) Otro seudónimo del lugar, 3) Régimen de propiedad, 4) Propietario(s), 5) Uso del suelo, 6) Personal que verificó en campo, 7) Ubicación y acceso, 8) Antecedentes, 9) Geología, 10) Región fisiográfica, 11) Geomorfología general, 12) Geomorfología específica, 13) Región hidrológica, 14) Hidrología asociada, 15) Tipo de clima, 16) Descripción del sitio, 17) Flora y fauna, 18) Cronología, 19) Diagnóstico y valoración.

Evaluación, actualización y análisis de los sitios identificados por el PAAN en los municipios de Comala y Cuauhtémoc

La exploración ofreció referencias que permitieron evaluar y conocer el estado actual que presentan los contextos, sus características y los factores que amenazan su permanencia en el tiempo y en

el espacio; además de responder algunas interrogantes que se tenían con respecto a la ocurrencia de algunos eventos sociales suscitados en un mismo escenario, pero en diferentes periodos.

En este sentido, a continuación nos centraremos en exponer las variables que actualmente caracterizan los sitios verificados. Se busca señalar, de manera sintética, los diferentes aspectos recabados durante el trabajo de campo donde se engloban los resultados derivados de su análisis y evaluación. Comenzaremos así a partir del municipio de Comala que, de acuerdo con los resultados obtenidos, los sitios verificados en esta entidad presentaron como mayor problemática de afectación el desarrollo urbano que contrajo la destrucción de algunos de ellos. En segundo lugar, se encuentran las actividades agrícolas que amenazan las evidencias que los distinguen, ya que éstas se encuentran expuestas o a flor de superficie, principalmente las de orden arquitectónico.

El reconocimiento arqueológico permitió documentar que, de los diez sitios registrados por el PAAN, seis correspondían a la categoría de concentración de materiales (CL) y cuatro a la de sitios con estructuras (SE). Actualmente tenemos que, de este conjunto de asentamientos, sólo se conservan siete. Las coordenadas que señalan la extensión de la superficie de los tres restantes, nos llevaron a zonas urbanas donde las evidencias culturales que los distinguían fueron arrasadas o quedaron debajo de la mancha urbana. Como resultado de la actualización se tiene que: de los seis sitios que fueron identificados como concentración de materiales, cuatro de ellos, denominados como Los Mezcales, Arroyo El Carrizal, Pastorcitos y La Cañada, mostraron durante su verificación elementos contundentes que nos hablan de un acondicionamiento del espacio, donde la presencia de remanentes arquitectónicos nos llevaron a asignarles una nueva categoría, quedando registrados como sitios con estructuras (SE), mientras que Suchitlán y La Parranda fueron arrasados.

Por su parte, tenemos que, de los cuatro sitios que originalmente correspondían a sitios con estructuras, dos mantienen esta denominación. Es el caso de Potrero de La Cruz y Terreno José Pérez; mientras que Las Ánimas pasó a ser considerado como un sitio con concentración de materiales, y la Parcela Albino Lizama quedó bajo la colonia Lomas del Pedregal, por lo que se declara inexistente.

Los resultados alcanzados en esta verificación nos dicen que, de los siete sitios que se conservan para este municipio, seis de ellos exhiben elementos arquitectónicos; las evidencias que nos llevaron a determinar sus categorías fueron observadas a cielo abierto. En general, vemos que presentan materiales cerámicos asociados en bajas cantidades, aunque es menor el número de artefactos líticos de ambas clases, con excepción del sitio Los Mezcales, que fue donde más se hallan herramientas de molienda desperdigadas en superficie.

En orden cronológico, tenemos que los sitios Potrero de la Cruz y Terreno José Pérez ejemplifican las manifestaciones arquitectónicas más tempranas identificadas para Comala. A través del acercamiento que se hizo en el sitio denominado Terreno José Pérez, se pudo constatar que expresa un sistema constructivo basado en el confinamiento de tierra y piedra para formar plataformas rectangulares desplantadas en torno a un patio hundido, erigiendo así plazas circulares

con un montículo central, donde los materiales cerámicos nos remontan a un periodo comprendido entre el Preclásico tardío y el Clásico temprano, momento que para el Valle de Colima nos sitúa entre las fases Ortices y Comala (Kelly, 1980). Sin duda, este estilo arquitectónico es completamente similar al que Phil Weigand describe para la secuencia cronológica de la región de Teuchitlán, Jalisco, como parte de la fase el Arenal ubicada para los años 300 a.C-200 d.C. Ésta se caracteriza no sólo por la presencia de tumbas de tiro y las diagnósticas ofrendas que contienen, también por una incipiente aparición de sitios con presencia de arquitectura construida a partir de un patrón de asentamiento circular (Weigand, 1993a). En el sitio Potrero de la Cruz, por ejemplo, se tiene conocimiento de la presencia de tumbas que refieren este sistema funerario, actividades ligadas al saqueo que dejaron al descubierto uno de estos recintos mortuorios.

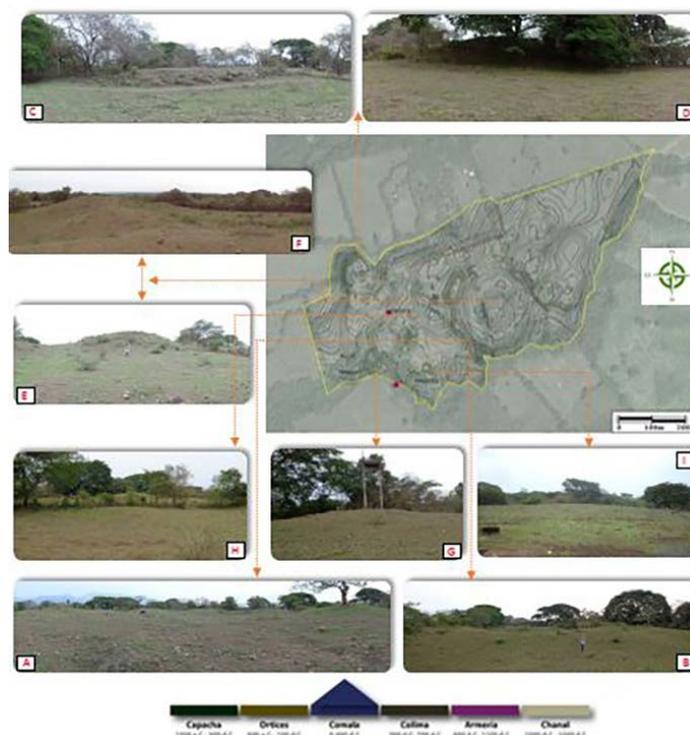
Estas similitudes nos permiten marcar la temporalidad de ambos sitios con relación a las fechas establecidas por Weigand y con las propuestas por Isabel Kelly. Sin embargo, un aspecto a resaltar sobre la temporalidad de estos sitios, es el hecho que su antigüedad nos lleva a una etapa que, según Phil Weigand, corresponde a la gestación de esta tradición, en la zona lacustre de Jalisco; es el momento en que él establece que tuvo su origen para, posteriormente, difundirse a otras regiones del occidente durante el periodo Clásico temprano, a partir de un aumento poblacional, tal y como fue el caso de Colima, señalando que Potrero de la Cruz, el cual visitó, era un sitio dependiente del área nuclear de Jalisco.

Desafortunadamente, Weigand no alcanzó a conocer el sitio Terreno José Pérez, situado a unos cuantos metros al suroeste de Potrero de la Cruz, pues en él seguro encontraría nuevas interrogantes a sus postulados, en virtud de que este sitio presenta características de mayor monumentalidad en una de sus plazas, respecto al de Potrero de la Cruz, e incluso en comparación con el diámetro que encierra la plaza de Teuchitlán, Jalisco.

Lo cierto es que éstas son conjeturas a partir de lo observado, ya que son escasos los tuestos que se identificaron en superficie. Vale la pena sustentar que las evidencias de una arquitectura que busca imponer un sistema constructivo circular fueron documentadas en el sitio La Herradura,⁵ donde la cerámica y las ofrendas de los entierros recuperados dejaron al descubierto que la construcción del sitio fue iniciada antes de nuestra era, lo que discrepa, una vez más, de lo especificado por Weigand. Siguiendo la cronología propuesta, La Herradura parece corresponder a la fase El Arenal, una percepción que parece no acreditar la teoría de la explosión demográfica que maneja este autor sobre la expansión a otras áreas; toda vez que la ocurrencia del patrón circular en Colima parece no sólo corresponder a un periodo previo al apogeo de la tradición Teuchitán en el área de la laguna de La Magdalena, sino, además, prácticamente contemporáneo a

5. Este sitio fue explorado en el año 2006, las evidencias que aluden a este sistema constructivo se encuentran protegidas dentro de las áreas verdes del fraccionamiento Santa Fe, ubicado entre las avenidas Tercer Anillo Periférico e Ignacio Sandoval al norte de la ciudad de Colima.

la ocurrencia de los primeros sitios de esta tradición en el centro norte de Jalisco (Olay, Platas y Cabrera, 2007).



Este gráfico nos permite ver la ubicación espacial de las evidencias dentro del polígono recorrido. Asimismo, la barra cronológica señala la temporalidad del asentamiento. A y B representan el conjunto 1, C y D el conjunto 2, E y F el conjunto 3. Por su parte, C representa la estructura 1, H la estructura 2 y, finalmente, la letra I la estructura 3.

Figura 1. Sitio Terreno José Pérez, municipio de Comala, Colima. Distribución espacial de los elementos arquitectónicos. **Fuente:** Rafael Platas, 2013.

No es objetivo primordial de estos párrafos evidenciar o señalar qué sitios fueron primero o dónde se gestó esta forma de edificar espacios ceremoniales a partir de plataformas dispuestas radialmente, pues esto requiere un análisis más profundo y presentar mayores elementos para sustentarlo. Por el momento, sólo se hace mención de esto con la finalidad de establecer la temporalidad de estos dos sitios y resaltar la importancia que comprende actualizar la información a través de nuevas verificaciones.

En este sentido, consideramos que la información obtenida a partir de las verificaciones nos permitió ver que el territorio que comprende el municipio de Comala, es un escenario que mantuvo una ocupación humana continua debido a la disponibilidad de los recursos, como es el caso de las fuentes hidrológicas, circunstancia que fue prioritaria para seleccionar los espacios a ocupar, ya que todos los sitios se encuentran relativamente cerca o en asociación directa con un arroyo o río.

Sin lugar a dudas, el análisis de los materiales observados nos indica que nos encontramos con asentamientos relativos a etapas de antes y después de la era cristiana. Ánimas, por ejemplo, es un sitio que evoca una presencia del Clásico medio, mientras que Los Mezcales fue construido bajo un sistema que exhibe una arquitectura dentro de los cánones mesoamericanos, donde plataformas de plantas rectangulares conforman plazas abiertas y cerradas con patios hundidos, lo que nos remite al Clásico tardío, manteniéndose una ocupación hasta el Posclásico, periodos referenciados por la presencia de individuos relativos a las fases Armería y Chanal. Los grupos que distinguieron a esta última fase fueron los que establecieron los asentamientos de los sitios Arroyo, El Carrizal y Pastorcitos.

Debemos hacer énfasis en ciertos aspectos: el primero deriva del estado de conservación de las evidencias que, en términos generales, son buenas para los siete sitios. La problemática que encontramos es el hecho de buscar los medios para asegurar la salvaguarda de aquellos que aún resguardan estructuras; entendemos que supervisiones periódicas serían un recurso y los convenios de colaboración serían parte fundamental para alcanzar tal objetivo. Sin embargo, en ocasiones los propietarios introducen maquinaria con la justificación de retirar la escoria volcánica para poder sembrar. Esto no es nada nuevo pues se viene realizando desde mucho tiempo atrás, enfocando la labor a las áreas de siembra, y así evitar invertir tiempo y recursos en quitar las piedras de las lomas, puesto que sobre ellas no se puede sembrar. Sin embargo, a partir de la especulación inmobiliaria, los promotores urbanos se asocian con los dueños de los terrenos y les piden meses o años antes de que nivelen las parcelas, aparentando que van a sembrar, para que cuando inicien algún trámite de urbanización éstos ya estén libres de cualquier evidencia que pueda impedir su desarrollo.

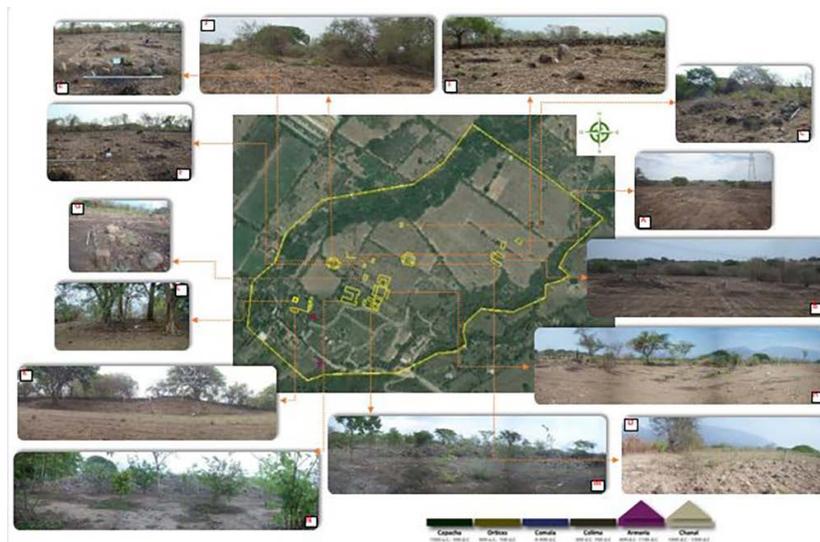


Figura 2. Sitio Los Mezcales, municipio de Comala, Colima. Distribución espacial de los elementos arquitectónicos. Fuente: Rafael Platas, 2013.

En este sentido es que consideramos que los oficios de notificación podrían ser una buena herramienta, pues en ellos se especifica a los dueños de los terrenos la importancia de avisar al INAH sobre cualquier labor que implique el despalme o remoción de suelos, a partir de la propia importancia de los vestigios que subyacen en sus tierras, con la finalidad de proporcionales asesorías y efectuar valoraciones adecuadas que permitan proteger la evidencia. Ciertamente es que fue una de las gestiones que se propusieron iniciar como parte de los objetivos del proyecto, sin embargo, no fue posible realizarla dado que esta labor involucra aspectos de orden jurídico y administrativo, donde la intervención de la DRPMZAH es vital, pues es la que se encarga de establecer las poligonales definitivas de los sitios y entregar los oficios de notificación. Vale la pena recordar que las poligonales que establecimos para los sitios comprenden la superficie recorrida, y a pesar de que sí encierran el área donde se encuentran distribuidas las evidencias, están marcadas sólo en papel, pues la delimitación no implicó dejar marcas físicamente.

Las alteraciones antrópicas actuales vislumbradas en este primer acercamiento que sostuvimos en el territorio del municipio de Cuauhtémoc, fueron notables y agresivas para los contextos arqueológicos. En un principio se manejó que la producción azucarera era un factor que, a todas luces, se conocía y que ha venido causando daños y alteraciones en los terrenos desde que se dio la fundación del ingenio a principios de los años treinta en la localidad de Quesería. Posteriormente se acrecentaron con la mecanización del campo, destinado a generar una producción intensiva, por lo cual se efectuaron drásticos despiedres mediante la utilización de maquinaria pesada para retirar la escoria volcánica de la superficie y de unos cuantos centímetros del subsuelo (Platas, 2012: 82-83), actividades que pudimos constatar que afectaron a la mayoría de los sitios que se verificaron, principalmente aquéllos distribuidos en la parte sur, centro y norte del municipio.

Sin embargo, el grado de alteración al que son sometidos los terrenos, y por ende, cualquier remanente cultural, no es equiparable con las modificaciones topográficas que nos encontramos hacia el sector suroriente de esta entidad, principalmente en aquellas propiedades que se encuentran en torno a la comunidad de Buenavista, cuya principal actividad económica está basada en la producción de arroz, al grado de que es una de las regiones del estado que más hectáreas se siembran anualmente, con unas 1 125 hectáreas, aproximadamente.⁶

La siembra de este cereal trajo consigo una abrupta devastación en los escenarios de la zona, incluso aún más atroz que los daños causados por el cultivo de caña de azúcar, tal y como vimos en siete de los sitios que se hallaban situados en estos lugares. Desarrollar este cultivo, literalmente implica nivelar la superficie de siembra y retirar toda piedra para que el equipo utilizado para el corte y la cosecha no tenga impedimento al realizar tal labor mecanizada. A estos estragos

6. Véase *Ley de Desarrollo Rural Sustentable del Estado de Colima*, Congreso del Estado de Colima (2013) [última reforma publicada en el Periódico Oficial "El Estado de Colima", 04 de junio de 2016]. Recuperado de: <https://congresocol.gob.mx/web/Sistema/uploads/LegislacionEstatal/LeyesEstatales/desarrollo_rural_sustentable_04jun2016.pdf>.

debemos sumarle la realización de una gran cantidad de excavaciones, denominadas “bordos”, que sirven para contener el agua de lluvia a partir del encajonamiento de los cauces de los arroyos. Su finalidad es generar un sistema de riego “de auxilio”, como lo denominan, con agua de escurrimiento de ríos y arroyos principalmente, que forman bordos de captación de agua para auxiliar al cultivo con uno o dos riegos durante la temporada cuando no llueve suficiente. En esta situación se encuentra el 56% de la superficie total sembrada de arroz en el estado, de las cuales el 89% corresponde al municipio de Cuauhtémoc.⁷

Las actividades agropecuarias son factores que han afectado a gran parte de los contextos, principalmente los que tienen que ver con restos arquitectónicos. Hasta la fecha el desarrollo urbano ha sido menos impactante para algunos sitios y sólo aquellos que fueron identificados cerca de comunidades fueron destruidos. Un ejemplo es el crecimiento poblacional del Trapiche que afectó a un par de ellos.

En este punto entra de nuevo en juego el crecimiento de la zona metropolitana de la capital y sus municipios aledaños. Con el aumento poblacional en el escenario rural del municipio se viene gestando un notable cambio de uso de suelo, tal es el caso de su sector suroeste, en el cual la proyección de vialidades amenaza con afectar, en el corto plazo, un área que sabemos que es una zona con un alto potencial a pesar de que no se identificaron sitios por parte del PAAN. Si bien el cultivo de caña ha hecho estragos en esta zona, no se comparará con las obras de proyectos campestres o residenciales que no sólo vienen afectando los contextos que han sobrevivido a las siembras; como se pudo comprobar, éstos dañan incluso a aquellos que están en niveles profundos, como fue el caso donde se construyó el fraccionamiento Camino Real.

Para adentrarnos en los resultados que derivaron de la evaluación de los 40 sitios registrados por el PAAN en el municipio de Cuauhtémoc, debemos partir especificando que 27 estaban clasificados como sitios con estructuras (SE), 11 mostraban una designación que los hacía distinguirse como concentración de materiales (CL), mientras que abrigo rocoso (AR) y manifestación gráfica rupestre (GR) estuvieron representados por un sitio respectivamente. De este universo se verificaron 35 sitios, mientras que en los cinco restantes, registrados con los nombres de Potrero Los Beneficios, Rancho Grande, Los Mogotes, El Tecolote y El Barrigón I, no fue posible efectuar su evaluación en virtud de que no se localizó a los propietarios para poder acceder a estos terrenos que mantenían cercos con candados. Cabe señalar que el último de ellos se encuentra dentro del área federal circundada como parte de los terrenos del aeropuerto Miguel de la Madrid.

Es de resaltar que de estos 35 sitios verificados, los denominados como Los Bordos I, II y III y Agua Caliente se encuentran situados, en realidad, en el municipio de Colima, su ubicación en un área limítrofe entre ambos municipios fue un factor que provocó que los arqueólogos que par-

7. Véase Plan Rector Sistema Nacional Arroz (2011) [Propuesta de revisión derivada de la reunión del Comité Nacional Sistema Producto Arroz del 14 de diciembre de 2011]. Recuperado de: <<https://sursureste.org.mx/wp-content/uploads/2022/08/Plan-Rector-Nacional-del-Sistema-Producto-Arroz-2011.pdf>>.

ticiparon en el PAAN los clasificaran como pertenecientes a Cuauhtémoc. No obstante, este dato fue conocido en campo al momento que se efectuó su verificación con los propietarios de los terrenos y posteriormente corroborado a partir de imágenes satelitales y cartas topográficas. El hecho de que se hayan incluido en este trabajo obedece a que se efectuó su evaluación, por lo tanto, se creyó conveniente plasmar la información recabada de cada uno integrando los datos en el análisis estadístico.

El trabajo de campo dejó al descubierto que, de los 35 sitios verificados, siete se encuentran arrasados y dos fueron inexistentes: El Bordo II y Agua Caliente, ambos pertenecen a Colima, como antes se dijo. De los 26 sitios registrados con estructuras (SE) sólo siete mantienen esta categoría, dos corresponden a El Alazán y Mogote de Los Órganos. De los cinco sitios restantes no se pudo realizar su verificación y por lo tanto quedan bajo la misma designación. Los otros 20 que integran este grupo cambiaron de denominación, de los cuales 13, identificados con los nombres 161 kwv, Las Higueras, Arroyo La Huerta, La Mojonera II, El Barrigón II, El Pastor, La Clavelina, El Vallado, Rancho Las Llantas, Las Moras, La Puerta Falsa, Las Grullas y El Bordo I, actualmente sólo presentan cerámica y lítica expuesta en superficie, por lo cual pasaron a considerarse como sitios con concentración de materiales (CL). Por otra parte, 6 sitios más fueron arrasados, entre los que se encuentran Los Toros, El Trapiche, El Trapiche II, La Lobera, El Cariño y El Casco; y, por último, tenemos que el sitio Agua Caliente pasó a ser considerado como inexistente.

Respecto a los 11 asentamientos prehispánicos que originalmente fueron clasificados como sitio con concentración de materiales (CL), se pudo constatar que siete mantiene esta designación: Ocotillo, El Astillero, Los Canelones, El Ramalazo, La Mojonera I y El Salvador, mientras que Arroyo La Idea y Chiapa pasaron a ser sitios con estructuras (SE), no así Rancho El Portillo que fue arrasado, mientras que El Bordo II es un lugar que no resguarda evidencia cultural alguna, por lo cual pasó a ser inexistente. En el caso del sitio llamado Arroyo Grande, de ser un abrigo rocoso por las evidencias que resguarda, pasó a ser un sitio con estructuras (SE): La Parotita que era considerado como un lugar con presencia de gráfica rupestre (GR) cambió a concentración de materiales (CL).

Finalmente, la suma de todos estos datos dejó como resultado una evaluación que nos indica que se tienen actualmente cinco sitios con estructuras (SE), 21 con concentración de materiales (CL), siete arrasados y dos considerados como inexistentes.

A pesar que se observaron diversos materiales culturales en superficie, fue a través de la cerámica como logramos ubicar la temporalidad de los asentamientos verificados. Debemos decir que la propuesta cronológica establecida para cada sitio se planteó a partir de los tiestos que se hallaban expuestos aunque, por lo general, se hicieron presentes en bajas cantidades; en algunos de los casos el cultivo de caña de azúcar y la vegetación imperante crecida por la temporada de lluvias, fueron factores que impidieron alcanzar una mejor visión. En este punto, creemos conveniente mencionar que cabe la posibilidad de que en algunos de ellos puedan existir ocupaciones ante-

riores a las definidas, y cuyas evidencias podrían estar depositadas en niveles estratigráficos más profundos.

La experiencia que han dejado los trabajos en otros sectores del Valle de Colima, señalan una tendencia por parte de los diferentes grupos que caracterizaron las fases culturales de la región a reocupar los mismos espacios, algo que se ha observado a partir del Preclásico medio. Este rasgo, en muchos de los casos, ha estado determinado por el aprovechamiento de los recursos que el medio les ofrece, principalmente, a aquellos que tienen que ver con corrientes hidrológicas, las cuales como veremos más adelante, guardaron una estrecha relación con los sitios, independientemente de su temporalidad y categoría.

Bajo esta perspectiva, tenemos que, de los sitios verificados para Cuauhtémoc, uno pertenece a la fase Ortices, tres a la fase Comala, cuatro a la fase Colima, tres a la fase Armería y los tiestos manufacturados durante el Posclásico que aluden a la fase Chanal, se hicieron presentes en 14 sitios. Dentro de esta definición cronológica incluimos al sitio Arroyo Grande, en el cual no se identificaron materiales cerámicos. Sin embargo, la suma de las características que muestra este asentamiento parece indicar que fue un espacio que sirvió de campamento y abrigo; la presencia de una cueva y alineamientos que indican una actividad humana sin evidencia de restos cerámicos, nos llevaron a determinar esta asignación temporal, cuya antigüedad podría ser anterior al año 2 500 a. C.

Comala												
Nombre del sitio	Hidrología asociada		Estado de conservación			Acciones de conservación			Valor del sitio para la investigación		Extensión del área recorrida en m ²	
	Ríos	Arroyos	Buena	Regular	Mala	Protección	Conservación	Registro	Definición de polígonos	Investigación		Representativo del área
Los Mezcales		•	•	•		•	•		•	•	•	788 460
Suchitlán	•											171 751
Parcela Albino Lizama	•											210 119
Las Ánimas	•	•			•		•			•		181 265
Arroyo El Carrizal		•	•			•	•			•		259 508

Comala												
Nombre del sitio	Hidrología asociada		Estado de conservación			Acciones de conservación				Valor del sitio para la investigación		Extensión del área recorrida en m ²
	Ríos	Arroyos	Bueno	Regular	Malo	Protección	Conservación	Registro	Definición de polígonos	Investigación	Representativo del área	
Pastorcitos	•		•			•				•		215 193
La Parranda	•				•							210 119
Terreno José Pérez		•		•		•	•	•	•	•	•	
Potrero Cruz de Comala		•										
La Cañada		•		•			•			•		102 503

Tabla 1. Condensación de la información obtenida de la verificación de los sitios. **Fuente:** elaboración propia a partir de DRPMZAH, 2004.

En nueve de los sitios resalta la presencia de petrograbados, tres para Comala y seis en Cuauhtémoc. Al respecto debemos decir que de esta expresión cultural se cree que existen para Colima dos estilos representativos: uno que tiene que ver con diseños figurativos (líneas rectas y curvas, puntos y oquedades) y otros que muestran espirales y figuras antropomorfas; a éstos debemos sumarle otro estilo, las representaciones zoomorfas ejemplificadas en este caso por el petrograbado registrado en el sitio Mogotes de Los Órganos, donde se encuentra plasmada la representación de un pez. Se había considerado que los primeros se asociaban a contextos tempranos, aunque cinco de las piedras que contenían en su superficie impresas oquedades de forma circular estaban asociadas a sitios del Posclásico. Por el momento, no es posible definir con certeza cuál de estos estilos se asocia a alguna fase determinada.

Cuauhtémoc												
Nombre del sitio	Categoría PAAN	Categoría 2013	Uso de suelo			Régimen de propiedad			Grado de exposición de las evidencias			
			Agrícola	Ganadero	Urbano	Privada	Ejidal	Urbano	Alto	Medio	Bajo	
Ocotillo	CL	CL	•	•			•				•	
161 kwv	SE	CL	•				•				•	
Las Higueras	SE	CL	•				•				•	
Los Toros	SE	Arrasado		•			•					
El Astillero	CL	CL	•				•					
Arroyo La Huerta	SE	CL	•	•			•				•	
Los Canelones	CL	CL	•				•				•	
El Ramalazo	CL	CL	•			•					•	
La Mojonera I	CL	CL	•	•	•	•			•			
La Mojonera II	SE	CL	•	•			•				•	
El Alazán	SE	SE		•			•				•	
El Barrigón II	SE	CL	•				•		•			
El Pastor	SE	CL	•				•				•	
La Clavelina	SE	CL	•	•			•				•	
El Trapiche	SE	Arrasado	•	•	•	•	•	•				
Arroyo La Idea	CL	SE	•				•			•		
Arroyo Grande	AR	SE		•			•		•			
El Trapiche II	SE	Arrasado			•	•		•				
El Vallado	SE	CL	•	•			•				•	
Rancho Las Llantas	SE	CL	•			•	•			•		
Chiapa	CL	SE	•	•			•				•	
Las Moras	SE	CL	•			•					•	
La Puerta Falsa	SE	CL	•		•	•	•				•	
La Lobera	SE	Arrasado	•	•			•				•	
El Salvador	CL	CL				•					•	
El Cariño	SE	Arrasado	•				•					
El Casco	SE	Arrasado	•	•			•					
Rancho El Portillo	CL	Arrasado		•		•						
Mogote de los Órganos	SE	SE	•			•			•		•	
Las Grullas	SE	CL	•	•			•			•		
La Parotita	GR	CL		•			•				•	

Colima					
El Bordo I	SE	CL	•	•	•
El Bordo II	CL	Inexistente	•	•	
El Bordo III	CL	CL	•	•	
Agua Caliente	SE	Inexistente	•	•	

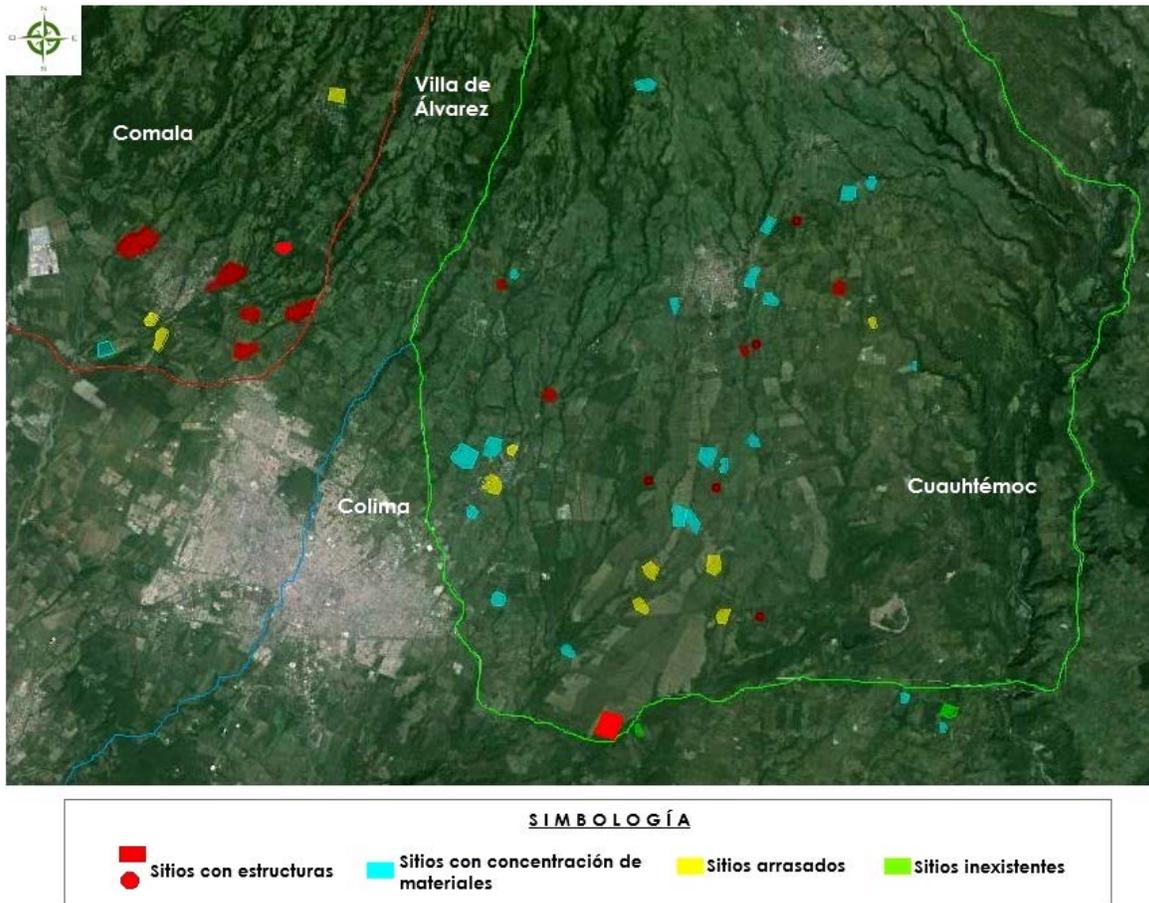
Tabla 2. Condensación de la información obtenida de la verificación de los sitios. **Fuente:** elaboración propia a partir de DRPMZAH, 2004.

A lo largo de esta investigación hemos resaltado la importancia de actualizar la información de los sitios registrados por el PAAN e iniciar con los estudios de área que nos permitan obtener, como primer nivel de información, el número de asentamientos que aún se conservan, conocer su temporalidad y algunos rasgos de sus particularidades para ir más allá de su salvaguarda; tratar de ir esclareciendo el pasado geográfico y cultural de las sociedades prehispánicas de Colima, no sólo como contextos aislados o escenarios divididos políticamente.

Los datos que aquí se resumen pretenden señalar los aspectos que fueron observados a través del reconocimiento arqueológico: se buscará delinear los resultados de manera integral donde se muestre gráficamente como se van comportando las evidencias dentro del área de estudio; la suma de estas manifestaciones a través de investigaciones venideras, posibilitarán ir integrando la información de tal suerte que se irá conformando un panorama más acabado de la densidad ocupacional que se dio en la parte norte del estado. Concretamente podemos decir que como parte de la actualización de la información, los resultados en ambos municipios son:

- 16 sitios con evidencias arquitectónicas (SE).
- 22 con concentración de materiales (CL).
- 10 arrasados.
- 2 considerados como inexistentes.

Es así que, por el momento, el mapa de distribución de las evidencias nos señala de manera ecuánime los espacios donde se encuentran los vestigios que indican actividades humanas. La característica de la cerámica expuesta en superficie dio cuenta de una continua ocupación del espacio desde épocas tempranas. Los fragmentos observados respectivamente en cada sitio mostraron atributos que aludieron a tipos diagnósticos de cinco fases culturales. Las particularidades morfológicas nos permitieron identificar tepalcates de la fase Ortices, Comala, Colima, de la Armería y de la fase Chanal, que nos llevaron a ubicar con certeza en el tiempo cada uno de los asentamientos que mostraron fragmentos cerámicos diagnósticos.



Mapa 1. Esta ilustración señala la categoría y ubicación espacial que actualmente distingue a cada sitio. Fuente: elaboración propia, 2013.



Gráfica 1. Porcentual de la categoría de los sitios. Fuente: elaboración propia, 2013.

Los resultados de la investigación

Los datos obtenidos a partir de la propia distribución espacial de los materiales en cada sitio, dieron cuenta de que las primeras evidencias que refieren una ocupación humana en el área de estudio nos remiten, tentativamente, al año 500 a. C., lo cual indica la existencia de asentamientos permanentes, constituidos por aldeas ocupadas por individuos que pertenecen a las fases Ortices y Comala. Todo parece señalar que, para estos momentos culturales, se empieza a consolidar un espacio funerario a partir del acondicionamiento de un montículo de origen geológico, el cual, desafortunadamente, encontramos saqueado en el sitio El Pastor.

Otro sitio perteneciente a este mismo momento es Mogote de Los Órganos, en donde se encuentra un alineamiento y una loma baja en cuya superficie afloran unas piedras que aparentan estar delimitando un área de enterramiento que no se percibía alterada. Este lugar se muestra como un sitio interesante para la investigación, si es que se puede corroborar si los alineamientos que se encuentran son parte de una construcción de este momento cultural, lo que significaría contar con uno de los primeros espacios habitacionales detectados para esta época sin estar alterados.

Dos asentamientos importantes que son notorios por su monumentalidad, podríamos considerarlos como sitios ceremoniales o rectores del periodo Preclásico tardío y principios del Clásico temprano, son aquellos que se encuentran en el municipio de Comala. La concientización ideológica para disponer de mano de obra para crear construcciones de tales magnitudes, nos indica una fuerte cohesión y organización social, ya sea política o religiosa, para disponer de un gran número de individuos. A pesar de que sólo se registraron cinco sitios relativos a estas etapas, las solas dimensiones de las obras nos dice que el número de población para estas fases tuvo que ser mucho mayor. Esto se puede ver por la cantidad de contextos funerarios que se han evidenciado a través de rescates y salvamentos en los terrenos que van quedando bajo la zona metropolitana de la capital, que nos dan cierta referencia sobre la densidad poblacional. Sin embargo, aún falta documentar en el registro arqueológico, aquellos sitios donde desarrollaba su vida cotidiana, es decir, los espacios habitacionales y de producción.

Estos sitios reflejan una evidente institucionalización de los cánones culturales de la época. Hasta ahora se ha visto que los estilos cerámicos, líticos y funerarios tienen un flujo que se encuentra en diferentes partes del valle de Colima y fuera de éste. Mientras que el estilo arquitectónico se circunscribe a un sector muy delimitado de la porción sureste del municipio de Comala –donde no sólo existen estos dos sitios de conformación circular, pues a unos 1 500 metros al sur del sitio Potrero de la Cruz, y a 1 600 metros al suroeste del Terreno José Pérez–, encontramos sobre el margen norte del arroyo Carrizal otro asentamiento donde se observan, de manera definida, por los menos dos plazas circulares –aunque podrían ser tres–, además de lo que parecen ser dos montículos alargados dispuestos paralelamente que guardan una gran similitud con los espacios señalados por Phil Weigand donde se practicaba el juego de pelota (Wei-

gand, 1993b). Estas construcciones no alcanzan el mismo volumen y altura que los mencionados, sin embargo, en el conjunto principal se observan nueve o diez estructuras que delimitan una plaza circular de unos 110 metros de diámetro, que en el centro es coronada por una estructura circular, hoy pequeña debido a que se ve afectada y rebajada con maquinaria.

Resulta conveniente comentar que, a pesar de que se visitó este sitio, no fue incluido en este informe por falta de tiempo. Además, requiere un registro sistemático y con mayor detenimiento y, por el momento, se denominó como sitio San Ignacio en virtud del fraccionamiento campesino que se encuentra cercano a los terrenos donde descansan estas evidencias. Con la suma de este sitio, podríamos decir que serían cuatro los asentamientos identificados que representan un sistema constructivo planificado para etapas tempranas, cuyo patrón arquitectónico está determinado por el círculo como una forma de disponer las construcciones y formar sus espacios cívicos. Lo interesante de estas evidencias es que, hasta no hace mucho, se creía que para las fases Ortices y principios de la Comala, el desarrollo social de los pueblos se había dado en aldeas. Desde que se registró Potrero de la Cruz en 1986, y se llevó a cabo la exploración de La Herradura en el 2006, esta percepción va quedando cada vez más lejos. La parte centro-norte del Valle de Colima sí contó con centros donde, si no se concentraba el poder, sí eran ceremoniales. De esta manera se podrá ir trazando, a partir de los reconocimientos de área, la ruta de los Guachimontones en esta región.

Para los siglos que siguieron al Clásico temprano, se identificaron cinco sitios que representan a la fase Colima, un momento cultural en el cual se ven reflejados cambios en la tradición alfarera. La cerámica marca nuevos elementos en cuanto a sus características formales y muestra una clara influencia externa de otras regiones de Mesoamérica, tanto en sus formas como en el acabado de superficie. Predominan tipos cerámicos en color naranja, los cuales, en la mayoría de los casos, cuentan con representaciones de elementos iconográficos, principalmente sobre cajetes con bordes decorados en tonos naranjas, rojos y cafés, junto con ollas globulares con una base rojo-crema, siendo las formas más predominantes en esta fase. Algo muy característico de ella, además, es la constante insistencia de la decoración por medio de un punzonado en el fondo interior de las piezas, y la aparición de la base anular en los cajetes, rasgos que fueron observados en estos sitios y nos permitieron ubicarlos en el tiempo.

Es de resaltar que esta tradición alfarera viene acompañada de un pleno conocimiento y manejo de un sistema constructivo donde los espacios, a través del empleo de materiales pétreos y perecederos, son confeccionados bajo diseños rectangulares que bien pueden representar unidades habitacionales o recintos ceremoniales. Desafortunadamente, en este caso, los cinco sitios que presentaron estos materiales fueron severamente afectados por los trabajos agrícolas. Por ello, no logramos encontrar indicios de elementos arquitectónicos que se hubiesen conservado tal y como los observaron los arqueólogos del PAAN que marcaron cuatro como sitios con estructuras (SE). Por el momento sólo podemos decir que dada la baja cantidad de materiales cerámicos que

se muestran expuestos en superficie, los sitios podrían haber sido asentamientos pequeños, quizás unidades habitacionales dispersas en áreas de cultivos, esto en virtud de que los contextos que se han trabajado para esta fase, la significativa presencia de materiales cerámicos es un rasgo característico.

Por el momento, lo interesante a resaltar es el hecho de que las evidencias se registraron en ambos extremos del área de estudio, un sitio en el sector centro-sur del municipio de Comala, y cuatro, al extremo suroriente de Cuauhtémoc. Estos últimos relativamente cercanos al río El Naranjo, por donde la arqueóloga Ángeles Olay ha manifestado, a través de comunicación personal, que se dio la incursión de la primera oleada de estilos culturales del centro de México, siguiendo la ruta del río Tuxpan venido desde Jalisco o Naranjo, como se le conoce en Colima, y que junto con el Salado forman tierra abajo el Coahuayana, que permite llegar a la región de la costa. Aquí, dicho estilo cerámico se fusionó con la cultura costeña integrando en la plástica las concepciones locales, dando paso posteriormente al estilo cerámico que en 1980, Isabel Kelly documentó en su obra *La secuencia cerámica en Colima* y denominó como distintivo de la fase Armería, que posteriormente fueron retornados al Valle de Colima a partir de estos ríos pero, principalmente, por el cauce del río Armería que corre al poniente, en el extremo opuesto al valle, esto se ha visto a través de las investigaciones realizadas donde se han identificado varios asentamientos de este periodo, principalmente en los municipios de Coquimatlán y Villa de Álvarez, por donde se da el curso de esta corriente hidrológica (Almendros, 2004).

Un ejemplo de estos sitios que distinguen a la fase Armería fue Los Mezcales, aunque se identificaron evidencias de otros dos asentamientos para el periodo Clásico tardío, La Clavelina y El Barrigón II, su estado de afectación poco nos permite abundar sobre ellos. En el caso de Los Mezcales se perciben espacios organizados y definidos arquitectónicamente, religiosos, administrativos y habitacionales, donde predominan los materiales cerámicos y líticos, además de las áreas de producción.

Parece ser que, a diferencia del Clásico medio, en el Clásico tardío el río Armería es la ruta más importante para el comercio, no sólo entre los pueblos costeros y los del valle, sino con los de la zona sur de Jalisco, pues al pasar por el lado oeste de los volcanes de Colima, esta corriente permite llegar a la región de Tuxcacuesco y a los valles de Autlán y el Grullo, entre otras comunidades que se encuentran a su paso, cuyo nombre prehispánico nos indican que debieron existir asentamientos humanos anteriores a la Conquista.

Explicar la hipótesis de considerar a una corriente como una ruta que permitió el tránsito de una región a otra cobra sentido, aunque no por el hecho de que haya sido un afluente factible de navegar, pues por sus características, como es un marcado descenso norte sur, y la cantidad de materiales pétreos que tiene su lecho, probablemente hizo imposible utilizarlo para este medio, al menos en un viaje de sur a norte.

Isabel Kelly señaló que fue una importante ruta de comercio entre los asentamientos que ella observó durante su recorrido en la década de los años cuarenta.⁸ Sin embargo, el aprovechamiento del río para tales fines debemos de entenderlo como una vía que permitió librar la sinuosa labor de traspasar caminando una zona accidentada, donde los cortes de acantilados, profundas barrancas, cerros que caracterizan el escenario lo hubiesen hecho prácticamente imposible, o demandaría mayor energía para lograr tal cometido. La ventaja del río, desde su nacimiento en la sierra de Cacona en Jalisco, ofrece un trazo labrado sin tantos obstáculos que permite cruzar entre la sierra Madre Occidental y el Eje Neovolcánico Transversal, y con ellos, todo el paisaje accidentado que conllevan las serranías que se forma a los pies de los volcanes de Colima, siguiendo la rivera del caudal, por lo que podría ser una hipótesis que explique su aprovechamiento como una ruta viable.

Otro sitio importante para la investigación son Los Mezcales, pues su cercanía con el río Armería hace de él un lugar donde pueden existir evidencias, más allá de su cerámica, que hablen del contacto costero, elementos que se puedan considerar que viajaron por la ruta comercial que, se presume, fue este río. Es de resaltar que Los Mezcales mantuvo una ocupación por lo menos desde el año 700 al 1 500 d. C., pues en el lugar también vislumbramos construcciones del Posclásico, aunque éstas eran de carácter doméstico.

Para el inicio de este periodo, el poder del sitio empieza a desaparecer, al igual que las expresiones culturales que distinguían a la fase Armería. En la cerámica, por ejemplo, se dejan de hacer ollas de silueta compuesta, decoradas mediante un firme baño de engobe crema sobre el cual aplicaban diseños geométricos que simulaban redes en todo el cuerpo exterior de las piezas plasmadas a través de una pintura naranja o roja. Las copas de base de pedestal, los cajetes con el fondo punzonado, los de base anular con fondos decorados donde se ejemplificaban caracoles cortados y grecas, se dejan de producir; tipos cerámicos como el rojo-crema y rojo-naranja, rojo ocre y bandas sombreadas, desaparecen de los contextos arqueológicos que representan los sitios del Posclásico medio y tardío, caracterizados por un nuevo estilo arquitectónico y cerámico.

Antes de adentrarnos a hablar de los sitios que representaron la fase Chanal, debemos decir que con el tiempo se podrán ir definiendo y categorizando los sitios que se encuentren asociados al río Armería, para así ir entendiendo como influyó esta ruta de trasiego en el Valle de Colima y en la región, y si tuvo el mismo aprovechamiento en la fase siguiente.

Las evidencias señalan que la mayor parte de los sitios verificados se distinguen por corresponder a la fase Chanal; un total de 18 mostraron materiales cerámicos en su superficie, y algunos de ellos, restos arquitectónicos distintivos de esta fase cultural. Una de las suposiciones que se plantearon cuando se propuso la investigación, fue el considerar si los materiales que

8. Los trabajos en Colima desarrollados por Isabel Kelly comprendieron un recorrido por el cauce del río Armería desde la costa hasta el valle. Esta travesía le valió detectar la mayoría de los sitios que le permitieron definir las fases culturales del desarrollo de Colima. Véase: Isabel Kelly, (julio, 1968). *Exploraciones en Colima*. Conferencia presentada en el Museo Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México [mecanoescrito].

representan esta fase tendrían la misma presencia para aquellos ubicados hacia el sector oriente y poniente del área de estudio, si se reflejarían con la misma intensidad a la que se manifiesta en la parte centro norte del Valle de Colima, donde se estableció, a expensas del río Verde, el sitio nuclear que caracterizó las expresiones culturales del periodo Posclásico.

La ubicación espacial de los sitios nos permitió dar respuesta a esta interrogante, ya que se observaron asentamientos tanto para el sector oriente y poniente de los dos municipios, aunque también en otras áreas, lo cual nos indica que la dispersión del poblamiento para esta época abarcó grandes escenarios. Hasta ahora, el sitio localizado más distante al centro ceremonial del Chanal es el sitio 161 kwv que se encuentra ubicado en la parte noreste de Cuauhtémoc, a una distancia referida en línea recta de 17.3 kilómetros. Por su parte, Los Mezcales representado por su última etapa de ocupación, se sitúa al suroeste de Comala a una distancia de 9 kilómetros. Entre estos dos sitios existe una separación de casi 25 kilómetros, distancia que nos permite considerar la dispersión de los asentamientos para esta época. Sólo en cuatro sitios se conservan evidencias arquitectónicas, ya que los terrenos donde se encuentran la mayoría de los otros, están destinados a la producción de caña de azúcar, lo que inherentemente provocó la pérdida de los espacios donde residían los individuos quienes, sabemos de antemano, poseían como un principal rasgo cultural, el empleo de materiales pétreos para erigir cualquier recinto.

Considerando las características formales de los materiales líticos, principalmente cerámicos, representados en su mayoría por fragmentos distintivos de un utillaje doméstico, dispersos sobre los montículos naturales de formación geológica que dominan en el paisaje, así como en las partes planas de los pequeños valles que se forman entre ellos, se pudo establecer su temporalidad. Los tiestos que sobresalían eran aquellos pertenecientes a ollas del tipo Chanal Naranja banda en Cuerpo, Café Chanal; las partes de cajetes y soportes cónicos que representaban a los tipos Chanal naranja pulido y alisado, fueron considerados como uno de los indicadores principales para determinar que todos los sitios mantuvieron ocupaciones de carácter doméstico. No se logró observar ningún acondicionamiento en el paisaje que diera cuenta de la presencia de un sitio de mayor envergadura que haya sido destruido.

Dadas las evidencias que encontramos, podemos decir que estos asentamientos correspondieron a una serie de aldeas donde se ubicaban unidades habitacionales, seguramente ocupadas por miembros ligados a actividades agrícolas y domésticas artesanales. Por lo tanto, podemos plantear que los sitios registrados probablemente correspondan a barrios con pequeños centros ceremoniales y administrativos, que quizás permitían reproducir la cohesión ideológica divulgada por la clase política dominante, y así mantener el orden y control sobre las áreas de producción agrícola por parte del sitio rector. Habrá que tomar en cuenta que esta zona del Valle de Colima se caracteriza por su conformación de terrazas aluviales situadas entre arroyos—donde además se dieron escurrimientos naturales y nacimientos que brotaban de hondonadas entre algunos promontorios—, que hace de estos escenarios lugares propicios para el desarrollo agrícola, tierras

que tenían que ser aprovechadas para abastecer a una gran población que se dio para el Posclásico y asegurar, como señala Olay (2004), el régimen de tributo que mantenía la élite que residía en el sitio del Chanal.

Las evidencias de unidades habitacionales dispersas en el escenario en forma de barrios o aldeas fueron constadas en los sitios Arroyo El Carrizal y Arroyo La Idea, donde existían los cimientos de estructuras pequeñas que figuraban los desplantes de construcciones de planta rectangular. La idea que se tiene es que, para periodos tardíos, una forma de mantener el control social por parte de la élite dominante dependía de unidades políticas enclavadas en áreas de producción. De cierta manera se ve reflejada por las particularidades del conjunto identificado en el sitio Pastorcitos, por la dimensiones y arreglo en forma de herradura que guarda esta construcción. En ella, encontramos una notable diferencia de las dimensiones convencionales de las unidades habitacionales que se tienen registradas; su similitud es equiparable con los edificios que integran el área nuclear del Chanal, por lo cual consideramos que su función estaría enfocada en fungir como espacios de orden administrativo y doméstico, ser un lugar donde se podrían acopiar los productos que serían enviados al centro rector.

En repetidas ocasiones vimos que el escenario de estudio comparte prácticamente las mismas condiciones geomorfológicas; las variantes que presentan son determinadas por los metros sobre el nivel del mar en que se encuentran los terrenos, así como por el régimen de lluvias, el cual en época prehispánica debió ser menos variado al que tenemos hoy en día. Si por un momento borramos de nuestra mente las afectaciones topográficas causadas por las diversas obras del hombre moderno, tendríamos un paisaje que debió contar con recursos y características un tanto homogéneas, donde los materiales pétreos, maderas, tierras fértiles y disponibilidad de agua corriente eran una constante.



Gráfica 2. Porcentaje de los sitios que representan a cada fase. Fuente: elaboración propia,

Hemos manejado que la disponibilidad de recursos hidrológicos que bajan de la zona montañosa hacia al valle eran, al parecer, un factor determinante en el desarrollo de aquellos individuos que ocuparon la parte centro-sur del Valle de Colima, al menos a partir del periodo Clásico en adelante. No obstante, estas corrientes también estuvieron determinando los sitios que mantienen ocupaciones preclásicas, como fue Potrero de La Cruz, Terreno José Pérez, El Salvador y Mogote de los Órganos, todos ellos asociados a uno o dos cuerpos hidrológicos.

De manera contundente, se logró constatar que, hasta ahora, el 90% de los sitios presenta esta característica. Todo parece indicar que la distribución y selección de los espacios a ocupar estarían determinadas por estas corrientes, lo que involucraría que a lo largo del tiempo existiera en la región un buen aparato político encargado de determinar o dirimir los conflictos en función de la tierra, y los mejores lugares para aprovechar y designar el uso de los recursos. Los futuros reconocimientos darán cuenta si estos rasgos se siguen evidenciando para los nuevos sitios identificados.

Bibliografía

- Almendros, L. Laura (2004). "Informe del Proyecto de Investigación Arqueológica El Periodo Formativo en Colima: una continuidad ocupacional". México, Centro INAH Colima.
- Atlas Arqueológico de la República Mexicana* (1939). [Publicación 41]. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia / SEP.
- Batres, Leopoldo (1910). *Carta arqueológica de los Estados Unidos Mexicanos*. México: Mediateca INAH. Recuperado de: < <https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/mapa%3A21>>.
- Instituto Nacional de Antropología e Historia (1987). *Atlas Arqueológico Nacional*. México: Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas. Cédulas para el estado de Colima.
- Kelly, Isabel (julio, 1968). *Exploraciones en Colima*. Conferencia presentada en el Museo Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México [mecanoescrito].
- Kelly, Isabel (1980). "Ceramic sequence in Colima: Capacha an early phase". En *Anthropological Papers*. Estados Unidos: Universidad de Arizona.
- Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticos e Históricas (1972). [última reforma publicada en el *Diario Oficial de la Federación*, 16 de febrero de 2018].
- López M., Lorenza (1992). "Proyecto de Reconocimiento Arqueológico del Área de Colimilla-Barra de Navidad" [mecanoescrito]. México, Centro INAH Colima.
- Mata D., Samuel (1997). "Proyecto Investigaciones Arqueológica Bahía de Manzanillo, Colima" [mecanoescrito]. México, Centro INAH Colima.
- Olay, María Ángeles (1991). "La conservación del patrimonio arqueológico. Algunas Propuestas para el Valle de Colima". *Barro Nuevo*, 2(6), pp. 6-15.
- _____. (2004). *El Chanal, Colima. Lugar que habitan los custodios del agua*. Universidad de Colima / Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Olay, María Ángeles, Platas, Rafael y Cabrera, Marco (2007). "Informe técnico final del Salvamento Arqueológico La Herradura". México: Centro INAH Colima.
- Piña Chan, Román y Brambila Rosa, Margarita (1972). *Primera Carta Arqueológica del Estado de México*. México: Gobierno del Estado de México.
- Platas Ruiz, Rafael (2012). "Proyecto Propuesta metodológica para la evaluación, actualización y análisis del Atlas arqueológico del Estado de Colima: primera etapa municipios de Cómala y Cuahtémoc" [mecanoescrito]. México: Centro INAH Colima.
- Reglamento de la Ley Federal Sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticos e Históricas (1975) [última reforma publicada en el *Diario Oficial de la Federación*, 3 de diciembre de 2020]. Recuperado de: <https://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/regley/Reg_LFMZAAH_031220.pdf>.

Serna, Rosalio (1991). "Perspectivas de Investigación a través del Catálogo de Sitios Arqueológicos de Colima". *Barro Nuevo*, 2(6), pp. 16-21.

Weigand, Phil (1993a). *La tradición Teuchitlán del Occidente mesoamericano. Evolución de una civilización prehispánica*. México: El Colegio de Michoacán.

_____ (1993b). *Arquitectura y patrones de asentamiento en la tradición Formativa del Occidente Mesoamericano, Evolución de una civilización prehispánica*. El Colegio de Michoacán, Zamora.

La arqueología de la Laguna de Cuyutlán, Manzanillo, Colima. Una evaluación de diez años de salvamentos arqueológicos

María Antonieta Moguel Cos* / Margarita Carballal Staedtler**

ISSN: 2007-6851

p. 163-p. 185

Fecha de recepción del artículo: febrero de 2020

Fecha de aceptación: agosto de 2020

Título del artículo en inglés: *The Archaeology of the Cuyutlán Lagoon, Manzanillo, Colima. A Ten Year Evaluation of Archaeological Salvages*

Resumen

Los resultados y propuestas que se presentan en este artículo derivan de las intervenciones arqueológicas realizadas en el entorno de la Laguna de Cuyutlán, costa de Colima, ubicada en el occidente de nuestro país. Es el puerto de Manzanillo que se amplió hacia la Laguna de Cuyutlán, lo cual ha requerido la construcción de diversas obras de infraestructura, entre ellas la ampliación del Canal de Tepalcates para dar viabilidad a la creciente industria de almacenaje y transporte de hidrocarburos que se promueve. Así fue como la Dirección de Salvamento Arqueológico, bajo estrictos lineamientos académicos, propició que las intervenciones arqueológicas emprendidas en obras aparentemente aisladas, se integraran en una investigación de carácter regional que permitirá corroborar hipótesis o plantear nuevas, con el objetivo de solucionar diversas problemáticas. Esto ha permitido conocer el desarrollo de las sociedades que no sólo se desarrollaron en función del aprovechamiento de sus recursos, sino que crearon múltiples redes de intercambio a corta y larga distancia, tanto con diferentes regiones de Mesoamérica, como con los desarrollados a lo largo del tiempo con Sudamérica.

Palabras clave: Laguna de Cuyutlán, Puerto de Manzanillo, Canal de Tepalcates, industria, salvamento arqueológico.

Abstract

The results presented here derive from the archaeological interventions carried out in the surroundings of the Cuyutlán Lagoon, coast of Colima, located in the western of Mexico. Is it the port of Manzanillo that was extended to the Cuyutlán Lagoon, which has required the construction of various infrastructure works, including the expansion of the Tepalcates Canal to give viability to the growing industry of storage and transport of hydrocarbons, which is promoted. Thus, the Department of Archeological Salvage (DSA), under strict academic guidelines, encouraged the archaeological to be integrated in a regional investigation that allows corroborating some hypotheses and proposing new ones, with the aim of solving diverse problems. This approach has given us significant findings about not only how societies developed, according to the use of their resources, but also how they created exchanging networks within different regions of Mesoamerica, as well as those developed over time with South America.

Keywords: Cuyutlán Lagoon, Port of Manzanillo, Tepalcates Channel, industry, Archaeological Salvage.

* Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH (tamacolin_a@yahoo.com.mx).

** Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH (tamacolin_a@yahoo.com.mx).

Introducción

A pesar de que Colima es uno de los cuatro estados más pequeños del país, su territorio tiene la particularidad de contar con litoral marítimo, el cual presenta lo mismo dos grandes bahías que playas tendidas de oleaje fuerte y numerosos esteros. Entre todos ellos sobresale la extensa Laguna de Cuyutlán, cuya forma alargada alcanza los 35 kilómetros de largo con un ancho máximo de 3 kilómetros. Sus 7 200 hectáreas de superficie, divididas en cuatro sectores denominados “Vasos”, se encuentran paralelas a la costa, apenas separada del océano Pacífico mediante antiguas dunas de hasta 20 metros de altura. En la actualidad, las poblaciones que se encuentran al norte y noreste de la laguna son El Colomo, San Buenaventura, Venustiano Carranza (La Cualata), Nuevo Cuyutlán, Santa Rita y Armería; en la barra, además de Campos y Cuyutlán, existen varias localidades y ranchos, así como numerosas salinas.

Entre 1980 y 1982, durante los últimos años de mandato del presidente José López Portillo, la Comisión de Conurbación Manzanillo-Barra de Navidad (Cocomaba), realizó varias monografías relativas a la Laguna de Cuyutlán donde daba cuenta del alto grado de azolve de la laguna, indicando que de las señaladas 7 200 hectáreas, cerca del 50% se encontraban desecadas y el resto del espejo de agua presentaba escasa profundidad (entre 20 y 100 centímetros). Este deterioro promovió que durante el mandato de Miguel de la Madrid Hurtado se iniciara la construcción del Canal de Tepalcates, con 70 metros de ancho, que unía al océano Pacífico con el Vaso II, con objetivo de detener la desecación y procurar la periódica oxigenación del agua de la laguna.

Debe señalarse que los esteros tropicales son considerados como un espacio fundamental en razón del papel que desempeña al interior de cadenas alimenticias que afectan tanto a especies marinas como a especies terrestres. Los manglares han sido definidos como “bosques tropicales” en los que se sucede una mezcla continua de aguas continentales y aguas marinas que dan pie lo mismo a una acumulación de fangos que a procesos de salinización. Se trata de un nicho ecológico definido por un sistema dinámico que, a partir del detritus de las especies vegetales, permite el mantenimiento de especies englobadas con el término de mariscos, de los cuales se sostienen numerosos peces, mismos que sirven de alimento a carnívoros pequeños quienes, a la vez, son aprovechados por carnívoros de mayor tamaño. El manglar es entonces, por definición, un espacio en el que abundan la comida y la variedad.

Las lagunas costeras de Colima fueron lugares altamente apreciados y disputados en virtud de generar lo que muchos historiadores han denominado como el “oro blanco” de la región: la sal. Con relación a este producto se han llevado a cabo algunos estudios monográficos que dan cuenta de su importancia en la dieta de los pueblos antiguos. La envergadura de las salinas colimotas ha sido el tema de estudio de algunos investigadores que indagaron sobre las características de los salineros, su organización social, sus permanencias prehispánicas y la estructura económica mediante la cual explotaron su recurso durante la Colonia (Reyes, 1992). A ello se pueden su-

mar los trabajos relativos a la sorprendente tenacidad con la cual los indígenas defendieron, en el mismo lapso, sus derechos sobre las salinas (Reyes, 2000). Según Reyes García, las salinas prehispánicas más importantes ocuparon un área que iba desde la punta de Carrizal hasta la Boca de Apiza, las cuales tenían una extensión aproximada de 150 kilómetros:

Mendizábal señaló a las localidades salineras más importantes de Colima, entre ellas citó a Chola (Zila), Quemaro, Coalcomán (de las costas que hoy conocemos como Michoacán), Cuyutlán, Ixtapan, Chacala, Carrizal, Nahualapan y Tequepan (Techan) (ubicados en la costa que hoy conocemos como Colima). Ahora podemos agregar más nombres a esa lista de Mendizábal: Tecolapan, Xicotlán, Mixpanic, Alcozauc, Tototlán, Petlatlán, Caxitlán, Ayutlan, Trillan, Coatlán, pueblos que en la actualidad han desaparecido, pero que durante el siglo XVI se localizaban en la costa de Colima y eran de cultura náhuatl (Reyes, 1992: 148).

La existencia de información documental que ilustraba sobre el aprovechamiento económico del espacio por comunidades indígenas, daba cuenta de que el área contaba con un largo proceso de poblamiento humano que podía ser rastreado mediante exploraciones arqueológicas.

La arqueología en la costa de Colima

Los primeros reconocimientos realizados en las dos grandes regiones costeras de Colima –las Bahías de Santiago y Manzanillo y los litorales tendidos con lagunas y esteros–, fueron efectuados por Isabel Kelly hacia 1939 (Kelly, 1948). Sin embargo, no fue sino hacia fines de la década de los cincuenta cuando se hicieron las primeras exploraciones. La mayor parte de ellas se llevaron a cabo en el norte, en el área de las bahías de Manzanillo y Barra de Navidad, y derivaron de un proyecto macro surgido a la luz del Congreso de Americanistas celebrado en la ciudad de San José en Costa Rica en 1958. Fue a partir del debate relativo a los posibles préstamos culturales que pudieron haberse efectuado entre las áreas de mayor desarrollo cultural de América durante el periodo temprano –denominado Formativo por los arqueólogos norteamericanos–, cuando se propuso realizar exploraciones en diversos asentamientos costeros, principalmente los ubicados sobre la costa del Pacífico entre el Perú y México. Diversas instituciones académicas de Estados Unidos y Latinoamérica promovieron reconocimientos y exploraciones arqueológicas en varios puntos de dicha costa a partir del denominado como Proyecto A, mismo que quedó a cargo de Clement Meighan y H.B. Nicholson (Olay, 1997). Fue a partir de este proyecto que se llevó a cabo la exploración de dos sitios localizados en la costa de Colima; Morett y Playa del Tesoro –ambos localizados en el municipio de Manzanillo–, así como uno más en Barra de Navidad, Jalisco. Esto es, se exploraron tres sitios del sector norte de la costa que nos ocupa (Long y Wire, 1966; Crabtree y Fitzwater, 1962 y Meighan, 1972).

Las excavaciones efectuadas en Barra de Navidad se llevaron a cabo en un conchero, un montículo fabricado con desechos de concha, el cual habría sido habitado hacia el año 600 de nuestra era. En cuanto a los trabajos en Playa del Tesoro, las evidencias dieron cuenta de una ocupación que fue del 400 al 600 d. C. El tercer sitio, Morett, fue el que más información aportó pues los datos permitieron establecer la ocurrencia de dos grandes fases de ocupación. La primera conocida como Morett temprano, se colocó entre el 300 a.C. y el 100 d. C.; la segunda, denominada Moret tardío, entre el 150 y el 750 d. C. (Meighan, 1972: 87-89).

Los siguientes trabajos arqueológicos en esta área se llevaron a cabo hasta el año de 1985 cuando José Beltrán y Lourdes González realizaron un salvamento arqueológico en el mismo sitio explorado por los norteamericanos: Playa del Tesoro. El hallazgo de un espacio funerario permitió la recuperación de 31 individuos, a los cuales les fueron ofrendados una serie de vasijas, herramientas y adornos elaborados en una gran variedad de materiales –además del barro y de la piedra– que fueron ubicados hacia el Clásico tardío. Sin lugar a duda, la evidencia más relevante de este trabajo fue el registro de 132 especies zoológicas aprovechadas por los antiguos habitantes de la región, entre las cuales había especies marinas y de estero como caracoles, conchas, corales, esponjas, peces, cangrejos, tortugas marinas, aves acuáticas, así como terrestres; roedores y mamíferos por mencionar algunos (Beltrán, 1991). Una tercera intervención se llevó a cabo en Playa del Tesoro hacia 1990 a partir de un segundo salvamento, esta vez realizado por Samuel Mata. Sus exploraciones permitieron recuperar 35 entierros, en los cuales las ofrendas no fueron tan ricas ni espectaculares como las registradas por Beltrán cinco años antes (Mata, 1991).

Si bien la enumeración de los trabajos da cuenta de por lo menos cinco intervenciones en tres de los sitios constantemente reportados para el área donde se ubican Manzanillo y Barra de Navidad, la realidad indicaba que la región carecía de un inventario de sus sitios arqueológicos, los cuales desaparecían con rapidez al iniciarse la explotación de su potencial turístico y comercial. Por ello se plantearon dos proyectos de área destinados a registrar lo que quedaba de los grandes poblados indígenas existentes antes de la llegada del español. El primer proyecto corrió a cargo de Samuel Mata (Mata y Olay, 1990), el cual llevó a cabo el reconocimiento del extremo norte del anfiteatro de las bahías de Manzanillo, en donde se registraron un total de 34 sitios, ninguno de los cuales fue explorado (Mata 1997). El segundo se hizo en el área de Barra de Navidad y fue realizado por Lorenza López Mestas hacia 1993, el cual, al término de su primera temporada, contempló el registro de 25 sitios en dos de los cuales se hicieron exploraciones (López y Ramos, 1993). Es importante mencionar, sin embargo, que estos dos proyectos no contaron con los recursos para llevar a cabo temporadas subsecuentes, con objeto de cubrir en su totalidad las áreas de estudio propuestas, labores que hubieran permitido elaborar un catálogo de sitios confiable y útil, dado el grado de alteración que se ha venido sucediendo entre Manzanillo y Barra de Navidad los últimos 15 años.



Mapa 1. Plano de la Laguna de Cuyutlán, Fuente: Carta E13-2-5, escala 1:250 000, Año 1977.



Mapa 2. Plano de la Laguna de Cuyutlán señalando su subdivisión en cuatro Vasos. Fuente: Sobre Google Earth, modificado por Margarita Carballal, 2015.

El puerto Cuyutlán y la nueva infraestructura portuaria

Fue durante la década de los ochenta del siglo pasado cuando el entonces presidente de la República, el colimense Miguel de la Madrid Hurtado, decidió sentar las bases del desarrollo de su terruño. El 25 de agosto de 1983 firmó el Plan Colima, Proyecto Gubernamental Federal (DOF 02 de julio de 1984) de acción regional y carácter integral que pretendía cubrir los aspectos políticos, económicos, sociales y culturales del crecimiento de la entidad, evitando así la formación de un solo polo basado en una sola actividad o en un solo sector.

Entre las muchas finalidades que incluía el Plan Colima, modernizar el aparato productivo con el objetivo de abrir la región y el país al mercado mundial, fue una constante, siendo Manzanillo, por sus condiciones naturales, uno de los polos que recibieron gran cantidad de recursos con el fin de convertirlo en el más importante puerto comercial y atunero del océano Pacífico y una base naval estratégica para vigilar la costa occidental. A nivel municipal se delimitó un programa de desarrollo urbano llamado Plan Integral Manzanillo que creó reservas territoriales, previniendo por igual la expansión industrial (con el corredor de Manzanillo a Tecomán) y turística (con el corredor del Puerto de Santiago a Isla de Navidad), así como comunicación terrestre –en particular por carreteras de cuatro carriles– y aérea –con el Aeropuerto Internacional Playa de Oro.

En este tenor, fue en el año de 1993 cuando el gobierno de Carlos Salinas de Gortari decretó la Ley de Puertos,¹ que en 1994 permitió la consolidación de la Administración Portuaria Integral, la cual ha ido transformándose y ampliándose de manera continua y pujante, tornando muy eficiente y redituable su operación con terminales e instalaciones especializadas, mismas que actualmente ocupan una superficie de 758 146.57 metros cuadrados. Aunque en carga total Manzanillo ocupa el tercer lugar a nivel nacional (tras Veracruz y Lázaro Cárdenas), en carga consolidada (contenedores TEUS) ocupa el primer lugar, desde el año 2002, debido a que mueve el 61% del total del país.²

Este marco explica que el espacio que publicitó Ernesto Zedillo como ejemplo de los compromisos firmados por México referidos a la protección ambiental, fuera la Laguna de Cuyutlán, la cual contaba con importantes mecanismos de control biológico y de persistencia de biodiversidad, hábitat ideal para la reproducción de flora y fauna de especies tanto acuáticas como terrestres, lugar fundamental en la regulación del balance energético y del clima local y global debido a su capacidad filtradora que regula la composición química de la atmósfera y de los océanos.³ A pesar de lo anterior, en 2007, a partir de la construcción de las instalaciones de la Terminal de Gas

1. Diario Oficial de la Federación (19 de julio de 1993) “Ley de Puertos” [última reforma publicada, 7 de diciembre de 2020]. Recuperado de: <https://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/65_071220.pdf>.

2. Contenedores teus. teu es la unidad de medida de capacidad de transporte marítimo en contenedores más utilizada. Es un acrónimo de la expresión inglesa *Twenty-foot Equivalent Unit*, tamaño establecido como base en el transporte de contenedores, tomando como unidad la capacidad de un contenedor de 20 pies de largo (6.1 m) y 8 pies de ancho (2.44 m).

3. Es importante señalar que la entrega de esta labor al gobierno y pueblo de Colima fue elegida por el presidente Zedillo para informar a la nación de que su gobierno habría recién ratificado el Protocolo de Kioto con el objetivo de sumarse a las acciones destinadas a paliar el calentamiento global.

Natural Licuado Manzanillo, actualmente conocida como Terminal KMS, comenzó la transformación del Vaso II de la Laguna de Cuyutlán en el Puerto Laguna Cuyutlán.

Este gran proyecto de transformación de la región central de la costa de Colima se instrumentó a contrapelo de las inversiones previas que apostaban por la conservación del entorno de la gran Laguna de Cuyutlán, para lo cual se construyó un canal que unía el estero con el mar a efecto de oxigenar el contenido de sus aguas (DOF, 1982). Ello sin contar las numerosas propuestas para ampliar hasta Manzanillo, el conocido corredor turístico de Costa Alegre que inicia en Puerto Vallarta (DOF, 1982).

Parece evidente que a partir de la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte en 1994, se impulsaron una serie de acciones destinadas a cambiar la vocación de varios espacios geográficos, a efecto de garantizar proyectos que se materializarían una vez que se llevara a cabo lo que por entonces se comenzaron a denominar “reformas estructurales”, las cuales consistían en cambiar el concepto de “soberanía nacional” sobre los recursos naturales enunciado en el artículo 27 de la Constitución de 1917. En el estado de Colima:

Durante el sexenio de Felipe Calderón se echó a andar el llamado Proyecto Integral Manzanillo, el cual consiste en obras de infraestructura estratégica de alto impacto, con un presupuesto anunciado de 29 mil millones de pesos [...] que se llevarían a cabo en distintas etapas.

Entre estas obras destacan dos libramientos carreteros, ampliación a 4 carriles de la autopista Colima-Guadalajara, ampliación de la zona norte del puerto de Manzanillo, libramiento ferroviario sobre el vaso II de la laguna de Cuyutlán, construcción de una terminal de Almacenamiento y Regasificación de gas licuado (también en la laguna), gasoducto de 310 km Manzanillo (Cuyutlán)-El Salto, y la habilitación del vaso II de la Laguna como recinto portuario.⁴

En 2007 se reformó el Ordenamiento Ecológico Territorial de la Subcuenca Laguna de Cuyutlán y en 2011 la Laguna de Cuyutlán fue habilitada como puerto de navegación de altura y cabotaje, adscrita a la Capitanía del Puerto de Manzanillo, con una superficie de 1 750 hectáreas.

Fue a partir de 2007 cuando inició el proceso de cambio de uso de suelo de los terrenos que rodean al espacioso cuerpo de agua, lo cual incluyó la compra de parcelas a los ejidatarios de la localidad Campos y recurrentes acuerdos con las instancias que velan los recursos naturales y valoran el impacto ambiental.

4. Véase: Proyecto Cuyutlán-Puerto (Colima), página electrónica de Grieta, Medio para armar, recuperado de: <<https://www.grieta.org.mx/index.php/comunicaciones-y-transportes/proyecto-cuyutlan-puerto-colima/>>, consultado el 01 de enero de 2024.

Los salvamentos arqueológicos en la Laguna Cuyutlán

A continuación, presentaremos una breve síntesis de los diversos trabajos de salvamento y rescate arqueológico que han sido realizados en el área alrededor de los diferentes vasos de la Laguna de Cuyutlán. Cabe mencionar que en estas labores han participado varios compañeros de la Dirección de Salvamento Arqueológico, como Román Chávez Torres y Alberto López Wario, además de colegas del Centro INAH Colima: María de los Ángeles Olay Barrientos, entre ellos.

Terminal de Gas Natural Licuado Manzanillo, hoy conocida como Terminal KMS

A partir de 2007 comenzó la transformación del Vaso II de la Laguna de Cuyutlán con la construcción de las instalaciones de la Terminal de Gas Natural Licuado Manzanillo, de la ampliación del Canal de Tepalcates y de una serie de obras destinadas a transformar la laguna en el futuro Puerto Laguna Cuyutlán, cuya vocación primaria será el manejo, almacenaje y distribución de energéticos.

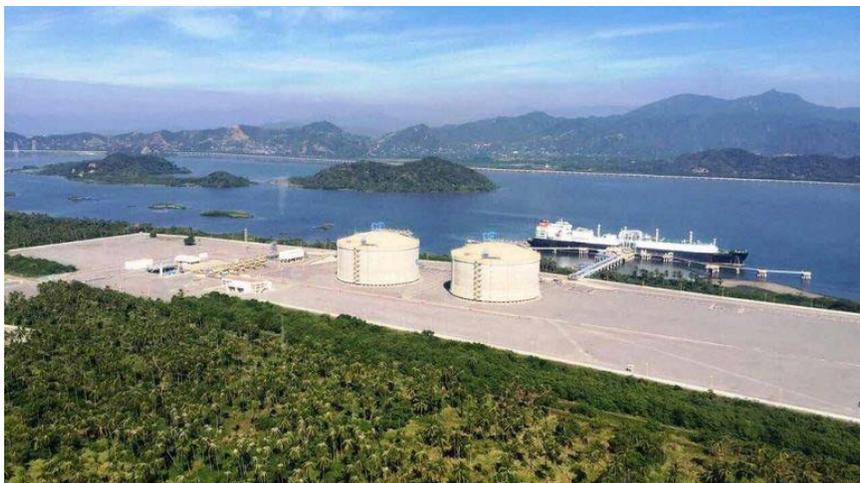


Imagen 1. Terminal de Gas Natural Licuado de Manzanillo. **Fotografía** © Ing. Abel Calvillo, residente de obra TGNLM, CFE, 2011.

Fue en dicho año cuando se comenzaron los trabajos del salvamento arqueológico en el área donde se desarrollaría la infraestructura de la Terminal de Gas Natural Licuado Manzanillo, actualmente conocida como Terminal KMS, mismos que fueron desarrollados por la Sección de Arqueología de Centro INAH Colima. Debido al esquema de trabajo –en el cual el INAH terciaba los recursos con los que operaba–, se hizo sumamente complicado desarrollar las labores a cabalidad y, a partir de entonces, la Dirección de Salvamento Arqueológico se hizo cargo de la obra. Esta intervención se realizó fundamentalmente en el Vaso II de la Laguna de Cuyutlán, en el área del Canal de Tepalcates, siete kilómetros al sur de la ciudad de Manzanillo. La primera etapa del

proyecto contempló la prospección de las 110 hectáreas y 600 sondeos, a través de los cuales se concretaron tres polígonos de protección (Olay *et al.*, 2008).

La segunda etapa de trabajo se enfocó en la exploración arqueológica de las tres áreas definidas. El polígono mayor de protección resultó en una extensa loma funeraria en la cual las exploraciones extensivas ofrecieron un cuerpo sorprendente de datos y materiales arqueológicos:

En esta loma funeraria de 35 m (sur-norte) por 65 m de largo (este-oeste) y 60 cm de altura, se efectuaron cuatro temporadas de labor arqueológica (2008, 2009-1, 2009-2 y 2010), que permitieron definirla como una zona de enterramiento en época prehispánica, aprovechada de manera intensiva durante casi 2000 años (400 a. C. al 900 d. C. y 1200-1500 d. C.). Se recuperaron restos óseos de 342 individuos, la mayor parte acompañados por ofrendas, observando diferencias culturales en los tratamientos mortuorios que caracterizan los cambios temporales de la ocupación. Las fases culturales definidas por la cerámica y las ofrendas permitieron suponer el uso que se dio a la loma funeraria con sectores específicos, ocupados en diferentes épocas (Moguel y Carballal, 2016).

Las fases culturales definidas con el estudio de la cerámica y ofrendas mostraron la reutilización de la loma, con un altar, alrededor del cual se distribuyen sectores específicos aprovechados en distintas épocas. Es necesario señalar que no se encontró material de la fase Chanal (900-1200 d. C.), lo que pudiera representar el desuso temporal de la loma funeraria. La importancia de estas exploraciones es que por primera vez se reporta el Complejo Tumbas de Tiro (200 a. C.-400 d. C., fases Ortices y Comala) en un contexto costero.



Imagen 2a. Vista del proceso de exploración de la loma funeraria. Obsérvese los diferentes niveles de deposición de individuos y ofrendas. **Fotografía** © ArqIga. Ma. Antonieta Moguel, Archivo Técnico del Proyecto TGNLM, 2009.



Imagen 2b. Figura hueca de dos antropomorfos, parte de las ofrendas de la fase Comala localizadas en los estratos bajos de la loma. **Fotografía** © ArqIga. Alma Vega. Archivo Técnico del Proyecto TGNLM, 2010.



Imagen 2c. Figura hueca de canido, parte de las ofrendas de fase Comala, localizada en los estratos bajos de la loma. **Fotografía** © ArqIga. Alma Vega. Archivo Técnico del Proyecto TGNLM, 2010.

Línea de Transmisión Tapeixtles Potencia-Tecomán (2007-2009)

En los 45 kilómetros del trazo ubicado al norte de los Vasos III y IV de la Laguna de Cuyutlán, se localizaron nueve sitios arqueológicos (siete sin registro previo y dos ya inscritos en la Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas e Históricas ([DRPZMA]), aunque en gabinete previo, considerando un búfer de 2.5 kilómetros por lado se vieron 15 sitios. Con base en el análisis del material recuperado se pudo definir que en su mayoría correspondieron a la fase Armería. Destacaron los sitios Terrazas El Frijol, Rincón del Diablo y Armería, por sus terrazas; Costa Rica, en particular, por su arquitectura y gran extensión.

Los trabajos incluyeron gabinete, recorrido, recolección de superficie, reubicación de torres, radios de restricción temporal precautoria (200 m), levantamientos topográficos de tres sitios (Terrazas El Frijol, Costa Rica y Rincón del Diablo), registro de perfiles estratigráficos en saqueos en cuatro sitios (Terrazas El Frijol, Costa Rica, Rincón del Diablo y Armería III), 20 sondeos de 2 x 2 m (dos en Terrazas El Frijol, ocho en Costa Rica, dos en Rincón del Diablo, tres en Armería III y cinco en Camichines) y supervisión arqueológica durante la excavación para la cimentación de siete torres localizadas cerca de seis sitios.

De los 15 sitios, siete tuvieron estructuras (Terrazas El Frijol, Costa Rica, Nuevo Cuyutlán, Rincón del Diablo, Armería III, Camichines y Cofradía de Juárez), los ocho restantes sólo mostraron concentraciones de material: La Abeja, Santa Rita, Las Maravillas, Cofradía de Juárez II, La Parranda, Ejido Cofradía de Juárez, La Ladrillera y Subestación Tecomán. Seis sitios (La Abeja, Terrazas El Frijol, Costa Rica, Nuevo Cuyutlán, Rincón del Diablo y Armería III) se ubicaron en las partes medias y bajas de estribaciones montañosas localizadas al N-NW de Cuyutlán. Cuatro de ellos presentaron estructuras; de los nueve restantes, sólo dos contaron con estructuras (Camichines y Cofradía de Juárez) y se ubicaron en valles y planicies.

Los sitios arqueológicos detectados en torno a la Laguna de Cuyutlán facilitaron datos importantes que permiten proponer que la ocupación prehispánica mayor se dio principalmente en el periodo Clásico tardío, pues todos los sitios presentan, mayoritariamente, evidencias del grupo cerámico Armería (700-900 d.C.), aunque hay tipos de las fases Colima (400-700 d.C.), Playa del Tesoro (400-950 d.C.), Chanal (900-1200 d.C.) y Periquillos (1200-1521 d.C.), así como algunos tiestos tempranos de la fase Comala (100-450 d.C.). En general, la cerámica es de tipo doméstico; en lítica pulida abundan los utensilios de molienda como metates, manos de metates y morteros, así como fragmentos de hacha y pulidores; en lítica tallada, en obsidiana, tenemos fragmentos de navajillas, lascas terciarias, perforadores, fragmentos de cuchillo y un dardo completo.

Línea de Transmisión TGNL entronque Tapeixtles-Potencia-Colomo (2009)

Obra de 8.5 km que cruza el Cerro del Tepalcate. Fue construida para dar energía eléctrica a la Terminal de Gas Natural Licuado Manzanillo. Se revisaron tres alternativas del trazo, localizando cuatro sitios arqueológicos, uno de ellos (Cerro Tepalcatepec) con registro previo. Para su protección se eligió el trazo con menor afectación, pero aun así se definieron polígonos de protección para los sitios y entre los requisitos estipulados en el dictamen se incluyó la supervisión arqueológica durante la excavación de las zapatas de ocho torres cercanas a los sitios. Entre los materiales recolectados en superficie en la falda noroeste de los sitios Cerro Tepalcatepec y La Tigra, se encontraron tiestos de la fase Chanal.

Apertura del Canal de Tepalcates, Obra Portuaria (2009)

Debido a la construcción de la Terminal de Gas Natural Licuado Manzanillo resultó indispensable ampliar y profundizar el calado del Canal de Tepalcates, así como del embalse del Vaso II de la Laguna de Cuyutlán, toda vez que recibiría barco-tanques que transportan el gas natural licuado para ser procesado.

Considerando que la ampliación del Canal de Tepalcates y la obra portuaria asociada eran obras complementarias de la Terminal de Gas Natural Licuado Manzanillo, se realizaron 318 sondeos repartidos en ambas orillas. En ellos se detectaron materiales que ratifican la secuencia cronológica del área, predominando los de fase Armería, con alguna presencia Chanal en la margen derecha. La mayor parte del área estaba sumamente alterada pues se trataba de terraplenes de arena de hasta 10 metros de altura, conformados por la acumulación tanto del material extraído en la década de los ochenta del siglo XX, cuando se abrió el Canal de Tepalcates, como el obtenido a lo largo de muchos años de dragado para mantenimiento.



Imagen 3. Vista del Canal de Tepalcates. **Fotografía** © Ing. Abel Calvillo, residente de obra TGNLM, CFE, 2010.

Desvío ferroviario por la margen norte del Vaso II de la Laguna de Cuyutlán (2010)

La ampliación del Canal de Tepalcates de 80 a 250 metros obligó a retirar los puentes que permitían el cruce del ferrocarril y la carretera federal que llevaban al poblado de Campos. Por ello, el eje de inflexión desde donde se moverían las vías quedó en la parte sur del Cerro de Tepalca-



Imagen 4. En la imagen la franja azul gruesa señala la ampliación del canal a efecto de dejar pasar los buques que descargan el gas; la línea delgada el trazo del desvío ferroviario. **Fuente:** Sobre Google Earth, modificado por ArqIgo. Román Chavez T., 2012.

tes. Esta obra, también complementaria a la Terminal de Gas Natural Licuado Manzanillo, tuvo dos fases; la primera, a partir de dicho eje hacia Punta Grande, incluyendo el traslado de las vías al arco norte del puente de la Autopista Manzanillo-Colima, pues pasaba por el arco sur. La segunda, del origen 0+000 hacia el este, concluyendo en el espacio asignado para la construcción del Patio de Maniobras Tepalcates II.

El trayecto mide 11.41 kilómetros de largo; de ellos 2.5 kilómetros van por tierra (1.3 kilómetros ocupan la ladera media baja poniente y sur del Cerro de Tepalcates; 1.2 kilómetros la ladera media baja poniente del Cerro La Tigrera y 140 metros en Punta Grande) y 8.9 kilómetros corresponden a un viaducto elevado sobre la laguna. El trazo se recorrió por tierra y en lancha con objeto de detectar petrograbados. Aunque la intervención arqueológica fue un rescate, pues ya habían sido afectados 600 metros del trazo, las evidencias arqueológicas detectadas permitieron ampliar la información que se tenía de los sitios arqueológicos Cerro Tepalcatepec y La Tigrera.

El sitio cercano a la loma funeraria es Cerro Tepalcatepec, del cual, aunque muy dañado, su nombre lo dice todo. Inscrito en la Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas e Históricas desde 1987, pero no explorado, al recorrer el trazo de la Línea de Transmisión Terminal de Gas Licuado Manzanillo Entronque Tapeixtles Potencia-Colomos se vieron evidencias arquitectónicas, cerámica y lítica en su ladera media y baja noroeste. Como el trazo del desvío ferroviario pasaba por la ladera sur y oeste del cerro, se perforaron 52 pozos estratigráficos, gran parte de ellos en el llamado “embarcadero” (al oeste). En los sondeos se recuperaron, entre otros, 20 piezas y se registraron interesantes contextos como: cimientos de cuartos, un posible altar y los contextos de los cuatro conjuntos de ollas sobrepuestas, halladas en los pozos 10 (4 ollas), 15 (5 y 4 ollas) y 21 (3 ollas) del embarcadero.

Como ejemplo describiremos la excavación de uno de estos contextos. En el pozo 15, en el contacto de las capas II/III a 1.29 metros de profundidad, era evidente una mancha circular, que al iniciar su vaciado se observó que la tierra al centro era muy friable y cubría fragmentos cerámicos (partes de la boca y cuello de una vasija), y al seguir excavando la dureza de las paredes fue definiendo una oquedad que alcanzó 2.37 metros de profundidad, donde había sido depositado un conjunto de cinco ollas globulares sobrepuestas, cuyas bases fueron cortadas intencionalmente para poder embonar y colocarse una sobre otra. El conjunto cerámico se denominó Elemento 5.



Imagen 5. Proceso de exploración de vasijas sobrepuestas, pozo 5. Fotografía © Arqlga. Judith Galicia (a, b), Arqlgo Arturo Monteros (c), Archivo Fotográfico del Proyecto Desvío ferroviario, 2010.

En tanto, el Sitio Cerro La Tigra se compone por frentes rocosos con perfiles muy inclinados. No obstante, se encontró espacio para ubicar diez sondeos. Entre varios elementos, a 90 centímetros de profundidad se halló un alineamiento de piedra, así como un conjunto de petrograbados con motivos antropomorfos y fitomorfos localizados en un conjunto rocoso en la parte media del cerro. Los petrograbados fueron valorados por el restaurador Rivero Chong de la Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural, quien dirigió el proceso de limpieza y consolidación de grietas y fisuras, velado, encapsulado y corte (en sección y laminado) de las piedras con petrograbados y su traslado al Museo Regional de Historia de Colima, donde quedaron depositados.

Desafortunadamente, la ampliación del Canal de Tepalcates de 80 a 250 metros de ancho y el cambio de profundidad de 1 a 15 metros, trajo consigo el arribo de fuertes mareas que ingresan a la laguna, mismas que están erosionando las laderas bajas de ambos cerros, en particular el de Tepalcates, que de 2011 a 2023 ha retraído 8 metros su orilla, misma que prácticamente se está desmoronando, dejando al descubierto abundante material arqueológico.

Gasoducto Manzanillo-Guadalajara (2009-2010)

En el recorrido de 300 kilómetros del trazo del Gasoducto Manzanillo-Guadalajara por los estados de Colima y Jalisco (López, 2010; Moguel y Olivares, 2015), se registraron 63 sitios arqueológicos, entre los que destacan Montecristo y Loma de Fátima, en los municipios de Tecomán y

Colima, respectivamente (estado de Colima) y Los Naranjos del Sr. Amezcua en el municipio de Pihuamo (estado de Jalisco).

El trazo de esta obra cruza espacios geográficos variados: la Costa, el Valle de Colima y la Sierra, muy cerca de la Laguna de Sayula, lo que permitió recuperar abundante y variado material arqueológico. Destaca el patio hundido registrado en la comunidad de Las Cruces y un entierro con mutilación dentaria, recuperados en el sitio Montecristo, Comunidad de Madrid, ambos en Colima.

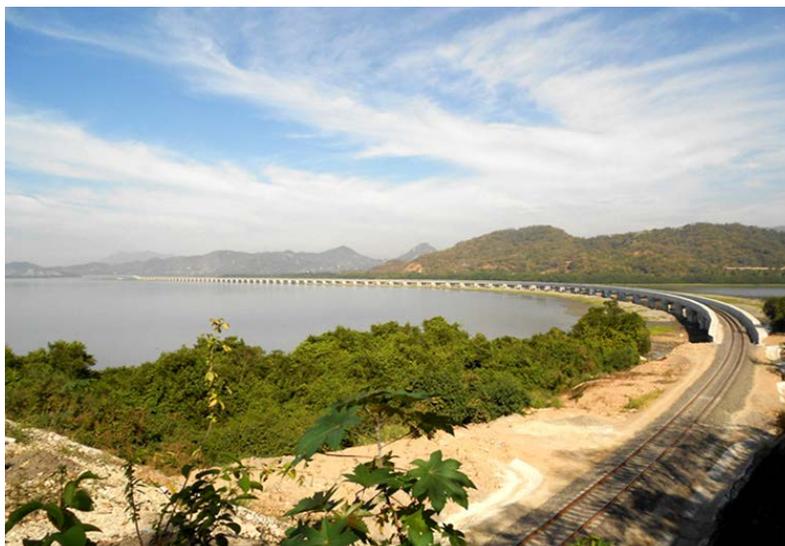


Imagen 6. Vista del desvío ferroviario sobre el espejo del Vaso II de la Laguna de Cuyutlán. **Fotografía** © Arqlga. Margarita Carballal, Archivo Fotográfico del Proyecto Desvío Ferroviario, 2012.

En el tramo de la costa, que comprende la barra que separa el océano Pacífico de la Laguna de Cuyutlán, entre el Cerro del Tepalcate y la caseta Cuyutlán (kilómetro 20), se registraron ocho sitios arqueológicos llamados: La Colihuana, Volantín, Bugambilias, Buenaventura, Volantín II, Guadalupano-Los Amarillos, Consenso y Caseta Cuyutlán. Se recuperó material arqueológico en superficie que en conjunto revela un patrón de asentamiento lineal disperso. Se excavaron pozos en Colihuana y el Volantín. En el primero se obtuvieron tiestos muy erosionados; en el segundo, el material fue abundante, principalmente cerámica ubicada en las fases Colima (400-700 d.C.) y Armería (700-900 d.C.), así como varios fragmentos de lítica pulida (manos de metate y un pequeño falo en basalto) y tallada (lascas de obsidiana gris).

Patio de Maniobras Tepalcates II, Ferromex

En 2009-2010, en el trazo del Gasoducto Manzanillo-Guadalajara, entre el Cerro del Tepalcate y la caseta Cuyutlán de la autopista a Colima, se detectaron ocho sitios con material en superficie

de las fases Colima (400-700 d. C.) y Armería (700-900 d. C.). Por la barra circula el ferrocarril en su tramo Manzanillo-Armería, donde la empresa Ferromex desarrolla obras en su derecho de vía a lo largo de 8 kilómetros del trazo donde se verán afectados tres de los sitios arqueológicos antes referidos (La Colihuana, El Volantín y Bugambilias).

Patio de Maniobras Tepalcates II, 1ª etapa (2011-2012)

La obra comprendió cuatro vías adicionales ocupando un espacio de 3.5 kilómetros de largo por 35 metros de ancho, donde se encuentran partes de los sitios El Volantín y Bugambilias. En 2011 se excavaron 90 sondeos, el pozo 22 se amplió a 240 m² donde se recuperaron 53 entierros, algunos con ofrendas vastas (vasijas, ollas, figurillas, cuentas, malacates, lítica, etc.); destaca un depósito múltiple (cuádruple), formado por cuatro entierros, un humano y tres canes, uno sobre el regazo humano. Al supervisar la obra civil se dieron 32 rescates, sumando 131 entierros (29 de ellos canes), concentrados en espacios donde recuperamos evidencia constructiva (círculos de piedra, huellas de pilotes, bajareque, empedrados, alineamientos de piedra). Se recuperaron 650 piezas (cerámica y lítica) y 130 costales de material que permite compararlo con lo obtenido en otras intervenciones realizadas en la Laguna de Cuyutlán. Se registraron 69 perfiles estratigráficos de 34 metros de largo (N-S) y 2 metros de profundidad que, en intervalos de 50 metros, cubren los 3.5 km del trazo, completando la retícula con los perfiles de la obra cuyo estudio detallado, integrando transectos en ambos rumbos (N-S y E-W), permitirá un mejor conocimiento de la formación de la barra y del contexto cultural.



Imagen 7. Extensiva 1, entierro 8 y 9. Individuo (8) con un perro (9) en su regazo. **Fotografía** © Arqlga. Margarita Carballal. Archivo Fotográfico del Proyecto Patio Tepalcates II, 2011.



Imagen 8. Extensiva 1, Entierro 53, restos de un cánido. **Fotografía** © Arqlga. Margarita Carballal. Archivo Fotográfico del Proyecto Patio Tepalcates II, 2011.

Patio Tepalcates II, Etapa Camino de acceso, Ferromex (2013)

El pedraplén de 4.5 km de largo, 14 metros de ancho y 2 metros de profundidad, se ubicará paralelo al lado norte a la vía férrea. En su trazo se encuentra el sector sur del sitio arqueológico La Colihuana, con temporalidad del 400 al 900 d. C. y se detectó un sitio de nuevo registro que se nombró “Aigualuna”. Se excavaron 48 sondeos, un camino lateral afectará al sitio cuya parte central se ubica al norte, de la cual se hizo un levantamiento topográfico. El material recuperado (lítica y cerámica) fue escaso, destacan cinco herramientas líticas.

Patio de Maniobras Tepalcates II, 2ª etapa, Ferromex

Según el proyecto, el patio medirá 420 metros de ancho, con 24 vías, áreas de almacén, talleres, campamento y otros, rodeados por un camino perimetral. En 2014, Ferromex entregó planos solicitando los trabajos arqueológicos necesarios para poder iniciar la construcción de 5 kilómetros del camino perimetral. Esta segunda etapa de la obra, en 48 hectáreas, incluye sectores de los sitios el Chocohuiztle y Bugambilias. El salvamento arqueológico correspondiente, autorizado por Consejo de Arqueología desde 2015, sigue pendiente.

Proyecto de Salvamento Arqueológico de la Terminal Trafigura Manzanillo (2015)

Trafigura es una empresa dedicada a la importación y exportación de combustibles derivados del petróleo. Pretenden construir una terminal que ocupará más de 100 hectáreas y se interconec-

tará por tubería a una plataforma en el océano Pacífico. En agosto de 2015, el Consejo de Arqueología aprobó la versión original del proyecto para el predio 4, de 23 hectáreas. Los trabajos arqueológicos se realizaron en 2019, pero debido a cuestiones administrativas y jurídicas propias de la empresa a cargo, no imputables al INAH, al 2023 la obra no se ha llevado a cabo.

Proyecto de Salvamento Arqueológico El Escarbe (el Chico), Campos, Manzanillo (2017)

Predio de 12 hectáreas para almacenaje de hidrocarburos, ubicado entre la Terminal de Gas Licuado Manzanillo y los predios de Ocupa, propiedad de la empresa Terminales Energéticas del Pacífico, fue trabajado entre septiembre y noviembre de 2018. Debido a que el gestor dejó de pagar el salario y viáticos de los arqueólogos contratados, las labores entraron en un *impasse*. Se concluyeron los trabajos de campo, los análisis de materiales (cerámica, lítica tallada y pulida, figurillas y misceláneos), y se entregó el informe a Consejo de Arqueología, pero no se elaboró el dictamen final hasta que el tercero cumpla con los acuerdos del convenio suscrito con el Centro INAH Colima.

Proyecto de Salvamento Arqueológico Puente Tepalcates II, Manzanillo (2019)

El Puente Tepalcates II se ubica entre dos elevaciones por las que corre un angosto corredor de agua, que delimita al Vaso II del Vaso III de la Laguna de Cuyutlán, sobre el cual cruza la autopista de cuatro carriles Guadalajara-Manzanillo. En noviembre de 2003 se desplomó uno de sus segmentos, razón por la cual se tuvo que utilizar la carretera federal para acceder al puerto de Manzanillo. A pesar de que fue reparado, el fuerte oleaje al que ha sido sometido debido a la ampliación del Canal de Tepalcates ha obligado a la construcción de un nuevo puente. Los trabajos de salvamento arqueológico se efectuaron en las partes bajas cuyas playas colindantes han venido siendo afectadas por los vaivenes de las fuertes mareas, y los cuales han sido utilizadas para acopio de materiales y área de maniobras de la construcción (Olay, 2019).

En las ocho unidades de excavación se pudieron obtener vestigios arqueológicos de diversa índole. De las ocho, cuatro presentaron una estratigrafía sin alterar, las restantes tuvieron una estratigrafía invertida o alterada por el ser humano en tiempos recientes, así como por la marea de la Laguna de Cuyutlán. Las unidades sin alteración reciente fueron las del sector Cerro Tepalcates, donde se recuperó un entierro múltiple en la Unidad de Excavación 4 y otro sencillo en la unidad 5. En la unidad 7 se localizó el muro sur de una estructura –del cual se liberaron 8 metros–, elaborado con piedras de hasta 90 centímetros de largo. Además, se recuperaron 54 artefactos elaborados en cobre. Algunos de ellos asociados a los entierros de las unidades 4 y 5. Entre los materiales de concha se recuperó un ejemplar de *Spondylus*.



Imagen 9. Conjunto de cascabeles asociados al Entierro 3. **Fotografía** Dra. Angeles Olay y Arqlgo. Omar Ruelas. Archivo Fotográfico del Salvamento Puente Tepalcates (2019).



Imagen 10. Spondylus recuperado en el conchero de Puente Tepalcates II. **Fotografía** Dra. Angeles Olay y Arqlgo. Omar Ruelas. Archivo Fotográfico del Salvamento Puente Tepalcates (2019).

Consideraciones finales

A lo largo de las descripciones hemos realizado algunos señalamientos relativos a la relevancia de los trabajos realizados, tanto de prospección como de exploración arqueológica. Es claro que el área de la Laguna de Cuyutlán fue un espacio altamente propicio para la vida humana debido no sólo a su emplazamiento sino, a la vez, a la evidente abundancia de recursos disponibles para el mantenimiento de poblaciones humanas.

La primera exploración extensiva, la efectuada en la Terminal de Gas Natural Licuado Manzanillo, hoy día denominada Terminal KMS, nos ofreció un catálogo de las diferentes ocupaciones que se registraron en las inmediaciones de la extensa laguna. La evidente reutilización de la loma como espacio funerario nos permitió recuperar materiales relacionados con la secuencia del Eje Armería establecida por Isabel Kelly (1980). En todo caso, la importancia de este hallazgo consis-

tió en ser la primera loma funeraria reportada con materiales del “Complejo tumbas de tiro” para la costa de Colima.

En cuanto a los sitios registrados, encontramos que los resultados derivados de las prospecciones llevadas a cabo en las líneas de transmisión TGNLM entronque Tapeixtles Potencia-Colomos y Tapeixtles-Tecomán, el Gasoducto Manzanillo-Guadalajara, así como el desvío de las vías del ferrocarril, nos permitieron observar que el patrón de asentamiento de los espacios habitacionales más complejos se ubicaba en las laderas bajas de los cerros, donde se localizaron sitios arqueológicos formados por terrazas habitacionales y de cultivo.

El sitio más representativo y cercano a la loma funeraria es el Cerro Tepalcatepec, registrado por el INAH desde 1987. La ocupación corresponde a las Fases Armería-Clásico tardío y Chanal-Posclásico temprano. Las excavaciones efectuadas a partir del salvamento del Puente de Tepalcates II dieron cuenta de un abundante material de la fase Chanal, incluyendo una importante presencia de metal (1100-1450 d. C.).

Durante los recorridos de superficie de la línea de transmisión Tapeixtles-Tecomán, se localizaron nueve sitios arqueológicos, entre ellos el que se denominó Costa Rica, el mejor conservado y de mayor extensión en el área alrededor de la laguna. Éste se localiza a menos de 1.5 kilómetros del borde de la laguna y a 5 kilómetros de la orilla del mar, por lo que podemos asegurar que su fundación estuvo relacionada con su posición geográfica y vinculada a los recursos ambientales disponibles. La posición privilegiada del sitio, entre las montañas que delimitan la laguna y dentro de una pequeña cañada bordeada por dos bajadas de agua que descienden del macizo montañoso hasta el piso de un valle costero, proporcionó un ambiente favorable para la habitación humana y protección ante los eventos ambientales. La arquitectura del lugar presentó acabados burdos y un sistema de rellenos que permitió la ampliación de las terrazas, aprovechando la parte baja de las elevaciones como áreas de habitación. El análisis de los materiales cerámicos demostró que la ocupación mayor fue durante la fase Armería (700-900 d. C.)

Al parecer, durante el Clásico tardío (fases Colima y Armería), y en los periodos anteriores a la llegada de los españoles, la ubicación de los sitios en la Laguna de Cuyutlán tiene una tendencia a ocupar las zonas elevadas mediante terrazas. Esto puede corresponder a un aumento de la población que buscó resguardarse de las inclemencias climáticas aprovechando las características geomorfológicas del relieve, que les proporcionaron espacios con microclimas agradables y de protección ante los eventos climáticos impredecibles como inundaciones o huracanes.

Gracias a los estudios de antropología física, se sabe que el promedio de vida de los individuos localizados oscila entre los 20 y 30 años, es decir, la mayor parte son adultos jóvenes. Desafortunadamente la determinación de sexo está limitada por el mal estado de conservación de los restos óseos; igualmente se han logrado observar algunas enfermedades y patologías que afectaron a esta población, las principales son de origen infeccioso y metabólico, seguidas de las lesiones articulares y patologías bucodentales. Los exámenes realizados a los dientes indican

que los padecimientos más frecuentes de la población fue el desgaste de la superficie superior, causado por los diversos alimentos que se consumían y pudieron derivar en la aparición de caries e infecciones bucales severas; el desgaste se presenta en diferentes grados, desde muy leves hasta muy severos, además se observó hipoplasia del esmalte causado por problemas nutricionales durante su formación. Entre las modificaciones culturales se ha encontrado mutilación dental que corresponde a los tipos E1 y E2 (Hernández Olvera, 2012:1 56).

Es claro que el estudio integral y comparativo de los múltiples materiales provenientes de los diferentes proyectos llevados a cabo en la Laguna de Cuyutlán, ha permitido conocer el desarrollo de las sociedades que no sólo se desarrollaron en función del aprovechamiento de sus recursos, sino que crearon múltiples redes de intercambio a corta y larga distancia, tanto con diferentes regiones de Mesoamérica, como los desarrollados a lo largo del tiempo con Sudamérica, datos y elementos que se tratarán en otro documento.

Bibliografía

- Beltrán Medina, José Carlos (1991). *Los concheros del Puerto de Salagua (Playa del Tesoro)* (tesis de licenciatura). Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- Crabtree, Robert y Fitzwater, R. Jack (1962). "Test excavations at Playa del Tesoro, Colima, Mexico" [mecanoescrito]. California: Department of Anthropology / University of California.
- Diario Oficial de la Federación* (11-08-1982). "Decreto por el que se aprueba el Plan de Ordenación de la Zona Conurbada de Manzanillo-Barra de Navidad, en los Estados de Colima y Jalisco". Recuperado de: <https://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=4776849&fecha=08/11/1982&print=true>.
- Diario Oficial de la Federación* (02/07/1984). "Convenio Único de Desarrollo que suscriben el Ejecutivo Federal y el Ejecutivo del Estado de Colima [Plan Colima.]". Recuperado de: <https://dof.gob.mx/nota_to_imagen_fs.php?codnota=4675903&fecha=02/07/1984&cod_diario=201491>.
- Diario Oficial de la Federación* (19-07-1993). "Ley de Puertos" [última reforma publicada, 7 de diciembre de 2020]. Recuperado de: <https://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/65_071220.pdf>.
- Hernández Olvera, Juan Joel (2012). *Prácticas funerarias entre los antiguos habitantes de la zona costera de Manzanillo, Colima. El caso del Sitio Arqueológico Terminal de Gas Natural Licuado* (tesis de licenciatura). Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- Kelly, Isabel (1948). "Ceramic provinces of Northwest Mexico". En *El Occidente de México. Cuarta Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología* (pp. 55-71). México: Boletín Bibliográfico de Antropología Americana.
- (1980). *Ceramic sequence in Colima: Capacha an early phase*. Tucson: Artículos Antropológicos de la Universidad de Arizona.
- Long, Stanley y Wire, Marcia (1966). "Excavations at Barra de Navidad, Jalisco". *Antropológica*, 18, pp. 3-81.
- López Mestas Camberos, Martha Lorenza y Ramos de la Vega, Jorge (1993). "Informe preliminar del Proyecto de Reconocimiento Arqueológico del Área de Colimilla-Barra de Navidad" [mecanoescrito]. México: Centro INAH Colima, Coordinación Nacional de Arqueología.
- López Wario, Luis Alberto (2010). "Informe del Proyecto de Salvamento Arqueológico en el Gasoducto Manzanillo-Guadalajara, Primera fase Prospección". Archivo Técnico. México, Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.
- Mata Diosdado, Samuel (1991). "Informe de campo de los trabajos efectuados en el lote 16 de Playa del Tesoro, Manzanillo, Colima". Archivo Técnico. México, Centro Regional Colima, INAH Colima y Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.
- (1997). "Informe Proyecto de investigación arqueológica Bahías de Manzanillo, Colima. Reconocimiento de superficie, junio de 1994, julio 1997". México, Archivo Técnico, Centro INAH Colima y Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.

- Mata Diosdado, Samuel y Olay Barrientos, María de los Ángeles (1990). "Informe Proyecto Arqueológico Bahías de Manzanillo, Centro Regional Colima". Archivo Técnico. México, Centro INAH Colima y Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.
- Meighan, Clement W. (1972). *Archaeology of the Morett Site, Colima*. Berkeley y Los Ángeles: Universidad de California.
- Moguel Cos, María Antonieta y Carballal Staedtler, Margarita (diciembre de 2016). *Proyecto de Salvamentos y Rescates Arqueológicos en la Cuenca Baja del río Armería y Zona de Estuarios de la Costa de Colima*. Trabajo presentado en el Seminario de Historia y Antropología sobre Ámbitos Costeros y Marítimos de Centro INAH, Mazatlán.
- Moguel Cos, María Antonieta y Olivares Orozco, Juan Carlos (2015). "Proyecto de Salvamento Arqueológico Sistema de Transporte de Gas Natural Licuado Manzanillo-Guadalajara [tomo I y II]. Informes de trabajo de campo y gabinete". Archivo técnico. México, Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, México.
- Olay Barrientos, María Ángeles (1997). "Memoria del tiempo. La arqueología de Colima" En *Historia General de Colima* [tomo I]. México: Universidad de Colima / Gobierno del estado de Colima / Conaculta.
- _____. (2019). "Proyecto de Salvamento Arqueológico Puente Tepalcates II, Municipio de Manzanillo, Colima" [mecanoescrito]. México, Centro INAH Colima, Coordinación Nacional de Arqueología.
- Olay Barrientos, María Ángeles *et al.* (2008). "Informe / dictamen relativo a la 1ª etapa del Salvamento Arqueológico de la Terminal Marítima de Gas de Manzanillo (TMGM), septiembre 2007-febrero 2008". México, Centro INAH Colima, Coordinación Nacional de Arqueología.
- Reyes García, Cayetano (1992). "Producción de sal y salineros en Colima, época colonial". En De Lameiras, Brigitte Boehm y Weigand, Phil C. (coords.). *Origen y desarrollo en el Occidente de México* (pp. 145-156). Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Reyes Garza, Juan Carlos (2000). *Al pie del volcán. Los indios de Colima en el virreinato*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social / INI / Secretaría de Cultura del Estado de Colima.

De la Conquista a la Revolución, valiosas aportaciones a la historia de Colima. Entrevista a la historiadora Margarita Nettel Ross¹

Tita Ochoa Rivera*

Sin imaginar que años después llegaría a radicar de forma permanente en la ciudad de Colima, Margarita Nettel Ross inició su trayectoria como historiadora con un estudio sobre esta región del occidente mexicano. Se trata de la investigación que llevó a cabo como parte del equipo de trabajo del doctor Enrique Florescano –quien entonces era director de Investigaciones Históricas del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH)– y que sería su primer libro publicado con el título *Colonización y poblamiento del Obispado de Michoacán* (1990).² En él, da a conocer valiosa información sobre la vida política, económica-social y poblacional de este territorio en un modelo descriptivo y gráfico concebido por ella misma.

Sin embargo, Nettel Ross ya contaba con estrechos vínculos con la investigación y con la historia. Originaria de Tapachula, Chiapas, desde su primer año de edad residió en la Ciudad de México a donde se había trasladado toda su familia debido al trabajo de su padre, el médico Roberto Nettel Flores, investigador de enfermedades tropicales en México. “Yo soy investigadora por mi papá, lo traigo en la sangre. Yo viví la investigación a través de él, de él lo heredé, aunque la medicina era su área”.

Mientras estudiaba la preparatoria, trabajó en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia cuando estaba a cargo del historiador Antonio Pompa y Pompa, quien había recorrido el país microfilmado archivos municipales, parroquiales y privados con el fin de resguardarlos y dar origen a un fondo documental para la investigación histórica de México. “Lo que mis compañeras de trabajo y yo hacíamos era catalogar los documentos microfilmados y elaborar una guía de consulta para cada rollo”.

Ambas circunstancias le permitieron a Margarita vivir de cerca la profesión de la investigación, conocer su metodología, técnicas y fuentes de información, como los archivos, una herramienta que ella conoce y ha trabajado a profundidad a lo largo de su trayectoria y en distintas instancias locales, nacionales e internacionales, desde los archivos de Colima y otras ciudades de México, hasta el Archivo General de la Nación y el de Indias, en Sevilla, España.

* Museóloga por ENCRyM. Actualmente se desempeña como curadora del Museo Universitario Fernando del Paso de la Universidad de Colima (titaechoa@ucol.mx).

1. La entrevista se llevó a cabo en la casa de la historiadora Margarita Nettel Ross, en la ciudad de Colima, durante un caluroso verano de un año no muy lejano pero del cual no quiero ni acordarme.

2. Margarita Nettel Ross, (1990). *Colonización y poblamiento del Obispado de Michoacán*. Morelia: Gobierno del Estado de Michoacán/Instituto Michoacano de Cultura.

Si bien la historia se convirtió en su pasión, la primera intención de la investigadora fue estudiar la carrera de Física Matemática, “porque me gustaban mucho las matemáticas y se me facilitaban los números”. Al decidirse por el área de las Ciencias Sociales, sus habilidades matemáticas la guiaron hacia la estadística desde sus inicios como asistente de investigación. Su principal línea temática ha sido las formas de colonización y poblamiento de la Nueva España, desde el estudio de ámbitos como la demografía, geografía y la economía, así como aspectos militares, religiosos y políticos. “Me interesaba saber de la gente, sobre la distribución y el desarrollo de la población durante la Colonia, conocer qué había pasado con los indígenas, los mulatos, los españoles, la población en general”.

Margarita Nettel llegó a Colima en 1987 pues, a raíz del terremoto de 1985, ella y su marido habían decidido salir del entonces Distrito Federal. En Colima terminó su investigación sobre el Obispado de Michoacán y dio inicio a una amplia y valiosa trayectoria en torno a la historia local de los siglos XVIII y XIX.

“Comencé a investigar todo lo que podía de Colima, primero en el Archivo Histórico del Municipio y luego en el del Estado, pero siempre enfocada a la Demografía. Después me fui al Archivo General de la Nación a seguir buscando exclusivamente información sobre Colima. Fue una sorpresa encontrarme ahí con el Censo de Revillagigedo levantado en 1792 aproximadamente. Fue una maravilla: aparecía el nombre de los pobladores, la calle (donde vivían), a qué se dedicaban la esposa, los hijos, todo. Fue una experiencia muy especial pues entraba de lleno en mi tema de la población, pero la población ya dividida en hombre, mujer, ocupación”. *Un censo, una historia. La Villa de Colima a fines del siglo XVIII*,³ publicado en 1992, “es un libro que me gustó muchísimo como quedó. Mi compañera para ilustrarlo fue Gabriela Ulloa”.

Del minucioso análisis que Nettel Ross hace de la sociedad del Colima de esa época destaca cómo hace visible la notable y activa participación de la mujer dado que, en casi cualquier ámbito y época histórica, se han privilegiado las narrativas masculinas.

“Lo que me impresionó fue cómo había muchas mujeres que fungían como cabeza de familia. No se ofrecen muchos datos más pero muchas (de ellas) estaban registradas así, y no nada más mujeres ricas, también pobres”. Al comentar este dato, la entrevistada se muestra entusiasmada recordando cómo empezó a descubrir el papel tan activo que, desde siempre, la mujer ha desempeñado en la historia, aunque en general no ha sido registrado o visibilizado.

Sobre el rol de las mujeres historiadoras en la época que ella comenzó su trayectoria en la Ciudad de México, a finales de la década de los años setenta y principios de los ochenta, comenta: “desde que entré a la carrera de historia, la mayoría éramos mujeres. Vamos a decir un porcentaje de 60-40, aunque los puestos directivos estaban destinados a hombres. Cuando entré a Investigaciones Históricas, ahí estaban Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Héctor

3. Margarita Nettel Ross, (1992). *Un censo, una historia. La Villa de Colima a fines del siglo XVIII*. Colima: Gobierno del Estado de Colima/INAH.

Aguilar Camín, pero también mujeres como Rosa María Meyer, Teresa Franco y la gran historiadora Elsa Malvido, quien fue mi mentora. Entonces yo estaba en un ambiente donde las mujeres participaban mucho, escribían e investigaban a la par de los hombres, en un promedio de 50-50. Tuve jefas mujeres, allá en Históricas, y sí, fue una fortaleza encontrarme a esas mujeres historiadoras, mayores que yo muchas de ellas y buenas compañeras. Tuve la fortuna de encontrar a mujeres que me apoyaron, sobre todo Elsa Malvido en la investigación, por eso la considero mi mentora”.

Al respecto, evoca varias anécdotas de cómo la doctora Malvido la invitaba a participar con ponencias en los congresos que organizaba y le daba consejos de cómo hacer llegar sus libros a importantes investigadores, universidades y bibliotecas en el extranjero para darles mayor difusión.

Margarita Nettel recuerda que, de joven, ella no sólo quería estudiar sino ejercer su carrera y convertirse en profesionista: “era una aspiración muy grande que yo tenía y me estaba preparando para ello cuando conocí a mi esposo, Rodolfo Rivera, quien así me conoció y nunca me ha puesto pretextos o peros para hacer mi trabajo. Supimos conciliar las responsabilidades de la casa y el cuidado de los hijos que igualmente fue compartido”.

En el ámbito personal también contaba con la colaboración de otras mujeres, especialmente con la de su madre, Mercedes Ross, quien la apoyó con el cuidado de su primer hijo mientras terminaba su tesis profesional: “nunca voy a terminar de agradecerle a mi madre ese apoyo porque fue fundamental, porque eso no era cotidiano, no pasaba con otras compañeras. Mi primer libro está dedicado a mis padres, Roberto y Mercedes, ‘ejemplo profesional y apoyo incondicional’. Además, siempre tuve la fortuna de tener una persona en casa que me ayudaba y se encargaba de las tareas domésticas. De esa manera me pude dedicar casi por completo a leer, investigar, dar clases, así como ir a congresos y dar cursos ya que mis hijos estuvieron más grandes”.

Como parte de la extensa investigación que realizó en los archivos de Colima, la historiadora continuó escribiendo y dictando conferencias con la información recabada y los documentos recopilados, así como publicando diversos artículos y textos. Entre ellos, destaca la antología documental *Noticias históricas y estadísticas de Colima en el siglo XIX (1994)*,⁴ integrada por informes de los prefectos, peticiones del alcalde y distintos anexos documentales, hasta entonces inéditos, que han servido como material de consulta para otros investigadores. Su último proyecto antes de jubilarse como investigadora del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), consistió en una recopilación fotográfica de personajes, familias, acontecimientos y lugares titulada *Colima, memoria de los tiempos (1996)*.⁵

Concluida esa época de trabajo con el INAH, la Universidad de Colima la invita a incorporarse al ya desaparecido Centro de Estudios Antropológicos de Occidente, que estuvo bajo la direc-

4. Margarita Nettel Ross, (1994). *Noticias históricas y estadísticas de Colima en el siglo XIX*. Colima: Gobierno del Estado de Colima/Universidad de Colima/Conaculta.

5. Margarita Nettel Ross, (1996). *Colima, memoria de los tiempos*, Colima: Universidad de Colima.

ción de la arqueóloga Tita Braniff Cornejo, “otra mujer muy inteligente que conocí en un congreso de investigadores y con quien tuve una relación muy cordial y profesional”. Incorporada ya a la universidad, emprendió un amplio proyecto de investigación sobre la historia temprana y colonial de Colima “con el propósito de rescatar documentos históricos desconocidos o poco conocidos que permitieran ampliar el conocimiento del pasado colimense”. El resultado fue *Voces del pasado...* (2004),⁶ un catálogo documental con la identificación y descripción de 838 testimonios localizados en diferentes archivos y bibliotecas de México y España.

Como parte de la investigación que realizó en los archivos españoles de Madrid, Toledo y Sevilla, Nettel Ross pudo localizar los *Informes de Méritos y Servicios de los Conquistadores de Colima*, documentos de interés para ella ya que, habiendo leído a Bernal Díaz del Castillo y Hernán Cortés, se preguntaba: “¿por qué la Conquista de Colima estaba narrada por dos personajes que no estuvieron presentes durante este suceso?”. La investigación, análisis y registro de todos estos informes le permitió contar con testimonios provenientes de personajes primarios y actores relevantes de estos acontecimientos para despejar algunas confusiones y dar a conocer con mayor certeza la historia de la Conquista de Colima a través del libro *Los testigos hablan...* (2007),⁷ “una nueva versión de los hechos que causó cierta molestia entre algunos historiadores locales”, recuerda la entrevistada. Aunque también generó comentarios de reconocimiento y agradecimiento a su trabajo por parte de algunos investigadores que describieron su libro como una “obra erudita y ejemplar”. Sus publicaciones sobre demografía histórica también son reconocidas como “referentes metodológicos para el análisis estadístico de censos socioeconómicos en el México decimonónico”.

Su último proyecto de investigación institucional la llevó a salirse del periodo colonial pues encontró, en la Fototeca Nacional del INAH, el Archivo General de la Nación (AGN) y el Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), una serie de fotografías que registraban la visita de Venustiano Carranza a Colima. Con estas imágenes se llevó a cabo una exposición en el Archivo Histórico y Hemeroteca de la Universidad de Colima. El informe y registro de esta investigación también se dio a conocer, pero en formato de video, una experiencia novedosa para Margarita. “Hice el guion del video, la selección de la música con asesoría de José Levy (melómano colimense) y fue mi último proyecto en la universidad. Me adapté al lenguaje audiovisual y fue una buena experiencia de aprendizaje y colaboración con un gran equipo de trabajo del entonces Centro Universitario de Video Didáctico y Televisión Educativa (Ceuidite) de la Universidad de Colima”.

Tiempo después, la historiadora regresó a los archivos para estudiar la genealogía familiar y contar la historia de su abuelo José Nettel. Para ello, indagó en distintos archivos de Chia-

6. Margarita Nettel Ross, (2004). *Voces del pasado. Colima en los archivos y bibliotecas de México y España*. Colima: Universidad de Colima / INAH.

7. Margarita Nettel Ross, (2007). *Los testigos hablan. La conquista de Colima y sus informantes*. Colima: Universidad de Colima.

pas, Querétaro e incluso la República Checa, de donde proviene su familia paterna. *El destino y sus silencios...*,⁸ libro publicado en 2012, sería el resultado de esta nueva investigación.

Margarita Nettel Ross describe sus treinta años de trabajo en el INAH y diez años laborales más en la Universidad de Colima, como una experiencia increíble de vida en los archivos, “desde encontrar información que no se sabía ni conocía, descubrir datos y cosas que se dan por hechas y no es así, porque cada parte involucrada en los hechos tiene su versión”. Por lo tanto, explica, la función del investigador es comparar las distintas versiones y con su experiencia, hacerse de un criterio para poder discernir: “esto está fuera de la lógica o bien, esto otro es tendencioso”. Éstos son algunos aprendizajes que le dejó un maestro al que considera determinante para su formación como historiadora, Ernesto de la Torre Villar, “quien me dio la materia de Técnicas de investigación científica y fue quien me enseñó a investigar. De él aprendí que no hay que quedarse con una sola información, hay que recabar datos, buscar otras opiniones sobre el mismo tema y contrastar fuentes. Esa ha sido siempre mi visión y la premisa de mi trabajo”.

Desde que el doctor Florescano, su director de tesis de la Licenciatura en Historia y quien vio su interés por los números y la estadística, le asignó el Obispado de Michoacán como tema de investigación hasta la investigación sobre su propia genealogía familiar, Margarita se declara satisfecha de haber aportado sus conocimientos a la historia de Colima. También se muestra complacida de que el trabajo de archivo que ella llevó a cabo, ha sido utilizado para distintos proyectos y permanece vigente como fuente de referencia para las nuevas generaciones de estudiantes e investigadores: “Amo a Colima porque aquí crecí como investigadora y le debo mucho como profesional. El INAH fue bondadoso conmigo y aprendí mucho, también en la Universidad de Colima. De todo este trabajo, me quedo con el agradecimiento de haber podido contribuir y aportar a la historia de Colima muchas cosas que no se sabían: documentos, historias, informes. Además, crecer y desarrollarme como investigadora porque un tema te lleva a otro y así te puedes seguir, no paras, sobre todo si, como a mí, te interesa saber y seguir aprendiendo”.

8. Margarita Nettel Ross, (2012). *El destino y sus silencios. Historia de familia*. Guadalajara: Edición independiente.

Saberes y tradiciones

Tonantzin Medina García*

En la tierra acunada entre el Volcán de Fuego y la mar del sur se funda Colima, un territorio que culturalmente se extiende hasta el sur de Jalisco y la costa michoacana. En este paisaje de montañas vigilantes, costas y ríos, se producen las imágenes de la personalidad cultural de Colima, los rostros de sus habitantes, sus artesanos, los productos de consumo y las imágenes de la devoción a sus dioses. En este compilado de imágenes creado por la lente de tres fotógrafos del estado; Javier Flores,¹ Alejandro Gonzales Cuevas² y Fernando Chávez³, vemos un breve recorrido por el paisaje cultural de Colima.

Javier Flores, por su parte, nos muestra el paisaje costero fotografiando el trabajo con la palma y la sal. Colima, “la ciudad de las palmeras”, reza el mote que se escucha en los decires de los pobladores de Colima y así lo recuerda Javier para presentar sus fotos. Los palmares reciben a los visitantes en la entrada del Camino Real y acompañan hasta la costa, bordeando las carreteras. Son parte del paisaje, la economía, la alimentación, es decir, son parte de la cultura. En sus fotografías pueden observarse los rostros de los cortadores, destopadores y procesadores de coco, la palma y sus productos; los cocos, la estopa, la copra y otras imágenes que surgen de la profunda relación que los colimenses tienen con este fruto que se de la naturaleza costera.

Entre las fotos de Javier Flores también encontramos, como dice Juan Carlos Reyes, uno de los aspectos más fascinantes de Colima: su forma de producir sal, un producto con gran profundidad histórica que incluso llegó a ser moneda de cambio. Quizá por ello, la Laguna de Cuyutlán y sus orillas, ricas en oro blanco, fueron motivo de grandes disputas durante siglos.⁴ Actualmente, su sal es recocida internacionalmente en la alta cocina por su sabor, calidad y producción cien por ciento artesanal.

Por su parte, Fernando Chávez relata, a través de sus fotografías y su pluma, uno de los fenómenos religiosos de mayor relevancia en el estado: la devoción a la Virgen de Nuestra Señora del Rosario, conocida entre los fieles como “la Virgen de Talpa”. La serie fotográfica muestra la

* Centro INAH Colima (megtzin@hotmail.com).

1. Fotógrafo documentalista egresado de la Licenciatura en Comunicación Social de la Universidad de Colima. Ha desarrollado su estilo especialmente en temas de cultura popular, vida cotidiana y fiestas tradicionales. Entre otros premios, ha ganado dos veces el Primer Lugar del Concurso Regional Centro Occidente de Fotografía “Tierra Caliente”. Participó en la Quinta Bienal de Arte de Quebec, Canadá como expositor y fotógrafo oficial del evento. Actualmente trabaja como fotógrafo para la Secretaría de Cultura de Colima.

2. Es licenciado en periodismo por la Universidad de Colima y maestro en Diseño fotográfico por la Universidad Iberoamericana. Ha sido galardonado con diversos premios de fotografía. Trabajó como fotógrafo para diversas campañas estatales y municipales, y colaborado en diversas publicaciones. Ha realizado exposiciones individuales y colectivas a nivel regional, nacional e internacional y actualmente trabaja como fotógrafo para Universidad de Colima.

3. Licenciado en Comunicación Social, es fotógrafo independiente. Fue becario del Fondo Nacional Para la Cultura y las Artes en el año 2000 con el proyecto “Un vistazo a los rostros, panorámica y tradiciones comaltecas”. Su obra ha sido galardonada en diversos eventos y concursos. Ha participado en diversas exposiciones individuales y colectivas así como diversas en publicaciones con su trabajo de paisaje, vida cotidiana, fotografía panorámica, entre otras.

4. Juan Carlos Reyes Garza, (2001). “El oro blanco de Cuyutlán”. *Artes de México*, 57, pp. 42-51.

gran relevancia que tiene esta manifestación en el pueblo de Comala: por una parte, está el regocijo y la fiesta de los fieles ante la vista de la imagen peregrina al devoto pueblo comalteco. Por otra, el esfuerzo que significan las diferentes peregrinaciones o romerías (como se les llama en la localidad) que los fieles organizan entre los meses de marzo y abril, desde los distintos puntos del estado de Colima hasta Talpa de Allende, Jalisco, en donde se encuentra el templo dedicado a dicha virgen.

Finalmente, la serie fotográfica de Alejandro González Cuevas es una narración visual del paisaje montaña a través de dos procesos culturales: la pesca de langostinos de río –chacales, del náhuatl *chacalli*– y la extracción y tejido de la fibra de una planta llamada “acapán” para la fabricación de hamacas, bajo la premisa de que cada objeto antropológico es una síntesis tangible de la concepción del mundo de un grupo en particular. La fotografía muestra la pesca y la elaboración de las trampas para dicho fin, a las que se denominan “acachales”, del náhuatl *acachalli* [aka-] de *ácatl* que en náhuatl significa “caña” y [-challi] de *chacalli*, que significa “langostino”, lo que puede traducirse como “objeto de cañas para chacales”.

El acapán es una planta silvestre de temporal de la que se extrae una fibra blanda y blanquecina con la que se tejen principalmente hamacas, un trabajo que representa una de las tradiciones cesteras más antiguas y desplazadas del estado. La fotografía de Alejandro González captura el paisaje en el que se trabajan las plantas, la belleza de la fibra y el proceso de acedado para su extracción, así como el producto final: la hamaca, una herencia profunda que se manifiesta en la técnica de cada movimiento de los dedos, desde el hilado hasta el amarrado final.

En conjunto, la obra de estos tres fotógrafos estampa la imagen de Colima, conformada de esas pequeñas particularidades culturales regaladas por los ancestros, prácticas y creencias que se van pasando a las nuevas generaciones como quien da agua con las manos, sin poder evitar que algo se escurra y pierda en el camino.



Destopador con lanza. Armería, Colima, 2018. Fotografía © Javier Flores.



Cocos sin estopa. Tecóman, Colima, 2018. Fotografía © Javier Flores.



Jugando con cocos. Armería, Colima, 2018. Fotografía © Javier Flores.



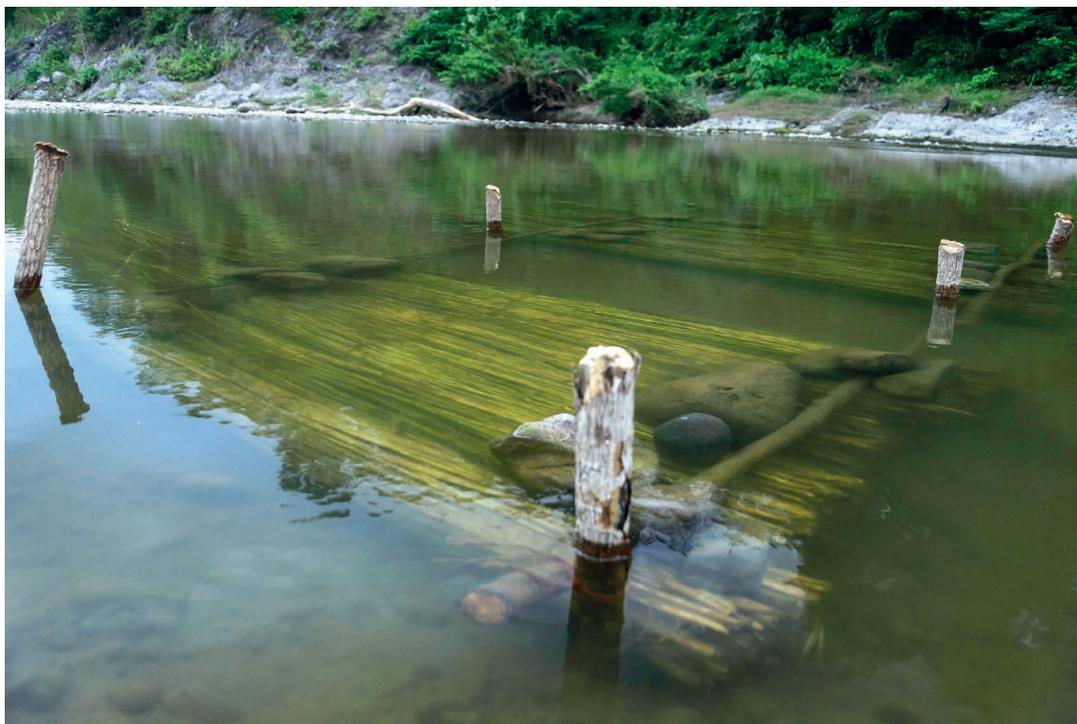
Arado de copra de coco. Armería, Colima, 2018. Fotografía © Javier Flores.



Trabajadores de coco e instrumentos. Armería, Colima, 2018. Fotografía © Javier Flores.



Pelando varas de acapán. Zinacamilán, Ixtlahuacán, Colima, 2017. Fotografía © Alejandro González.



Asedación del acapán en el río. Zinacamilán, Ixtlahuacán, Colima, 2017. Fotografía © Alejandro González.



Tejedor de acapán. Ixtlahuacán, Colima, 2017. Fotografía © Alejandro González.



Señora con hamaca de acapán. Zinacamitlán, Ixtlahuacán, 2017. Fotografía © Alejandro González.



Entrada de la Virgen de Talpa a Comala. Comala, Colima, 2012. Fotografía © Fernando Chávez.





Niños danzantes. Comala, Colima, 2012. Fotografía © Fernando Chávez.



Peregrinos en el fin de una larga caminata. Talpa de Allende, Jalisco, 2012. Fotografía © Fernando Chávez.



Los creyentes pasan por debajo de la virgen para recibir su bendición. Comala, Colima, 2012. Fotografía © Fernando Chávez.



Construcción de *acacha*. Coquimatlán, Colima, 2017. Fotografía © Alejandro González.



Pescador revisando el acachal. Coquimatlán, Colima, 2017. Fotografía © Alejandro González.



Agradecimiento. Coquimatlán, Colima, 2017. Fotografía © Alejandro González.



Salinera. Salinas de Cuyutlán, Colima, 2015. Fotografía © Javier Flores



Niño de sal. Salinas de Cuyutlán, Colima, 2016. Fotografía © Javier Flores.



Montañas de sal. Salinas de Cuyutlán, Colima, 2017. **Fotografía** © Javier Flores.

Reseña crítica del libro *Emociones: perspectivas antropológicas*, de Florence Rosemberg, Bernardo Yáñez y José Luis Vera Cortés (eds.)

Oswaldo Ángeles Zavala*

Si los seres humanos hemos construido una realidad-mundo a través de relaciones afectivas, sociales y culturales que se manifiestan en nuestro cuerpo, en acciones y en conductas, y que nos permiten interactuar y relacionarnos con otros, me pregunto, ¿cómo interpretar, describir, analizar y estudiar las emociones desde la antropología? Compartí la interrogante con los compañeros de aula durante mi formación como antropólogo y hoy, después de algunos años, me doy cuenta de que esos cuestionamientos son parte de una nueva episteme de análisis antropológico.

Si bien, en 1872, Charles Darwin argumentó, desde el orden biológico y evolutivo en *La expresión de la emoción en el hombre y los animales*, que las emociones como acciones expresivas son innatas y, por tanto, heredadas en los seres humanos y en los no-humanos; que permiten la supervivencia; que algunas causan furor en el organismo y otras lo contrario, y que van acompañadas de movimientos faciales y corporales asociados al estado emocional del individuo: las emociones no se mostraban como campos epistemológicos o neurofisiológicos de análisis, y lo mismo sucedió en el campo antropológico. Sin embargo, estos primeros acercamientos sentaron las bases para futuras investigaciones. En 1966, Malinowsky, en su *Diario de campo en Melanesia* (1989) descubrió el sentir del etnógrafo y el lugar de las emociones en la vida social como reguladoras morales y éticas de comportamientos. En la antropología simbólica-interpretativa en Geertz y Turner, se hacen implícitas las emociones en lo cultural; el primero las entiende como formas simbólicas estructuradas por cada sociedad; el segundo reconoce que, en el proceso del ritual, existe la experiencia y con ello, la posibilidad de reconocer la dimensión afectiva (López, 2017).

Sin duda, el trabajo de Le Breton (1999), *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*, es importante para el estudio de las emociones en antropología, un campo en el que hay una constante construcción de las rutas de análisis, las problemáticas de investigación y los métodos de abordaje. Esto se demuestra en el *Seminario de Antropología y Evolución*, un espacio académico en el Instituto Nacional de Antropología e Historia que ha sido fructífero en la reflexión y en los ejercicios de análisis en torno al tema donde, después de dos años de debate y diálogo con expertos, se logró concretar el texto *Emociones: perspectivas antropológicas* que, en 13 capítulos desplegados en 221 páginas, intenta dar respuesta a algunas interrogantes no sólo desde una mirada antropológica, sino también evolutiva, filosófica, literaria, psicológica, sociocultural y desde el

* Instituto Nacional de Rehabilitación Luis Guillermo Ibarra Ibarra, Secretaría de Salud (oswaldo.angeles@yahoo.com)

horizonte de las neurociencias. La obra se puede clasificar en tres bloques: el abordaje antropológico, el cognitivo desde las neurociencias, y las conductuales.

En el “Prólogo” y en el capítulo “El odio y la ira: emociones y sentimientos prohibidos”, Rosenberg explica que para comprender las emociones es necesario adentrarnos en el proceso de hominización y mirar las reconexiones y reorganizaciones del cerebro, pues éste produjo un animal que pudo leer una gama de emociones que le permitieron la vinculación social mucho antes de adquirir un lenguaje y una cultura. Plantea que las emociones pueden ser construcciones en tercera persona y que son un producto colectivo, aunque finalmente son experiencias en primera persona. Por eso, afirma que las emociones son biográficas, están dispuestas por la evolución y moldeadas por la cultura ya que, desde una visión cognoscitiva, las emociones son “intencionales”, fenómenos multidimensionales y estados subjetivos que hacen que nos sintamos de cierta manera debido a una respuesta biológica y social, pero es a partir de los sistemas de saberes y relaciones con el entorno que se constituye la experiencia emocional.

Desde la perspectiva evolutiva darwiniana, en “Perspectivas biológicas y filosóficas sobre las emociones”, Ponce de León muestra que estas premisas pueden ser agrupadas según su filiación. Además se adentra al mundo filosófico de Jesse Pritz y Martha Nussbaum para explicar las emociones como producto de la evolución, de la cultura, o como juicios de valor que tienen que ver con eventos que se encuentran fuera del control de las personas. Desde el mismo horizonte evolutivo, Gutiérrez Lombardo se cuestiona si “¿Existe libre albedrío en la evolución? Emociones y conducta moral”, y expone que las emociones son procesos cerebrales esenciales y básicos en la conducta de los seres humanos que vigilan y protegen la supervivencia, generan la curiosidad y constituyen un lenguaje de comunicación. A su vez, las emociones junto con los sentimientos son importantes en el razonamiento y la toma de decisiones, especialmente para aquellas relacionadas con la persona y el entorno social inmediato en el que se crean vínculos y dinámicas de cooperación. Así, puede haber tiempos egoístas y altruistas, de ahí que en “*Ego-(altru)-ismo*”, Lizarraga Cruchaga nos enfrenta con la otredad, en el entendido que la anatomía del *sapiens* expresa una variedad de emociones que son el resultado de lógicas y procesos evolutivos, históricos y biográficos de los individuos/ sujetos que interactúan de forma dialógica.

Los sujetos no interactúan sólo de forma dialógica para manifestar sus emociones en lo particular, sino también las pueden interpretar en otras especies. Por eso nos preguntamos: ¿son las emociones las mismas entre los seres humanos y los no-humanos o qué tanto se comparten? En su capítulo “Aspectos básicos de las emociones en humanos y no-humanos: circuitos neurobiológicos y la observación directa”, Deraga muestra como humanizamos o asociamos nuestras emociones en los animales domésticos, y afirma que éstos no reaccionan a los mismos estímulos por la falta de complejos procesos cognitivos en el neocórtex, aunque en ambos las emociones tienen que ver con acciones de defensa (circuitos de supervivencia).

Un capítulo que aborda la importancia del desarrollo y las manifestaciones de los procesos emocionales y cognitivos como causa de la evolución del cerebro, está a cargo de Mandujano y Sánchez en “Neurobiología de las emociones. Las aportaciones de Stephen Porges”. En este apartado se ilustra cómo las emociones son importantes para la conservación armoniosa de la vida más simple, hasta las relaciones sociales y culturales. Se señala que las regulaciones emocionales y cognitivas son del orden biológico (principalmente neurológicos y endócrinos) y que dirigen la conducta, ya que las emociones son las encargadas de las respuestas positivas o negativas a sucesos externos o internos, intrínsecos o extrínsecos.

Como se ha descrito, las emociones son provocadas por estímulos y éstas pueden cambiar según el tiempo y el espacio haciendo que se modifiquen. Así lo muestra Gastélum en “Interactuar emotivamente el tiempo; los estados afectivos en el tiempo subjetivo”, en donde expone que parecen depender de la corporización de las emociones, lo que significa que aquello que llamamos tiempo es distinto a la percepción y experiencia que tenemos del mismo, pues el aspecto emocional proviene de la interacción con el ambiente donde se desarrolló el acontecimiento.

No todos los eventos producen y provocan las mismas sensaciones. Por ejemplo, la risa es una manifestación de una emoción y de una conducta no sólo del ser humano, que va más allá de desarrollar una serie de movimientos faciales o corporales, es una capacidad de vínculo y afectividad, es una conducta de relación e interrelación social mediada socialmente por el aprendizaje y la experiencia, postulados que Yáñez explica en “Algunos aspectos filogenéticos de las emociones: el caso de la risa”. En esta sección, el autor propone que podemos reír y sentir otras emociones debido a la plasticidad o adaptación humana, tal como afirma Vieyra en el apartado “La emoción del aislamiento y la soledad”, donde expone cómo las emociones permiten la supervivencia y la convivencia social.

Por otra parte, las emociones pueden tener funciones terapéuticas y ser conformadoras de la identidad a través de las narrativas de descripciones y experiencias de sucesos vividos. Esto se descubre en el capítulo de Padua, “Apuntes acerca de emoción, identidad, situación pensamiento comportamiento y psicoterapia”, en el que se desarrolla un modelo de relaciones de pensamientos, acciones, sentimientos, emociones, situaciones, cognición, comportamiento y psicoterapia, y se demuestra que plasmar las emociones y los sentimientos en palabras no es una tarea sencilla.

En “Las emociones delicadas: antropología de un olvido”, Guzmán hace un recorrido socioantropológico e histórico de algunos especialistas para argumentar que las expresiones de las emociones han surcado el firmamento antropológico desde los campos semánticos hasta las manifestaciones estéticas.

Una de las formas en que se expresan las emociones en los seres humanos en tanto sujetos conscientes de su finitud, es en la manifestación del dolor ante la muerte del otro, el cual será diferente según la proximidad o lejanía con respecto al fallecido. Ya desde los ritos funerarios del paleolítico superior se vislumbra que el trato del cuerpo no es como un mero cadáver, tema

central del capítulo de Espinoza que se titula “A pesar de su inevitabilidad, ¿Será que la muerte siempre duele? Reflexiones sobre la prehistoria europea”, en el que declara que no siempre las emociones son solidarias con el otro. En ese sentido, en “Sexo salvaje: reflexiones en torno a la erotomanía y el racismo”, Vera muestra la heterofobia y el racismo que se visibilizan en el rechazo a la diferencia y a un otro desmesurado, un otro cuyas apetencias básicas se expresan sin medida, particularmente en la representación de la desmedida sexualidad del salvaje.

En esta obra se encuentran respuestas a las interrogantes planteadas al principio, ya que en el cuerpo del texto se revela que las emociones han estado implícitas en los abordajes antropológicos y evolutivos, pero recientemente y con el apoyo de otras miradas disciplinares como la psicología, la filosofía, la literatura y las neurociencias, se diluyen los marcos disciplinares para, desde la transdisciplinariedad, entender y explicar cómo las emociones y los sentimientos nos corporizan y las corporizamos para la supervivencia y para relacionarnos socialmente a través de sensaciones y acciones construidas en un sistema de valores en tiempos y espacio diversos.

Las propuestas que se encuentran en este libro enriquecen la comprensión y reflexión de los estudiosos o interesados del fenómeno cuerpo-persona en sus diferentes nodos de relación e interacción, como lo biológico, lo social, lo cultural, lo evolutivo, lo cognoscitivo, lo psicológico, lo filosófico y ahora lo emocional, ya que la dimensión emocional y afectiva permite ampliar la gama de análisis e interpretación desde la antropología, lo cual “contribuye al descentramiento de la parte psico-biológica-cognitiva de las emociones y se les reconoce un valor heurístico en las explicaciones de diversos fenómenos sociales y culturales” (López, 2017: 312) inmersos en la diversidad y la variabilidad de cuerpos, de circunstancias y acontecimientos.

Bibliografía

- Darwin, Charles (1984). *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*. Madrid: Alianza Editorial.
- Le Breton, David (1999). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- López Sánchez, Oliva (2017). “De la evolución del cuerpo y las emociones, a la valoración de las emociones como sustrato cultural”. En González Lauro y Barragán, Anabella (coords.). *Antropología física. Disciplina bio-psico-social* (pp. 299-321). México: INAH/ENAH.
- Malinowski, Bronislaw (1989). *Diario de campo en Melanesia*. Barcelona: Júcar.
- Rosemberg, Florence, Yáñez, Bernardo y Vera Cortés, José Luis (eds.) (2019). *Emociones: perspectivas antropológicas*. México: Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano.

Enfoques

“Decían que contestábamos como pípiles”. Memoria colectiva sobre el desplazamiento de la lengua tlahuica en San Juan Atzingo, Estado de México
Xochiquetzal Encarnación Álvarez / José Luis Arriaga Ornelas

Revitalización lingüística, planificación y gestión cultural
Lorena Córdova-Hernández

Socialización lingüística y preservación de lenguas: una mirada de fuera a la relación entre actitudes, agencia y transmisión intergeneracional de las lenguas en la península de Yucatán
Melanie Uth / Eriko Yamasaki

La situación educativa de la población indígena: cifras, debates, indefiniciones y categorización social
María Soledad Pérez López

Uso y distribución de la lengua p'urhepecha en el currículo intercultural bilingüe del proyecto escolar *T'arhexperakua*-Creciendo Juntos
H. Betzabé Márquez Escamilla

Un caso de política educativa, lingüística y musical: la traducción del Himno Nacional Mexicano a la lengua totonaca
Yasbil Yanil Berenice Mendoza Huerta / José López Tirzo

Lenguas originarias y cine documental: experiencias en el sureste de México
Delmar Ulises Méndez-Gómez / Blanca Inés Gómez Sántiz

Revitalización de lenguas indígenas a través de la música en México
Josep Cru / José Antonio Flores Farfán

Comunicación intercultural e impartición de justicia
Pedro Lewin Fischer / Fidencio Briceño Chel

Entrevista

Políticas del lenguaje y lenguas originarias. Entrevista con el Doctor José Luis Moctezuma Zamarrón
Julio Alfonso Pérez Luna

En imágenes

De la imagen a la palabra. Un trabajo conjunto desde la antropología, la fotografía y la lingüística
Rosa María Rojas Torres / Alejandra Álvarez

Peritajes antropológicos

Peritaje lingüístico en México
Alonso Guerrero Galván

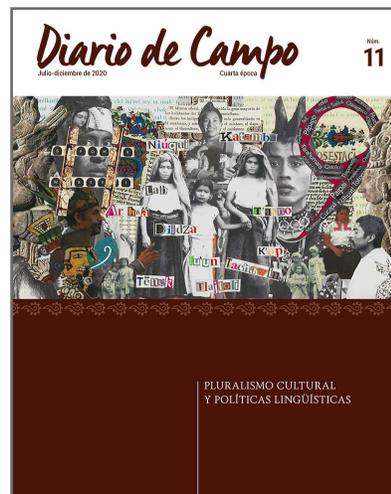
Proyectos INAH

La documentación de cláusulas subordinadas y clasificación semántica de los verbos del Tének de San Luis Potosí
José Guadalupe Coronado Hernández

Descripción fonológica y morfológica del mexicanero
Verónica Reyes Taboada

Reseña analítica

Reseña del libro *El encanto de la sirena: artes verbales y cosmovisión en torno al lago de Zirahuén*, de Berenice Granados Vázquez
Lucía Orsanic



Enfoques

El don sagrado de recortar a las Antiguas y el chamanismo otomí
Jorgelina Reinoso Niche

“Algo faltó en las ofrendas”: la *xochimesa* y la falta de lluvias en Atliaca,
Guerrero
Tonatiuh Delgado Rendón

Representaciones de la corporeidad en el mural de la iglesia del Señor del
Huajito, Jocotepec, Jalisco
Anabella Barragán Solís

Un juicio entre mesoneros en San Juan Teotihuacan en siglo XVIII: el rancho
“La Ventilla”
María Teresa Sánchez Valdés / Antonio Augusto de Paz Palacios

Entrevista

Andares de una trayectoria dedicada a la investigación-acción.
Entrevista a Luisa Paré
María Fernanda Pérez Ochoa

En imágenes

Escenas de un protagonismo: migrantes aimaras bolivianas en el Agro-
mercado de Arica (Chile)
Claudio Casparrino / Menara Guizardi / Felipe Valdebenito Tamborino

Diversa

La economía de bazar: información y búsqueda en el mercado campesino
Clifford Geertz

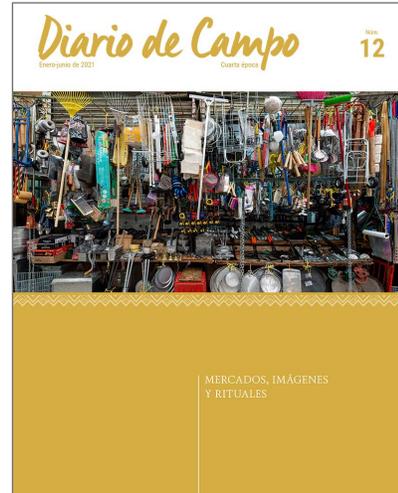
Proyectos INAH

Proyecto: Poder, saber y brujería entre los *yùhu* u otomíes de la Sierra
Oriental de Hidalgo
Patricia Gallardo Arias

Reseñas analíticas

Reseña del proyecto *U'ulab*. Trastienda de memorias: un estudio fotográfico
dentro del Mercado Lucas de Gálvez en Mérida, Yucatán
María del Carmen Castillo Cisneros

Reseña analítica del libro *Buceando erizo de mar. Etnografía biocultural
de un sistema de manejo pesquero en Baja California*, de Claudia Delgado
Arturo Mario Herrera Bautista



INSTRUCTIVO PARA LOS AUTORES

Sólo se considerarán para su posible publicación los artículos y reseñas originales e inéditos, en cualquiera de las lenguas nacionales, que simultáneamente no estén sometidos a dictamen en otras casas editoras.

Modo de entrega de los originales

Los artículos propuestos se enviarán únicamente en formato digital, como archivo adjunto en un mensaje de correo electrónico, a las direcciones:

revista.cnah@inah.gob.mx
pedro_ovando@inah.gob.mx

Los originales deberán incluir la siguiente información: nombre del autor, institución en la que labora, semblanza breve (no más de 500 caracteres), número telefónico y dirección de correo electrónico.

Los artículos deberán incluir al inicio un resumen de entre 150 y 200 palabras en español y en inglés, así como entre cuatro y ocho palabras clave, que no estén en el título, con su traducción en inglés.

Diario de Campo acusará recibo de los originales. La publicación de cada artículo dependerá del visto bueno del Comité Editorial y un proceso de dictaminación realizado por especialistas anónimos.

Al aprobarse la publicación de un artículo, el autor deberá ceder los derechos patrimoniales sobre su trabajo y autorizar al INAH la difusión impresa y electrónica de la obra.

Elementos tipográficos

Se utilizará un solo tipo de letra (Arial) y de un solo tamaño (12 puntos), con interlineado 1.5. Los títulos se escribirán en altas y bajas. Las notas al pie serán de cuerpo menor (10 puntos). La extensión de los artículos no deberá exceder las 30 páginas.

Citas y bibliografía

Las citas en el texto deberán ser homogéneas en todo el artículo y apegarse al siguiente formato:

(Apellido del autor, año de publicación: número de página). Por ejemplo: (Ravines, 1978: 607).

En caso de que haya más de tres autores se podrá incluir únicamente el primero de ellos seguido de la expresión *et al.* Las citas abreviadas siempre se harán en el texto y jamás en las notas, salvo que se trate de una referencia complementaria.

La bibliografía consultada se citará al final del escrito en orden alfabético, según los apellidos de los autores. Se observará el siguiente formato:

Recursos impresos

a) Libro completo:

Apellidos, Nombre del autor (año). *Título de la obra*. Ciudad: Editorial.

b) Libro completo con edición diferente a la primera:

Apellidos, Nombre del autor (año). *Título de la obra* (Número de la edición). Ciudad: Editorial.

El dato de edición: asentar en primer lugar el número arábigo que le corresponde y a continuación, y sin espacio intermedio, la letra "a" en minúscula, en superíndice. Luego, y separada por un espacio, colocar la abreviatura "ed" seguida de un punto. Ejemplo: (4ª ed.), (3ª ed. rev.). No debe hacerse constar la edición cuando se trata de la primera.

c) Libro completo con reimpresión:

Apellidos, Nombre del autor (año de la primera publicación/año de reimpresión). *Título de la obra* (Número de reimpresión). Ciudad: Editorial.

El dato de reimpresión se escribe igual que el dato de edición (7ª reimpresión), (4ª reimpresión). La palabra reimpresión no se escribe con mayúscula inicial y no se abrevia.

d) Libro con editor o compilador:

A continuación del nombre del responsable de la publicación consultada se puede consignar su función o cargo, en el caso de que sea un editor, se colocará (ed.), compilador (comp.), director (dir.) colaborador (colab.), organizador (org.), etcétera.

e) Capítulos de libro:

Apellido, Nombre del autor (año). "Título del capítulo". En *Título de la obra* (pp. xxx- xxx). Ciudad: Editorial.

f) Artículos de periódicos:

Apellido, Nombre del autor (día, mes, año). "Título del artículo", *Nombre del periódico*, pp.

En relación con las páginas: indicar las secciones del periódico con las letras del alfabeto en mayúscula (ej.: p. A1-A2). Si el artículo abarca más de dos páginas y éstas son seguidas, indíquelas como el ejemplo anterior. Si las páginas no son seguidas, sepárelas con una coma (ej.: p. A1, A4). Si el artículo no está firmado, el título reemplaza al autor.

g) Artículos de revistas:

Apellido, Nombre del autor (año). "Título del artículo". *Nombre de la publicación*, volumen (número), pp. xx- xx.

Si la revista no tiene volumen, se deja el número en cursiva, sin utilizar paréntesis.

h) Tesis:

Apellido, Nombre del autor (año). *Título* (tesis de licenciatura, maestría o doctorado). Nombre de la Institución Académica, Ciudad.

Todas las palabras significativas que componen la denominación completa de las instituciones académicas van en mayúscula.

i) Ponencias o conferencias:

Las actas de congresos pueden publicarse en libros o publicaciones periódicas. Citar las actas publicadas en un libro utilizando el mismo formato para citar libros o capítulos de libros. Y para citar actas que se publican de una manera habitual, emplear el mismo formato que se utilizaría con una publicación periódica.

Recursos no publicados

j) Ponencias o conferencias no publicadas:

Apellido, Nombre del autor (mes, año). *Título de la ponencia*. Trabajo presentado en Nombre Completo del Evento de Nombre Completo de la Organización o Institución Organizadora, Ciudad.

Todas las palabras significativas que componen la denominación completa de las ponencias y las organizaciones que las realizan van en mayúscula.

Recursos electrónicos o de internet

k) Libro en versión electrónica:

Apellido, Nombre del autor (año). *Título de la obra*. Recuperado de: <http://www.xxxxxx.xxx>.

l) Libro en versión electrónica con DOI:

Algunos libros electrónicos cuentan con una serie alfanumérica única, DOI, por sus siglas en inglés (Digital Object Identifier), asignada por la editorial a un documento en formato electrónico, ésta permite identificar contenidos y provee un enlace consistente para su localización en internet. Actualmente, no todos los documentos tienen DOI. Pero si lo tienen, hay que incluirlo como parte de la bibliografía:

Apellido, Nombre del autor (año). *Título de la obra*. DOI: xx.xxxxxxxx

En la bibliografía, la palabra DOI se escribe sin versalitas.

m) Documento obtenido de un sitio web:

Apellido, Nombre del autor (año). "Título del documento". *Nombre del sitio web*.

Recuperado de: <http://www.xxxxxx.xxx>.

n) Artículos de publicaciones periódicas electrónicas:

Apellido, Nombre del autor (año). "Título del artículo". *Nombre de la publicación*, volumen (número), pp.

Recuperado de: <http://www.xxxxxx.xxx>.

Cuando el artículo tiene DOI se indica este dato en la bibliografía y se omite la dirección URL.

ñ) Artículos de revistas académicas recuperados de una base de datos:

Apellido, Nombre del autor (año). "Título del artículo". *Nombre de la publicación*, volumen (número), pp.

Recuperado de: Nombre de la base de datos.

o) Abstract de un artículo de revista académica recuperada de una base de datos:

Apellido, Nombre del autor (año). "Título del artículo". *Nombre de la publicación*, volumen (número), pp.

Abstract recuperado de: Nombre de la base de datos.

En la bibliografía la palabra "Abstract" no se escribe con cursivas.

p) Informes:

Nombre Completo de la Organización (año). "Título del informe". Recuperado de:

<http://www.xxxxxx.xxx>.

Todas las palabras significativas que componen la denominación completa de las organizaciones van en mayúscula.

q) Ponencias o conferencias recuperadas *on-line*:

Utilice el mismo formato que se presenta para ponencias o conferencias no publicadas y al final

indique una ruta de acceso web apoyándose en la forma: Recuperado de: <http://www.xxxxxx.xxx>.

r) Contribuciones en blog:

Apellido, Nombre del autor (día, mes, año). "Título del post" [Mensaje en un blog]. Recuperado de:

<http://www.xxxxxx.xxx>. Si el nombre completo del autor no está disponible, utilice el nombre de

usuario (*nickname*). Proporcione la fecha exacta de la publicación.

Consideraciones particulares

- En el caso de citar un texto escrito por dos o tres autores: colocar "y" entre los dos últimos.
- En el caso de que se cite un texto de más de tres autores escriba el apellido y el nombre del primero, seguido, sin comas, de la abreviatura en cursivas *et al.* (que significa "y otros", para indicar que hay varios autores más).
- Cuando en un libro se considera como autor a una institución, se debe escribir el nombre completo de dicha institución, sin abreviaturas.
- Cuando se trate de un código, el nombre de éste ocupará el lugar del autor y se resaltará mediante cursivas. Ejemplo: *Código Dresde*.
- Cuando un autor tenga más de un libro publicado en un año específico, se debe diferenciar con las letras del abecedario, en minúsculas. Se debe hacer la anotación en el párrafo donde se colocó la cita y en las referencias bibliográficas.
- Si existen datos importantes para efectos de identificación y recuperación de la obra consultada, se colocan entre corchetes inmediatamente después del título. Ejemplos: [edición especial], [resumen], [volumen], [material complementario], etcétera. Cualquier otro dato obtenido fuera de la obra, también se consigna entre corchetes. En el caso de colecciones, la información se ordena después del nombre de la editorial.
- Si el material de consulta no tiene fecha de publicación, colocar la abreviatura: (s.f.), siempre entre paréntesis y en redondas.
- Si el lugar de edición del material de consulta no se puede determinar de ninguna manera, se escribirá la abreviatura latina "s.l." (*sine loco* = sin lugar) entre paréntesis y en redondas. Ejemplo: (s.l.)
- Si la obra que se consultó está pronta a publicarse, colocar entre paréntesis el siguiente texto: (en prensa).
- No se escribe punto después de la dirección web (URL) o del número DOI, para que el punto no se considere parte de la cadena o liga.

Las colaboraciones no se tomarán en cuenta para su evaluación hasta que cubran la totalidad de los requisitos enunciados previamente. El envío de materiales a *Diario de Campo* implica el acuerdo y firma de la declaración de originalidad del trabajo escrito y de posesión de los derechos para uso y publicación de las imágenes y recursos complementarios que lo acompañan.

Enfoques

El patrimonio cultural de México: su pasado, presente y futuro
María de los Ángeles Olay Barrientos

Los orígenes de la población negra y mulata en Colima virreinal:
una investigación en proceso
María Irma López Razgado

De pueblos y pobladores de Colima: una aproximación sociolingüística
Tonantzin Medina García

El náhuatl del sur de Jalisco, Colima y Michoacán. Rasgos que se entretajan
Rosa H. Yáñez Rosales

Poblaciones, aldeas y enterramientos en el Valle de Colima. Algunas
observaciones sobre el patrón funerario a través de la colección Peralta
Bertha Alicia Flores Hernández

La importancia de la actualización del Atlas Arqueológico del estado de Colima.
Un primer acercamiento en los municipios de Comala y Cuauhtémoc
Rafael Platas Ruiz

La arqueología de la Laguna de Cuyutlán, Manzanillo, Colima. Una evaluación
de diez años de salvamentos arqueológicos
María Antonieta Moguel Cos / Margarita Carballal Staedtler

Entrevista

De la Conquista a la Revolución, valiosas aportaciones a la historia
de Colima. Entrevista a la historiadora Margarita Nettel Ross
Tita Ochoa Rivera

En imágenes

Saberes y tradiciones
Tonantzin Medina García

Reseña analítica

Reseña crítica del libro *Emociones: perspectivas antropológicas*, de
Florence Rosemberg, Bernardo Yáñez y José Luis Vera Cortés (eds.)
Oswaldo Ángeles Zavala



QR
Diario de Campo



Cultura
Secretaría de Cultura

